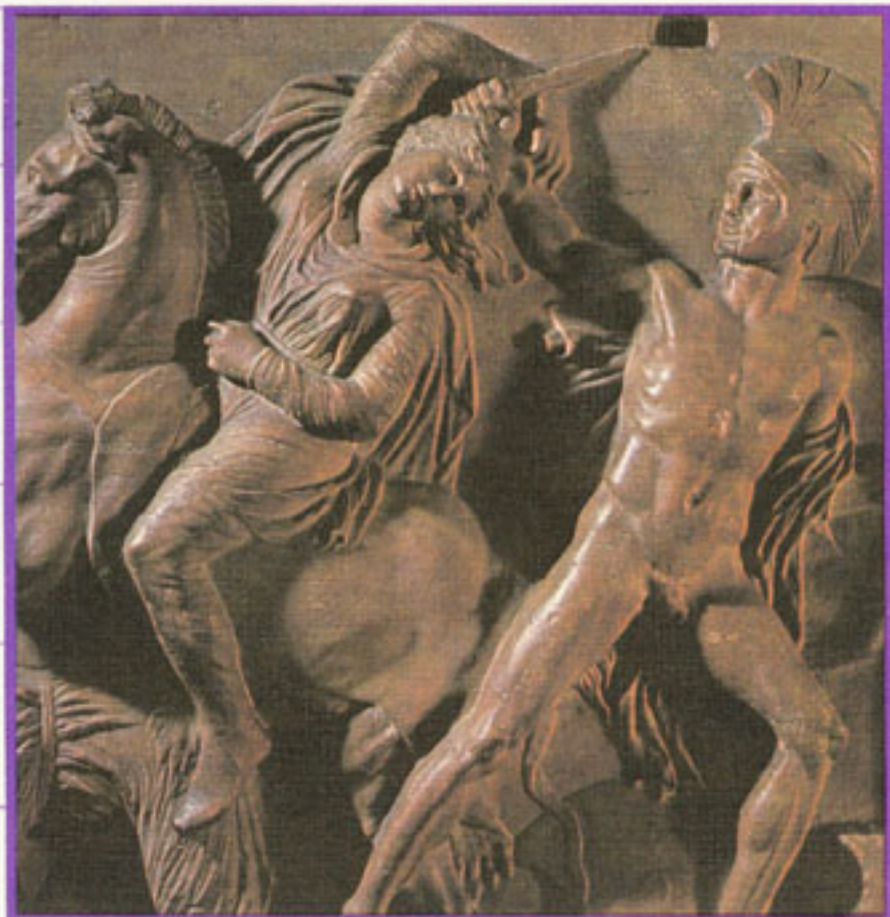


V. V. STRUVE

Historia de la antigua Grecia (II)



V. V.
Struve

Historia de la antigua Grecia (II)

BIBLIOTECA
DE LA HISTORIA

sarpe

Título original: Istoría Greck.
Traducción: M. Caplan y Equipo Editorial.
© Akal Editor, 1981.
© Por la presente edición: SARPE, 1986.
Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.
Traducción cedida por Akal Editor.

Depósito legal: M.-1 1662.—1986.
ISBN: 84-7291-977-3 (tomo 69a).
ISBN: 84-7291-736-6 (obra completa).
Impreso en España-Printed in Spain.
Imprime: VILLENA, Artes Gráficas.

En portada: *Bajorrelieve en el que se ha representado un combate entre los griegos y las amazonas.*

Historia de la antigua Grecia (II)

CAPÍTULO IX

LAS GUERRAS GRECO-PERSAS

Las guerras greco-persas desempeñaron un importante papel en la vida de todos los pueblos de la cuenca del Mediterráneo. No es posible comprender y apreciar correctamente estas guerras sin cierto conocimiento de la historia de Persia.

1. Persia en la segunda mitad del siglo VI a. C.

Las conquistas de Ciro y Cambises

A mediados del siglo VI, bajo la dinastía de los Aqueménidas, la potencia persa alcanzó un considerable poderío. El reino de Ciro (559-529 a. C.) abarcaba a Persia, Elam, Partia, Hircania, Media y una parte considerable de la Mesopotamia. Además, Ciro trataba de unificar bajo su poder todas las tierras de las monarquías de Media y Asiria. Los éxitos de Persia comenzaron a provocar inquietud en los países vecinos y especialmente en Lidia, un fuerte Estado situado en el noroeste del Asia Menor, el cual había alcanzado un gran poderío durante el gobierno de Creso (90 a 45 años más o menos del siglo VI a. C.). Creso logró lo que inútilmente habían tratado de realizar sus predecesores: someter las ciudades de los griegos del Asia Menor. Las ciudades jónicas que disponían de una numerosa flota y mantenían un amplio comercio con las costas del mar Negro y la Grecia europea eran para Lidia un botín muy tentador. Seguro de sus fuerzas, Creso decidió enfrentarse a Ciro, asegurándose como aliados a los reyes de Babilonia y Egipto. La guerra terminó con la completa derrota de Creso, quien cayó prisionero. En el año 546, completado el sometimiento de Lidia, Ciro llevó sus ejércitos contra las ciudades jónicas, deseando de este modo asegurar para Persia la salida al mar Egeo. La resistencia de los griegos no tuvo éxito: actuando desunidas, las ciudades jónicas no pudieron sostenerse y los jefes persas tomaron una ciudad tras otra. En vano pidieron los jonios ayuda a Esparta; ésta se negó a intervenir en los arriesgados asuntos del Asia Menor. Aterrorizados, los habitantes de Fócea, la segunda ciudad griega por su importancia después de Mileto, cargaron sus navíos y se trasladaron a Italia y Córcega. Los restantes se sometieron a Persia. Toda la Grecia del Asia Menor pasó a integrar la monarquía persa. Sólo las islas conservaron por un corto lapso su independencia. Con la misma energía con que ensanchaba sus posesiones en el Oeste, Ciro actuaba en el Este. Cayó el reino babilónico, fue conquistada el Asia Central y los límites de Persia se extendieron hasta el río Indo. Fenicia aceptó sin resistencia someterse a la soberanía del rey persa. Después de la muerte de Ciro, su hijo Cambises (529-523), continuando la obra de su padre, conquistó a Egipto. Entonces, cuando las posesiones persas como un enorme arco abrazaban la parte oriental de la cuenta del Mediterráneo, la creación de una fuerte flota marítima llegó a ser cosa de primera necesidad. Cambises tomó enérgicas medidas para fortalecer la flota fenicia; los fenicios, marinos expertos, formaron el núcleo de la flota persa, la cual, completada con barcos chipriotas, pronto se convirtió en una gran fuerza. El sucesor de Cambises, Darío I (522-486), hijo de Histaspes, aplastó las insurrecciones en varios confines de su Estado y se convirtió en el gobernante de un enorme territorio.

Estructura económica, política y social de Persia

Los dominios de Darío se extendían desde el Helesponto hasta el Indo y desde los saltos del Nilo hasta las costas de los mares Negro y Caspio.

Surgida de las conquistas, la monarquía persa no tenía una base económica uniforme y como unidad administrativa militar era poco coherente; consistía en un conglomerado de muchas

tribus y pueblos, cada uno de los cuales, bajo el poder de los reyes persas, continuaba viviendo su vida propia, distinta de la de sus vecinos. Esta particularidad histórica de la potencia persa esclavista nos explica también el carácter de su política con sus muchos súbditos y, especialmente, con las ciudades griegas sometidas. Fundamentalmente, la política persa fue determinada por dos objetivos: mantener en la obediencia a los pueblos conquistados, consiguiéndolo manu militari, y asegurar el pago regular de tributos e impuestos. Los medios empleados para el logro de estos fines eran bastante primitivos y groseros.

Con fines administrativos, la monarquía de Darío se dividía en veinte distritos mandados por sátrapas (a menudo miembros de la familia real). A los sátrapas el rey les confiaba sus propias funciones: militar, civil y jurídica. Pero, a pesar de los amplios poderes de cada sátrapa sobre la población de su distrito, él mismo, su vida y sus bienes dependían íntegramente del rey. Herodoto, cuya obra es la fuente informativa principal de la historia de las guerras greco-persas, da cuenta de toda una serie de casos en que los sátrapas que llegaron a provocar la cólera del rey fueron ejecutados sin piedad, incluso por faltas nimias, sin hablar ya de los casos de traición. Además, junto a cada sátrapa se encontraba un espía del rey, el cual se interiorizaba de todos los acontecimientos, sin excepción, de su distrito e informaba al rey. De este modo, el gobierno de los distritos se hallaba bajo continuo control del Gobierno central.

Igual atención prestaba el poder central a los asuntos financieros. Cada satrapía representaba una unidad tributaria. Herodoto enumera detalladamente los distritos impositivos. Por ejemplo, el primer distrito, que incluía a jonios, carios, misios, pánfilos y algunos otros pueblos del oeste del Asia Menor, pagaba a Darío un tributo de 400 talentos de plata. Los habitantes de la costa derecha del Helesponto, los frigios, tracios asiáticos, paflagonios y otros, pagaban 360 talentos; los cilicios, 500 talentos y 360 caballos blancos. De estos 500 talentos, 140 se gastaban en la caballería que patrullaba la tierra cilicia y los 360 restantes quedaban para Darío.

El distrito egipcio pagaba 700 talentos, más el impuesto por la pesca en el lago Meris. Del mismo distrito sacaban 120.000 medidas (egipcias) de cereales para alimentar a los persas y a sus mercenarios que ocupaban una fortaleza en Menfis. El sátrapa de Babilonia disponía de 800 potros y 16.000 potrancas, reunidos por los persas en calidad de tributo de la población de ese distrito.

La suma total de los tributos que ingresaban anualmente en el tesoro de Darío, según el cálculo euboico, era de 14.560 talentos. Todas las tribus y pueblos que integraban el Estado persa pagaban su tributo anual. La excepción la constituían los propios persas, quienes no pagaban impuestos regulares.

El Estado persa tenía una amplia red de caminos, desde Sardes hasta el Indo, a lo largo de los cuales había posadas para el descanso de viajeros. El mantenimiento de esos caminos y su vigilancia era una de las funciones de los sátrapas, pero el control general de los caminos estaba a cargo de funcionarios del poder central.

En las regiones sometidas al rey de Persia estaban distribuidas sus guarniciones. Al emprender campañas de gran envergadura, los reyes completaban sus ejércitos con gran número de destacamentos de los pueblos sometidos. De este modo, estos ejércitos resultaban muy considerables para aquella época. La calidad militar de esta abigarrada fuerza no era muy alta, pero los súbditos de la potencia persa no podían tener ningún interés en sus éxitos militares. El carácter general de este Estado —Estado conglomerado— influyó en la organización de sus fuerzas militares, compuestas por un gran número de destacamentos sin ninguna coherencia entre sí.

La situación de las ciudades jónicas cambió bruscamente después de la conquista de la costa del Asia Menor por los persas, la caída del reino de Lidia, el avance persa hacia la costa del Helesponto que les abría la salida al mar Negro y, especialmente, después de la conquista de Fenicia y Egipto. Desde ese momento, el comercio intermediario en el mar Egeo pasó casi íntegramente a los fenicios, que gozaban de la ayuda y protección de Darío; y el comercio con Egipto, que representaba una cifra considerable en el balance de las ciudades jónicas, se interrumpió casi por completo. Simultáneamente, se debilitaron los vínculos con el mar Negro, lo que influyó funestamente en la economía de las ciudades jónicas. Así, la pérdida de su

independencia no sólo no fue compensada por ninguna ventaja económica, sino, por el contrario, acompañada de la brusca caída del nivel de su vida económica.

A todo esto hay que agregar que las ciudades jónicas fueron incluidas en la satrapía del Asia Menor y, por consiguiente, junto con carios, pánfilos y otros pueblos que integraban la misma satrapía en la parte occidental de la península, fueron obligados a pagar al tesoro persa un tributo anual de 400 talentos de plata, suma enorme para aquella época.

Para asegurar la sumisión de las ciudades jónicas, el Gobierno de Darío intervenía en su vida interna, cumpliendo esta intervención en forma extremadamente sensible.

En relación con esto, conviene recordar ciertas particularidades históricas de la vida de los griegos de los siglos VII y VI a. C., condicionadas por la ley de obligatoria concordancia entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas de la sociedad. En las condiciones concretas de la realidad griega de los siglos VII y VI la lucha entre las nuevas fuerzas productivas y las relaciones de producción caducas, tomó la forma de encarnizados choques entre la aristocracia gentilicia y el demos.

En las ciudades jónicas, las más desarrolladas y progresistas económica y socialmente, la lucha del demos era particularmente tenaz. Bajo su presión, la aristocracia perdía una posición tras otra. La victoria definitiva del demos, vinculada con la completa liquidación de las supervivencias de la estructura gentilicia que frenaba el desarrollo de las fuerzas productivas de la nueva sociedad, ya no estaba lejos. Mas los persas, en su política en las ciudades griegas, como regla general se orientaban, precisamente, hacia la aristocracia caduca, calculando con razón encontrar en ella el apoyo más seguro para su dominación. En todas las ciudades griegas que caían bajo su dominio, implantaban con violencia tiranías aristocráticas. Sus gobernadores por lo habitual se apoyaban íntegramente en la aristocracia local y aplastaban con crueldad los movimientos democráticos. La aristocracia se sometía al rey persa no por miedo, sino con toda el alma, ya que comprendía que sin su apoyo no podría detentar el poder.

Se entiende que con semejantes métodos no se podía asegurar por mucho tiempo el poder de las fuerzas caducas de la sociedad. Puede afirmarse que la política del Gobierno persa estaba de antemano condenada al fracaso, por cuanto contradecía las leyes objetivas, independientes de la voluntad de los hombres, leyes del desarrollo del proceso histórico. Detener el movimiento democrático en las ciudades griegas fue superior a las fuerzas persas. Las circunstancias históricas hicieron que este movimiento adquiriera simultáneamente rasgos antipersas y patrióticos y provocara cálidas simpatías de los elementos democráticos de toda Grecia. La simpatía era más intensa por cuanto la amenaza de invasión pendía sobre todo el mundo griego. Era indudable que la expansión de la monarquía persa debía conducir al choque de Persia con los helenos.

La política exterior de Darío I. Campaña contra los escitas

La política exterior de Darío I, igual que la de sus predecesores, consistía ante todo en tender a ampliar por medio de conquistas su territorio, ya de por sí enorme. Los planes de conquista de Darío eran muy extensos, pero en primer lugar sus miras estaban dirigidas al Occidente, a la costa europea del mar Egeo, la península balcánica y Grecia. Por otro lado, Darío se impuso la tarea de proteger los límites de su territorio en el noroeste de las incursiones de las tribus cisdanubianas y de las que poblaban las costas del mar Negro, con una barrera ancha y segura, conquistando sus tierras ricas en cereales y materias primas.

Estas eran las causas que movieron a Darío, en la primavera del año 514 a. C., a emprender la campaña contra los escitas, a la cabeza de un ejército y una flota numerosos. El ejército persa, atravesando el Bósforo Tracio a través del puente construido por el griego Mandrocles, y a pesar de la resistencia de las tribus tracias, cruzó su territorio y en las costas del Danubio se puso en contacto con su flota, la cual entró en la desembocadura del río. Se construyeron puentes flotantes a través del Danubio y para su protección se dejó un destacamento especial de griegos jonios bajo el mando de Histieo, tirano de Mileto. Atravesando el Danubio por estos puentes, el ejército de Darío se internó en las estepas escitas, donde lo esperaba un chasco. Sin entablar

combates abiertos, los escitas hostigaban a los persas constantemente con incursiones de su caballería, y, retrocediendo, los atraían en profundidad en su amplio país estepario. Al mismo tiempo, quemaban todo en su ruta, destruían los pozos, etc. Pronto los ejércitos de Darío se encontraron en una situación tan difícil y carente de perspectivas que no tuvieron más salida que retirarse.

Así, pues, la campaña escita de Darío terminó en un fracaso, el primero de los grandes fracasos militares de los persas. En sus contemporáneos produjo una profunda impresión. Herodoto, por ejemplo, cuenta que los griegos guardianes del puente, enterados del comienzo del retroceso del ejército persa, tuvieron la intención de destruir el puente para dificultar la retirada de Darío. Sin embargo, Histieo, que gozaba de la protección de Darío, los disuadió. Histieo se daba cuenta de que sin el apoyo persa él no podrían prolongar su tiránico poder sobre sus conciudadanos de Mileto.

De vuelta de la campaña escita, Darío encargó a sus capitanes Megabazo y Otanes terminar de someter a los habitantes de las costas del Helesponto y de Tracia. En unos años esta tarea fue cumplida. Luego, una tras otra fueron tomadas por los persas las islas del mar Egeo: Lemnos, Imbros, Quíos, Lesbos, Samos. Las islas y los estrechos vitales para los griegos cayeron así en poder de Darío. En las costas del Helesponto y del Bósforo Tracio, ninguna ciudad griega pudo resistir la presión persa. Aunque la campaña escita había terminado en un fracaso, su consecuencia fue el establecimiento del poder persa en la costa sur de Tracia y en las fecundas tierras del Estrimón, ricas en yacimientos de oro y plata. Macedonia también fue forzada a reconocer su dependencia del rey persa.

En la costa tracia, los persas fundaron varios fuertes y con las tierras recién conquistadas formaron una nueva satrapía. La conquista de Lidia había determinado ya anteriormente el establecimiento del poder persa sobre las ciudades griegas del Asia Menor. De este modo, toda la costa oriental del Mediterráneo terminó por hallarse en poder de Persia. Las flotas de todos los pueblos costeros fueron puestas al servicio de su monarquía. En estas condiciones, pronto comenzó una nueva expansión militar persa, a la que sirvió de impulso la insurrección de las ciudades jónicas en la costa occidental del Asia Menor.

2. La insurrección jónica y sus consecuencias

Las causas y el comienzo de la insurrección

La insurrección jónica no fue provocada por causas eventuales. Las ciudades jónicas eran, ante todo, ciudades comerciales. La toma del Bósforo y el Helesponto por los persas asestó un golpe al comercio jónico en el mar Negro y la competencia de los comerciantes fenicios se hacía día a día más peligrosa. Además de los daños económicos, las ciudades jónicas, como ya señalamos, sufrían la opresión política: en todas las ciudades dominadas por los persas, éstos impusieron tiranos. El fracaso de la campaña de Escitia quebrantó el prestigio del ejército de Darío. Finalmente, lo reducido del número de los destacamentos persas ubicados en la parte occidental del Asia Menor daba a los griegos esperanzas de obtener una rápida victoria.

Los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente manera. En el invierno del año 500-499, en la isla de Naxos se produjo una revolución: la aristocracia que gobernaba a la isla fue derrocada por los partidarios de la democracia. Los desterrados pidieron ayuda a Mileto, la cual, después de la derrota de Samos por los persas, ocupaba el primer lugar entre las ciudades jónicas. Aristágoras, tirano de Mileto, acogió a los aristócratas fugitivos de Naxos y les prometió su ayuda. En la campaña contra Naxos, Aristágoras veía, al parecer, una posibilidad de aumentar la potencia de Mileto y acrecentar su propia influencia. Con este fin propuso a Artafernes, sátrapa de Sardes y sobrino de Darío, emprender una expedición a la isla de Naxos para restablecer en el gobierno a los aristócratas derrocados y de paso someter a esa isla. Artafernes aprobó el plan trazado, el rey dio su consentimiento y en el verano de 499 una fuerte flota se dirigió hacia Naxos. Pero la población de la isla opuso una decidida resistencia y luego

de un sitio de cuatro meses, sin lograr ningún éxito, la flota tuvo que regresar. El fracaso de la expedición debería socavar la influencia de Aristágoras, quien podrían prever que los persas le harían responsable por el fracaso de la campaña y le quitarían su poder en Mileto.

Aristágoras (que era sucesor de Histieo, llamado a Susa por el rey) decidió organizar entonces un levantamiento contra los persas. No está excluida la posibilidad de su alianza con Histieo; la misma campaña contra Naxos fue un buen pretexto para unir las fuerzas de los griegos del Asia Menor sin atraer la atención de los persas. Sea como fuere, sin dilaciones, después de su regreso de Naxos. Aristágoras reunió en Mileto a sus partidarios, los cuales se pronunciaron unánimemente por el levantamiento. Sólo Hecateo, historiógrafo y geógrafo, hizo objeciones contra esa decisión señalando el gran poder del rey persa, pero sus argumentos no encontraron eco. Los conspiradores comenzaron a actuar. Se apoderaron de la flota, lo que sirvió de señal de insurrección para todas las ciudades griegas situadas en las islas y en la costa occidental del Asia Menor. En todas partes fueron derrocados los tiranos impuestos por los persas, restablecida la democracia y comenzaron a prepararse destacamentos para la lucha armada. Aristágoras, probablemente para dar el ejemplo, dimitió y entregó el poder a la asamblea popular. Los dirigentes de la insurrección comprendían todas las dificultades de su empresa. En efecto, si en el mar se podía esperar la victoria, en tierra, después de los primeros éxitos fáciles, debían advenir difíciles combates con el numeroso ejército persa. Por eso Aristágoras hizo la tentativa de obtener apoyo de los griegos de la Grecia europea y en otoño del año 499 se dirigió a Esparta y Atenas.

Actitud de Esparta y Atenas frente a los acontecimientos del Asia Menor

El ambiente político en Esparta no era favorable a los propósitos de Aristágoras; los inconvenientes para una actitud favorable eran, en aquel momento, las relaciones hostiles de Esparta con Corinto y Argos, como también la lucha entre los reyes espartanos Cleómenes y Demarato. Cleómenes escuchó al dirigente de la insurrección jónica. Aristágoras tenía en una mano una tabla de bronce con «el disco terráqueo» y reforzaba sus argumentos señalando el mapa; expuso elocuentemente ante el rey espartano todas las ventajas de la empresa proyectada; la posibilidad de apoderarse de enormes cantidades de oro, plata, cobre, animales de carga, pescado; no olvidó mencionar la superioridad de las armas y tácticas griegas sobre los persas. Cleómenes hizo a Aristágoras una sola pregunta: ¿Cuántos días llevaría caminar desde la orilla del mar hasta la capital del rey persa? Y cuando Aristágoras le contestó que el recorrido duraría tres meses, Cleómenes consideró su empresa irrealizable. La tentativa de Aristágoras de sobornar al rey no tuvo éxito: Cleómenes no cambió su decisión. Esparta se negó a intervenir en los asuntos del Asia Menor.

Desde Esparta, Aristágoras se dirigió a Atenas. En Atenas el poder estaba en manos de los partidarios de Clístenes; la milicia civil, recientemente creada, de las diez nuevas filai, habían demostrado brillantemente sus altas cualidades militares en los combates contra Tebas y Calcis. El enérgico apoyo que el sátrapa Artafernes prestaba al desterrado Hipías provocó la hostilidad de los círculos gubernamentales de Atenas hacia Persia, de manera que el ambiente político ateniense fue en general mucho más favorable a Aristágoras que el de Esparta. En su discurso ante la asamblea popular, Aristágoras repitió los argumentos en favor de su empresa y subrayó una vez más la superioridad de la infantería griega en armas pesadas. La asamblea popular resolvió enviar veinte trieres en ayuda de los jonios; a éstas pronto se unieron cinco trieres mandadas por Eretria (Eubea). «Estos barcos —dice Herodoto, que no aprobaba la insurrección de los griegos jonios— fueron el comienzo de las desgracias tanto para los helenos como para los bárbaros.»

Campaña contra Sardes

Entre las ciudades de Jonia que se unieron al movimiento contra los persas no hubo unidad de acción; además, el levantamiento después de sus primeros éxitos se extendió muy lentamente. Lidia y Tracia no apoyaron a los insurrectos. La flota jonia, numerosa pero mal

organizada, entró en acción después de muchas dilaciones. Más adelante, la insurrección abarcó las costas del Helesponto en el Norte y Caria y Chipre en el Sur, pero la infantería de los insurrectos no emprendió nada, en espera de los atenienses y eretrios, en la primavera del año 498. La tardanza fue aprovechada por los persas, que tuvieron tiempo de concentrar sus huestes en la parte occidental del Asia Menor.

Llegados los atenienses y los eretrios, los insurrectos emprendieron una maniobra audaz: sus fuerzas, unidas con los hoplitas atenienses, se dirigieron precipitadamente hacia Sardes. La ciudadela, construida sobre una roca inaccesible, era defendida por una fuerte guarnición persa encabezada por el sátrapa Artafernes; los griegos no pudieron tomarla, pero la ciudad sí fue tomada y quemada. No pudiendo mantenerse entre las ruinas humeantes de Sardes, los griegos volvieron sobre sus pasos. Pero en las cercanías de Efeso fueron alcanzados por el ejército persa, entablándose una batalla en la cual los griegos sufrieron una derrota total (finales del verano del año 498). Los restos del ejército ateniense se embarcaron con toda premura y regresaron a la patria. Con esto terminó la participación de los atenienses en la insurrección jonia. «Luego —dice Herodoto— los atenienses abandonaron del todo a los jonios y a pesar de la insistencia de Aristágoras... se negaron a ayudarles.» Al parecer, los eretrios también abandonaron a los jonios. Con la campaña de Sardes y su triste desenlace terminaron las tentativas de los insurrectos de pasar a la ofensiva; lo único que les quedaba era defenderse del ejército persa que se aproximaba.

Al mismo tiempo que una parte del ejército persa marchaba hacia las ciudades del Asia Menor, otra parte se dedicó a aplastar la insurrección en las costas del Helesponto. Los persas dirigieron considerables fuerzas a Chipre y luego de varias y enconadas batallas se apoderaron de la isla. Es cierto que la flota jonia que se dirigió en ayuda de Chipre obtuvo una victoria sobre la flota fenicia, mas este éxito no pudo cambiar esencialmente la situación creada: Chipre quedó en manos de los persas y la flota jonia tuvo que regresar. Fueron mucho más considerables las dificultades que tuvieron los persas en el aplastamiento de la insurrección en Caria. La actividad militar comenzó allí en la primavera del año 497; los persas obtuvieron dos victorias, una tras otra, pero en el otoño del 496 sufrieron una seria derrota y comenzado el año 494, después de concretar grandes fuerzas, lograron forzar a los insurrectos a deponer las armas.

Antes aún, en el año 496, los persas aislaron a Jonia, foco principal de la insurrección, por el Sur y por el Norte. Bajo el mando personal del sátrapa Artafernes, se apoderaron de Clazómene y Cumé; el cerco del ejército persa se iba estrechando en torno de Mileto, centro principal de la resistencia jonia.

Todos estos contratiempos, reveses y fracasos quebrantaron el espíritu del cabecilla de la insurrección, Aristágoras, quien delegó el mando en uno de los aristocráticos de Mileto y se fugó a Tracia, donde pronto perdió la vida en un choque con los tracios. Al mismo tiempo, Histieo, el ex tirano de Mileto, intentó por última vez tomar parte activa en la insurrección. Como antes, se ocultaba detrás de la máscara de fidelidad al rey persa, y por eso Darío le permitió salir de Susa, calculando, según parece, aprovechar su influencia para convencer a los insurrectos de que depusieran las armas. Pero al llegar Histieo a Sardes, el sátrapa Artafernes, que se daba cuenta de su doble juego, según Herodoto, le dijo sin ambages: «Tú cosiste el calzado y Aristágoras se lo puso.» Histieo se vio obligado a fugarse de Sardes con premura; hizo la tentativa de afirmarse en Mileto, pero fue expulsado. En el año 493 Histieo fue capturado por los persas y ejecutado.

Ni Aristágoras ni Histieo tenían condiciones para ser auténticos jefes y organizadores de la insurrección; tanto el uno como el otro no eran en esencia más que audaces aventureros que trataron de aprovechar para sus fines personales el movimiento democrático de las ciudades jonias.

La caída de Mileto

Entre tanto, los persas concentraron sus fuerzas en los accesos a Jonia. Mas no estaban en condiciones de emprender inmediatamente operaciones decisivas: sentían aún las grandes

pérdidas sufridas en los combates anteriores. A comienzos de la primavera del 494, al recibir considerables refuerzos, los persas, dando de lado a las ciudades de segundo orden, marcharon directamente sobre Mileto. Al mismo tiempo, la flota fenicia, viéndose libre gracias al triunfo definitivo de los persas en Creta, y ampliada con navíos cretenses, cilicios y egipcios, hizo su aparición en el mar Egeo. Mileto se vio en la amenaza de ser rodeada por tierra firme y por mar. Los jonios tomaron la decisión de asestar el golpe fundamental a las fuerzas marítimas de los persas, limitándose, en tierra firme, sólo a la defensa de las murallas de la ciudad. En la amplia bahía de Mileto, en las proximidades de la isla Ladé, se había congregado con toda premura, en el verano del año 494 a. C., la flota jónica, siendo su parte básica los navíos proporcionados por Mileto, Samos, Quíos y Lesbos, a los que se sumaron las flotillas de algunas pequeñas comunidades. Según Herodoto, la flota griega contaba en total con 353 naves, y la de los persas con 600. Probablemente, ambas cifras estén exageradas y la flota persa apenas si superara la de los griegos. Durante unas cuantas semanas, ambas flotas estuvieron enfrentadas sin emprender acción alguna. Los persas esperaban, contando con la ayuda de los tiranos jonios derrocados al comienzo de la sublevación y que se encontraban en su campamento, introducir la disgregación en las filas griegas, induciendo a algunas ciudades a abandonar las fuerzas jonias con la promesa de concederles el perdón. Las fuerzas de los jonios se hallaban paralizadas debido a la falta de un comando general y a la completa decadencia de la disciplina. Ciertamente, el experto marino Dionisio, jefe de los navíos de Fócea, fue nombrado jefe de la flota aliada, pero como Fócea había enviado tan sólo tres naves, los demás aliados se negaron a reconocer al nuevo jefe. Fue inútil que Dionisio, por medio de maniobras, tratara de preparar la flota griega para el difícil combate que se aproximaba, pues a los pocos días estos fatigosos ejercicios fueron abandonados y las tripulaciones de los buques desembarcaron en la isla Ladé. La flota persa atacó entonces por sorpresa a la griega, anclada junto a la costa de la isla. En este primer asalto de los persas, las naves de los samios, entre los cuales era muy fuerte el partido pro persa, abandonaron el combate, con excepción de once unidades, y se hicieron a la mar rumbo a su patria. El ejemplo fue imitado inmediatamente por las naves de Lesbos y de varias otras comunidades. Las de Quíos ofrecieron una enconada resistencia, pero lo único que pudieron conseguir fue postergar el descalabro final. Los restos de la flota griega, bajo la presión de la superioridad numérica persa, fueron derrotados por completo.

La derrota de la flota griega junto a Ladé decidió la suerte de Mileto. Asediada por tierra y mar, la ciudad fue tomada por asalto, muchos de sus habitantes fueron muertos y los sobrevivientes, trasladados a las orillas del río Tigris. La ciudad fue devastada; el santuario de Apolo, que se hallaba en las cercanías de Mileto, fue saqueado y sus enormes riquezas cayeron en manos de los persas. Restablecida posteriormente, la nueva Mileto —tal como lo confirman las excavaciones— cedía considerablemente, por sus dimensiones, a la ciudad anterior. La caída del Mileto fue el final de la sublevación. Muy poco después fueron sojuzgadas y cruelmente devastadas las islas vecinas a Jonia: Lesbos, Quíos y Tenedos; en seguida, la flota persa convirtió en cenizas a Perinto, Selimbria y Bizancio, las ciudades del litoral europeo de la Propóntide que habían prestado apoyo a la sublevación. Hacia el verano del año 493 a. C. los persas se apoderaron de las últimas ciudades rebeldes. Fue introducida la administración persa y restablecido el tributo que las mismas estaban pagando antes de la sublevación.

De esta manera llegó a su fin el florecimiento de Jonia: sus ciudades, que constituían los centros más importantes del comercio y de la cultura griegos, cayeron a partir de entonces en la decadencia, cediendo el primer lugar a las de la Hélade propiamente dicha, especialmente a Atenas. Pero no obstante haber tenido la sublevación jónica un final tan trágico, desempeñó un enorme papel en la marcha general de la lucha de los griegos contra la monarquía persa: las mejores fuerzas persas estuvieron como aherrojadas por el lapso de seis años íntegros, al Asia Menor; dos flotas y un ejército fueron destruidos por los sublevados. La tensa lucha de los jonios aún cuando sin resultado positivo, había preparado las futuras victorias de las armas griegas.

3. La lucha política en los Estados griegos

La lucha política en Atenas

Después de haber sido aplastada la rebelión jónica, apenas si podía dudarse de que el rey persa no dejaría sin atender la participación en ella de Atenas y de Eretria.

En aquel tiempo, en Atenas había vuelto a enardecerse la lucha política. Los Alcmeónidas, que habían insistido en prestar apoyo a los rebeldes, fueron desplazados por los partidarios de los Pisistrátidas. Hiparco, hijo de Carmos, que los encabezaba, fue electo primer arconte para el período 496-95; evidentemente, la mayoría del pueblo, que no creía que la rebelión fuera a tener éxito, estaba en favor de la no intervención en los asuntos de los griegos jonios. Después de la destrucción de Mileto, que se encontraba en relaciones amistosas con Atenas, también sobre ésta comenzó a cernirse el peligro. Y acabó por surgir la cuestión de la defensa inmediata y directa de Atenas. A finales de la última década comenzó a predominar una agrupación a la que podría denominarse «agrupación marítima». Su jefe era Temístocles, hijo de Neocles, arconte en el 493-492. Temístocles y sus partidarios pensaban que los atenienses debían de orientar sus principales esfuerzos a la creación de una flota marítima, pues la lucha contra los persas sólo culminaría triunfalmente si los atenienses se hacían fuertes en el mar. Contra este programa se pronunciaron la aristocracia terrateniente de Atenas y una parte del campesinado, encabezados por Milcíades, descendiente de Milcíades el Mayor, que fuera expulsado de Atenas por Pisístrato. Después de la rebelión, Milcíades el Menor, salvándose de los persas, regresó a Atenas con las riquezas que había atesorado en Quersoneso. Empezó una campaña contra Temístocles, sosteniendo que los atenienses debían preocuparse, en primer término, de crear una milicia que estuviese capacitada para hacer frente al ejército persa. Finalmente, éste fue el plan que aceptó el pueblo de Atenas.

Al lado de estas dos facciones que representaban, una, los intereses de la población ateniense relacionada con la actividad artesanal y con el comercio marítimo y, en consecuencia, desvinculada de la tierra, y otra, los intereses de los terratenientes, existían en Atenas elementos partidarios de los persas. A estos últimos pertenecían muchos de los que antes apoyaban a los Pisistrátidas y que quizá ahora tenían vínculos secretos con Hipias. A ellos estuvieron plegados durante un tiempo los Alcmeónidas, llevados por una irreconciliable enemistad hacia Milcíades.

La lucha intestina en Esparta y otros Estados griegos

Al comenzar el siglo V Esparta sostenía una tensa lucha contra Argos. El enérgico rey espartano Cleómenes había logrado asestar a Argos un golpe demoledor. Alentado por este éxito, Cleómenes, que en su momento había negado ayuda a los jonios, se convirtió en un ardiente partidario de la guerra contra Persia, creyendo evidentemente que de resultados de esta guerra se convertiría en jefe y conductor de toda Grecia. Aceptó de buen gusto la propuesta del gobierno ateniense de emprender una expedición contra la isla de Egina, que había exteriorizado su sumisión al rey persa: los intereses mercantiles de Egina, que competía con Atenas, exigían mantener relaciones pacíficas con Persia. Empero, la empresa fracasó debido a la oposición tenaz y sistemática de Demarato, el otro rey espartano, quien logró hacer llegar a Egina una comunicación según la cual Cleómenes obraba por iniciativa propia y no por encargo de la confederación peloponesiaca. Cleómenes regresó de prisa a Esparta y supo conseguir que se despojara del poder real a Demarato, quien huyó a Persia. Su lugar lo ocupó Leotíquidas, partidario de Cleómenes. Este emprendió una nueva expedición contra Egina, obligándola a someterse y a entregar a unos rehenes que tenía en su poder. No obstante, la lucha interior continuaba en Esparta; muy pronto los éforos pudieron establecer que Cleómenes había recurrido al soborno para lograr la eliminación de Demarato. Cleómenes se vio forzado a alejarse a Tesalia, desde donde se trasladó a Arcadia. Aquí se dedicó enérgicamente a instigar a los arcadios para que librasen campañas hostiles contra Esparta, en donde, a la vez, trataba de atraerse a los ilotas. La actividad de Cleómenes había adquirido un carácter muy peligroso para

Esparta, a tal punto que los éforos decidieron que lo mejor sería invitarlo a regresar a su patria y volver a asumir el poder real. Según relata Herodoto, poco después de su regreso a Esparta, Cleómenes perdió la razón y se suicidó. Lo más probable es que el relato de Herodoto sea tan sólo la versión oficial de la muerte de Cleómenes; al parecer, se procuró eliminarlo por ser demasiado peligroso para Esparta.

Atenas y Esparta estaban, pues, debilitadas por la ininterrumpida lucha interior; otros Estados griegos estaban menos capacitados aún para ofrecer resistencia a una invasión persa. Argos, derrotada por Esparta, trataba de hacer renacer su perdido poderío. Egina, forzada a someterse, estaba debilitada por las luchas sociales. Las comunidades del norte de Grecia se inclinaban, cada vez más, hacia un acuerdo con Persia. Los griegos occidentales no podían tomar parte en esa lucha, pues se hallaban enemistados con Etruria y Cartago. La mayor parte de las pequeñas ciudades griegas, sumidas enteramente en sus estrechos intereses locales, permanecía indiferente respecto a los sucesos que tenían lugar fuera de sus fronteras. De esta manera, la situación en Grecia favorecía a la campaña de Darío.

4. La primera y segunda campañas de Darío

La primera campaña

La campaña contra Grecia requería de los persas la realización previa de algunas medidas. Era necesario establecer firmemente el orden en Jonia, prevenir la posibilidad de una nueva sublevación y convertir a ese país en una sólida y segura base para el desenvolvimiento de las operaciones ofensivas. A la orden de Darío, Artafernes reunió en Sardes a los representantes de las ciudades insurrectas, y se les declaró que estaba prohibida toda acción hostil entre las comunas griegas en Jonia, y que, en caso de haber algún conflicto entre ellas, se les ordenaba acudir a la mediación del sátrapa. El capitán persa Mardonio, cuñado de Darío, que había llegado a Jonia en el año 492 a. C., de paso hacia Tracia, concluyó la reorganización política de las ciudades jonias mediante una osada reforma: privó de poder en ellas a la mayor parte de los tiranos y restableció la democracia. Es difícil emitir juicio acerca del éxito de dichas reformas desde el punto de vista de los intereses persas; pero, sea como fuere, Jonia, debilitada por la fracasada sublevación, había quedado firmemente asegurada en poder de los persas.

Hacia la primavera del 492 a. C. concluyeron los preparativos, y Mardonio, al que se había encomendado la dirección de las operaciones bélicas, pudo emprender la marcha. Según dice Herodoto, la finalidad de esta campaña era la de subyugar a la mayor cantidad posible de ciudades griegas. El plan de la campaña tenía prevista una acción conjunta del ejército y de la armada: el primero tenía que avanzar a lo largo de la costa de Tracia, bajo la protección de la segunda. La campaña comenzó con todo éxito: fueron conquistadas varias islas, entre ellas Tasos, y también fue sometida la sublevada tribu tracia de los brigos. Los fracasos comenzaron para la flota persa en el camino de regreso: junto a la península Calcídica, cerca del promontorio de Atos, que gozaba de muy mala fama entre los marinos griegos, la flota fue destruida por una tormenta; se hundieron hasta 300 naves y perecieron más de 20.000 hombres. El ejército de tierra firme, que había cruzado el Helesponto, atravesó Tracia y Macedonia; mas durante la prolongada marcha sufrió considerables pérdidas en pequeños pero ininterrumpidos encuentros con las tribus tracias. Los restos de la flota destruida por la tempestad no podían prestar ayuda valedera alguna al debilitado ejército, en virtud de lo cual Mardonio decidió desistir de la campaña y regresar.

La segunda campaña

El fracaso de la campaña del año 492 no hizo desistir a Darío de su resolución de subyugar a Grecia; durante el año 491 efectuó grandes preparativos para una nueva campaña. A la par de los preparativos bélicos, fue realizándose también una serie de preparativos diplomáticos; en

nombre del rey fueron enviados embajadores a las islas del mar Egeo y a los Estados de la Grecia europea, exigiendo «tierra y agua», símbolo de sumisión. Las islas, entre ellas Egina, dieron inmediata satisfacción a dicha exigencia; su ejemplo fue seguido por una considerable parte de las comunas de la Grecia septentrional. Pero en Atenas y en Esparta los embajadores persas fueron muertos; al parecer, los partidarios de ofrecer resistencia armada a los persas habían querido cortar por lo sano cualquier posibilidad, en el futuro, de efectuar negociaciones de ninguna naturaleza con ellos.

En el ínterin se reunió en Cilicia el ejército persa alistado para la campaña, teniendo a la cabeza a los generales Datis y Artafernes. El comando persa comprendió acertadamente cuáles habían sido las causas básicas de los fracasos de Mardonio: se habían invertido varios meses en la marcha de rodeo, sumamente dificultosa, a través de Tracia, al tiempo que la poderosa flota quedaba expuesta a todos los azares de una prolongada navegación a lo largo de costas sumamente peligrosas. Esta vez se resolvió trasbordar al ejército persa por vía marítima hasta el Ática, en el corazón mismo del país enemigo; por este medio, las fuerzas enemigas serían desorganizadas y la aparición de las huestes persas en el territorio de la Grecia balcánica tendría la virtud de movilizar más activamente a todos los partidarios de Persia. De su parte se hallaba, en muchas ciudades griegas, la aristocracia que alentaba la esperanza de conservar mediante el respaldo persa su anterior predominio político en la lucha contra el demos. Esto se observaba, en primer lugar, en Tesalia y Beocia. Para transportar los ejércitos persas se reunió junto a las costas del Asia Menor una considerable armada, cuyos efectivos Herodoto apreció en 600 trieres, aunque es posible que tal cifra haya sido un tanto exagerada. Al parecer, se trataba casi exclusivamente de naves cargueras, y no de combate. En cuanto a la potencia terrestre de los ejércitos persas, Herodoto nos informa que «eran enormes y muy bien armados». Las cifras que mencionan los historiadores posteriores son: de 200 a 300 millares de infantes y 10.000 caballeros; pero tales cifras son evidentemente inverosímiles. Los persas apenas pudieron embarcar a más de 15.000 soldados de infantería, en su mayor parte arqueros, y entre 500 y 800 jinetes, pues las dificultades de transporte naval de considerables masas de ejército, especialmente de caballería, eran extraordinariamente grandes en la antigüedad. Al ejército persa se le unió también Hipías, el tirano griego que había sido expulsado de Atenas y cuya aparición en el Ática tenía que facilitar las operaciones de los persas, puesto que en Atenas le quedaban aún no pocos partidarios.

A comienzos del verano del año 490 a. C. la armada persa zarpó de Cilicia y, a través de Rodas, se dirigió primeramente contra Naxos, castigando a esta isla por la resistencia que le ofrecía en el año 500; y luego, a través de Delos, hacia el extremo meridional de Eubea. La ciudad de Caristos, allí situada, que intentó ofrecer cierta resistencia, fue obligada a capitular tras un breve asedio. La flota persa se dirigió a Eretria, entre cuyos pobladores, igual que entre los atenienses, había una considerable cantidad de partidarios de Persia. Eretria no podía esperar una ayuda efectiva de parte de otras localidades de Grecia; inclusive, un destacamento auxiliar despachado por los atenienses, al enterarse de las vacilaciones de los eretrios, emprendió el regreso al Ática. No obstante, se hizo una tentativa de resistir a los persas, pero tras librar algunos combates durante seis días junto a las murallas de la ciudad, los aristócratas locales — partidarios de Persia— abrieron las puertas y dieron paso al enemigo. Eretria fue tomada y destruida, y sus moradores trasladados a Persia, donde se les vendió como esclavos. De esta manera, Eubea se había transformado en excelente base para las ulteriores operaciones bélicas de los persas. En estas condiciones, ya era factible intentar un desembarco en la misma Ática.

Por consejo de Hipías, el desembarco fue realizado en una llanura cercana a Maratón, a unos 40 kilómetros de Atenas. Debido a la carencia de una flota más o menos considerable, los atenienses no pudieron impedir dicho desembarco, con lo cual los cálculos de los persas resultaron momentáneamente justificados: el enemigo fue alcanzado por sorpresa, y no podía hablarse siquiera de resistencia planeada alguna de parte de los griegos. Ciertamente, cuando la noticia acerca del desembarco persa llegó a Atenas, se envió inmediatamente un mensajero corredor a Esparta, con el pedido de auxilio; pero los espartanos se negaron a proporcionarlo inmediatamente, pretextando que, según el hábito existente entre ellos, no se podía emprender campaña alguna antes del plenurio. De modo que Atenas podía contar tan sólo con sus propias

fuerzas; únicamente Platea envió un destacamento auxiliar que, sin embargo, se unió a los atenienses sólo en el campo de batalla.

A la asamblea popular ateniense se le presentó la tarea de dar solución a una cuestión fundamental: ¿esperar al enemigo dentro de las murallas de la ciudad, o marchar a su encuentro? Después de muchas controversias, se resolvió presentar batalla a los persas en campo abierto. Milcíades insistía en una salida inmediata, señalando que toda demora podía dar ánimos a la actividad de los elementos persófilas en Atenas, y llevar a una catástrofe.

En las obras de Herodoto no hay datos acerca de los efectivos numéricos del ejército ateniense; sin embargo, los escritores posteriores informan que la cantidad de los guerreros atenienses llegaba a unos 9.000 ó 10.000 hombres. Dado que, probablemente, se trate sólo de la fuerza fundamental de combate, los hoplitas, hay que añadir a los mismos cierta cantidad de peltastas (infantería ligera) y de esclavos. Pausanias, escritor del siglo II de nuestra era, nos dice que en la batalla de Maratón fue la primera vez que los esclavos combatieron al lado de los helenos libres. Los informes de los historiadores de la antigüedad, según los cuales la cantidad de guerreros que formaban el destacamento auxiliar de Platea llegaba a unos mil, son sin duda exagerados, pues Platea no podía poner en pie de guerra semejante cantidad de combatientes. El lugar de la batalla en ciernes, la llanura de Maratón, bordeada por el sur, el oeste y el norte por los contrafuertes del Pentelicón y del Parneto, y por el este por el mar, tiene nueve kilómetros de longitud y tres de ancho. La parte norte de la llanura está ocupada, en sus tres cuartas partes, por marismas y la del sur forma una terraza que desciende gradualmente hacia el mar. Los persas desembarcaron en la parte norte, sobre una lengua de tierra muy angosta, situada entre las marismas y el mar, una posición excelentemente fortificada por la misma naturaleza. La posición que tomaron los griegos no aparece aclarada hasta ahora con precisión en la literatura científica. Herodoto se limita a indicar que los atenienses se situaron en las cercanías del Heracleón (templo de Heracles); pero esta versión carece de valor, puesto que se ignora dónde se hallaba dicho templo. La suposición más verosímil es la de que ocuparon el cerro situado en la parte sur de la llanura de Maratón, cerro que se eleva unos 850 metros sobre la llanura, dominando la gran vía que llevaba hacia Atenas, y que, en virtud de ello, constituía la posición más natural para los atenienses, ya que debían cortar al enemigo el camino hacia el corazón de su país. El campamento de los persas se hallaba hacia el norte de los atenienses, detrás de los pantanos; entre ambos ejércitos se extendía la llanura, llamada a ser el campo de batalla.

La batalla de Maratón tuvo lugar el 13 de septiembre del año 490 a. C. El relato de Herodoto, en sus rasgos fundamentales, se reduce a lo siguiente: después de la llegada del ejército griego a Maratón, surgieron entre los estrategas, encabezados por el polemarcha Calímaco, prolongadas discusiones acerca de si se debía o no ofrecer batalla.

Finalmente, se impuso la opinión de Milcíades de ofrecer batalla de inmediato. Muy pocos días después, Milcíades llevó a la llanura el ejército alineado en orden de combate y, con una marcha rápida, acelerada, atacó precipitadamente a los persas que se hallaban a una distancia de uno a uno y medio kilómetros. Se entabló un combate encarnizado, durante el cual el centro de los griegos fue roto por los persas. En cambio, en ambos flancos, el triunfo correspondía a los griegos, quienes se dirigieron entonces contra el centro enemigo, completando la destrucción del ejército persa. Los persas, batidos y acosados por los vencedores, se dirigieron a toda carrera hacia sus naves, y las restantes lograron escapar. En el campo de batalla cayeron 6.400 persas y solamente 192 atenienses, entre ellos el polemarcha Calímaco.

El relato de Herodoto transmite, en rasgos generales, correctamente la marcha de los acontecimientos. Queda aclarada la causa que había obligado a los atenienses a atacar a los persas, sin esperar a ser atacados por los mismos. Al reproducir el discurso pronunciado por Milcíades en el consejo que celebraron los estrategas, Herodoto pone en sus labios las siguientes palabras: «Si no ofrecemos batalla, estoy seguro de que las mentes de los atenienses serán presa de grandes perturbaciones, inclinándolas hacia los persas; en cambio, sin entramos en batalla antes de que se manifieste la escisión entre ciertos atenienses, con la ayuda de los dioses justicieros podremos salir victoriosos de este combate.» Resulta así que no fueron consideraciones militares propiamente dichos sino puramente políticas, las que impulsaron a los griegos a abandonar sus posiciones bien defendidas y atacar a los persas en la llanura: aquellas

consideraciones fueron, antes que ninguna otra, las de la inestabilidad de la retaguardia. Al parecer, aún antes, varias veces, posiblemente a diario, los persas hacían salir a la llanura sus ejércitos alineados en orden de combate, provocando a los griegos. Según Herodoto, Milcíades extendió las filas de sus hoplitas, inferiores en número a los persas, en línea de combate igual a la del enemigo; con esto, el centro griego resultó considerablemente debilitado; en cambio, los flancos fueron reforzados por Milcíades, quien dio a sus filas la máxima densidad. Una vez alineada, la falange griega avanzó al encuentro de los persas. La masa básica de la infantería persa, como ya se ha dicho, estaba compuesta de arqueros, cuyas flechas eran eficaces sólo a una distancia de unos cien metros. Esta distancia falta había obligado, al parecer, a Milcíades, a hacer cruzar a sus hoplitas a toda carrera, para evitar grandes pérdidas y para hacer el ataque más impetuoso.

¿Cuál es la causa de que los persas, cuando el ejército ateniense se les venía encima, no intentaron arrojar su caballería contra los flancos enemigos? Algunos investigadores consideraban que los caballeros debían ser ubicados en los flancos de la línea de fuego; pero tal alineamiento en la antigüedad comenzó a aplicarse, como regla general, en tiempos muy posteriores: a partir de los de Alejandro de Macedonia. En los siglos VI y V, en el ejército persa formado por destacamentos de diferentes nacionalidades, la caballería ocupaba generalmente lugares en la línea de combate, alternando con la infantería de su misma procedencia; y las partes seleccionadas de la misma, encabezadas por el capitán general, o por el propio rey, se hallaban en el centro. Aparentemente, tal fue el alineamiento de los persas, también en la batalla de Maratón. Herodoto señalaba que en el centro estaban apostados los persas propiamente dichos, y precisamente allí fue donde los atenienses sufrieron al comienzo un descalabro. Después de que en lucha encarnizada los hoplitas griegos hubieron batido a los flancos persas, y de que inmediatamente la misma suerte cupiera también al centro persa, los vencidos, según dice Herodoto, emprendieron precipitada huida hacia las naves. Entre el lugar del combate y el campamento persa había un obstáculo natural: un pequeño riachuelo; es posible que los persas lo hubieran utilizado colocando allí una especie de protección defensiva. Sea como fuere, transcurrió un tiempo antes de que los griegos, algo desconcertados por el combate, pudieran superar dicho obstáculo. Y fue precisamente ese lapso el que aprovecharon los persas para embarcarse, de manera que cuando los griegos se abrieron finalmente camino y se llegó a reiniciar la lid junto a las naves, el botín caído en sus manos ya no fue muy considerable. Es factible suponer que la cifra de las pérdidas atenienses, 192 caídos en el campo de batalla, más unos centenares de heridos, también se encuentra objetivamente señalada por Herodoto; los dardos persas sólo raras veces herían mortalmente a los hoplitas griegos, bien protegidos por sus armaduras. En conclusión, el relato de Herodoto, a pesar de algunas exageraciones y omisiones, engendradas por los sentimientos patrióticos del autor, nos da realmente una imagen verosímil de la batalla de Maratón.

La derrota experimentada no obligó, sin embargo, a los persas a deponer inmediatamente las armas y a renunciar a nuevas operaciones bélicas. Persia contaba con partidarios en Atenas, aquellos que se adherían a la causa de los Pisistrátidas y de los Alcmeónidas; y tales cálculos no eran infundados, ni mucho menos. Herodoto señala inclusive que alguno de los traidores había colocado en una de las alturas un escudo, señal convencional por medio de la cual informaba a los persas que en la ciudad estaba todo preparado para una revuelta; el rumor popular acusaba insistentemente de tal traición a los Alcmeónidas. Sea como fuere, la flota persa, habiendo zarpado de Maratón, bordeó el promontorio de Sunio y se dirigió directamente a Atenas. Los estrategas atenienses habían comprendido los planes de los persas; su ejército, sin la menor demora, emprendió el regreso y, avanzando a marcha forzadas, llegó a Atenas antes que los partidarios de los persas hubieran podido consumar su conato de traición. Por ello, cuando la armada persa penetró en la bahía de Falero, la ciudad ya se hallaba debidamente protegida, con una defensa segura y sólida. Los persas no se arriesgaron a hacer un desembarco y, tras haber permanecido unos días a la vista de Atenas, zarparon hacia el Asia Menor.

Causas de la derrota de los persas. El papel de Milcíades y su destino

Así terminó la campaña del año 490 a. C. La derrota de Maratón había asestado un golpe irreparable a las operaciones bélicas de los persas, que con tanto éxito se habían desarrollado hasta entonces. En Maratón se puso en evidencia la superioridad de la milicia democrática de los ciudadanos atenienses, sobre los persas, pues aquella defendía con tesón el suelo patrio contra las invasiones de un enemigo. En la batalla de Maratón igualmente se puso en evidencia la superioridad de las armas y de la táctica griegas: el violento ataque y presión de orden cerrado de los hoplitas deshizo a la informe masa de los arqueros persas y sus jinetes. Grandes fueron también los méritos de Milcíades, quien supo apreciar acertadamente el peligro de los enemigos internos y, en el campo de batalla, supo insistir en la osada decisión de atacar al enemigo, sin esperar que éste atacara primero. Con valentía no menor, Milcíades adoptó la decisión de debilitar algo el centro de la línea de combate para reforzar los flancos y, finalmente, llevando a último momento la marcha de los hoplitas a un acelerado ritmo de carrera, convirtió su embestida en algo semejante al golpe de un ariete.

Poco después de Maratón abandonó la arena histórica. Recibió de Atenas en calidad de préstamo una cantidad de dinero, y a su propio riesgo emprendió una campaña contra la isla de Paros, a pretexto de castigar a sus habitantes por la ayuda prestada a los persas. La expedición terminó en un fracaso. Milcíades fue gravemente herido y, a su regreso a Atenas, fue acusado por los Alcmeónidas y sometido a juicio. Sus acusadores exigieron la pena capital por haber engañado al pueblo ateniense. Los destacados méritos de Milcíades lo salvaron de la muerte, pena que fue sustituida por una enorme multa, la que no tuvo que pagar porque poco después del proceso falleció (en el año 489) a consecuencia de la herida que recibiera durante la expedición a Paros. La batalla de Maratón tuvo un gran valor y significación, porque dispuso ante los ojos de los griegos, la aureola de invencibilidad que rodeaba al ejército persa y probó la posibilidad de luchar con éxito contra la poderosa monarquía.

5. La campaña de los persas en los años 480-499 a. C.

Preparativos de Persia para una nueva campaña contra Grecia

El fracaso de Atis y Artafernes no bastó para que Darío renunciara a conquistar a Grecia; por el contrario, ese fracaso tuvo más bien la virtud de excitarlo a realizar nuevos esfuerzos con el fin de conseguir ese objetivo. La derrota había hecho vacilar con excesiva intensidad el prestigio bélico de Persia; y demasiado importante eran los motivos que forzaban al «rey de los reyes» a extender su dominio sobre todo el litoral occidental del mar Egeo. Debido a ello, ya en los años 489-488, Darío inició grandes preparativos para una nueva campaña contra Grecia. Mas se dieron tales circunstancias, que esa nueva poderosa campaña sólo pudo ser llevada a cabo en el año 480 a. C.

En el año 486, antes de que los preparativos de Darío, realizados en amplia escala, hubieran podido ser llevados a término, estalló en Egipto una seria sublevación; ese mismo año murió el propio Darío. Le sucedió Jerjes, el mayor de sus hijos, tenido con Atosa, hija de Ciro. El nuevo rey empleó dos años en aplastar la sublevación egipcia y en subyugar a la Babilonia amotinada. A comienzos del 483 logró Jerjes restablecer la tranquilidad interior de su reino y reanudar los interrumpidos preparativos para la campaña griega. Los fracasos de las campañas anteriores habían demostrado de manera harto convincente, que la conquista de Grecia sólo podía realizarse mediante la movilización de todas las fuerzas de la enorme monarquía. En efecto, ninguna de las campañas emprendidas por los reyes de Persia fue preparada tan minuciosa y sistemáticamente como la de Jerjes. Tres años (483-480) fueron invertidos en los preparativos bélicos y diplomáticos. En primer lugar, Jerjes tomó medidas para que los griegos se encontraran completamente aislados, privados de la posibilidad de tener aliados. En este sentido, un peligro, un peligro indudable lo representaban para los persas los griegos

occidentales, especialmente el Estado de Siracusa, en Sicilia, que disponía de considerables fuerzas bélicas terrestres y marítimas. Las informaciones acerca de la existencia de un tratado especial, una especie de alianza, entre Jerjes y Cartago, que hacía a los griegos occidentales enemigos irreconciliables de los griegos, son muy verosímiles. Tal tratado aseguraba para los persas la ayuda de cartagineses, los que operarían con vistas a quitar a Siracusa la posibilidad de acudir en ayuda de Grecia. A ejemplo de Darío, Jerjes procuró hacerse aliados en el interior de Grecia. La diplomacia persa supo conseguir que Tesalia y Beocia reconociesen el poder supremo del «rey de los reyes». Argos, permaneciendo formalmente neutral, se hallaba de hecho de parte de los persas, los cuales además podían seguir contando, como antes, con la ayuda de los elementos persófilos en otros Estados griegos: los muchos desterrados griegos que se hallaban en la corte de Jerjes (entre ellos el ex rey espartano Demarato), suministraron a los jefes persas valiosos informes acerca de la situación en Grecia. De esta manera, los persas efectuaron una preparación diplomática para asegurarse el éxito completo de la campaña.

No menos fundamental era la preparación bélica. Mardonio, el más cercano consejero militar de Jerjes, había ofrecido al rey su antiguo plan estratégico, eliminando del mismo aquellos errores que habían conducido al fracaso en el año 492. Dado que, durante aquella campaña, la flota persa había sufrido una catástrofe junto al promontorio de Atos, Jerjes, por consejo de Mardonio, ordenó trazar un canal a través del angosto istmo que unía el rocoso promontorio con el continente. Para resolver este problema, fue reunida allí una enorme masa de hombres que trabajando empeñosamente durante tres años, bajo la dirección de expertos ingenieros, abrieron un canal por el cual podían pasar, con plena seguridad y en dos filas las naves persas.

Más aún. Para trasbordar el ejército terrestre a Europa a través del Helesponto, se erigieron dos pontones junto a Abidos. Relata Herodoto que una tormenta, que se había desencadenado inesperadamente, hizo añicos esos pontones, y el enfurecido Jerjes ordenó castigar al Helesponto flagelándolo, para lo cual se arrojaron al agua unas cadenas. Los pontones fueron nuevamente construidos y el ejército pudo ser trasbordado a Europa. A lo largo de toda la costa de Tracia y Macedonia fueron instalados depósitos cuya misión era asegurar a las tropas la provisión de todo lo que les fuera necesario durante la prolongada marcha. A los griegos les parecían grandiosas las fuerzas que Jerjes tenía la intención de arrojar sobre ellos. Herodoto dedica varias páginas de su obra a la descripción de los muchos pueblos supeditados al rey persa que habían enviado sus tropas de infantería y caballería, de las cuales describe también indumentaria y armas. En total, según Herodoto, en la invasión a Grecia tomaron parte 5.203.220 hombres.

Hace mucho ya que estas cifras, realmente monstruosas para aquellos tiempos, provocan una justificada desconfianza entre los investigadores. El historiador del arte militar Delbrück, ha hecho cálculos que le permitieron llegar a la conclusión de que, con esa cantidad, el ejército de Jerjes tendría que haberse extendido, durante la marcha, en una longitud no menor de 3.000 kilómetros; dicho con otras palabras: cuando la vanguardia se acercaba a la Grecia media, los últimos destacamentos comenzarían la marcha en las orillas del Tigris. Las cifras suministradas por Herodoto deben ser rechazadas como manifestaciones fabulosas. La más probable es la suposición de que el ejército de Jerjes contaba con cerca de 100.000 hombres; y si la correlación por Herodoto es acertada, otro tanto en el número que correspondía a las tropas auxiliares. Desde luego, aún esta cantidad de hombres armados debió parecer monstruosa a los griegos, y no es de extrañar que exageraran tanto su cantidad. No menos imponentes eran las fuerzas marítimas acumuladas por Jerjes: según Esquilo, la flota persa se componía de mil navíos; y, según Herodoto, eran 1.208. Si se toma en consideración que la flota comprendía gran número de barcos de carga y transportes y naves pequeñas impropias para un combate (Esquilo señala claramente que los persas poseían tan sólo 207 trieres veloces), es factible admitir que Jerjes logró realmente reunir unos mil barcos.

Hacia el invierno de los años 481-480, todos los preparativos para la campaña estaban terminados; el ejército terrestre se encontraba concentrado en la Capadocia y la armada cerca de Fócea, en el litoral occidental del Asia Menor. La terrible amenaza de la invasión para cernirse sobre Grecia.

Grecia, en vísperas de la invasión persa. La actividad de Temístocles

El favorable resultado de la batalla de Maratón no significaba aún, ni mucho menos, el cese de la lucha contra Persia, sin una muy breve tregua. En el ínterin, continuaba en Grecia la ininterrumpida lucha entre las polis autónomas, cada una de las cuales trataba de poner a salvo, en primer lugar, sus intereses estrechamente locales. El peligro persa se dejaba sentir, de manera más aguda, en Atenas. Esparta se hallaba en condiciones de defender su libertad, fortificando el istmo de Corinto; pero el Ática estaba abierta a un golpe persa. Era necesario prepararse para la defensa, poniendo en tensión todas las fuerzas.

A pesar de la victoria obtenida en Maratón, estaba claro que ningún triunfo en tierra podía asegurar la libertad e independencia de Grecia, mientras los persas tuvieran el predominio del mar, puesto que, poseyendo el Helesponto, los persas habrían dificultado las relaciones comerciales de Atenas con el mar Negro, principal fuente en el suministro de cereales para el Ática. De esta manera, el dominio del mar se convertía para el demos en cuestión de vida o muerte.

Pero la creación de una armada marítima y, en consecuencia, el traslado del centro de gravedad del poderío militar ateniense hacia el mar, significaba el crecimiento del poder político de la plebe urbana, ya que en el seno de la misma se reclutaban a los marineros, a los que no había necesidad de proveer de costosas armas. Los representantes de los círculos agrarios conservadores, que no querían elevar el papel político de los artesanos, de los changadores, de los marineros, etc., se resistían tenazmente a la realización del «programa marítimo».

Los opositores a la creación de una fuerte armada ateniense —los Pisistrátidas y los Alcmeónidas— fueron eliminados por la asamblea popular mediante el ostracismo. En el año 486 fue expulsado el alcmeónida Megacles, y en el 485 otro alcmeónida, Jantipo. Al mismo tiempo se democratizó el régimen estatal de Atenas. Los arcontes aún seguían desempeñando un papel importante en el gobierno; y aún cuando Calístenes había abolido todos los privilegios inherentes al abolengo, los arcontes seguían siendo elegidos, casi sin excepción alguna, entre las filas de la aristocracia. A ese baluarte de la aristocracia le fue asestado un golpe demoledor: en los años 488-487 fue introducido el sorteo como medio de proveer el cargo de arconte. Gracias a esta reforma, el cargo dejó de tener, en esencia, ningún valor y el papel conductor comenzaron a desempeñarlo los diez estrategas, que eran elegidos no por sorteo, sino mediante la quirotonía (al levantar la mano); el jefe del colegio de estrategas era elegido por la asamblea popular, también con este método de votación.

El obstáculo más importante para la realización del programa de Temístocles y sus partidarios fue la oposición manifestada por Arístides. Este representaba no sólo a las capas más pudientes de la población urbana y a los terratenientes de origen aristocrático, sino que también le seguían una parte considerable del campesinado ático, que temía una invasión enemiga desde tierra firme, y que evidentemente exigía la fortificación de la frontera terrestre. No obstante, se impusieron Temístocles y sus partidarios. Les favorecía el hecho de que Atenas, como Estado carente de tierras fértiles, ya pisaba firmemente el camino del desarrollo de las artes, los oficios y el comercio marítimo. Y esta situación determinó a su vez el aumento del peso específico en la vida política de las correspondientes capas de la población ateniense.

Entre los años 483-482 Arístides fue desterrado. Al fin, después de una tenaz lucha de diez años, «el partido marítimo», con Temístocles a la cabeza, se dio a la tarea de construir una gran flota. Los medios para lograrlo fueron extraídos de los ingresos producidos por las minas de plata del Laurión, en posesión de Atenas desde hacía muchísimos años. De acuerdo con una costumbre inveterada, la plata extraída de aquellos yacimientos se distribuía equitativamente entre todos los ciudadanos. Y precisamente en el año 483 fueron descubiertos unos yacimientos excepcionalmente ricos, que aumentaron considerablemente la extracción del noble metal. Temístocles propuso, en la asamblea popular, que la plata que se extraía fuera invertida en la construcción de la flota. Llamando la atención con los preparativos bélicos iniciados por Jerjes, apeló a los ciudadanos para que se empleara la plata de Laurión en la construcción de una flota de guerra. El proyecto de Temístocles fue aprobado por la asamblea popular, y la construcción de las trieres de combate se desenvolvió a un ritmo acelerado. Hacia el año 480 Atenas disponía

ya de una flota que contaba con no menos de 180 trieres. Ningún Estado griego jamás había tenido flota tan poderosa. Al mismo tiempo comenzaron a erigirse fortificaciones en el Pireo y a transformar a éste en un puerto militar.

El triunfo del «partido marítimo» y la construcción de una gran flota determinó cambios esenciales en el régimen económico y social de Atenas. Hasta entonces, el papel decisivo en la vida de esa capital lo desempeñaban los círculos del ejército, los hoplitas. Con la construcción de la flota, el centro de gravedad de una guerra quedaba trasladado hacia el mar y la fuerza básica militar la tenían ya los marineros reclutados entre la cuarta clase económica, la de los tetes. Todo esto determinó la democratización del régimen esclavista de Atenas.

Alianza de Atenas con Esparta. El congreso de las ciudades griegas

Las noticias que anunciaban el trazado por los persas de un canal junto a Atos y el tendido de puentes sobre el Helesponto, como también otros preparativos bélicos de Jerjes, provocaron profunda conmoción en todas las polis griegas. Los espartanos comprendían que venciendo los persas a las demás polis griegas perderían su independencia.

Ciertamente, contra las fuerzas persas terrestres existía la posibilidad de defenderse creando una línea fortificada en el istmo de Corinto; pero a la armada persa Esparta no tenía nada que oponerle. Además, la aparición de los persas en Laconia provocaría inmediatamente una sublevación de los ilotas, lo cual acarrearía el completo naufragio del régimen social espartano. En virtud de ello, con el vehemente deseo de la clase dominante en Esparta de eludir un choque con Persia, y a pesar de la hostilidad que se sentía respecto a la democracia esclavista ateniense, lo único posible para salir del atolladero era cerrar alianza defensiva con Atenas. Sólo la poderosa armada ateniense, creada en los últimos años, estaba en condiciones de defender las fronteras de Esparta contra los persas.

Frente a lo terrible del peligro, la alianza de Atenas y Esparta no ofrecía una garantía para la independencia griega; era necesario crear una organización más poderosa, atraer hacia esa alianza, dentro de lo posible, a todos los Estados griegos. Sin embargo, un centro tan grande como Delfos, hacia donde convergían los griegos de los Estados más heterogéneos, no se ponía a la cabeza del movimiento de unidad contra los persas, porque compartía la orientación política de los círculos griegos septentrionales, filopersas. Debido a esto, la pitonisa que profetizaba en el templo de Apolo en Delfos, disuadía a las distintas comunidades de participar en la lucha, y auguraba a Atenas el total hundimiento y la ruina absoluta. La alianza del Peloponeso era una unión demasiado estrecha, vinculadas exclusivamente por pequeños intereses locales. Una imperiosa e inpostergable necesidad exigía la creación de una nueva alianza panhelénica.

En el otoño del año 481 a. C. casi todas las comunas griegas habían recibido de Esparta una invitación a enviar sus representantes al templo de Poseidón en el istmo de Corinto, cerca de la ciudad de Corinto. No todos los invitados, ni mucho menos, respondieron a esta convocatoria; algunos ni siquiera contestaron. Así y todo, el congreso tuvo lugar. En virtud de las resoluciones tomadas en el mismo, quedaban interdictas todas las guerras entre los Estados griegos y las partes en querrela debían hacer las paces entre sí. Atenas se reconcilió con Egina. Más aún: los delegados acordaron la formación de una alianza defensiva, las cantidades de guerreros que tendrían que poner en pie de guerra y el sometimiento a un severo castigo de aquellas comunas que voluntariamente se adhirieran a los persas. Finalmente, se tomaron medidas para establecer con más precisión las escalas y el carácter de los preparativos bélicos de los persas. Embajadas especiales fueron enviadas a Argos, Corcira, Siracusa y las ciudades costeras de Creta, para intentar la alianza de las mismas. Los resultados de este procedimiento fueron bastante tristes: Argos, que ya había formalizado anteriormente un acuerdo con los persas, declaró su neutralidad; Siracusa no podía proporcionar ayuda alguna a los griegos, debido a que sus fuerzas estaban trabadas en hostilidades con los cartagineses; Corcira, aún cuando había prometido ayuda, llegó tarde con su flota para la batalla; las ciudades de Creta contestaron con una franca negativa. Y, no obstante, el congreso se efectuó y tuvo un enorme valor: la finalidad en cuyo nombre se habían reunido los delegados de los diferentes Estados griegos, y que Herodoto expresa con las palabras «la de aunar a todos los helenos y actuar, entre todos, en

pleno acuerdo», fue conseguida, aún cuando no en forma completa. La conciencia, frente al peligro común, de la unión de los intereses panhelénicos, había encontrado su expresión en la alianza o liga panhelénica. Y dado que tal alianza era considerada como una especie de ampliación de la anterior confederación peloponesiaca, Esparta tomó a su cargo la dirección. Los espartanos Leónidas y Euribíades recibieron los cargos de comandantes supremos de las fuerzas de tierra y de mar, respectivamente, de la alianza.

Las fuerzas armadas griegas. Comienzo de las operaciones bélicas

Herodoto no da noción alguna acerca del alcance numérico del ejército griego; así y todo, en base a sus datos sobre la cantidad de los guerreros griegos que tomaron parte en la batalla de Platea, puede suponerse que el ejército terrestre de los griegos se componía de más o menos unos 35.000 hoplitas y un número igual de guerreros de infantería ligera. En cuanto a la flota, los griegos durante toda la guerra no pudieron exponer más de 366 navíos, de los cuales las dos terceras partes eran atenienses. El congreso de la liga, que volvió a reunirse algo más tarde en la primavera del año 480, elaboró el plan de las operaciones bélicas. A propuesta de Temístocles, con la cual, al parecer, los espartanos se conformaron sólo tras largas vacilaciones, se resolvió trasladar el centro de gravedad de las operaciones hacia el mar; el ejército de tierra firme sólo tenía que servir de protección a la flota y hacer más livianas las operaciones de la misma.

En la temprana primavera del año 480, el ejército persa, bajo el mando del propio Jerjes, se puso en marcha; en mayo los persas cruzaron el Helesponto a través de los pontones y, moviéndose por los caminos costeros de Tracia, alcanzaron, a finales de julio, a Terme. A este punto también arribó la flota que acompañaba al ejército, avanzando al comienzo a lo largo de la costa, y luego por el canal de Atos. De acuerdo con el plan aceptado anteriormente, los griegos resolvieron cerrar, ante el ejército enemigo que avanzaba, aquellos pocos pasos que, desde el Norte, llevaban a la Hélade. En consecuencia, en la misma primavera del año 480 el ejército de la alianza helénica marchó al encuentro de los persas a Tesalia. Los tesalios estaban desarrollando un doble juego: por una parte, hacía mucho que estaban en relaciones con el rey persa, y por otra, cuando surgió la alianza panhelénica, se dirigieron a ella en busca de ayuda, prometiendo la suya en el caso de que los griegos lograran impedir a los persas que invadieran Tesalia. El ejército aliado ocupó el desfiladero de Tempe, un paso que comunicaba a Macedonia con Tesalia. Sin embargo, muy pronto se puso en evidencia que era imposible retener esa posición. Los generales griegos se enteraron de que existían otros pasos hacia el interior del país, completamente accesibles para un movimiento envolvente por parte de los persas; además, la conducta de algunas tribus tesalios era manifiestamente sospechosa. Y, con la retaguardia carente de seguridad, la defensa del paso de Tempe se volvía arriesgada. El ejército tuvo que retroceder hacia el Sur, dejando en poder de los persas la rica Tesalia, con sus fecundas tierras de labranza y hermosos campos de pastoreo.

La defensa de las Termópilas y el combate del Artemisión

Las fuerzas aliadas griegas se concentraron junto al desfiladero de las Termópilas, en la frontera entre Tesalia y la Grecia central. Los altos cerros, bajando verticalmente casi hasta la misma costa del mar, dejan allí sólo una angosta vereda. Se tomó la decisión de defenderse de los persas precisamente en las Termópilas. Pero los espartanos, que habían prometido enviar fuerzas terrestres, sólo proporcionaron 300 guerreros mandados por el rey Leónidas. Este, a quien se había encomendado el mando de todo el destacamento griego en dicho punto, tenía a su disposición cerca de 5.000 hombres. La flota griega, compuesta de 271 trieres, cuando se recibió la noticia de que Jerjes había llegado a Terme, se hizo a la mar y ancló junto al extremo norte de la isla de Eubea, cerca del promontorio de Artemisión. El comandante de esta flota era el espartano Euribíades; más, en vista de que los atenienses eran los que habían enviado la mayor cantidad de naves (127), fue Temístocles el que, en esencia, desempeñó el principal papel dirigente en las operaciones. Junto al litoral del Ática se habían dejado unas 53 trieres atenienses para cubrir la retirada de la flota en caso de un mal resultado. La flota persa salió al encuentro

de los griegos y en el camino sufrió fuertes pérdidas debido a una tempestad. Los persas ocuparon una posición al norte de la de los griegos, en el golfo de Pegaso, al mismo tiempo que sus ejércitos terrestres se acercaron casi al mismo desfiladero en las Termópilas.

En tales circunstancias, las fuerzas de ambas partes enemigas se encontraron enfrentadas en tierra y en mar, y era inevitable una batalla. Sin embargo, Jerjes tardó cuatro días en dar comienzo al asalto de las Termópilas: al parecer, esperaba la salida de la flota, impedida por el mal tiempo. Al quinto día, el ejército terrestre de los persas marchó al asalto; simultáneamente, sus navíos comenzaron la batalla naval con los griegos. En el mar, el combate se prolongó durante tres días enteros y terminó sin un resultado definido. Los griegos no lograron hacer retroceder a los persas ni acudir en auxilio de los defensores de las Termópilas; mas tampoco los persas pudieron derrotar a la flota griega. Al cuarto día, la armada persa ni siquiera se hizo al mar y no efectuó la menor tentativa de perseguir a las naves griegas que iban retirándose. En el ínterin, las tropas de Jerjes asaltaron furiosamente el desfiladero de las Termópilas, pero los ataques se estrellaron uno tras otro contra la inquebrantable firmeza de los guerreros griegos. Sólo debido a una traición, los persas encontraron un camino que llevaba, a través de la montañas, hacia la retaguardia de la posición de las Termópilas, aparecieron a las espaldas de los defensores del desfiladero. En estas condiciones, la resistencia griega se hizo inútil. Leónidas ordenó a los aliados que se retiraran, y él mismo, a la cabeza de sus 300 espartanos, a los cuales se adhirió voluntariamente un destacamento de ciudadanos de Tespias, se quedaron para cubrir la retirada. De acuerdo con la antigua ley espartana, ningún guerrero tenía el derecho a ceder, en ninguna circunstancia: el desprecio general, el vergonzoso apodo de «tembloroso», inclusive la privación de los derechos políticos, era el destino del que violaba esta ley. En el encarnizado y sangriento combate cayó el propio Leónidas, y los sobrevivientes continuaron combatiendo en torno al cuerpo del jefe caído. Cuando se rompieron las lanzas, siguieron peleando con espadas, incluso con los brazos desarmados, hasta que todos cayeron. Los persas obtuvieron esta victoria a costa de enormes pérdidas; allí encontraron la muerte multitud de nobles persas, entre ellos dos hermanos del rey. La heroica hazaña de Leónidas y sus guerreros produjo una impresión extraordinariamente emotiva tanto sobre los griegos como sobre sus enemigos. En el sitio en que se libró la batalla, los griegos erigieron posteriormente un monumento con la figura de un león en la cúspide, y con un texto compuesto por el poeta Simónides:

«¡Oh extranjero: relata a los espartanos nuestra muerte;
Cumplida con honra la ley, aquí yacemos en la tumba!»

Una vez caído el desfiladero de las Termópilas, la permanencia junto al Artemisión de la flota griega, bastante perjudicada en la batalla naval, había perdido valor, e incluso se hizo peligrosa, razón por la cual zarpó apresuradamente a través del golfo de Eubea, de regreso al Ática. El ejército griego no podía ni siquiera pensar aún en librar batalla en campo abierto a un enemigo tan numeroso; tal empresa sólo podía terminar en una rotunda derrota. No había ninguna posición fuerte hasta el mismo istmo de Corinto, que sirviera para una prolongada defensa; en el istmo, la liga del Peloponeso estaba erigiendo en aquel momento, a toda prisa, una línea de fortificaciones.

Beocia dio paso libre a los persas. Una de las causas que movieron a los aristócratas beocios a ponerse del lado de los persas era la esperanza de que mediante la ayuda de éstos lograrían arreglar cuentas fácilmente con el movimiento popular. Por lo demás había una serie de otras causas. Beocia estaba situada en la Grecia central, en la región que sería la primera en sufrir la invasión de los persas, y esa invasión enemiga era especialmente temida por los beocios, agricultores en su aplastante mayoría. Y algo más: el sólo hecho de que sus enemigos jurados, los atenienses, encabezaban aquella lucha contra los persas, inclinaba a los beocios a ponerse de parte de Jerjes. Toda la Grecia central quedó abierta al enemigo, y el ejército persa se movió por el país destruyendo e incendiando todo en su camino. Sólo salió indemne el riquísimo templo de Delfos: Jerjes comprendía demasiado bien su valor y apreciaba sus simpatías hacia los persas. Y

a todos los que no deseaban someterse a los persas, no les quedaba otra salida que huir del país llevando consigo todo lo que fuera posible sin riesgos.

En aquel tiempo, Atenas aún no estaba unida por murallas con el Pireo. En caso de ser sitiada la ciudad, la población estaría condenada ineludiblemente a la muerte por inanición. En tan crítica situación, el pueblo y el gobierno atenienses se vieron forzados a adoptar como solución la de abandonar la ciudad y el país al enemigo.

Previamente, en Atenas fue declarada la amnistía general, y se otorgó a todos los que habían sufrido el ostracismo el derecho a regresar a la patria. Bajo la dirección del areópago, en completo orden, sin pánico ni confusión, la población fue siendo evacuada. Cada uno de los evacuados recibía del areópago un subsidio. Los varones fueron dirigidos hacia la flota; los ancianos, las mujeres y los niños, junto con los esclavos y los bienes transportables, fueron llevados a Salamina, Egina y Trecene. Cuando la caballería persa hizo su aparición a la vista de Atenas, la ciudad estaba vacía. Sólo un grupito de fanáticos que había resuelto morir estaba parapetado detrás de los muros de madera de la acrópolis; sin mayor dificultad, los persas le exterminó; la ciudad fue destruida y quemada, toda el Ática fue asolada. La flota persa echó anclas junto al puerto ateniense de Falero.

Los preparativos para la batalla naval

La flota aliada griega se había congregado junto a Salamina. Las pérdidas experimentadas en Artemisión fueron parcialmente subsanadas mediante la reparación de las naves dañadas y con los refuerzos llegados desde Egina y el Peloponeso. Las tentativas de Temístocles de incitar a los jonios que se hallaban en la flota persa, a que se pasaran a la alianza helénica, no tuvieron éxito; sólo cuatro naves enviadas por Naxos, por orden del rey, para ayudar a la flota persa, se adhirieron a los griegos. Según dice Esquilo, la flota griega que tomó parte en la batalla estaba formada por un total de 310 navíos, de los cuales 110 eran atenienses. La posición ocupada por los griegos junto a Salamina era excelente: no sólo permitía defender la isla, en la que había una multitud de refugiados atenienses, sino que estaba en condiciones de impedir a los ejércitos terrestres de los persas el avance hacia las fortificaciones erigidas en el istmo de Corinto. Empero, según Herodoto, muchos estrategas proponían la retirada y que se eludiera la batalla. A pesar de todo, triunfó la opinión de Temístocles, de que era necesario atraer inmediatamente a los persas a una batalla naval.

Herodoto reproduce un relato sobre la manera de que se valió Temístocles, con una hábil estrategia, para decidir el resultado del asunto. Temístocles envió a uno de sus esclavos al rey persa, con el mandato de comunicar a Jerjes, en su nombre, que él simpatizaba con los persas, que entre los griegos reinaban el desánimo y la tristeza y la propensión a dispersarse, presas del más grande terror; y que, por ello, no había más que atacarles inmediatamente, para que la victoria estuviera asegurada. Al parecer, Jerjes se dejó seducir por la posibilidad de terminar la guerra de un solo golpe: junto al Artemisión, la flota griega había escapado, pero ahora podía rodearla por todos los costados. La armada helénica estaba anclada en una bahía que penetraba profundamente en la costa oriental de la isla, junto a la ciudad de Salamina. Una angosta franja de agua, entre la isla y el continente por el sur, casi encierra el islote de Psitalia, y allí, a lo largo de las costas del Ática, se alinearon en tres filas las naves persas, y en la isla fue desembarcado un fuerte destacamento. Hacia la salida occidental del estrecho, hacia la ciudad de Megara, Jerjes envió un destacamento naval auxiliar para cortar a los griegos la posibilidad de retirada. El ejército terrestre de los persas fue llevado hacia la costa, a la retaguardia de las principales fuerzas de la armada, y el propio Jerjes se ubicó en un alto cerro para poder seguir desde allí el desarrollo de la batalla.

La batalla de Salamina

El 28 de septiembre del año 480, por la mañana temprano, la flota griega en formación de batalla, teniendo en el flanco izquierdo los navíos atenienses y en el derecho los de Esparta y de Egina, fue la primera en avanzar contra los persas, entablándose una encarnizada batalla. Los

marineros persas combatieron con extraordinaria tenacidad y valentía. Pero muy pronto se produjo entre ellos gran confusión: en el angosto estrecho, de poquísima profundidad, las filas posteriores de las naves estorbaban los movimientos de las anteriores. Fueron inútiles los esfuerzos de los expertos marinos fenicios, pues, cediendo al ataque de los navíos griegos, la enorme flota persa se amontonó en una masa desordenada. Las naves penetraban ruidosamente en los cuerpos de las otras, encallaban en los bancos de arena y zozobraban en gran cantidad, hundiéndose. Simultáneamente, Arístides, que había aprovechado la amnistía para regresar a su patria en vísperas de la batalla, desembarcó con un destacamento de hoplitas atenienses en Psitalia y aniquiló allí al destacamento persa. Al llegar la noche todo había acabado: la enorme flota persa estaba deshecha, destruida casi por completo. Las naves restantes no se hallaban en condiciones de emprender ninguna operación seria. La flota creada por los atenienses había salvado la independencia de Grecia.

Período que siguió a la batalla de Salamina

La guerra aún no estaba terminada, ni mucho menos. El ejército persa de tierra firme, fuerte y numeroso, continuaba en el Ática, pero las consecuencias de la batalla de Salamina se pusieron de manifiesto inmediatamente. Alarmado por el destino de su monarquía, que podía verse amenazada por la victoriosa flota griega, Jerjes decidió regresar al Asia y, tras entregar el mando sobre el ejército a Mardonio, abandonó Grecia. Al día siguiente de la batalla de Salamina, Temístocles pronunció ante el consejo de guerra un discurso proponiendo enviar la flota griega a apoderarse del Helesponto: con esta operación quedarían cortadas las comunicaciones del ejército persa y paralizadas sus actividades. Pero la Liga del Peloponeso, que aún seguía temiendo una invasión persa por el istmo de Corinto, rechazó el plan por considerarlo demasiado arriesgado. Lo único que pudo lograr Temístocles fue emprender una expedición contra las polis insulares que, como Andros, Paros y Naxos, apoyaban a los persas o guardaban neutralidad respecto a los mismos. Temístocles impuso a tales islas una fuerte contribución, reuniendo así una suma de dinero para la prosecución de la guerra, y estableció en las mismas gobiernos adictos a Atenas.

Los persas, aún después de su desastre en Salamina, no creían completamente perdida su causa: pensaban que podrían quebrantar la resistencia de los griegos mediante una guerra prolongada. Mardonio, habiéndose hecho cargo del mando después de la partida del rey, llevó al ejército desde la devastada Ática hacia la fértil Tesalia, donde pasó el invierno de los años 480-479. Las dificultades que se presentaban al ejército persa eran muy considerables. Desde luego, Mardonio podía volver a ocupar el Ática en cualquier momento, más sin la colaboración de la flota no podía pensar siquiera en abrirse paso a través del istmo de Corinto, sólidamente fortificado. Y debían de transcurrir unos años antes de que se pudieran restablecer las pérdidas causadas en Salamina; momentáneamente, la flota persa sólo podía proteger el litoral del Asia, y antes que nada, a Jonia, en donde una victoria de los griegos podía provocar una sublevación.

Después de haberse disipado el peligro inmediato que se cernía sobre el istmo, los espartanos se inclinaron a aceptar el plan de Temístocles, rechazado por ellos anteriormente, y propusieron el envío de toda la flota griega hacia las costas asiáticas. Pero esta vez fueron los atenienses, que habían comenzado a regresar a su país, aislado después del retiro de los persas, los que se pronunciaron contra ese plan, que les parecía demasiado arriesgado, puesto que los persas podían aparecer nuevamente en el Ática en cualquier momento. Temístocles fue separado del comando, ocupando su lugar Arístides. Al fin, los griegos se limitaron a una medida a medias: parte de la flota quedó anclada junto a las costas de Grecia, y la otra parte, más o menos unas 110 trieres, bajo el mando del rey espartano Leotíquidas, se dirigió hacia la isla de Delos. Al ocupar esta posición, la flota mencionada podía, en caso necesario, regresar inmediatamente a Grecia, y, al mismo tiempo, ofrecía una amenaza directa al litoral del Asia Menor. De una u otra manera, Mardonio debía tener presente esta amenaza. El jefe persa, antes de emprender operación bélica alguna, resolvió hacer lo posible para separar a Atenas de la alianza panhelénica. Por encargo de Mardonio, el rey macedonio Alejandro, aliado de Persia, que anteriormente había mantenido relaciones amistosas con los atenienses, se dirigió a Atenas e

hizo la siguiente proposición al gobierno: Atenas obtendría la absoluta independencia, todas las ciudades asoladas serían restablecidas por cuenta de los persas; aún más, Jerjes se comprometía a anexar a Atenas cualquier territorio que ésta apeteciera, todo ello a condición de establecer inmediatamente una alianza militar con Persia.

Pese a tales propuestas, el Gobierno ateniense no aceptó traicionar la causa de la defensa panhelénica; para los políticos atenienses era claro que, existiendo el dominio persa en el resto de Grecia y en el Helesponto, la prometida «independencia» no sería más que una sarta de palabras huecas. La misión de Alejandro terminó en un rotundo fracaso. Los aliados griegos de Mardonio aconsejaron a éste que enviara embajadores a otras ciudades griegas, a la nobleza local de cada una de ellas, para asegurarse el apoyo de las mismas, pero, según relata Herodoto, Mardonio no hizo caso de ese consejo.

La guerra, pues, continuó. Los atenienses hicieron una tentativa de aprovechar las negociaciones entabladas con Persia, con el fin de poder ejercer presión sobre Esparta; se necesitaba que la Liga del Peloponeso encaminara sus ejércitos hacia la Grecia Central. Más tales tentativas no tuvieron éxito; con los más diversos pretextos, la Liga del Peloponeso eludía una campaña, pues no deseaban abandonar el fortificado istmo de Corinto. A finales de junio del año 479 Mardonio dio comienzo al avance y ocupó, sin obstáculo alguno, toda el Ática; los atenienses volvieron a verse en la necesidad de huir a Salamina. Mardonio ofreció, por última vez, la paz reiterando sus condiciones anteriores, pero los atenienses se mantuvieron inquebrantables en su negativa. A propuesta de Arístides, se envió a Esparta una embajada extraordinaria formada por Cimón, hijo de Milcíades, Jantipo y Mirónidas, con la exigencia de que se hiciera avanzar inmediatamente las tropas, en son de ataque; en caso contrario, los atenienses amenazaban pasarse a los persas. La amenaza tuvo efecto, puesto que en caso de defecionar Atenas y la flota ateniense, Esparta quedaría indefensa. Comprendieron allí que no era posible tardar más. Fue declarada en el Peloponeso la movilización general, y las fuerzas aunadas de la Liga del Peloponeso, mandadas por Pausanias, regente espartano (el rey era menor de edad), cruzaron el istmo y comenzaron el avance. Mardonio no pudo sostenerse por más tiempo en el Ática asolada y ocupó una posición apta para las operaciones de su caballería: la llanura junto a los contrafuertes de la cordillera de Citerón, cerca de la ciudad de Platea. El ejército del Peloponeso, uniéndose a los atenienses en la llanura de Eleusis, siguió a los persas.

La batalla de Platea

Por lo general, Herodoto exagera la cantidad de hombres de los ejércitos persas que se hallaban junto a Platea; según sus cálculos, Mardonio tenía 300.000 guerreros asiáticos y cerca de 50.000 hombres enviados por Tesalia, Tebas y otras polis griegas que apoyaba a Persia. Pero Mardonio apenas podría disponer en aquel momento de 40.000 a 50.000 guerreros, a los que se habían unido unos pocos miles más de griegos, pues han de haber repercutido sobre su número las pérdidas inevitables durante las marchas prolongadas, la necesidad, no menos ineludible, de dejar fuertes guarniciones en las ciudades y tierras conquistadas a lo largo de las vías de comunicación infinitamente extensas y, finalmente, el hecho de que hubo que separar una parte de los ejércitos para acompañar a Jerjes. Las cifras traídas por Herodoto respecto al ejército griego son más fehacientes, calcula exactamente 38.700 hoplitas, 35.000 ilotas y 34.500 guerreros más de infantería ligera; en consecuencia, cerca de 110.000 guerreros. Aún haciendo caso omiso de la cantidad de ilotas, tomada arbitrariamente por Herodoto, y calculado siete de ellos por cada espartano, siempre puede admitirse que el ejército griego contaba con cerca de 30.000 hoplitas y, probablemente, igual número de infantería ligera. Como en los casos anteriores, los griegos carecían de caballería. De esta manera, las fuerzas de ambos enemigos apostados junto a Platea eran más o menos iguales. La superioridad de los persas residía en las fuerzas de caballería y en la gran movilidad de sus destacamentos, pertenecientes a diferentes tribus y pueblos; era precisamente esta superioridad la que Mardonio quiso aprovechar en todo su alcance. Permaneció en la llanura dejando a los griegos la iniciativa de atacar para colocarles en una situación desventajosa. El jefe griego Pausanias comprendió, sin embargo, no menos que su adversario, el valor de estas circunstancias. Habiendo dispuesto sus ejércitos permanecieron,

uno frente al otro, durante varios días. Por otra parte, Mardonio, haciendo uso de su caballería, intentó provocar al enemigo para que aceptara la batalla. Los jinetes persas, en un ataque imprevisto, desbarataron un destacamento de megarienses que se hallaba en los puestos de avanzada, mas los atenienses, que supieron llegar a tiempo, pudieron rechazar y poner en fuga a aquéllos. Después de eso, Pausanias se adelantó un poco ocupando posiciones en la cresta de las colinas, en el mismo extremo de la llanura; este traslado podía finalmente incitar la enemigo a entrar en batalla, sin privar al mismo tiempo a los griegos de las ventajas que ofrecía la defensa. Se renovó la ansiosa espera. Entre los griegos se dejó oír un creciente murmullo de descontento. Por cierto que Pausanias estaba en condiciones de mantener a los guerreros bajo su control, no obstante la conducta provocadora y las burlas de los enemigos; pero los griegos sufrían mucho debido a la escasez de víveres y, principalmente, porque la milicia civil trataba de regresar lo más pronto posible a sus casas. Según cuenta Plutarco, en el campamento, cerca de Platea, los aristócratas habían formado una conjuración para derrocar la democracia y para «entregar a los suyos en manos de los bárbaros». Pero aunque la conjuración fue descubierta a tiempo, estaba claro que la situación era amenazadora.

Los generales griegos se decidieron a efectuar una osada maniobra: la flota anclada junto a la isla de Delos recibió la orden de zarpar y dirigirse hacia las costas del Asia. Al parecer, fueron los mismos griegos los que se encargaron de notificar de ello a Mardonio. El jefe persa tenía que actuar; era necesario destruir el ejército griego, para poder lanzar luego una parte de sus fuerzas en defensa de Asia. Precisamente en aquellos días los jinetes persas habían logrado cegar el arroyo del que sacaban agua los espartanos. Pausanias fue forzado a abandonar su posición y retroceder hacia Platea. Por razones de cautela, los griegos empezaron el traslado de noche, mas hacia el alba la retirada no había terminado aún. Mardonio resolvió que había llegado el momento favorable, pues los griegos, habiendo roto la línea de combate, se movían en destacamentos aislados. Los persas cruzaron el río Asopos y se arrojaron al ataque. Sus unidades seleccionadas fueron dirigidas sobre el núcleo básico del ejército griego, sobre los espartanos. Mas allí se puso de manifiesto, con todo brillo, la férrea disciplina de los hoplitas espartanos, que bajo una verdadera granizada de flechas permanecieron inmóviles en sus lugares. Sólo cuando los persas se acercaron a una distancia relativamente corta y sus flechas se habían vuelto especialmente mortíferas, Pausanias dio la señal de ataque. Tomó en cuenta la experiencia de Milcíades y supo aprovecharla. Igual que en la batalla de Maratón, los persas, aún cuando combatían valientemente, no pudieron sostener el terrible golpe asestado por las cerradas filas de los hoplitas, cubiertos de hierro. Mardonio, encabezando un destacamento seleccionado, combatía heroicamente, pero cayó en el campo junto con sus compañeros de armas, y las fuerzas persas huyeron. Ciertamente, su caballería supo cubrir la retirada. El capitán Artabaces, que había reemplazado a Mardonio, reunió a los guerreros que habían salido ilesos del combate y los llevó a marchas forzadas, a Tesalia, y de allí a Tracia. El campamento fortificado de los persas, junto con un incalculable botín, cayó en manos de los vencedores.

Para celebrar el triunfo de Platea, los griegos erigieron en el mismo campo de batalla altares en honor de Zeus-Eleuterios (libertador). Los ciudadanos de Platea, que habían combatido valientemente sobre su suelo patrio, fueron puestos bajo la protección especial de toda la alianza helénica. El botín tomado a los persas en esa batalla fue utilizado para la erección de una columna de bronce, en forma de tres serpientes entrelazadas. Sobre la misma fue colocado un trípode de oro y se le grabó una inscripción que enumeraba a las 31 ciudades que habían participado en la batalla. En primer lugar fueron nombradas Esparta, Atenas y Corinto.

Después de la victoria de Platea, el ejército griego emprendió la marcha hacia Tebas, baluarte de la influencia persa en Grecia. Tras prolongado asedio, los tebanos se vieron obligados a capitular y a entregar a los cabecillas del partido persófila. Los traidores fueron ejecutados y la ciudad de Tebas quedó excluida de la alianza beocia, a cuya cabeza se hallaba antes. Grecia fue liberada y los ejércitos aliados regresaron a sus respectivas ciudades.

La batalla de Micala

Aún cuando los ejércitos de Pausanias y de Mardonio se hallaban uno frente al otro en Platea, la flota griega, bajo el mando del rey espartano Leotíquidas y del estratega ateniense Jantipo, se había dirigido hacia las costas de Jonia. La flota persa se hallaba en aquel momento junto a las costas de Samos, mas no se decidió a entrar en combate con la armada griega que estaba acercándose, lo cual se explica por el hecho de que una considerable parte de esa flota (precisamente, los barcos fenicios) ya había sido enviada a su patria, y las naves que quedaban habían sido sacadas a tierra firme, cerca del promontorio de Micala. Para cubrirla fue concentrado allí un pequeño ejército persa terrestre, que se ubicó en un campamento fortificado. Los griegos, que habían entrado antes en relaciones con los jonios, partidarios de que se hiciera inmediatamente una sublevación contra los persas, efectuaron sin ser estorbados un desembarco. Sin la menor demora, dio comienzo un asalto a las fortificaciones persas. Los jonios que se hallaban en el campamento de los persas se alzaron en armas contra ellos, atacándolos desde la retaguardia. El ejército persa fue masacrado hasta el último hombre. Simultáneamente, la flota persa fue capturada y entregada al fuego. En directa combinación con la derrota de los persas en Micala, en las ciudades de Jonia estallaron sublevaciones contra el dominio persa: las guarniciones fueron masacradas, los lugartenientes fueron expulsados y las islas de Quíos, Lesbos y Samos se adhirieron a la alianza griega.

También hay que tomar en cuenta que, después de la batalla de Hímera, también los griegos de Sicilia habían puesto a buen recaudo su tierra contra las amenazas de una invasión enemiga. Hay que subrayar que la derrota de los persas fue al mismo tiempo una derrota en el interior de las ciudades griegas, de los ánimos persófilas de la aristocracia, lo cual eliminaba uno de los obstáculos en el camino del desarrollo ulterior del movimiento democrático.

Las victorias de los griegos de los años 480-479 fueron, en esencia, las que decidieron el resultado de las guerras greco-persas. Muy poco después, en el territorio de la Grecia europea no quedaba ni un solo guerrero enemigo. La ofensiva había pasado íntegramente a los griegos y, debido a ello, las operaciones bélicas se concentraron perfectamente en el mar, en forma de campañas navales a intervalos, bastante considerables a veces. Las victorias griegas en las guerras greco-persas encuentran su explicación en una serie de causas históricas. Todo el régimen de la vida económica y social de Grecia había alcanzado, hacia comienzos del siglo V a. C., un nivel muy superior al de la monarquía persa que incluía, por la fuerza, a muchas tribus y naciones que no estaban ligadas entre sí mediante una unidad de base económica. Los ejércitos reclutados entre esas tribus y naciones no sólo no se hallaban interesados en la victoria de la monarquía persa, sino que soportaban el dominio de la misma como una pesada carga. En cambio, los guerreros griegos combatían por la libertad e independencia de su patria, animados de un elevado sentimiento patriótico. La victoria final de los griegos en estas guerras abrió ante ellos amplias perspectivas para el libre desarrollo de las fuerzas productivas, y constituyó una de las mas importantes premisas para el ulterior florecimiento de la economía y la cultura griegas.

CAPÍTULO X

LA ALIANZA NAVAL ATENIENSE*La pentecontecia*

Después de las victorias decisivas obtenidas por las armas griegas en los años 480-479, en la guerra contra los persas, en la historia de Grecia sobreviene un período conocido con el nombre de pentecontecia, «período de cincuenta años». Durante esos cincuenta años tuvo lugar en Grecia una serie de considerables acontecimientos históricos que repercutieron sobre la marcha general del desarrollo económico, social y político de todo el mundo helénico. El límite cronológico que marca el final de la pentecontecia lo constituyó una serie de conflictos entre los Estados griegos y sus agrupaciones, que sirvieron de causa inmediata y directa para la guerra del Peloponeso.

La historia de ese período se ha visto reflejada, en primer lugar, en la parte inicial de la obra de Tucídides. En el primer libro de su *Historia* hallamos una reseña breve, pero muy circunstanciada, de los acontecimientos desde la derrota de Jerjes en la Grecia balcánica hasta el comienzo de la guerra del Peloponeso. A esta reseña se puede agregar aún la descripción que se encuentra en el mismo libro, de la erección de fortificaciones alrededor de Atenas y el Pireo, la historia del paso de la hegemonía naval a los atenienses y las referencias a Pausanias y Temístocles. Aún cuando Tucídides no puede ser considerado contemporáneo directo de la pentecontecia, los acontecimientos son descritos por él con la escrupulosidad y buena fe que le son propias. Sin duda alguna, Tucídides estaba bien informado de la historiografía que no ha llegado a nuestro tiempo, en particular de la obra de Helánico, que escribió acerca de la pentecontecia. Tucídides dispuso de la posibilidad de verificar y controlar los informes que extraía de las fuentes literarias o documentales, con las cuales se hallaba también muy familiarizado, pues podía interrogar a los representantes de la generación mayor anterior a la suya, testigos oculares y activos de aquel período de cincuenta años. A Tucídides lo complementa especialmente Diodoro de Sicilia. En la correspondiente parte de su *Historia Universal* fue evidentemente aprovechada la exposición de la historia de la pentecontecia hecha por Eforo. Una serie de importantes nociones acerca del mismo período proporciona Plutarco en sus biografías de los más destacados hombres de aquel tiempo: Temístocles, Aristides, Cimón y Pericles. La historia interna de Atenas correspondiente a estos decenios está reflejada en la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, y en la *República de los atenienses*, del Pseudo-Jenofontes, salida de la pluma de un ferviente oligarca, enemigo de la democracia ateniense. Algunas noticias aisladas pueden extraerse también de las obras de otros escritores, como los latinos Cornelio Nepote y Justino.

Las nociones que proporcionan estos autores de la antigüedad permiten afirmar, con toda seguridad, que para exponer la historia de la pentecontecia, esos autores acudían a fuentes bastante heterogéneas. El tratamiento que dan a los mismos sucesos Tucídides, Plutarco, Diodoro y Aristóteles, no es igual. El que, sin duda, constituye la fuente más de fiar es incondicionalmente Tucídides. Como fuentes de importancia primordial, en cuanto a ese período, sirven también las inscripciones, los datos numismáticos y los materiales arqueológicos. Entre las inscripciones, poseen valor especial las listas de los ciudadanos atenienses caídos en las batallas, los registros de las contribuciones pagadas a Atenas por los miembros de la alianza naval de Delos, y también algunos decretos de la asamblea popular ateniense. Sobre la base del conjunto de todos los datos mencionados, la historia de la pentecontecia puede ser reproducida tan sólo en rasgos generales. Muchos detalles, quizá sumamente importantes, acerca de los acontecimientos de aquel entonces, están evidentemente perdidos para nosotros. Mas incluso en estas condiciones las tendencias dominantes en el desarrollo histórico del mundo helénico van perfilándose con suficiente nitidez.

Salida de Esparta y de sus aliados de la liga helénica

Uno de los acontecimientos más importantes de la pentecontecia que, en muchos sentidos, determinó la situación de aquel tiempo, fue la formación de la alianza o liga marítima de Delos, que se desarrolló hasta el grado de la potencia naval de los atenienses. La formación de tal liga naval se vincula directamente con la historia de la alianza de los Estados griegos, de que ya hemos hablado y que surgiera en el momento de la invasión de Jerjes, con fines de defensa, común y aunada, contra el enemigo de su libertad e independencia. En relación directa con los éxitos bélicos obtenidos por esa alianza en la lucha contra los persas, el número de sus participantes aumentó considerablemente y siguió creciendo con el ingreso de nuevos miembros, de ciudades que anteriormente habían permanecido neutrales o que se habían liberado del poder de la monarquía persa.

Aún cuando los choques entre griegos y persas continuaron hasta mediados del siglo V a. C., ya que la llamada paz de Calías fue hecha en el año 449 a. C., de hecho, después de los triunfos obtenidos por los griegos en los años 480-479, el carácter de la guerra había cambiado sustancialmente. Después del descalabro persa en Platea, no quedó en el territorio de la Grecia balcánica ni un guerrero enemigo, y la iniciativa de la ofensiva quedó íntegramente a cargo de los griegos. Las operaciones bélicas se trasladaron al mar, donde asumieron el carácter de escaramuzas y campañas navales.

Los distintos Estados griegos afrontaron esa guerra de maneras diferentes. Las ciudades más desarrolladas, que habían emprendido con anterioridad la actividad artesanal y el comercio marítimo, y que, en el tiempo que consideramos, ya poseían una producción de mercancías relativamente elevada, se hallaban interesadas en la prosecución de la lucha contra los persas. Era de suma importancia para ellas no sólo obtener la superación sobre el enemigo en la marcha de las operaciones bélicas, sino desalojarlos completamente del litoral del Asia Menor y de Tracia, pero especialmente de las costas del Helesponto, a través del cual se efectuaban las relaciones comerciales de muchas ciudades griegas con las ciudades y países de la cuenca del mar Negro, lo que proveían a aquéllas de cereales y otras clases de víveres y diferentes materias primas. En aquel tiempo, las posiciones claves con cuyo apoyo era posible ejercer el control de aquel estrecho seguían aún en manos de los persas, cuyas guarniciones se encontraban acantonadas en ciudades como Sestos y Bizancio, en el litoral de la Propóntide, Eión y Doriscos, en las costas tracias.

Resulta así que para muchas ciudades griegas la continuación de la guerra contra los persas era cuestión de su ulterior libre desarrollo económico. Algunas ya habían obtenido la independencia y procuraban su afianzamiento; otras continuaban aún bajo el dominio de los persas; pero en ambos casos el futuro de las mismas dependía enteramente de los éxitos en la lucha contra la monarquía persa, ya debilitada por los precedentes desastres bélicos.

Entre esas polis interesadas en la continuación de la guerra se contaban las ciudades griegas situadas en las costas del Asia Menor y el Helesponto, las ciudades del litoral tracio y las de los griegos isleños. De manera bien distinta habían afrontado la perspectiva de continuar las operaciones bélicas, Esparta y muchos de sus aliados peloponesiacos. En calidad del Estado griego más fuerte en tierra firme, Esparta era considerada desde el año 480 como cabeza oficial de la alianza defensiva helénica. Sin embargo, Esparta, la agrícola, algo apartada del intercambio comercial pangriego, se hallaba interesada en la prosecución de la guerra sólo mientras el enemigo se encontrara en los umbrales del Peloponeso, amenazando directamente a este territorio con una invasión. Por añadidura, y en comparación con los demás Estados griegos, especialmente con Atenas, Esparta poseía una flota insignificante y no disponía de la experiencia necesaria para dirigir las operaciones navales. Dadas todas estas circunstancias, Esparta era la menos indicada para dirigir la guerra marítima. En vista de ello, todas las ciudades interesadas en la continuación de la guerra comenzaron, como era natural, a agruparse no en torno a Esparta, sino de los atenienses, quienes ya disponían en ese tiempo de la flota más grande y poderosa de toda Grecia, la cual se había cubierto de gloria en combates contra los enemigos. A consecuencia de estos hechos fue configurándose una situación que engendraba,

inevitablemente, agudos conflictos internos en la alianza panhelénica: entre Esparta, apoyada por la antigua confederación peloponesiaca, y Atenas, junto con las ciudades que la respaldaban.

La divergencia esencial entre estas dos agrupaciones de polis se manifestó poco después de la batalla de Micala, cuando la unificada flota griega hubo regresado a Samos. Hacia aquel tiempo, las ciudades insulares jónicas, respondiendo a la llamada del rey espartano Leotíquidas, que encabezaba oficialmente las fuerzas navales de los aliados, se separaron de Persia, de modo que quedó planteada una cuestión acerca de cómo habría que proceder con ellas. A este respecto, las opiniones de Atenas y Esparta divergieron marcadamente. No queriendo vincularse con esas ciudades por obligaciones de orden militar, los espartanos propusieron trasladar a todos sus habitantes a la Grecia europea, ubicándolos sobre las tierras de aquellas polis griegas a las que se tenía la intención de castigar por su participación en la guerra del lado de los persas. Los atenienses se opusieron resueltamente a tal medida. La intromisión de Esparta en el destino de las ciudades insulares, a las cuales se hallaban estrechamente vinculados, no les convenía. En grado aún menor se hallaban interesados en el traslado de los jonios a la Grecia europea. La disputa terminó con el triunfo del punto de vista ateniense, y Samos, Quíos, Lesbos y otras polis insulares entraron a formar parte de la alianza general. A la vez, los atenienses asumieron la responsabilidad de afianzar la seguridad de las demás ciudades jónicas situadas en el mismo litoral del Asia Menor y que continuaban aún bajo el dominio de los persas.

La flota griega, a la que se habían incorporado naves de los jonios, zarpó hacia el Helesponto, para descubrir el puente que había construido allí el rey Jerjes para el traspaso de sus huestes hacia la costa europea del estrecho. En Abidos se puso en evidencia que tal puente ya no existía: una tormenta lo había destruido. Entonces los atenienses, apoyados por otras ciudades, empezaron a insistir en que ya mismo debían emprenderse las acciones bélicas contra las guarniciones persas que permanecían en los litorales del Helesponto y de la Propóntide. Pero Leotíquidas no sólo no apoyaba la iniciativa de los atenienses, sino que, enterado de la destrucción del puente, dio su misión por terminada y regresó al Peloponeso con todas sus naves y con las de sus aliados. Una vez retirado Leotíquidas, los aliados que quedaron junto al Helesponto, encabezados y dirigidos ahora por los atenienses, emprendieron el asedio de la bien fortificada ciudad de Sestos. Y aún cuando dicho asedio se prologó, hacia comienzos del año 478, los aliados se apoderaron de la ciudad, tras lo cual regresaron a sus respectivas patrias con un riquísimo botín de guerra.

Muy pronto surgió un nuevo conflicto entre Esparta y Atenas. Ya de regreso en el Ática, después de haber expulsado a los persas, los atenienses encontraron a su ciudad en ruinas. Inmediatamente dieron comienzo al restablecimiento de las casas, de los edificios públicos y de las murallas y torres defensivas destruidas por los persas. Fue allí donde surgió una inesperada dificultad: hicieron su aparición en Atenas embajadores espartanos con la exigencia de que los atenienses suspendieran los trabajos de restablecimiento de sus fortificaciones; se basaban en que, en caso de una nueva invasión de los persas, éstos podrían hacer uso de las murallas y torres atenienses, como también de las fortificaciones de todas las demás ciudades griegas situadas fuera del Peloponeso contra los mismo griegos. La artificiosidad de tal motivación saltaba a la vista. En realidad, tanto en Esparta como en las demás ciudades del Peloponeso hostiles a Atenas hacía mucho que se seguía con recelo el rápido crecimiento del poder y de la influencia de Atenas. Era claro que si los atenienses, que ya sin ello no tenían rivales ni pares en el mar, restablecían y ampliaban sus fortificaciones, su Estado se convertiría en uno de los más fuertes y más influyentes de Grecia, esto es, ocuparía el lugar que Esparta pretendía para sí desde hacía muchos años.

Pero el paso emprendido por Esparta no tuvo éxito. Los atenienses respondieron enviando a su vez a Esparta una delegación encabezada por Temístocles, que intencionadamente prorrogaba las negociaciones. En el ínterin, los atenienses siguieron trabajando día y noche en la erección de las murallas y las torres, aprovechando como materiales de construcción todo lo que era posible aprovechar, inclusive las estelas funerarias. Cuando ya se había erigido más o menos la mitad de las fortificaciones atenienses, dejó de tener sentido proseguir las negociaciones, y Temístocles así lo dijo, con toda franqueza, a los espartanos. Esparta no se decidió a salir directamente contra Atenas y se vio forzada a renunciar a su protesta y a asegurar a los

atenienses de que, con su intento, sólo había deseado darles un consejo útil, pero de ninguna manera obstaculizar el restablecimiento de las fortificaciones.

Este episodio suministra material complementario para ubicar las relaciones entre Atenas y Esparta. Entre los grupos democráticos atenienses, encabezados por Temístocles, tomaba cuerpo la irritación contra Esparta. La democracia ateniense había alcanzado el predominio político, y a la par de ella se alineaban también, por decirlo así, los elementos democráticos en las demás ciudades griegas, mientras que Esparta continuaba siendo el baluarte de las corrientes más reaccionarias y antidemocráticas en toda Grecia. En estas condiciones, la colaboración de estos dos Estados dentro de una misma liga era cada vez más imposible.

En la primavera del año 478, la flota de los aliados griegos volvió a hacerse a la mar y reanudó las operaciones bélicas contra el enemigo. Los espartanos habían sustituido a Leotíquidas por Pausanias, héroe de la victoria de Platea, que a la sazón era tutor del rey Pleistarcas, menor de edad. Aún cuando la unificada flota griega no contaba con más de veinte naves espartanas, a Pausanias se le otorgaron los plenos poderes de comandante en jefe.

Las operaciones bélicas iban desarrollándose con éxito para los griegos. Se habían apoderado de Chipre, y después obtenido considerables éxitos junto al Helesponto, donde tomaron Bizancio. No obstante, iba creciendo entre los aliados el descontento por la dirección espartana, descontento en el cual la conducta de Pausanias desempeñó un papel bastante sensible. Aún cuando las fuentes de información de que disponemos acerca de su actividad no dejan de ser en cierto modo tendenciosas, reflejan evidentemente el estado de ánimo reinante entre muchos aliados. Se acusaba a Pausanias de ser grosero y cruel, de que se permitía gritar a los jefes de otros destacamentos griegos, de que sometía a castigos corporales a los guerreros griegos, de que se apoderaba infaliblemente de la parte leonina del botín de guerra. Mas una indignación especial la provocó el hecho de que, después de haberse apoderado de Bizancio, Pausanias diera la libertad a los prisioneros persas y reclutara para sí una guardia personal de guerreros persas, comenzara a usar vestidos persas, se rodeara de un excesivo lujo oriental y, como se llegó a saber, entablara negociaciones secretas con los persas, en la esperanza de que, con su ayuda, podría obtener en su patria el poder de tirano. Es difícil decir en qué medida tales acusaciones respondían a la realidad, pero la lucha política en Esparta, a juzgar por todos los indicios, había adquirido en aquel tiempo una gran agudeza, y Pausanias, al preparar una revuelta política, realmente podía contar con que hallaría apoyo para sus planes entre los persas. Sea como fuere, el clima en la flota griega tornábase candente. Surgió una conspiración contra Pausanias, cuyos participantes poco faltó para que lograran echar a pique la nave en que aquél se encontraba. De hecho, la flota griega se había dividido en dos partes: una, la del Peloponeso, encabezada por Esparta, y la otra, ateniensejonia.

La situación creada incitó a Esparta a suspender en sus funciones a Pausanias y a sustituirlo por Dorcis, mas ello sirvió de muy poco. La enemistad entre los aliados ya había ido demasiado lejos, y al poco tiempo Dorcis, junto con todas las naves del Peloponeso y de Esparta, se separó de la flota común griega y regresó al Peloponeso,

En Esparta se consideraban a Atenas como culpable principal de la escisión, e incluso se abrigaba la intención de castigarla mediante un ataque contra el Ática, pero se impuso un punto de vista más moderado. En el año 478 Esparta, acompañada de todos sus aliados del Peloponeso, abandonó oficialmente la alianza panhelénica.

Formación de la alianza de Delos

Poco después de haber salido Esparta y las ciudades del Peloponeso de la alianza panhelénica, los Estados griegos interesados en continuar la guerra contra los persas enviaron sus representantes a Delos. En esta isla, en el año 477, en una especie de congreso de representantes de todos los Estados, se adoptó una resolución consolidada con un juramento de seguir manteniendo la alianza, la cual, a partir de entonces, cobró la denominación de alianza o liga de Delos.

Al comienzo, ésta representaba la unificación de las polis griegas, independientes, e iguales en sus derechos. Cada uno de los partícipes conservaba su régimen estatal, su gobierno, su ciudadanía, de manera que los ciudadanos de cualquiera de las polis de la alianza, por ejemplo, no gozaban de los derechos de ciudadanía en las otras: no podía adquirir en ellos propiedades territoriales, etc. La finalidad específica de tal alianza era la prosecución de la guerra contra los persas para vengarse de las calamidades que éstos habían ocasionado a la Hélade y para obtener la emancipación de los helenos que aún permanecían bajo el dominio de aquéllos.

Para llevar a cabo tales propósitos, los aliados se comprometían a suministrar a la flota de la liga de Delos una determinada cantidad de navíos de guerra con sus correspondientes tripulaciones, y a aportar al tesoro federal en Delos, el foros, contribución en dinero estipulada según principios fijos determinados a estos efectos, necesaria para cubrir los gastos bélicos comunes. Como órgano superior de la alianza se designó un consejo federal, compuesto por representantes de todas las ciudades que formaban parte de la liga, con iguales derechos de voto, el cual debía reunirse en Delos, antiguo centro de la anficiónía jónica que se había formado en torno del santuario de Apolo. No se sabe, sin embargo, si tal consejo se reunía con regularidad o si los atenienses lo convocaban cuando era necesario.

Los atenienses, como dueños de la flota más grande y poderosa, ocuparon de inmediato la posición dirigente en esa liga. Aún antes de que Esparta abandonara la alianza panhelénica, Quíos, Lesbos y Samos, los Estados insulares más grandes, habían llamado a Atenas a asumir la supremacía, expresando así su disposición a someterse a tal dirección. Y ahora se les ofreció a los atenienses el mando de las operaciones futuras. De hecho, los atenienses, desde la misma fundación de la liga marítima de Delos, habían comenzado a desempeñar en ella el papel principal, tanto en las cuestiones financieras como en las de su organización. Por ejemplo, los estrategas atenienses se habían hecho cargo, íntegramente, de la recolección del foros entre las ciudades aliadas y de la determinación de sus respectivas cantidades. Arístides, que había regresado a Atenas tras la expulsión, muy pronto, después de la batalla de Salamina, fue el primero en determinar dicha suma en la cantidad de 460 talentos. Al parecer, para hacer los cálculos se tomaron en cuenta tanto los reales recursos financieros de las ciudades aliadas como también las necesidades bélicas de la alianza, que —hay que suponerlo— se hallaba interesada en poseer fuerzas navales suficientemente imponentes. De acuerdo con algunos cálculos más o menos aproximados, con aquella suma de dinero se podía mantener por unos siete u ocho meses una flota de hasta 200 trieres con una tripulación de 200 hombres cada una. No es muy claro si esta suma de 460 talentos del foros fijado por Arístides era el abonado de hecho por los aliados, o sólo el impuesto a ellos según su solvencia potencia. Probablemente se tratara de esto último, por cuanto en lo sucesivo los atenienses casi nunca lograron percibir el foros en la medida determinada por la distribución previa. En los años subsiguientes, la suma de tal distribución fue modificada en más de una oportunidad dentro de límites que oscilaban entre los 410,5 talentos y los 495,5, hasta el año 425, en que la suma general del foros abonada por las ciudades aliadas se aumentó con motivo de la guerra del Peloponeso, hasta la suma de 1.300 talentos, es decir, más del doble de la distribución hecha por Arístides. En cuanto a las dimensiones del foros que pagaba cada ciudad, a juzgar por las inscripciones, las sumas distribuidas fueron redondeadas, clasificándose a las ciudades en una especie de categorías, según aportaran 300, 400, 500, 1.000, 2.000, 3.000 dracmas, y desde uno hasta 30 talentos. Algunas ciudades figuraban unos años en una categoría y otros en otra distinta, superior o inferior. Pero hubo también ciudades que conservaron su categoría hasta los años 425-424.

En cuanto a la faz estrictamente bélica, la formación de la Liga de Delos se vio justificada de inmediato. Después de ser expulsado de Atenas, Temístocles en el año 471, y de morir Arístides, quienes habían desempeñado papel descollante en la creación y en la organización de esa alianza, la dirección de las operaciones bélicas pasó a Cimón, hijo de Milcíades, vencedor en la batalla de Maratón. Sin duda alguna, Cimón era uno de los capitanes atenienses más inteligentes de esa época. Bajo su mando, los atenienses, junto con sus aliados, habían desarrollado activas operaciones bélicas contra las guarniciones persas que habían quedado aún en el litoral tracio, de donde era de suma trascendencia desalojarlas, debido a que allí obtenían los griegos la madera necesaria para la construcción de las naves de guerra.

Tras apoderarse de una serie de pequeños puntos en esa costa, los aliados pusieron sitio a Eión, el principal y bien fortificado punto de apoyo de los persas, situado en la desembocadura del río Estrimón. Una vez perdida esa ciudad, los persas se vieron completamente desalojados de Tracia.

Después, Cimón, emprendió una exitosa campaña contra la isla de Esciros.

La conquista de esta isla fue exteriormente rodeada de varios procedimientos efectistas. Según la tradición, allí fue muerto el legendario rey de Atenas, Teseo. Valiéndose de este recuerdo, los atenienses emprendieron la campaña contra Esciros, llevando por divisa la venganza por la muerte de Teseo. Una vez que los atenienses y sus aliados se apoderaron de la isla buscaron y descubrieron los huesos que representarían los despojos mortales de Teseo, y los trasladaron a Atenas, donde recibieron la más solemne sepultura. A partir de entonces, esa isla sumamente importante por su estratégica situación pasó a ser posesión indivisa de los atenienses. La conquista de Esciros era de vital importancia, puesto que sus habitantes se dedicaban a la piratería, amenazando constantemente las vías marítimas hacia el Helesponto. Todas las ciudades marítimas de Grecia estaban interesadas en la eliminación de esa amenaza.

Más o menos simultáneamente, los atenienses habían sometido de forma total a la ciudad de Bizancio, ya ocupada anteriormente por Pausanias. Apoyados en esos éxitos, conseguidos en muy poco tiempo, los atenienses y sus aliados se animaron a emprender una gran campaña contra los persas. El caso es que los éxitos bélicos de los aliados terminaron por incitar al Gobierno persa a tomar contramedidas. Los persas equiparon una flota muy grande, de unas 200 trieres, y un fuerte ejército terrestre, calculando asestar un golpe a los griegos como respuesta a sus ataques. Pero Cimón logró adelantárseles. Una gran escuadra de los atenienses y sus aliados se hizo a la mar, y junto a las costas del Asia Menor, en la desembocadura del río Eurimedonte, al parecer alrededor del año 469 (no se halla establecida la fecha precisa), se desencadenó una gran batalla. Las operaciones bélicas se desarrollaron simultáneamente en el mar y en tierra firme, debido a que los persas se habían fortificado también en la costa. Los guerreros griegos atacaron a los persas y los derrotaron por completo. En la batalla naval fue destruida la mayor parte de las naves persas. En manos de los vencedores cayó un enorme botín de guerra.

Poco después de esta grave derrota, el rey persa, Jerjes, y su hijo mayor, Darío, fueron asesinados por un complot de cortesanos y el trono pasó al hijo menor del rey, Artajerjes. Las acciones bélicas se circunscribieron a las costas de Helesponto, donde se hallaban aún bajo el poder de los persas las ciudades griegas de la Tróade y de la Eólida, dos ciudades sobre la costa europea y varias en la asiática. Todas ellas fueron reconquistadas.

Con la liberación de estas ciudades, a los aliados se les presentó una importante y complicada cuestión: cuál habría de ser el régimen de gobierno de las mismas. Durante el dominio persa habían predominado en ellas con más frecuencia las capas aristocráticas superiores, con cuyo apoyo la monarquía de Susa intentaba consolidar su dominio sobre el resto de la población. En la lucha por la liberación, muchos de los aristócratas persófilos habían caído y otros habían huido a Persia. En las ciudades liberadas había que establecer un nuevo orden político. La supremacía militar y política de los atenienses determinó que la palabra decisiva en tales cuestiones comenzara a pertenecerles. Por ejemplo, al liberar la ciudad jonia de Eritras, los atenienses introdujeron en ella a su guarnición y, como lo atestigua el decreto de la asamblea popular ateniense del año 465, que ha llegado hasta nosotros, establecieron allí un orden político de acuerdo con sus propios deseos. Fueron ellos los que determinaron la cantidad de miembros del consejo local y las obligaciones de cada uno de los mismos. La composición del primer consejo, evidentemente formado con los partidarios de Atenas, fue determinada por los plenipotenciarios atenienses, denominados *épiscopoi*. Estos plenipotenciarios, así como los jefes militares de la guarnición que seguía permaneciendo en Eritras, fueron los que también en lo sucesivo confirmaron a los funcionarios locales y mantuvieron bajo su supervisión los órganos de la administración autónoma de la ciudad. En situación similar, al parecer, se hallaban otras ciudades, como, por ejemplo, Bizancio, las ciudades del litoral tracio y otras, en las que, so pretexto de defenderlas contra un posible ataque enemigo, los atenienses introdujeron sus guarniciones. Todas esas ciudades, que acababan de ser liberadas, fueron inmediatamente incluidas en la Liga de Delos, debiendo en consecuencia someterse a la dirección ateniense. Por

fin, los atenienses comenzaron a inmiscuirse en la vida política interna no sólo de las ciudades que iban liberando sino también en las de sus anteriores aliados de la Liga de Delos.

Transformación de la Liga de Delos en potencia naval ateniense

Muchas fueron las causas que empujaron a una gradual transformación de la Liga de Delos, desde una alianza de polis griega con iguales derechos, que habían aunado sus fuerzas para la lucha conjunta con el enemigo común, hasta una potencia naval al servicio de Atenas, dentro de la cual las ciudades aliadas terminaron por encontrarse, de hecho, en la situación de súbditos atenienses. Desde la misma formación de la alianza hubo en favor de Atenas una considerable supremacía de fuerzas. Y luego, la correlación de fuerzas en la alianza continuó variando indeclinablemente en favor de los atenienses, en relación directa con el florecimiento económico de Atenas, con su transformación en el centro más grande de Grecia, con el desarrollo de la producción de mercancías y del comercio marítimo. Al mismo tiempo, y precisamente durante los años que estamos considerando, en Atenas se había consolidado definitivamente el régimen estatal de la antigua democracia esclavista. Las capas democráticas en todas las ciudades griegas simpatizaban ardientemente con ese régimen, de modo que los atenienses tenían siempre por doquier partidarios, dispuestos siempre a prestarles apoyo.

En ese proceso de gradual transformación de la Liga de Delos en potencia ateniense, también jugó su papel el sistema de la distribución y cobro de los foros, que se había afianzado en la misma Atenas. Cuando la guerra se hubo prolongado durante un tiempo indeterminado, para muchísimas ciudades griegas, especialmente para las pequeñas, se tornó sumamente gravoso mantener sus propias naves y a los ciudadanos que formaron las respectivas tripulaciones, en un estado de permanente reparación bélica. Para estas ciudades se sustituyó desde el mismo comienzo de las operaciones bélicas la provisión de hombres y de naves por la paga del foros. Este sistema resultó muy ventajoso tanto para estas ciudades como para los atenienses, que, como ya sabemos, habían tomado en sus manos la distribución y el cobro de los foros. Como resultado, los aliados quedaron divididos en dos categorías: los que mediante sus propias fuerzas militares tomaban parte directa en las operaciones bélicas y los que sólo abonaban cuotas en dinero. De hecho, tales cuotas estaban a entera disposición de los atenienses, quienes así podían construir continuamente nuevas naves, que pasaban a engrosar una flota que ya sin ellas era muy grande. De esta manera, el poder naval de Atenas fue creciendo de año en año, y muy pronto los atenienses dejaron de tener iguales en el mar Egeo.

Las consecuencias del crecimiento del poder de Atenas no tardaron en manifestarse. Los atenienses comenzaron a inmiscuirse con creciente frecuencia en los asuntos internos de las ciudades aliadas, exteriorizando una tendencia a someterlas a su control universal, omnímodo. La transformación de la Liga de Delos en una unión estatal centralizada, encabezada por Atenas, se puso en evidencia como una finalidad completamente consciente y principal de la política ateniense.

Estas aspiraciones e intenciones de Atenas tenían determinada y definida base histórica. El crecimiento de la producción de mercancías observado durante los años de la pentecotencia, la intensificada comunicación entre las ciudades, las correlaciones políticas, la lucha contra el enemigo común durante un tiempo prolongado, todo ello engendró tendencias unificadoras, innovadoras para la vida político-social de Grecia, una de cuyas expresiones no puede dejar de verse en el mismo hecho de la formación de la Liga marítima de Delos. No obstante, tales tendencias fueron desarrollándose dentro de un cúmulo de circunstancias sumamente contradictorias, entrando en colisión a cada paso con el apego a la autarquía, tan característica de todas las polis griegas, y con la inclinación al particularismo político. Dentro de tales circunstancias, la política que iba desarrollando Atenas no podía dejar de provocar oposición por parte de las ciudades que aún tenían en mucho su independencia. No era raro que el asunto llegara a provocar serios conflictos entre Atenas y sus aliados. En tales ocasiones, todas las ventajas estaban del lado de los atenienses. Las ciudades aliadas se encontraban separadas por el mar, cuyo dominio pertenecía íntegramente a la flota ateniense. Les resultaba por esto difícil unificar sus fuerzas para actuar en conjunto contra Atenas, y las tentativas aisladas de salir de la

Liga con el fin de verse libres de la dependencia de Atenas que gravitaba sobre ellas eran inmediatamente reprimidas. En esos casos, los atenienses no se detenían ante las más decididas e incluso tajantes medidas. Enviaban su flota contra el aliado que había exteriorizado la intención de separarse, desembarcaban en su territorio, introducían en las ciudades sublevadas sus guarniciones, temporales o permanentes, confiscaban las tierras a los ciudadanos locales y las poblaban con sus colonos armados, los clerucos, aplastaban con las armas toda resistencia. Se conocen no pocos ejemplos de conflictos armados entre Atenas y las ciudades aliadas. Aún antes de la batalla del Eurimedonte, Naxos intentó desligarse de la alianza. Era ésta una polis que había conservado, después de ingresar en la Liga de Delos, sus fuerzas navales-militares y no pagaba el foros. Atenas no tardó en enviar contra los naxiotas su armada, iniciando operaciones bélicas y obligándoles a capitular. De acuerdo con las condiciones de esta capitulación, los habitantes de Naxos tuvieron que entregar su flota a Atenas y pagar, en lo sucesivo, todo el foros.

En el año 465, otro isla, la de Tasos, intentó también separarse de la alianza. Los atenienses le habían quitado sus posesiones en la costa tracia y sus yacimientos auríferos. Cuando Tasos se sublevó, los atenienses enviaron contra ella su flota, derrotaron a sus habitantes en un combate naval, desembarcaron en la isla y pusieron sitio a la misma ciudad de Tasos. Esparta, sumamente alarmada por el crecimiento del poderío ateniense, se dispuso a salir en su ayuda. Los espartanos ya estaban preparándose para la campaña, con la intención de invadir el Ática; evidentemente, lo hubieran hecho si no se lo hubiera impedido un terremoto como no se recordaba otro, que no dejó en pie en Esparta más de cinco casas. De la confusión y la zozobra provocadas por esta tragedia se aprovecharon los ilotas espartanos, quienes levantaron la insurrección más grande de la historia de Esparta. En tales condiciones, los espartanos ya no podían pensar siquiera en una campaña contra los atenienses y se vieron forzados a renunciar a su intención de prestar ayuda a Tasos. Abandonada a sus propias fuerzas, la isla cesó muy pronto en su resistencia. Los atenienses exigieron a Tasos que renunciara para siempre a sus posesiones en la costa tracia, entregara las naves de guerra que le habían quedado, pagara una contribución de guerra y dismantelara y demoliera sus murallas y torres.

En este sentido, es también muy significativa una inscripción ateniense que data de los años 446-445, conservada hasta nuestros días. Se trata de un decreto de la asamblea popular ateniense que atañe a la situación de la ciudad de Calcis (Eubea), después de la represión hecha por los atenienses contra los que habían intentado separarse de la Liga de Delos. De acuerdo con ese decreto, todo ciudadano de Calcis debía prestar juramento de que no se sublevaría «contra el pueblo ateniense ni de hecho ni de pensamiento ni de palabra; que desobedecería al que se sublevara, y que, si alguien lo hiciera, lo comunicaría inmediatamente a los atenienses». Más aún, todo ciudadano de Calcis «se comprometería a pagar el foros, ser aliado honesto y fiel del pueblo de Atenas, prestarle ayuda, defenderlo y obedecerlo».

Después de haber sido castigadas Naxos, Tasos, Calcis y otras ciudades, solamente Lesbos, Quíos y Samos continuaron conservando, dentro de la alianza, fuerzas bélicas propias. Es de lamentar que ninguno de los escritores de la antigüedad suministre enumeración completa de las ciudades que formaban parte en aquel entonces de la Liga en cuestión. A juzgar por algunos testimonios aislados, y también por algunas inscripciones atenienses que han llegado hasta nuestros días, estaban en la alianza la mayor parte de las ciudades griegas insulares y costeras del Egeo; a saber, las Cícladas jonias y Eubea (a comienzo con la excepción de Caristos); las ciudades jonias y eolias de la costa occidental del Asia Menor; las islas adyacentes a esta costa hasta Rodas; la mayor parte de las ciudades de las costas del Helesponto y de la Propóntide. Después de las campañas de Cimón fueron incluidas en la alianza las ciudades carias y licias de las costas del Asia Menor. Algunas de éstas no quisieron incorporarse a la Liga y ofrecieron una resistencia que fue rápidamente aplastada. La cantidad total de ciudades incorporadas a la alianza superó de esta manera los dos centenares y medio, pero esta cifra no fue permanente, sino que sufrió oscilaciones. Así, durante la gran sublevación de los aliados organizada por Samos en el 440-439, de la que hablaremos más adelante, se separaron casi todas las ciudades carias, pero durante los mismos años, una serie de pequeñas ciudades que antes no habían sido consideradas autónomas fueron elevadas a la categoría de aliados durante la distribución del

foros. Tal como suponen algunos hombres de ciencia, basándose en una inscripción que enumera las ciudades que pagaban a Atenas el foros en los años 425-424, también llegaron a formar parte de la alianza algunas ciudades situadas en las costas del mar Negro, las que formaban un distrito especial, designado como «el del Ponto Euxino».

Los atenienses dividieron el territorio de la Liga de Delos, primeramente en tres distritos tributarios, y a partir del 443-442, en cinco: Jonia, Helesponto, Tracia, Caria e Insular. Posteriormente, al parecer alrededor del año 437, los distritos jonio y cario fueron fusionados, formando uno solo. Fuera de esos distritos solamente quedaron las islas ya mencionadas de Samos, Quíos y Lesbos, en calidad de Estados que seguían conservando sus propias fuerzas armadas y su autonomía, y que no pagaban el foros.

A la cabeza de cada distrito fueron puestos unos plenipotenciarios o comisarios atenienses llamados episcopoi, los que llevaban a cabo la inspección general sobre las ciudades que integraban su distrito, y controlaban el pago del foros por las mismas. La distribución del foros era revisada cada cuatro años, con el fin de aumentar o rebajar las cuotas de cada una de las ciudades gravadas. Para tal objeto, la asamblea popular ateniense elegía funcionarios especiales, dos para cada distrito, cuya obligación era establecer con claridad y precisión los recursos de las ciudades gravadas con el foros. Solamente a algunas ciudades, principalmente a las pertenecientes al distrito tracio, les fue otorgado posteriormente, en calidad de privilegio especial, el derecho a la distribución autónoma del foros, pero el número de tales ciudades no fue de más de once.

La distribución del foros era confirmada en forma definitiva por cuatro años en Atenas, en el orden legislativo, por un tribunal compuesto por 501 ciudadanos-jurados (en algunos casos especiales, por 1.501 jurados). Ante las sesiones de estos tribunales podían presentarse los representantes de las ciudades aliadas, con sus quejas y peticiones, pero el aceptar dichas quejas y el tomar en consideración las peticiones dependía, pura y exclusivamente, del criterio de los jurados atenienses, del resultado de sus votaciones.

Después de haber sido confirmada la distribución, las ciudades aliadas estaban obligadas a entregar anualmente en el mes de marzo en las grandes fiestas dionisiacas la parte correspondiente de foros con que habían sido gravadas. Las pequeñas ciudades cercanas unas a otras solían aunarse para pagar un foros conjunto, formando uniones llamadas sintelias. Los aportes de todas las asociaciones de dichas sintelias eran depositados por la ciudad que las encabezaba en el tesoro de la Liga. Aún en el año 454-453, el tesoro fue trasladado, después de la derrota de los atenienses en Egipto, a Atenas, con el pretexto de que era inseguro conservarlo en Delos. Tal traslado del tesoro, de Delos a Atenas, constituyó un jalón en el camino de la transformación de la Liga en una potencia ateniense. Como lo atestiguan los fragmentos conservados de algunas inscripciones atenienses de aquellos tiempos, la sexagésima parte del total de los aportes anuales efectuados por los aliados era descontado por los atenienses para el tesoro sagrado de la diosa Atenea. Dicho tesoro representaba una especie de fondo de reserva del Estado ateniense. En los casos en que, por una resolución de la asamblea popular, se extraían sumas asignadas a cubrir algunas necesidades del Estado, se las consideraba como préstamos que debían ser devueltos junto con los correspondientes intereses. «Las deudas a la diosa Atenea» y los respectivos intereses eran pagados por los atenienses, también con los dineros que se recababan de los aliados. Muy pronto los atenienses comenzaron asimismo a disponer de la parte restante de esos dineros, como si fueran de su propiedad.

Hasta nuestros días han llegado ecos de polémica entablada en la asamblea popular ateniense en la que se consideraba el destino de los foros que los aliados pagaban. Cuando Pericles comenzó a gastarlos no sólo para necesidades militares, sino también para la construcción de templos en Atenas y para la erección de estatuas —obras que proporcionaban ganancias a muchos ciudadanos indigentes—, sus adversarios del campo oligárquico se lo reprocharon echándole en cara su despótica actitud para con los aliados. «El pueblo ateniense —gritaban— está perdiendo el respeto entre los helenos..., toda la Hélade considera que con ella se está cometiendo simplemente una violencia y que se la trata despóticamente; ... los helenos están viendo que los medios que se recaban de ellos por la fuerza a los fines de sostener una guerra, los estamos despilfarrando para que, a semejanza de una mujerzuela disoluta, nuestra ciudad

pueda cubrirse de oro y de piedras preciosas, estatuas y templos, que cuestan millares de talentos.» A todo ello, Pericles respondió que los dineros no pertenecen al que los paga, sino al que los recibe, y que «los atenienses no están obligados a rendir cuentas a sus aliados sobre la manera de gastar el dinero, por cuanto combaten por ellos y rechazan los ataques de los enemigos» (*ibíd.*).

Triunfó en la disputa el punto de vista de Pericles y de sus partidarios. De esta manera, las cuotas pagadas por los aliados se convirtieron en parte integrante del presupuesto nacional de los atenienses, y éstos controlaban con toda atención la rigurosa percepción de las mismas. Las ciudades que se atrasaban en el pago de las cuotas eran castigadas con multas, aplicadas en forma del aumento de un tanto por ciento del foros que les correspondía integrar. Para el cobro de las morosas, se enviaban a las ciudades aliadas recaudadores especiales, los cuales eran a menudo acompañados por escuadras bajo el mando de uno o varios estrategas, y los atenienses descargaban sobre las cabezas de los deudores severas represiones.

Después de la llamada paz de Calías, en el año 449, cuando cesó la guerra contra los persas, por cuyo motivo fuera creada la alianza, la ulterior existencia de la misma dejó de ser justificada en la opinión de muchos aliados. Sin embargo, los atenienses no sólo no disminuyeron, sino que, por lo contrario, aumentaron las exigencias que presentaban a los aliados. Además del foros, las ciudades aliadas tenían que tomar parte en todas las guerras que hacía Atenas, prestarle toda clase de ayuda y obedecer resignadamente al control político por ella ejercido.

Las relaciones entre Atenas y las ciudades aliadas se basaban formalmente en parte sobre tratados y en parte sobre las resoluciones de la asamblea popular ateniense. Esos tratados y resoluciones no guardaban un contenido homogéneo, y menoscababan en diferentes grados la independencia de las polis aliadas. Algunas polis solitarias —Lesbos, Quíos, Samos (antes de su sublevación contra Atenas en el año 440)— gozaban de autonomía en sus asuntos internos, hasta el punto de que en las mismas podía existir un régimen oligárquico. En la mayoría de las otras ciudades aliadas, los atenienses instauraban el orden político que les convenía. Como ya sabemos, los atenienses se orientaban, al hacerlo, hacia los elementos democráticos que, por lo menos al principio, los apoyaban incondicionalmente.

Por causas bien comprensibles, los partidarios de la oligarquía eran abiertamente hostiles a Atenas, al régimen político que se había afianzado allí y a la Liga ateniense. Sus simpatías estaban íntegramente del lado de Esparta y de la confederación del Peloponeso, con cuya ayuda pensaban restablecer la independencia de sus respectivas polis. Es muy significativo que Esparta saliera invariablemente contra Atenas bajo la consigna de «liberar a las ciudades griegas del despotismo ateniense». Resulta así que la lucha entre las agrupaciones democráticas y oligárquicas de que estaba penetrada la vida política de todas las polis griegas se había manifestado también, de modo bien definido, en las relaciones entre las uniones de dichas polis. La totalidad del mundo helénico quedó escindido en dos campos hostiles, y en toda ciudad griega, al margen de la unión de que formaba parte, los demócratas se orientaban hacia Atenas, al tiempo que los oligarcas lo hacían hacia Esparta.

En cada caso en que los atenienses no abrigan plena seguridad sobre la solidez de su influencia sobre tal o cual de las ciudades aliadas, la colocaban bajo su directo control administrativo. Además de los embajadores extraordinarios, investidos de plenos poderes, en las fuentes de que disponemos se hace mención de unos arcontes atenienses con sede en las ciudades aliadas, sin funciones definidas. Evidentemente, se trataba de gobernantes *sui generis* de esas ciudades.

Un papel esencial en la afirmación del poder ateniense ejercido sobre los aliados lo seguían desempeñando los clerucos, quienes llenaban la función de guarniciones atenienses en el territorio de la alianza. Esta clase de guarniciones existía en las islas de Lemnos, Imbros, Naxos y Andros, en Sínope sobre el mar Negro, y en muchos otros lugares. En total, durante los años de la pentecontecia fueron enviados a las cleruquías más de 10.000 ciudadanos atenienses. La tierra que se les destinaba era generalmente arrebatada a las ciudades aliadas mediante la fuerza, aunque a veces se hacía mediante un acuerdo; por ejemplo, a cambio de la disminución de foros.

Para los aliados resultaba sumamente pesada la limitación de su autonomía en el ámbito jurídico. Al mismo tiempo, los atenienses comenzaron a limitar la jurisdicción de los aliados también en otros asuntos. Algún tiempo más tarde, todas las causas de los ciudadanos en las ciudades aliadas que hubieran podido acarrear la privación de los derechos civiles, la expulsión y la pena capital, pasaron a la jurisdicción de los tribunales atenienses. Comenzaron a ventilarse en Atenas los más grandes procesos civiles de los aliados, de manera que en la jurisdicción de los tribunales locales sólo quedaron los pleitos por contravenciones menos importantes y las demandas judiciales. Las ciudades aliadas sólo conservaban una jurisdicción propia más amplia en los casos especialmente estipulados en los tratados con Atenas.

Paralelamente con el control político y militar, los atenienses empezaron a ejercer también el control económico. Casi inmediatamente después de haberse constituido la alianza, la moneda ateniense habría cobrado tan amplia difusión de todas las ciudades aliadas, que la moneda local redujo su circulación únicamente al mercado local. Para lo sucesivo, la moneda ateniense había conquistado un completo dominio, y en el año 434 la asamblea popular ateniense promulgó un decreto que prohibía a las ciudades aliadas la acuñación autónoma de monedas de plata. Por cierto que este decreto no era observado en forma rigurosa y, por ejemplo, se sabe que en Quíos se continuaba acuñando moneda propia, a la que se podía hallar en todo el litoral del Asia Menor. En virtud de ello, en el año 420, esto es, ya durante la guerra del Peloponeso, la asamblea popular ateniense promulgó un nuevo decreto mediante el cual se ordenaba realizar en todas las ciudades aliadas el canje de la divisa en circulación por dinero ateniense; mas, dado que en aquel momento la potencia ateniense ya estaba girando hacia su decadencia, tal decreto no alcanzó a ser realizado completamente. Difusión universal en la Liga obtuvieron las unidades de pesas y medidas aceptadas en la misma ciudad de Atenas.

También fue sometido al control ateniense el comercio de las ciudades aliadas, lo cual proporcionaba no pocas ventajas a los mercaderes de Atenas. Así, los atenienses habían establecido, por ejemplo, un permanente control sobre las cargas de víveres y de cereales que se transportaban, a través del Helesponto, desde los países adyacentes al mar Negro. Dichas cargas eran distribuidas entre las ciudades aliadas sólo por mano de los atenienses. Algo más tarde, ya durante los años de la guerra del Peloponeso, los atenienses establecieron su propia aduana, en el punto más angosto del estrecho del Bósforo, junto a Crisópolis, y comenzaron a cobrar derechos aduaneros a toda nave que llegaba desde el mar Negro o que se dirigía al mismo, a razón del 10 por 100 del valor de la carga transportada.

Tomando en cuenta todas las mencionadas particularidades de la política ateniense con respecto a sus aliados, sería, sin embargo, incorrecto considerar que se basaban meramente en la coerción. La alianza llevada a bajo la hegemonía de Atenas había acercado a muchas ciudades entre sí. Entre todas ellas y Atenas se había establecido una colaboración y una comunicación económica más estrechas. El dominio ateniense en el mar había tornado más fáciles y más seguras las relaciones comerciales entre los aliados, y las soluciones centralizadas de los conflictos que surgían en el proceso de tales relaciones iban consolidando los vínculos comerciales. Como resultado, el bienestar de muchas ciudades aliadas había ascendido. La política llevada a cabo por Atenas, esto es, la implantación de estas ciudades del orden democrático, también había cobrado valor y significación por cuanto se trataba de las formas más progresistas de estructuración política para la época esclavista.

Sin embargo, todas estas facetas positivas de la unificación entraban en contradicción con las insistentes tendencias de los atenienses a someter por completo a su poder a sus aliados y a elevar su propio bienestar a costa de ellos y de la explotación de los mismos. Al mismo tiempo, la incontenible política exterior expansionista de Atenas, orientada a ensanchar más aún las fronteras de su Liga mediante la incorporación a la misma de nuevas ciudades, no podía dejar de provocar la reacción y la resistencia de estas últimas, como también de Esparta y de la Liga del Peloponeso, amedrentados por el crecimiento del poderío ateniense. En estas condiciones, la tendencia nacida, en Grecia, hacia unificaciones que superaban los marcos de una polis tomó formas que no podían ser de larga duración.

CAPÍTULO XI

**CONSOLIDACIÓN DEL RÉGIMEN DE LA
DEMOCRACIA ESCLAVISTA
EN ATENAS. PERICLES**

En la Historia no sólo de la pentecontecia, sino también de toda la Grecia antigua, el afianzamiento del régimen estatal de la democracia esclavista constituyó un acontecimiento de importancia excepcionalmente grande por su valor, su significación y el alcance de sus consecuencias.

«Nuestro régimen estatal no imita organizaciones, ni constituciones ajenas; somos nosotros, más bien, los que servimos a otros de modelo.» Así decía quien estaba a la cabeza de la democracia, Pericles, en el discurso que le atribuye Tucídides ante la tumba de los primeros atenienses caídos en la guerra del Peloponeso. Con los discursos de los políticos transmitidos por los historiadores de la antigüedad, hay que observar cierta cautela. Y aún cuando el citado discurso del Pericles haya llegado hasta nuestros tiempos a través del texto de los historiadores más notables y fidedignos de la época antigua, este principio de la crítica histórica ha de conservar también aquí su rigor. El propio Tucídides prevenía a sus lectores, con motivo de los discursos reproducidos en sus textos, de que no los transmitía literalmente, sino tal «como todo orador... habría podido hablar, más o menos, según las mayores probabilidades». El discurso de Pericles asumió un carácter doblemente oficial y fue pronunciado en circunstancias solemnes; en consecuencia, estamos autorizados a esperar del mismo cierta idealización del régimen estatal ateniense de aquel entonces. Finalmente, muchas de las alusiones que abundan en aquel discurso son, en general, incomprensible para nosotros: estaban al alcance solamente de los contemporáneos de Pericles. No obstante, la definición que en ese discurso se da del régimen estatal ateniense, expresa incondicional y enteramente su esencia política. Los partidarios de tal orden jurídico de la antigüedad otorgaban la denominación de «democracia» únicamente al régimen en el cual el poder superior era ejercido por la mayoría de los ciudadanos organizados en la asamblea popular. Hay que subrayar el vocablo «ciudadanos». En efecto, no se trata de la mayoría de la población, sino de la mayoría de los «ciudadanos», dos conceptos que en la antigüedad no coincidían. Y precisamente por ello, al definir a la antigua democracia, no hay que olvidar ni por un instante que se trata de una de las variedades de un Estado esclavista, con todas las particularidades inherentes a ese tipo de Estado.

No existía la estadística entre los antiguos griegos, razón por la cual, basándonos en las fuentes a disposición de la actual ciencia historiográfica, no es posible establecer con exactitud la relación numérica entre los diferentes grupos de la población de los antiguos Estados, especialmente, si se los encara desde sus puntos de vista políticos. Así y todo, al operar con toda clase de datos indirectos (referentes al área ocupada por la ciudad, a la provisión de cereales, a la composición numérica del ejército que habría tomado parte en una u otra batalla, etc.), puede aseverarse que en el Ática y en Atenas los ciudadanos libres, mayores de edad, de sexo masculino (pues las mujeres, en Atenas al igual que en las demás ciudades griegas, jamás gozaron de los derechos políticos), apenas si formaban, aún en los mejores tiempos, más del 20 al 30 por 100 del número total de la población, cuya masa estaba compuesta por esclavos carentes de derechos, y por metecos muy limitados en sus derechos políticos. Según la terminología de las fuentes literarias y epigráficas, solamente esa insignificante minoría era la que representaba el demos, el pueblo; en consecuencia, es a éste al que se refieren las palabras de Pericles en el citado discurso, transmitido por Tucídides, cuando habla de «igualdad de derechos para todos».

A diferencia del democrático, el régimen oligárquico representaba un orden político en el cual la plenitud de los derechos civiles y la posibilidad efectiva de participar en el gobierno del Estado, no eran otorgados a todos los ciudadanos, sino tan sólo a cierta parte de los mismos,

destacada ya por su origen noble, ya, tal como tuvo lugar en Atenas después de la reforma timocrática de Solón, según los datos del censo de bienes. Se sobreentiende que en ambos casos se mantiene completamente válida la definición notable por su profundidad que V. I. Lenin da para un Estado esclavista: «Las repúblicas esclavistas —dice— diferían por su organización interna: las había aristocráticas y democráticas. En las primeras, un pequeño número de personas privilegiadas tomaba parte en las elecciones y en las democráticas tomaban parte todos, pero nuevamente, los esclavistas; todos, menos los esclavos.»

Desde el punto de vista del contenido que los propios griegos concedían a los vocablos «democracia» y «oligarquía», la revuelta efectuada en Atenas a finales de siglo VI a. C., fue consolidada mediante las reformas de Clístenes, que aún no habían llevado a los atenienses a un afianzamiento definitivo de la forma democrática del régimen estatal, según la interpretación antigua de ese concepto.

Engels denomina «revolución» a esa revuelta. Lo fue, en el sentido de que el demos ateniense, como resultado de una larga y tenaz lucha, derribó para siempre el poder de la vieja aristocracia y liquidó las supervivencias del régimen tribal que obstaculizaba el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas de la sociedad. Con esa revolución llegaron a su fin el prolongado proceso de estabilización de las nuevas formas del régimen social, basadas ya en los principios de la subdivisión clasista, y el proceso de estabilización de un Estado como aparato de dominio de una nueva clase.

Pero las reformas de Clístenes no tocaron la ley del censo de bienes. Los derechos políticos de los ciudadanos atenienses siguieron dependiendo de su situación económica, de la cantidad de bienes que poseían. De la influencia máxima en la vida del Estado gozaba el consejo de los Quinientos, formando por ciudadanos pudientes de las primeras tres categorías del censo. En cuanto a los puestos más altos en el Estado, los podían ocupar sólo los ciudadanos ricos pertenecientes a las primeras dos categorías. No se había tomado medida alguna en el sentido de elevar en algo el nivel material de vida de la población pobre. Dentro de estas condiciones, las reformas de Clístenes resultaron ser el triunfo del demos que había derribado el poder de la aristocracia de abolengo, mas no fueron aún el triunfo de la forma democrática del régimen estatal. Sólo constituyeron el primer paso dado en este sentido. Para su afirmación definitiva, se requirió varios decenios más plétóricos de lucha política.

La etapa cronológicamente subsiguiente en la estabilización de la democracia como régimen estatal en Atenas está vinculada con el nombre de Temístocles. Al presentarse, aún a finales de la última década del siglo V, con su propuesta para el omnímodo aumento de las fuerzas marítimas del Estado ateniense, Temístocles, en esencia, promovió un nuevo programa político. La transformación de la flota, en la que prestaban servicio los ciudadanos atenienses económicamente menos asegurados, en fuerza básica del Estado, como ya señaláramos, tenía que elevar inevitablemente el peso específico en la vida política de Atenas de los indigentes y de los de escasos bienes entre las capas de la ciudadanía, y, en consecuencia, el valor de la asamblea popular, puesto que precisamente estas capas eran las que formaban la mayoría en la misma.

Después de la expulsión de Arístides de la ciudad de Atenas en 483-482, la supremacía política fue detentada, durante cierto lapso, por la agrupación encabezada por Temístocles, quien se convirtió así en el más influyente político ateniense. No hay duda de que Temístocles y sus partidarios desempeñaron un papel esencial en la organización de la Liga marítima ateniense, y esta circunstancia fue de gran trascendencia. El ejemplo de la democracia ateniense ejerció influencia bien definida sobre las ciudades aliadas, especialmente aquellas que se hallaban anteriormente en la situación de súbditos persas. La liberación de este poder era acompañada en forma simultánea por el derrocamiento de los tiranos puestos por los persas y por la elaboración de una nueva constitución. Muchas de esas ciudades siguieron las huellas de la Atenas de Temístocles. Mileto, por ejemplo, habiendo transformado su régimen estatal, hizo uso, inclusive, de las filai clisténicas. Por lo demás, en los años que siguieron inmediatamente a los triunfos históricos de los años 480-479, que fueron los de mayor influencia de Temístocles, sólo se lograron los primeros éxitos en este sentido. En Estados de la alianza tan grandes como Samos y Mitilene de Lesbos, seguía aún en pie el régimen oligárquico. En los mismos años, la

democracia obtuvo una serie de triunfos en la península balcánica. Una revuelta democrática tuvo lugar, por ejemplo, en Tebas, donde fue derribado el gobierno aristocrático que, por su política persófila, había colocado a la ciudad al borde de sucumbir. El ejemplo de Tebas fue seguido por varias ciudades de Beocia en las que, evidentemente, con el apoyo de Atenas, también llegaron al poder los grupos democráticos. En el Peloponeso, la democracia venció en Argos y en su vecina Mantinea, la más grande comunidad de Arcadia. Hasta aquel momento Mantinea no representaba ninguna unidad política íntegra, sino que se componía de unas cuantas poblaciones nada fortificadas, gobernadas por clanes aristocráticos locales. Posteriormente, dichas poblaciones se unificaron bajo el poder de un solo gobierno democrático. Los moradores de las poblaciones aisladas demolieron sus casas y se ubicaron juntos, formando una sola ciudad más grande. En torno de ella fueron erigidas murallas y torres.

Más o menos al mismo tiempo, la democracia triunfó también en la Elida, el Estado del Peloponeso más importante después de Esparta y Corinto. Como resultado de la consolidación del régimen democrático quedaron abolidas allí las antiguas divisiones características de las tribus, siendo reemplazadas por nuevas filai territoriales, creadas, evidentemente, según el ejemplo ateniense.

Aún así, el triunfo de Temístocles y de su ideología política no fue duradero.

En la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, se menciona que «después de las guerras médicas volvió a robustecerse el consejo del areópago, el cual comenzó a gobernar el Estado». Quizás esto haya sido producido por el positivo papel que desempeñó el areópago durante la invasión de Jerjes. Sea como fuere, el paso de la supremacía política a la agrupación oligárquica encabezada por el areópago, decidió de antemano la caída de Temístocles.

Al poco tiempo regresó a Atenas de su exilio Arístides y en el escenario político apareció una nueva figura: Cimón. Partidario del régimen oligárquico y gran estratega, Cimón cubrió su nombre de gloria en poco tiempo mediante una serie de triunfos militares obtenidos en las operaciones bélicas contra los persas. Contra Temístocles y sus partidarios se fue formando en Atenas una fuerte agrupación opositora oligárquica encabezada por Arístides y Cimón, y en la que también tomaron parte las influyentes familias de los Filaidas y de los Alcmeónidas. Al mismo tiempo, esta agrupación obtuvo un fuerte apoyo desde el exterior, de parte de Esparta.

Aún desde el tiempo de Clístenes, todas las corrientes reaccionarias (aristócratas y oligárquicas) se orientaban invariablemente hacia Esparta, con un ánimo laconófilo que llegaba hasta la veneración servil ante todo lo espartano: ante el régimen estatal, ante las costumbres, el modo de ser, la indumentaria, incluso ante la manera de hablar de los espartanos. Esparta les pagaba con la más amplia reciprocidad, y siempre tendía a apoyarlos. Pero las posibilidades de los espartanos en cuanto a poder suministrar tal apoyo eran a menudo limitadas.

Ejerciendo su prepotente dominio sobre la masa de la población subyugada —sobre los periecos con derechos civiles incompletos y sobre los siempre dispuestos a sublevarse ilotas, carentes de derechos en absoluto—, el Estado espartano jamás podía estar tranquilo con respecto a la retaguardia. Cualquier complicación interior o un gran fracaso en la política exterior le amenazaban con graves consecuencias. Y, en el ínterin, precisamente en la época que estamos considerando, en Esparta se entabló una aguda lucha entre los reyes y el eforado, lucha que prueba la estratificación, ya muy ahondada, de la predominante comunidad de los espartanos, en dos campos hostiles entre sí. De esta manera, el equilibrio político interior en Esparta se encontró quebrantado, y Pausanias, aprovechando esta situación bastante tensa, se dedicó a preparar una revuelta exterior. Como ya sabemos, sus relaciones con las polis que formaban parte de la alianza defensiva por ella encabezada, se habían deteriorado; en el año 478 Esparta se vio obligada a salir de esa liga. En el propio Peloponeso seguía creciendo el movimiento democrático encabezado por Atenas, y Esparta se encontró rodeada por todos los lados por Estados democráticos que le eran hostiles. Dadas estas circunstancias, el problema principal de la política exterior espartana comenzó a consistir en lograr que, por cualquier medio, el poder en Atenas pasara a la agrupación oligárquica que simpatizaba con Esparta.

Mediante los esfuerzos comunes de Esparta y de los oligarcas atenienses, este problema fue resuelto en el año 471, cuando Temístocles fue desterrado de Atenas. Relata Plutarco, en la

biografía de Cimón, que la causa directa de la catástrofe que se descargó sobre Temístocles, fue su riña con Arístides y Cimón. Según Plutarco, esta disputa se desarrolló debido a que Temístocles «tendía hacia la democracia más de lo debido». Son palabras a las que puede prestarse fe. Para un político tan enérgico y tan valiente como lo era Temístocles, hubiera sido completamente natural aprovechar su enorme influencia para ampliar el programa político de la democracia ateniense. Esto es tanto más comprensible cuanto, como ya hemos señalado antes, en aquellos años había vuelto a crecer el influjo político del areópago y habían vuelto a la actualidad sus partidarios del campo oligárquico.

Temístocles no depuso las armas ni con el ostracismo. Habiéndose radicado en la democrática Argos, hizo frecuentes viajes a otras ciudades del Peloponeso, tratando de preparar en ellas revueltas democráticas. Al mismo tiempo, se acercó a Pausanias. Las relaciones de este último con el Gobierno de Esparta habían tomado en aquel tiempo un cariz tal, que comenzó a hacer propaganda activa entre los ilotas para organizar con su ayuda una revuelta en la propia Esparta. Esto no pudo dejar de conmover al gobierno espartano y de iniciarlo a tomar medidas decisivas. Pausanias fue acusado de mantener correspondencia con el rey persa, al que, quizá realmente, habría prometido, al precio de su apoyo, grandes concesiones en caso de triunfar. Muy pronto el gobierno espartano tomó la resolución de detener a Pausanias, quien, advertido por uno de los éforos, se refugió en el templo de la diosa Atenea Calkioikos (de «la casa de bronce»). Los éforos, debido a que un homicidio en el interior de un templo era considerado un gravísimo crimen religioso, mandaron tapiar sus puertas con mampostería, y quitaron una parte del techo para poder seguir la actitud del encerrado. Cuando se vio a Pausanias próximo a morir, fue sacado del interior del templo, a cuyas puertas, extenuado por el hambre, agonizó el vencedor de los persas en Platea.

La muerte de Pausanias repercutió sensiblemente en el destino de Temístocles. Los espartanos se dieron prisa en comunicar a Atenas que al desenmascarar a Pausanias habían descubierto que en sus relaciones con los persas también se hallaba mezclado Temístocles. Como ya señaláramos, su primera expulsión fue dispuesta mediante la condena al ostracismo. Ello significaba que, si se daban circunstancias favorables, podía esperar que después de unos diez años se le permitiera regresar a Atenas, Temístocles fue citado nuevamente a juicio. Pero no hizo acto de presencia, limitándose a dar explicaciones por escrito. Los atenienses lo condenaron entonces en rebeldía a la pena capital, con la confiscación de sus bienes, y, en común con Esparta, exigieron a Argos su extradición. Temístocles se vio forzado a huir de Argos. Perseguido en todas partes, no encontró finalmente otra salida que dirigirse al rey persa Artajerjes, hijo de aquel mismo Jerjes cuya flota había él derrotado tan brillantemente en Salamina. Temístocles fue bien recibido por el rey persa, de quien obtuvo el gobierno de tres ciudades del Asia Menor. Su actividad como dirigente del movimiento democrático llegó de esta manera a su fin, unos siete u ocho años antes de su muerte. Después de la expulsión de Temístocles, el poder en Atenas pasó totalmente a manos de la agrupación oligárquica. Muerto Arístides, el cabecilla de la misma fue Cimón. Hijo de Milcíades, hombre de fortuna e indiscutiblemente uno de los estrategas atenienses más inteligentes, debía en grado considerable a Esparta la posición que acababa de ocupar. Los espartanos no tenían motivo para quejarse de él, ni para arrepentirse de la ayuda que le había prestado. Por doquier, en la asamblea popular, en los tribunales o en el areópago, Cimón elogiaba el régimen estatal espartano contraponiéndolo al ateniense. Al igual que los espartanos, consideraba la guerra y los asuntos militares como su vocación principal. En su afán de imitar en todo a los espartanos, bautizó incluso a su hijo con el nombre de Lacedemonio. Su expresión favorita, que utilizaba toda vez que podía, era: «Los espartanos no hubieran procedido de esta manera.» La popularidad de que gozaba Cimón entre los ciudadanos atenienses dependía, en primer lugar, de sus éxitos bélicos, realmente brillantes.

Habiendo obtenido una serie de triunfos sobre las guarniciones persas subsistentes en el litoral de Tracia, y habiendo conquistado a Esciros, Cimón, como ya hemos dicho, destrozó en el año 469 a la flota y al ejército persas junto a la desembocadura del río Eurimedonte. Cada una de estas victorias proporcionó a Cimón un botín de guerra que engrosaba sus bienes, inmensos

de por sí. Los utilizaba con amplitud para sostener su popularidad entre los ciudadanos, para asegurar de esta manera, para sí y para sus partidarios, el apoyo de la asamblea popular.

La cuestión es que, formalmente, en Atenas seguían funcionando como antes la asamblea popular y otras instituciones democráticas. Su actividad, empero, se hallaba ahora supeditada al permanente control del areópago, principal baluarte del predominio político de la oligarquía ateniense. El odio de los que habían sido partidarios de Temístocles, se dirigía, en primer lugar, contra el areópago. Al pensar en una revuelta política, contraponían al areópago la asamblea popular provista de funciones inherentes a su poder supremo.

Se erigió entonces en dirigente de los demócratas atenienses Efiltes, de quien lamentablemente sabemos muy poco. Compartía, sin duda, las ideas políticas de Temístocles, y era un destacado y fogoso orador. En una de las comedias hostiles a la democracia, se dice que, bajo la influencia de los discursos de Efiltes, el pueblo se arrancó el freno, cual un corcel enfurecido. Mucho tiempo después, Platón lo caracterizó como un político que «ha embriagado al demos con una intemperada libertad». Tal caracterización, en labios del ideólogo de la reacción ateniense, nos dice mucho. A Efiltes correspondió un descollante papel en el ulterior desarrollo de los acontecimientos políticos.

El desenvolvimiento histórico de Atenas como gran centro productor de mercancías y comercial, y como Estado marítimo, fue dándose de manera tal, que no le resultaba cómoda compañía la atrasada y conservadora Esparta.

Hay que hacer justicia a los perspicaces espartanos que se dieron cuenta cabal de ello. Al parecer, a muchos les resultaba claro que el poder de la agrupación oligárquica apoyada por ellos era un fenómeno pasajero y que el futuro de Atenas estaba en la democracia.

Previéndolo, el gobierno espartano comenzó a tomar, gradual y secretamente, medidas, dirigidas a minar y socavar la influencia ateniense y debilitar a Atenas. Para tal objeto, Esparta entró en negociaciones con Macedonia, hostil a Atenas, y cuyos círculos gobernantes se sentían muy alarmados por los éxitos atenienses en la Calcídica y en el litoral tracio. No sin ser instigada por Esparta, había explotado la sublevación, ya mencionada, de la isla de Tasos en el año 465. Pero, en ese mismo año, toda la actividad de Esparta fue paralizada por la gran sublevación de los ilotas. Aprovechando la confusión general provocada por el fuerte terremoto en el Peloponeso, los ilotas se levantaron en armas y emprendieron una marcha sobre Esparta con el fin de aniquilar a la tan odiada población de esa ciudad. Gracias a la previsión del rey Arquídamo, que alineó a tiempo a los guerreros espartanos completamente armados en orden de batalla, los ilotas no pudieron apoderarse de la ciudad, pero la sublevación se propagó rápidamente por todo el territorio de Laconia y Mesenia. El movimiento rebelde cobró formas especialmente amenazadoras en esa última, pues allí se levantó contra Esparta, como un solo hombre, toda la población. Las ventajas de la organización militar favorecieron a los espartanos, pero las operaciones bélicas en Mesenia se hicieron prolongadas. Los sublevados se fortificaron sólidamente en el monte Itome, y los espartanos, debido a su anticuada incapacidad para llevar a cabo asedios, fueron impotentes para desalojarlos de allí. La situación se tornó tan seria, que el gobierno espartano se vio forzado a dirigirse a sus aliados en busca de ayuda. Esta vez apelaron no sólo a sus vecinos del Peloponeso, sino también a los atenienses, en la creencia de que el gobierno oligárquico encabezado por Cimón y que simpatizaba con ellos, les prestaría ayuda militar. Según el relato de Aristófanes, se presentó en Atenas un representante espartano y «pálido... en nombre de los dioses, estrechándose contra el altar», suplicó que se enviaran guerreros, en auxilio de Esparta.

Cimón se hizo eco inmediatamente de esta petición. Desde su punto de vista, el prestar socorro a los espartanos era una oportunidad para afianzar la amistad con ellos y establecer un contacto más estrecho. Así y todo, enviar un destacamento de ciudadanos armados era imposible sin el consentimiento de la asamblea popular. Y en ésta, Efiltes y sus partidarios se opusieron resueltamente a la propuesta de Cimón. Efiltes «conjuraba al pueblo, en nombre de los dioses, a que no ayudara a los espartanos, no permitiera que se levantara un Estado que siempre y en todo actuaba en contra de Atenas... que lo dejara caer, con su orgullo pisoteado en el polvo». Estas palabras debieron sonar de manera convincente, tanto más cuanto que muchos

atenienses, al parecer, ya estaban informados de que Esparta se aprestaba a ayudar a la sublevada Tasos. A los ojos de esa parte de los ciudadanos atenienses, cuyos intereses vitales estaban vinculados al desarrollo del comercio marítimo y de los oficios, Esparta, sin contar todo lo demás, constituía una fuerza que apoyaba a los enemigos comerciales jurados de Atenas: a Corinto, a Megara y otros. Los atenienses adversarios de la oligarquía veían también en ella uno de los principales escollos en el camino de la ulterior transformación del régimen estatal. Dieron comienzo los debates y Cimón intensificó su argumentación, hablando esta vez ya no sólo de Atenas, sino de toda la Hélade, la cual sin Esparta «quedaría renga». Y entonces el Estado ateniense, decía, «quedaría en el atelaje sin el segundo caballo». Apelando así a los sentimientos patrióticos de sus conciudadanos. Cimón logró finalmente persuadirlos a que tomaran la decisión de enviar a Mesenia, en ayuda de Esparta, unos 4.000 hoplitas. El, en persona, encabezó esta fuerza. La aparición de los atenienses junto a Itome, no modificó, sin embargo, la situación de manera que mejorara para los espartanos. Aún cuando en materia de poner sitio a fortalezas, los atenienses eran incomparablemente más diestros que los espartanos, también ellos resultaron impotentes para quebrar la resistencia de los sublevados. Es evidente que en esto también tuvo parte el hecho de que, entre los componentes del destacamento ateniense, había no pocos partidarios de Efialtes, los que quizá se sentían más cercanos a los esclavizados mesenios que a la odiada Esparta. El caso es que Itome no fue conquistada. Entre los espartanos cundió la sospecha de que los guerreros atenienses habían entablado negociaciones secretas con los mesenios sitiados, con cuya colaboración pensaban realizar una revuelta democrática. Esta situación concluyó cuando el gobierno espartano declaró abiertamente a los atenienses que ya no necesitaba más de su ayuda. De todos los aliados de Esparta congregados en el cerco de Itome, sólo los atenienses fueron retirados. La política insistentemente sostenida por la agrupación oligárquica encabezada por Cimón terminó así en el más rotundo fracaso.

Ecós de los que ocurrió después en Atenas los hallamos en las obras de Aristófanes. «Llevando consigo a cuatro mil hoplitas, se dirigió a vosotros nuestro Cimón y salvó a Lacedemonia», leemos en una de sus comedias. Al parecer, ya de regreso en Atenas, Cimón intentó presentar las cosas como si los atenienses hubieran obtenido un éxito, pero, desde luego, nadie creyó en tal versión. Los adversarios políticos de Cimón levantaron cabeza, y una profunda indignación se apoderó de los ciudadanos atenienses. Tucídides informa que inmediatamente después del regreso del destacamento, al abandonar el Peloponeso, los atenienses «rompieron la alianza hecha con los lacedemonios... estableciendo otra con los enemigos de aquéllos, con los argivos; después, los argivos y los atenienses hicieron una alianza, afianzada con juramentos, con los tesalios». Todo lo cual significó un rotundo cambio de la línea política anterior.

Para salvar, aunque fuera parcialmente, su conmovido prestigio, Cimón hizo una tentativa de volver a tomar el camino en el cual se sentía más seguro, aquél en el cual su reputación aún no vacilaba: el camino de una nueva guerra contra Persia.

Precisamente en ese tiempo Egipto se había sublevado contra Persia. La sublevación fue iniciada por el libio Inaro. Casi la totalidad de la población egipcia, que odiaba a los persas, le prestó su apoyo. Estaban madurando acontecimientos sumamente serios. Inaro se dirigió a Atenas en procura de ayuda. Es posible que aún antes él enviara cereales a Atenas, vinculándose así amistosamente con los atenienses. Estos respondieron al llamado de Inaro enviando a las costas de Egipto una flota de 200 naves de combate, bajo el mando de Cimón. Una parte del ejército griego sostenía la guerra en Chipre, otra parte combatía en el litoral fenicio, y las fuerzas principales desembarcaron en el propio territorio egipcio, donde junto con sus habitantes derrotaron a los persas y pusieron sitio a Menfis. Pero el asedio a esta bien fortificada ciudad se prolongó por mucho tiempo.

Partir de Atenas no sólo no fue de utilidad para Cimón, sino que, por el contrario, complicó más aún su situación particular y la de sus partidarios. Aprovechando su ausencia, los demócratas, encabezados por Efialtes, tomaron resueltamente la ofensiva. Su golpe principal fue dirigido contra el areópago. En Atenas comenzó una serie de procesos judiciales contra miembros del areópago, contra los cuales fueron formuladas diversas acusaciones: venalidad, ocultación de diseños públicos, etc. A diferencia del propio Cimón, hombre de honradez sin

tacha, muchos de sus partidarios no gozaban de la mínima reputación. Como resultado de dichos procesos, la autoridad moral de muchos de los miembros del areópago fue minada, preparándose así las condiciones para un ataque decisivo contra esa institución en su calidad de cabeza de la actividad del Estado ateniense.

En el año 462 la asamblea popular aprobó una ley contra el areópago, que le asestó un golpe mortal. Se le despojó de todas sus funciones anteriores. De órgano más influyente del Estado, que era, fue reducido a la categoría de un simple tribunal que entendía en asuntos criminales de importancia secundaria, en algunos casos de orden civil y en ciertas contravenciones. Así fue como se desplomó el bastión de la oligarquía. Los enemigos de la democracia hicieron uso entonces del último medio que quedaba aún a su disposición: Efiltes fue asesinado por la espalda; pero ello no pudo modificar la marcha de los acontecimientos. La revuelta democrática en Atenas era un hecho consumado. Cuando Cimón regresó desde Chipre, se vio impotente para emprender nada, y al poco tiempo fue condenado al ostracismo.

La lucha en torno del areópago ha sido reflejada en la literatura artística. En *Las Euménides*, de Esquilo, el héroe de la tragedia, Orestes, culpable de matricidio, es perseguido en todas partes por las diosas de la venganza, las Erinias, hasta encontrar finalmente la salvación al dirigirse a la diosa Atenea, que le aconseja buscar justicia en el areópago de Atenas. Y lo que había resultado imposible para los dioses, lo realizan los sabios ancianos atenienses: ellos absuelven a Orestes. Las Erinias se transforman entonces en Euménides, favorables a Orestes. En la misma obra de Esquilo figuran sus consideraciones acerca de cómo la diosa Atenea, en la iniciación misma del funcionamiento del areópago, prevenía a los atenienses contra el peligro derivado del cambio de su estructura y contra el paso del mismo hacia el predominio del demos. «Aconsejo a los ciudadanos temer tanto la anarquía, como al poder de los grandes señores», decía a los atenienses.

La ley del año 462 sobre el areópago inició un nuevo período en la historia de Atenas: el de una completa y consecuente democratización de todas las facetas de la vida estatal. Al ser liquidadas las anteriores funciones políticas del areópago, quedó despejado un lugar para la actividad de la asamblea popular, ya sin estorbo, y para todos los órganos de la misma.

Después de la muerte de Efiltes, la triunfante democracia ateniense encontró a un nuevo conductor en la persona de Pericles. El destacado papel de este personaje en la historia ateniense ha sido considerablemente exagerado, tanto en la historia antigua como en la historiografía burguesa contemporánea.

La popularidad de Pericles entre los ciudadanos atenienses, su gran influencia política en la asamblea popular, encuentran explicación no en sus cualidades personales, sino, antes que nada, en el hecho de que la línea política por él encabezada reflejaba realmente los intereses y las aspiraciones de las capas de la ciudadanía ateniense que lo habían promovido en el curso de su actuación política. Además, el llamado «siglo de Pericles», preparado por todo el desarrollo histórico de Atenas, representa una de las páginas más luminosas en la historia ateniense, pletórica de destacadísimos acontecimientos. Precisamente en tal sentido define Marx el período vinculado al nombre de Pericles como «el florecimiento interior más elevado de Grecia».

En el período que consideramos, Pericles apenas si tenía algo más de 30 años. Hijo de Jantipo, el vencedor de Micala, estaba vinculado por la parte materna, con la familia de los Alcmeónidas: su madre era sobrina del gran reformador Clístenes. Pericles había recibido una instrucción que para aquel tiempo era brillante. Sus maestros habían sido el filósofo Anaxágoras y Damón, quien gozaba de gran notoriedad entre los atenienses. Posteriormente, siendo ya dirigente del Estado ateniense, Pericles mantuvo permanentemente estrechas relaciones con las personas más adelantadas e inteligentes de su época: el sofista Protágoras, el historiador Herodoto, el gran artista Fidias.

Sus contemporáneos veían en Pericles a un estadista valiente y enérgico, adicto a las ideas de la democracia, orador completo y persona independiente en su manera de pensar. Sin prestar la menor atención a los puntos de vista dominantes en su ambiente, se divorció de su esposa, de la que tenía dos hijos, y contrajo nupcias con Aspasia, de Mileto, aún cuando ésta no pertenecía al círculo de los ciudadanos atenienses. A diferencia de la mayoría de las mujeres de Atenas,

encerradas en el estrecho círculo de la familia y de los quehaceres domésticos, Aspasia era una persona de amplia instrucción. En su hogar se reunían los representantes más importantes de la intelectualidad de aquel entonces.

En su actividad política, Pericles se plegó desde el principio al movimiento democrático, a aquellas capas medias del demos ateniense —comerciantes, propietarios de barcos, dueños de talleres artesanales, propietarios de tierras, medianos e incluso pequeños, involucrados en la producción de mercancías— que se hallaban, todos ellos, interesados en el crecimiento del poderío marítimo de Atenas, en el fortalecimiento de sus relaciones comerciales, en el desarrollo del comercio marítimo, y que antes habían apoyado a Temístocles y a Efiálfes. Los vínculos de Pericles con Efiálfes se presentan tan estrechos que, dada cierta falta de claridad de las fuentes, se torna difícil a veces trazar una línea demarcatoria nítida entre las medidas realizadas por uno y por otro. Después de la muerte de Efiálfes, Pericles se presenta como continuador de la transformación democrática del Estado ateniense. El triunfo obtenido en la lucha contra la agrupación oligárquica tenía que ser consolidado. Y en esto consistía el principal problema de la política a desarrollar por la democracia ateniense encabezada por Pericles.

Después del 462, según parece, ningún conjunto de reformas del tipo de las de Solón o Clístenes fue realizado de una sola vez. Lo principal ya estaba logrado: el régimen oligárquico demolido y el poder supremo en manos del demos. Las fuentes que actualmente tenemos a nuestra disposición no siempre permiten establecer con suficiente claridad cuáles fueron las formas legislativas concretas en que se expresó ese cambio: cuáles de las leyes anteriores fueron revisadas, y si lo fueron de una sola vez, y qué nuevas leyes se promulgaron y cuándo. Aristóteles, que no simpatizaba con el nuevo régimen, habla de esos cambios en forma por demás general y muy poco definida: «... el régimen estatal había comenzado a perder en grado creciente su orden estricto por culpa de los hombres que se habían impuesto fines demagógicos». En ese término, «hombres», están evidentemente incluidos los conductores de la democracia. Y escribe el mismo Aristóteles más adelante: «En general, en toda la administración, los atenienses no se atenían a las leyes con el mismo rigor que antes.» Según el testimonio de Aristóteles, en el año 457 fue electo arconte por vez primera un zeugita, esto es, un hombre perteneciente a la tercera categoría del sistema censal, y que, según la constitución timocrática de Solón, no gozaba del derecho a ser electo.

¿Querrá decir esto que la reforma censal de Solón había sido abolida? Oficialmente, en el orden legislativo, no hubo tal abolición, pero de hecho los ciudadanos atenienses de las categorías inferiores pasaron a tener acceso a todos los puestos administrativos del Estado, salvo el de estratega. En la «República de los atenienses del Pseudo-Jenofontes» se habla de manera bien clara de que, al comienzo de la guerra del Peloponeso, los arcontes eran elegidos entre todos los atenienses. También sabemos que la situación económica de los candidatos era establecida no por vía de la verificación, sino mediante preguntas formuladas verbalmente a cada uno de ellos sobre si alcanzaban censalmente la categoría de zeugita. Ninguno de los candidatos, por pobre que fuera, jamás dio respuesta positiva a esa pregunta. De esta manera, el establecer la categoría censal durante la elección se había convertido en una mera formalidad, carente de contenido. Ciertamente, el mismo puesto de arconte había perdido, en los tiempos que consideramos, su valor anterior. Representaban una excepción sólo los arcontes-epónimos y polemárcas, que en sus jurisdicciones atendían los asuntos meramente judiciales pertenecientes a los ciudadanos atenienses y extranjeros, acerca de los cuales formulaban los juicios previos.

Como otro índice más de la democratización del régimen ateniense, puede servir la difusión de la costumbre de elegir por sorteo a los funcionarios para llenar toda una serie de cargos, que antes se cubrían recurriendo a votación. Comenzaron a llenarse por sorteo casi todos los puestos, salvo los de estrategas y los que requerían conocimientos y preparación especiales. Desde el punto de vista de los adictos al régimen democrático antiguo, este modo de cubrir las vacantes era profundamente democrático. La premisa para la introducción de este orden de cosas fue —según su criterio— el reconocimiento del derecho de cualquier ciudadano a ocupar cargos en el Estado: que la suerte decida quién ha de ocupar tal o cual puesto en el año que corre. Por otra parte, el llenar las vacantes mediante el sorteo eliminaba la posibilidad de una presión previa sobre los electores, recurso del que anteriormente se aprovechaban los ricos.

Todas las medidas que acaban de ser enumeradas habrían sonado, para la mayoría de los ciudadanos, como mera declaración verbal, si no se les hubiera dado una base material en forma de remuneración pecuniaria, pagada por el fisco, por el desempeño de las obligaciones sociales. Este principio fue introducido por Pericles, que establecía honorarios de dos óbolos por cada sesión a los jueces jurados; esta suma equivalía aproximadamente a la ganancia diaria media de un ateniense. El carácter de esta medida se aclara si se tiene en cuenta que en el tribunal popular ateniense —la heliea— había 6.000 jurados electos anualmente por sorteo.

Pero la remuneración de los jurados fue solamente el comienzo de todo un sistema de pagos. A propuesta de Pericles, el fisco comenzó a entregar a los ciudadanos indigentes el llamado teoricon, dinero teatral. Tenía el objeto de proporcionar a los ciudadanos posibilidad de descansar y de divertirse durante los días festivos, en los que en Atenas se ofrecían espectáculos teatrales. Por cuanto el teatro desempeñaba un papel exclusivo en la vida social, dicha medida tenía también un gran valor político. Más adelante fue introducido el pago diario a los miembros del consejo de los Quinientos, que pasó a reunirse con mucha mayor frecuencia que antes; fue implantada asimismo la paga a los arcontes y a las personas que ocupaban otros puestos, y un sueldo para los ciudadanos que se encontraban en la marina o en el ejército.

La remuneración de los cargos estatales aseguró a la masa de los ciudadanos atenienses una posibilidad de hacer uso de sus derechos políticos. De allí en adelante, cualquiera de los ciudadanos más pobres podía dedicar su tiempo, sin temor alguno, a la actividad social o estatal. Como resultado, por ejemplo, los jurados de los tribunales comenzaron a ser reclutados preferentemente entre las capas más pobres de la población ateniense; la participación en ellos se convirtió en un medio de existencia para muchos ciudadanos.

En la historiografía burguesa actual, especialmente en la norteamericana, se sostiene la opinión de que la entrega a los ciudadanos atenienses de subsidios pecuniarios —práctica que se compara de manera completamente arbitraria con los subsidios de seguro social en los actuales Estados capitalistas— resultó ser una carga superior a las fuerzas del fisco ateniense y, finalmente, constituyó la causa del hundimiento de la antigua democracia. Tal punto de vista es radicalmente falso, dado que los subsidios, durante el gobierno de Pericles, según todos los indicios, representaban un porcentaje relativamente muy bajo dentro del presupuesto general del Estado ateniense. El Estado de Atenas se hallaba en condiciones de sobrellevar fácilmente este renglón de gastos, debido a que encabezaba la Liga marítima, alianza que ya se había transformado en la potencia marítima ateniense, la cual tenía bajo su dominio súbditos obligados a pagar con regularidad el foros. A nadie más, precisamente, que al conductor de la democracia ateniense, Pericles, se le ocurrió trasladar el tesoro de la Liga de Delos a Atenas, lo cual dio la posibilidad a los atenienses de disponer de esos fondos sin control algunos.

Así, pues, los beneficios de que gozaban los ciudadanos atenienses durante este período estaban basados en la explotación no sólo de los esclavos, sino también de la población de muchas otras ciudades griegas supeditadas a Atenas. He aquí donde radicaba una de las más profundas contradicciones de la democracia esclavista ateniense.

Otro de sus rasgos característico se nos revela en la ley de Pericles de los años 451-450 acerca de la composición del cuerpo de los ciudadanos atenienses. Antes de haber sido promulgada dicha ley se requería, para ser reconocido como ciudadano de Atenas, tener un padre que fuera miembro de la ciudadanía ateniense y que ese padre reconociera el recién nacido y realizara con éste los ritos establecidos y lo anotara en los registros del demos. La madre del recién nacido podía no ser ateniense. Por ejemplo, Clístenes, Temístocles, Cimón, el historiador Tucídides no eran de origen ateniense por línea materna. La transformación de Atenas en uno de los más grandes centros políticos, económicos y culturales de Grecia aumentó su gravitación sobre otras ciudades; y los beneficios de los que gozaban los ciudadanos atenienses con plenos derechos, engendraban naturalmente en mucha gente la tendencia a emparentarse con ellos, o a penetrar en sus filas por algún otro medio. Pero las posibilidades financieras del Estado ateniense no eran ilimitadas. El aumento del número de ciudadanos amenazaba, de manera bien definida, con repercutir sobre sus privilegios. Es por eso que Pericles, cuidando los intereses de sus conciudadanos, estableció en los años 451-450 una ley por la que se modificaban las condiciones para ser ciudadanos: en adelante, recibieron derechos

de ciudadano sólo aquellos cuyos dos progenitores fueran atenienses nativos, esto es, pertenecientes ambos, padre y madre, a la ciudadanía ateniense. La esencia de esa ley se reveló de manera especial en el año 444. En ese año el gobernante egipcio Psamético envió como obsequio para el demos ateniense 40.000 medimnos de trigo, que había de distribuir, por ello, entre los ciudadanos. Con motivo de este obsequio se descargó una lluvia de denuncias, y en el tribunal ateniense fueron incoados muchos procesos sobre hijos no legítimos. Como resultado, la cantidad de los que recibían su parte del cereal descendió considerablemente y la parte que correspondía a cada uno, como es natural, aumentó.

De esta manera, esta ley de Pericles muestra a las claras que a la democracia ateniense le era completamente ajeno el principio de la igualdad de todos los hombres ante la ley, el cual fue sustituido por otro principio: la igualdad ante la ley sólo de los ciudadanos. Principio donde el concepto de «ciudadano» estaba indisolublemente ligado a los privilegios y dignidad especiales que destacaban al ciudadano de otros hombres, no ciudadanos, considerados seres de categoría inferior.

El régimen estatal de Atenas

En su conjunto, el orden estatal establecido en Atenas durante la vida de Pericles se caracterizó, en primer lugar, por el hecho de que la plenitud del poder superior legislativo, ejecutivo y judicial pertenecía a los ciudadanos que se reunían en la asamblea popular, la ekklesia.

La asamblea popular no delegaba en nadie sus derechos soberanos, sino que los utilizaba de manera directa e inmediata. Esta cuestión, en general, jamás podía plantearse ante los ciudadanos atenienses, visto que todos ellos habían libremente en el área de su ciudad natal, donde se reunían alrededor de cada diez días, para decidir y dirigir los más importantes asuntos de Estado.

Del derecho a tomar parte en la asamblea popular gozaban todos los varones con plenos derechos, que habían cumplido los veinte años de edad. Todo participante en la asamblea podía ejercer las libertades de palabra y de iniciativa legislativa. Podía presentar cualquier propuesta, cualquier crítica contra cualquier funcionario público, contra un proyecto de ley, o contra una medida ya aprobada por el Estado. Dentro de tales condiciones, es difícil hablar del cúmulo de cuestiones susceptibles de ser tratadas por la asamblea popular. Al disponer de ilimitados derechos, la misma podía, a propuesta de cualquiera de sus participantes, considerar, a su criterio, cualquier cuestión, ya fuera legislativa o jurídica, ya se tratara de una medida cuya aplicación encuadrara dentro de la competencia de los magistrados. Hasta donde nos consta, en la práctica del trabajo de la asamblea popular tenían mayor valor y significación los siguientes asuntos: la elección de los estrategas y de otros funcionarios militares superiores; la declaración de guerra; la concertación de los tratados de paz y de los tratados de alianzas; la solución de otras cuestiones de la política exterior; el otorgamiento de los derechos de ciudadanía; la recepción de informes de los altos funcionarios; la promulgación de toda clase de leyes de la más variada índole; la consideración y confirmación del presupuesto del Estado.

Todas las cuestiones eran resueltas mediante una votación efectuada por el método del levantamiento de manos. Las votaciones secretas constituían una excepción que se aplicaba en casos particulares. En tales ocasiones se votaba colocando en las urnas piedrecitas. La votación secreta se aplicaba también en los casos en que se consideraba la aplicación del ostracismo.

Las resoluciones de la asamblea popular eran protocolizadas, como nos consta en los decretos atenienses llegados hasta nuestro tiempo. Comenzaban con la fórmula: «Han establecido el Consejo y el pueblo.» Luego se indicaba de qué file era la pritanía, quién había sido su secretario, quién había presidido la reunión, quiénes de los oradores habían formulado tales o cuales propuestas.

Todos los órganos del Estado ateniense se consideraban supeditados a la asamblea popular, a la que debían rendir cuentas. Entre esos órganos figuraban el Consejo de los Quinientos, la

heliea, el areópago, el colegio de estrategas, el colegio de arcontes, y otros funcionarios que recibían sus poderes principalmente por sorteo.

La organización del Consejo de los Quinientos seguía siendo, en general, la misma que en el tiempo de Clístenes. Se componía con los representantes de las diez filai, a razón de cincuenta prítanos de cada una, los que se turnaban en el cumplimiento de sus funciones según un orden riguroso, en correspondencia con el cual el año fue dividido de diez partes. Las funciones del Consejo consistían en preparar los asuntos para la asamblea popular y resolver los asuntos secundarios que se presentasen entre reunión y reunión de la misma. En las reuniones de la asamblea, la presidencia, los términos de la convocatoria, las citaciones, etc., también se hallaban en manos del Consejo. De acuerdo con las leyes atenienses, ningún asunto podía ser considerado por la asamblea popular sin haber pasado previamente por el Consejo. Mas ello no significaba, de manera alguna, que éste fuese superior a la asamblea. La reunión de la asamblea, debido al número de sus integrantes, no podía considerar las cuestiones sin preparación previa y con la debida aplicación. Desde este punto de vista, el Consejo aparece como un instrumento de trabajo de la asamblea popular.

El tribunal ateniense de jurados —la heliea— representaba, tanto por su estructura como por sus funciones y, especialmente por las particularidades de los procesos que en el mismo se veían, una institución muy peculiar. Como ya hemos señalado, la heliea se componía de 6.000 jurados, distribuidos en diez cámaras, los dicasterion, a razón de 500 jurados en cada uno, con otros 100 considerados como de reserva. Para prevenir sobornos, los procesos eran distribuidos entre los dicasterion por sorteo. En los casos especialmente importante, dos o más dicasterion se juntaban para ver la causa.

El proceso judicial en la heliea ateniense se realizaba sobre la base de la competición. Los jueces jurados escuchaban tanto al acusador como al acusado (o querellante y querellado) y a los testigos, admitían disputas entre las dos partes, y cuando la esencia de la causa se tornaba clara o suficientemente aclarada para ellos, acudían a la votación. El tribunal ateniense no conocía fiscales oficiales. La acusación en cualquier causa, incluso en las que concernían a los intereses del Estado o a la salvaguardia del orden existente, podía ser sostenida por cualquiera que lo deseara. Como principio, se consideraba que los intereses y la seguridad del Estado tenían que tocar por igual a todo ciudadano, y por ello todo ciudadano podía y debía salir en el tribunal en su defensa. Tampoco existían defensores profesionales. Todo ciudadano tenía que defenderse por sí mismo. En los casos en que no se sentía en condiciones de hacerlo con suficiente eficacia, se dirigía a un especialista —los había en Atenas— y aprendía de memoria el discurso que éste escribía para él.

Es característica la postura del tribunal ateniense hacia los esclavos. Si la marcha del proceso requería la aparición de esclavos en calidad de testigos, éstos, según rezaba la ley, tenían que dar sus declaraciones sólo bajo torturas. Si el esclavo moría durante las mismas, a su propietario se le compensaba su valor, como perjuicio material ocasionado por el proceso.

Entre los funcionarios que recibían sus poderes por vía de elecciones anuales en la asamblea popular, los de mayor valor eran los diez estrategas. A partir del año 444 y durante una década y media, fue elegido año tras año el propio Pericles. Por el desempeño del cargo de estratega no se pagaban emolumentos, de manera que sólo podían aspirar a este cargo las personas de holgada posición económica. Al mismo tiempo, en manos de los estrategas se concentraban las más importantes funciones del más alto poder militar, administrativo y ejecutivo. Ellos encabezaban y mandaban la flota y el ejército, entendían en todos los asuntos de la política exterior del Estado ateniense y lo representaban durante las negociaciones diplomáticas, se ocupaban de los asuntos financieros, etc. Aún disponiendo de tan amplios poderes, los estrategas se encontraban al mismo tiempo bajo el permanente control de la asamblea popular, ante la cual tenían que rendir cuentas y dar informes. En caso de que su informe fuera considerado insatisfactorio, los estrategas podían ser suspendidos antes de haberse cumplido el término de sus funciones y se llevaban a cabo nuevas elecciones.

En general, en Atenas se prestaba una atención especial a las elecciones de los funcionarios. Según las fuentes, los ciudadanos atenienses tomaban en consideración la conducta de todo

candidato, averiguándose si guardaba el debido respeto a sus progenitores, si prestaba servicio en todos los casos en que era exigido para ello, si cumplía sus obligaciones financieras para con el Estado, etc. Lisias informa que era loable que el candidato rindiera cuenta de toda su vida antes de las elecciones.

Es de gran importancia analizar las garantías de estabilidad del orden estatal ateniense durante la época de Pericles.

Como ya hemos señalado, la asamblea popular de los ciudadanos atenienses, que era convocada cada diez días, detentaba el poder superior en el Estado. En consecuencia, disponía del derecho a hacer cambios también en las leyes básicas del Estado, es decir, su constitución. Hablando teóricamente, el peligro de cambios radicales en el orden existente en el régimen estatal, surgía siempre, todas las veces que los ciudadanos se reunían en el Pnix, el recinto de las asambleas populares. Para prevenir tal peligro regían disposiciones especiales que garantizaban cierta y determinada estabilidad de la constitución.

La más importante de tales instituciones era la grafê paranomoi, «queja contra la ilegalidad». Cualquier ciudadano que quería hacer uso de su derecho a la grafê paranomoi tenía que declararlo en la asamblea popular. Se le proponía entonces que prestara juramento de que no usaría del derecho que se le otorgaba en detrimento del Estado ateniense, tras lo cual exponía su queja contra cualquier propuesta que hubiera sido sometida a la consideración de la asamblea, o contra cualquier disposición o ley ya aprobada por la asamblea a la que considerara contraria a la legislación existente. La queja expresada en este orden paralizaba la vigencia de una disposición o ley, y el asunto era dirigido al tribunal popular, a la heliea. En esta instancia, el querellante debía probar lo fundamental de su protesta ante los jueces jurados, en un proceso basado en la competencia. En defensa de lo querellado salía el ciudadano que, en su momento, lo había presentado y apoyado en la asamblea popular, o la comisión especial que lo había formulado. Tras escuchar a ambas partes, los jueces expedían su veredicto. Si la queja presentada en ejercicio de la grafê paranomoi era reconocida como justificada, la disposición o ley querellada era abolida, y el ciudadano que la había propuesto, sometido allí mismo a la correspondiente responsabilidad por haber inducido a error a sus conciudadanos. El juzgado podía condenarlo a una multa pecuniaria grande, o imponerle un castigo mucho más severo, inclusive hasta la expulsión o pena de muerte. De esta manera, así como a todo ciudadano ateniense se le otorgaba plena libertad para sostener iniciativas de orden legislativo, también se lo hacía pasible de una responsabilidad. Por toda propuesta que hacía, respondía con sus bienes y con su vida, y no sólo ante los órganos del Estado, sino ante cualquier otro ciudadano ateniense, pues cada uno de ellos podía hacerlo responder mediante el ejercicio de la grafê paranomoi.

Pese a todo, en el empleo por parte de los ciudadanos del derecho a «querellar contra la ilegalidad», había lugar a abusos. Podía encontrarse entre los ciudadanos quienes desearan hacer uso de ese derecho con el fin de causar perjuicio al Estado. También esto había sido previsto por la legislación ateniense. Si la querella formulada en base a la grafê paranomoi era rechazada por la heliea y el querellante recibía en favor de su queja menos de la tercera parte de los votos de los jueces jurados, se hacía culpable allí mismo de la responsabilidad correspondiente por una querella sin fundamento, pudiéndosele imponer un severo castigo.

Otra garantía para la estabilidad del régimen democrático existente lo constituía el procedimiento mediante el cual se ponían las leyes en vigor. En el derecho estatal ateniense hay que distinguir las leyes —nómoi— de los simples decretos o disposiciones —psefismas—. Los últimos tenían un carácter casual, en tanto que las leyes acusaban una naturaleza general. Para poner en vigencia los simples decretos no se requería ningún procedimiento; en cambio, para hacerlo con las leyes propiamente dichas, se efectuaban ritos especiales, que retardaban intencionalmente su consideración, con el fin de que la asamblea popular quedara advertida contra el peligro de decisiones prematuras e irreflexivas. Anualmente, en la primera reunión de la primera prítania, que tenía lugar el 11 del mes ateniense hecatombeón (aproximadamente a mediados de julio), se ponía a votación de la asamblea popular si ésta quería hacer uso de su derecho a la revisión de las viejas leyes y a la consideración de los proyectos de las nuevas. Si esta asamblea se expresaba en sentido positivo, sus participantes presentaban individualmente

sus proyectos legislativos. Cada proyecto aprobado pasaba al Consejo para ser considerado en detalle y redactado. Después, el proyecto de ley, ya con la forma de su redacción definitiva, volvía a la asamblea popular y a la heliea, para ser votado. Simultáneamente, su texto era grabado en una tabla, expuesto en un lugar público para conocimiento general, y leído a los ciudadanos en los intervalos entre dos reuniones legislativas, para que pudieran conocerlo con atención y en su totalidad. Sólo tras la observación de todas estas condiciones podía ser aceptada una nueva ley en Atenas.

En su totalidad, el régimen estatal de la ciudad de Atenas durante los años de gobierno de Pericles poseía, sin duda alguna, rasgos históricamente mucho más desarrollados que las polis oligárquicas. No puede, empero, cerrarse los ojos, como lo hacen algunos sabios burgueses que idealizan a la antigua Atenas, sobre los defectos y aspectos contradictorios de la vida estatal ateniense. Ni los metecos, ni las mujeres —madres, esposas e hijas de los ciudadanos que gozaban de la plenitud de los derechos—, ni que hablar ya de los esclavos, gozaban de derecho alguno en Atenas, como tampoco en las demás ciudades y Estados; y, en consecuencia, no podían tomar parte activa en la vida estatal. De esta manera, los ciudadanos con plenitud de derechos políticos representaban en el Estado ateniense, tal como ya hemos señalado, no más del 15 al 20 por 100 del total de la población. Resulta así que también sobre la organización social y estatal de Atenas gravitaba el sello de la limitación clasista, tan característica para todos los Estados esclavista de esa época.

Mas no todos, ni mucho menos, de los que formaban parte de esa minoría privilegiada, disponían realmente de la posibilidad de hacer uso de sus derechos. La participación de los ciudadanos ordinarios no era acompañada de la paga de subsidio alguno, por el fisco, en virtud de lo cual todo aquel que vivía de su trabajo no podía pasar cada diez días unas cuantas horas en el Pnix, donde se celebraban las reuniones de la asamblea popular. Menos accesible aún era esto para los campesinos, pues, para hacer acto de presencia en esas asambleas tenían que dirigirse a la ciudad. Durante los períodos de intenso trabajo en el campo, sólo muy pocos podían permitírselo. Resultaba así que, entre el total de los ciudadanos atenienses, más o menos de unas 30.000 a 35.000 personas, el número habitual de los participantes en las reuniones de la asamblea apenas si superaba los 2.000 ó 3.000, y sólo en casos extraordinarios se reunía una cantidad mayor.

Al mismo tiempo, en el código del derecho estatal de los antiguos no existía el concepto del quórum. Para la opinión de aquellos ciudadanos, la participación directa en la asamblea era un derecho, pero de ninguna manera una obligación. Por tanto, si alguno de los ciudadanos no hacía acto de presencia en la asamblea, se consideraba que transfería su derecho a los que sí participaban, de modo que las resoluciones tomadas por la reunión tenían fuerza de ley independientemente del número de los ciudadanos que la habían adoptado. En consecuencia, se dieron a veces casos en que la asamblea popular ateniense, especialmente en los años de la guerra del Peloponeso, tomaba resoluciones casuales contrarias a los intereses del Estado y al curso general de la política que se estaba llevando a la práctica. Entre los electos por la asamblea popular, mediante el sorteo y por votación, para los diferentes cargos públicos, podían evidentemente figurar personas designadas por azar, fortuitamente, poco aptas para la actividad político-social; todas sus ventajas consistían en el hecho, que de por sí nada recomendaba, de haberse hallado presente en el Pnix el día de las elecciones. De la misma manera, debido a que el cargo de estrategia no era remunerable, los esclavistas poseedores de grandes fortunas, aún cuando no simpatizaban con la democracia, podían ocupar dicho cargo y, de esta manera, ejercer influencia sobre la marcha de la vida política, aún después de las reformas de Efialtes y Pericles.

Se sobreentiende que los adversarios de la democracia ateniense se afanaban por aprovechar los lados débiles del régimen estatal en beneficio de sus propios intereses. No podían ni querían aceptar la derrota que se les había inferido, y procuraban por todos los medios recuperar la supremacía perdida. Muerto Cimón, apareció como su conductor cierto Tucídides de Alopece, siempre contrario de Pericles en las reuniones de la asamblea popular. Sin embargo, Pericles logró vencerlo y conseguir que fuera condenado al ostracismo. Pero los oligarcas no depusieron las armas. Por otra parte, pudieron obtener cierto éxito en su lucha contra el régimen

democrático durante los años de las graves conmociones, durante la guerra del Peloponeso, y después de la muerte de Pericles.

El Gobierno de Pericles se veía obligado a chocar también con cierta oposición dentro de la democracia. A las capas económicamente menos sustentadas de los ciudadanos atenienses, les parecían insuficientes las reformas introducidas. Tendían a transformaciones más radicales, y acusaban al gobierno de moderación excesiva y de falta de decisión. El Gobierno de Pericles no podía dejar de tomar en cuenta esta clase de ánimos; y, al atenderlos, iba introduciendo algunas otras medidas. Durante los años de Pericles, por ejemplo, se amplió particularmente la erección de edificios de carácter y destino social. Se realizó el sueño acariciado por Temístocles: las fortificaciones de la ciudad fueron unidas, mediante los llamados Largos Muros, con las fortificaciones del puerto del Pireo. En el interior de la misma ciudad se erigió toda una serie de excelentes edificios y bellísimas estatuas. El primer lugar entre todas ellas lo ocupa una maravilla del arte arquitectónico, el Partenón, en cuyo interior se encuentra la estatua de la diosa Atenea, obra del gran Fidias. Mas también otros edificios del tiempo de Pericles, tales como el Odeón, destinado a las competiciones musicales, o los famosos propíleos, provocan hasta hoy la admiración de los hombres.

Hasta nuestros tiempos ha llegado una serie de inscripciones atenienses de las que se desprende qué medios colosales invertía el Estado en las construcciones. En una de ellas se enumeran las entregas de dinero para la erección de la famosa estatua de la diosa Atenea, de Fidias. En otras, que constituye el balance financiero publicado en el año 433, después de terminar la erección del Partenón, se enumeran detalladamente todas las erogaciones efectuadas durante los quince años que demandaron las obras, las inversiones en el material y los gastos para su acarreo a la acrópolis, las remuneraciones a los muchos trabajadores y artistas, etc. En todas esas obras, los atenienses indigentes tenían trabajo. En esto reside el valor social de la labor edificadora del Estado ateniense.

Al desarrollar una enérgica actividad en esta dirección, el Gobierno de Pericles se supo atraer también los medios de los ciudadanos ricos, de los grandes propietarios de esclavos. En Atenas existían, ya desde antes, las llamadas liturgias, que obligaban a los ciudadanos más acaudalados a cumplir, por turno, con diferentes obligaciones vinculadas con la organización de los espectáculos teatrales y el equipamiento de naves para la flota. Durante los años de Pericles, las liturgias constituyeron uno de los artículos más importantes en el presupuesto del Estado democrático.

En las fuentes de que disponemos no hay el menor indicio de oposición a las liturgias por parte de los ciudadanos acaudalados. Quizás esto se explique porque las obligaciones a las que los sometía el gobierno democrático eran compensadas con usura por las ventajas que obtenían usufructuando los éxitos alcanzados en aquel tiempo por el gobierno de Pericles en el ámbito de la política exterior.

Jamás, ni antes ni después, la política exterior de Atenas se distinguió por la amplitud que tuvo en los años que siguieron a la estabilización del poder democrático. La misma era dirigida al afianzamiento del poderío estatal de Atenas y al ensanchamiento de la esfera de su actividad y de su influencia política y económica.

En primer lugar, esta política tocó a los aliados de Atenas. Precisamente tras haber llegado al poder la democracia, se exterioriza con máxima claridad la tendencia de los atenienses a reprimir y ahogar la autonomía estatal de sus aliados, a transformarlos definitivamente en sus súbditos y, al mismo tiempo, aumentar la cantidad de ciudades que dependían de la suya. Los atenienses se plantearon el problema de someter a su poder tanto a las ciudades de la Grecia central como a las del Peloponeso. Dentro de las condiciones existentes, esto tenía que repercutir inevitablemente sobre el inestable equilibrio de las relaciones entre las ciudades griegas, equilibrio que, en cierta medida, existía aún en la época de la invasión de los persas.

Como ya señaláramos, inmediatamente después del regreso de Cimón de su fracasada campaña en ayuda de Esparta, los atenienses rompieron la alianza con los espartanos, celebrando un tratado con Argos y con Tesalia. Maniatada por la rebelión de los mesenios, Esparta no se hallaba en condiciones de impedirlo, aún cuando la alianza de Atenas con Argos

encerraba para ella gran peligro. Cuando finalmente fue quebrada la prolongada resistencia de los mesenios en el Itome y éstos capitularon, bajo la promesa del derecho de libre paso, los atenienses no tardaron en aprovecharlo. Ayudaron a los expulsados mesenios a establecerse en Naupacto, y esta ciudad, sita en la costa norte del golfo de Corinto, en su punto más estrecho, quedó dentro de la esfera de influencia de Atenas. Esto zahería no sólo los intereses de Esparta, sino también los del más rico e influyente miembro de la confederación peloponesiaca, Corinto, cuya actividad comercial era llevada a cabo a través de ese golfo.

Pero los atenienses no repararon en ello. Se inmiscuyeron en el conflicto bélico entre Corinto y Megara, apoyando a esta última, y consiguieron que Megara saliera de la confederación del Peloponeso, a la que siempre había pertenecido, para formar, en cambio, una alianza con Atenas. Los atenienses hicieron entrar sus guarniciones en esa ciudad y en su puerto, Pagas, situado en la misma costa del golfo de Corinto, y simultáneamente erigieron dos líneas de fortificaciones entre Megara y su segundo puerto, Nicea, ubicado en la costa del golfo Sarónico, con lo cual quedaba eliminado el peligro de un ataque contra la ciudad por tierra firme.

Con fortificaciones así en el istmo, los atenienses cortaron a Esparta el camino a la Grecia central.

Los atenienses consiguieron un rotundo triunfo en la lucha contra su antigua rival, Egina, que había entrado en guerra de parte de Corinto. No obstante haber estado ocupada la mayor parte de su flota en la lucha contra Egipto, los atenienses derrotaron en una batalla naval a los eginetas, desembarcaron en la isla y pusieron sitio a su ciudad. La tentativa de los corintios de sustraer las fuerzas atenienses, alejándolas de Egina mediante un repentino ataque a Megara, no fue coronada por el éxito. Los atenienses armaron a los habitantes de la ciudad, los que, bajo el mando del estratega ateniense Mirónidas, derrotaron a los corintios.

La posición de Atenas debía consolidarse más aún con la próxima terminación de los Largos Muros entre la ciudad y su puerto, que venían a coronar su poderoso sistema defensivo.

Los éxitos de Atenas obligaron finalmente a Esparta, ocupada hasta entonces en la represión de los sublevados ilotas mesenios, a inmiscuirse en los acontecimientos que estaban sucediéndose. En el año 457 un gran ejército peloponesiaco, que contaba con hasta 11.500 hoplitas, mandado por el rey espartano Nicomedes, llegó a la Grecia central tras cruzar el golfo de Corinto. Los espartanos todavía abrigaban ciertos temores a entrar en guerra abierta contra los atenienses, razón por la cual el objeto oficial de esa campaña fue el de intervenir en la disensión que había surgido entre los habitantes de la pequeña Dórida y los de la Fócida. Las verdaderas intenciones de Nicomedes se pudieron de manifiesto sólo cuando se acercó, con todo su ejército, a Tebas, y, tras acampar junto a ella, entabló negociaciones con los tebanos. En ese tiempo, la supremacía política tebana favorecía a la agrupación oligárquica, que mantenía activas relaciones con los exiliados políticos atenienses. En consecuencia, Nicomedes no sólo logró atraerse a los tebanos, sino también crear en torno de la ciudad agrupaciones hostiles a Atenas en otras ciudades beocias. Los atenienses se percataron del peligro que les estaba amenazado y, para prevenirlo, movilizaron a prisa todas las fuerzas que se hallaban a su disposición. La milicia de los ciudadanos de Atenas, completada por destacamentos de Argos, Tesalia y otras ciudades de la Liga marítima ateniense, en un número total de 14.000 hoplitas, cruzó la frontera de Beocia. Allí, en una tenaz y sangrienta batalla junto a Tanagra, los atenienses fueron batidos. Pero este triunfo resultó sumamente caro a sus enemigos, que sufrieron enormes pérdidas. Nicomedes no se decidió a aprovechar este triunfo para atacar al Ática, y se retiró al Peloponeso.

Después de la batalla de Tanagra, los atenienses se vieron en situación tan grave que, a propuesta de Pericles, se hizo regresar a Cimón del exilio para que tomara parte en las negociaciones con Esparta, consiguiendo una tregua de tan sólo cuatro meses. Mas los atenienses lograron aprovechar ese lapso para restablecer su situación en Beocia, hacia donde se emprendió una nueva campaña, con la cual el estratega Mirónidas derrotó a las fuerzas beocias cerca de Enófitas. Después de esta victoria, que compensó la derrota de Tanagra, los atenienses lograron en corto plazo no sólo restablecer su influencia sobre la mayor parte de las ciudades

beocias, sino extenderla más hacia el Norte. Las ciudades de la Fócida y la Lócrida, vecinas a Beocia, fueron obligadas a establecer una alianza con Atenas.

En la Grecia central sólo Tebas seguían siendo baluarte espartano contra Atenas. Al mismo tiempo, había caído Egina. De acuerdo con las condiciones de la capitulación, ésta debió demoler sus murallas, entregar sus naves de guerra y pagar a los atenienses un tributo. Alentados por esos éxitos, los atenienses reanudaron sus acciones bélicas contra Esparta. La flota ateniense, bajo el mando de Tólmidas, penetró sorpresivamente en el puerto espartano de Giteión, donde quemó los astilleros; luego, tras costear la península del Peloponeso por el lado occidental, atacó a Metona y consiguió otros éxitos más en el litoral de Etolia. Más o menos al mismo tiempo, adhirieron a Atenas las ciudades de Acaya, y en el sur del Peloponeso, en el territorio de la Argólida, los atenienses se apoderaron de Trecene.

Hubiera podido esperarse un ulterior desarrollo de estos éxitos, si no fuera por la catástrofe de Egipto, adonde, como ya señaláramos, los atenienses habían enviado considerables fuerzas para apoyar la sublevación que había estallado contra los persas. Cerca de 200 naves de guerra atenienses y aliadas, y grandes fuerzas terrestres, se habían concentrado para el desembarco en la desembocadura del Nilo y junto a Chipre. En caso de éxito, los atenienses hubieran podido contar con establecerse con pie firme en un nuevo mercado y apoderarse del más rico granero del mar Mediterráneo.

Al comienzo, las operaciones bélicas fueron felices para los atenienses. Pero en el año 454 los persas formaron un ejército bastante considerable. El ejército griego que, junto con los sublevados egipcios, sitiaba a Menfis, fue batido, tras lo cual fue también destruida una gran parte de la flota ateniense. En total, los atenienses perdieron en Egipto cerca de 200 naves de combate y de 35.000 guerreros. En tales circunstancias, los atenienses temían una nueva invasión persa, al mismo tiempo que conmociones dentro de su Liga. Carecían ahora de la supremacía en el mar sobre sus aliados.

Por otra parte, el peligro de una invasión persa atemorizó también a Esparta, dando por resultado que los atenienses y los espartanos reanudara negociaciones, que terminaron en un acuerdo de tregua por cinco años. Al mismo tiempo, Esparta estableció una paz con Argos por treinta años, hecho desventajoso para Atenas.

Pero los recelos de los atenienses y de los espartanos no llegaron a justificarse: Grecia no fue víctima de una nueva invasión persa. En la primavera del año 449 los atenienses y sus aliados equiparon y pertrecharon una nueva gran flota, y junto a la Salamina de Chipre se desarrolló una batalla, la última de la guerra greco-persa. En esta batalla los griegos derrotaron completamente a los persas, apoderándose de cerca de cien de sus naves. Después de la batalla, se firmó la paz de Calías. Debemos hacer constar que no podemos abrigar absoluta confianza y seguridad en la existencia de ese tratado de paz. Tucídides, por ejemplo, ni siquiera lo menciona. Sea como fuere, nada sabemos de nuevos choques con los persas, después del año 449.

El cese de operaciones bélicas contra los persas determinó que en la opinión de muchos participantes de la Liga marítima griega dejara de ser justificada la existencia de esa alianza. Con tal motivo, y sobre tal base, surgió toda una serie de complicaciones en las relaciones entre los atenienses y sus aliados. Como hemos mencionado anteriormente, los atenienses no se detenían ante la aplicación de represiones a las ciudades aliadas. En los territorios de varias de ellas aparecieron poblaciones de ciudadanos atenienses, las cleruquías, intensificándose de esta manera el control ateniense sobre las mismas. En otros lugares (por ejemplo, en Naxos, Tasos, Samos) la cuestión llegó a serios choques. Tras aplastar a los aliados sediciosos, los atenienses, por regla general, les imponían al desarme, limitando su participación en la alianza en tan sólo el pago del foros a Atenas.

Los atenienses continuaron tomando medidas para extender sus fronteras. Con tal objeto, fue emprendida, bajo el mando directo de Pericles, una gran expedición al mar Negro. Como resultado de la misma, se incorporaron al parecer a la Liga ateniense una cantidad de ciudades griegas de la cuenca del Ponto.

En los años 447-446 comenzaron nuevos choques entre Atenas y Esparta. Los espartanos emprendieron una campaña sobre la Grecia central, so pretexto de prestar ayuda a Delfos, de

cuyo territorio se habían apoderado los focídeos. La aparición de ejércitos espartanos en la Grecia central trajo aparejada para los atenienses no sólo la pérdida de su influencia anterior sobre la Fócida y la Lócrida, sino también sobre Beocia, cuyas ciudades se sublevaron. Al mismo tiempo defecionaron Eubea y Megara. Nuevamente se vieron los atenienses ante una grave situación: tenían que sostener simultáneamente acciones bélicas contra Eubea y contra Megara. Atenas no pudo resistir mucho tiempo semejante tensión. El número de sus ciudadanos, a raíz de las guerras ininterrumpidas, había disminuido considerablemente.

Sobre la base de una inscripción —lista de los caídos en una batalla— llegamos a enterarnos de que una sola de las diez filai atenienses había perdido en el año 458, en las operaciones bélicas contra Megara, Egina y Egipto, 177 ciudadanos. Descontando que la cantidad de ciudadanos capaces de llevar armas apenas si superaba en aquel entonces la cantidad de 25.000 a 30.000, y que se trataba solamente de las pérdidas experimentadas en un año, resulta fácil imaginar cómo repercutiría este tumultuoso período sobre el número de la población civil de Atenas.

En los años 446-445 los atenienses iniciaron negociaciones con Esparta a propósito del establecimiento de una paz duradera por unos treinta años. La paz fue concertada bajo las siguientes condiciones: los atenienses renunciaban a todas sus conquistas en el territorio del Peloponeso, Acaya, Trecene y Megara, quedando en su poder Naupacto y Egina. En lo sucesivo, ambas partes decidían alinear sus zonas de influencia. Cada una de ellas se comprometía a no aceptar como aliado a los que fuesen aliados de la otra, ni tampoco apoyar, en el interior de las ciudades, a sus propios partidarios. Este acuerdo significaba para Atenas algo equivalente a una renuncia a la política que había desarrollado durante los últimos años. Ya no podía llevarla en la escala anterior: sus fuerzas estaban quebrantadas.

Después del acuerdo con Esparta, Pericles hizo otra tentativa por elevar en algo la tambaleante autoridad de Atenas. Promovió la idea de convocar un congreso panhelénico, para la consideración de los asuntos comunes de carácter político y religioso. Mas, comprendiendo hacia dónde llevar esto, Esparta hizo todo lo que de ella dependía para hacer fracasar ese plan de Pericles.

Resultados algo más favorables obtuvo Atenas al desarrollar su actividad hacia el Occidente. Tucídides menciona un tratado celebrado en Corcira, en el año 433. Una de las inscripciones de aquel tiempo hace saber que los atenienses, evidentemente, en aras del cumplimiento de ese tratado, equiparon y pertrecharon para ayudar a Corcira, al principio diez, y luego veinte naves de combate.

En otras dos inscripciones se han conservado los textos de tratados celebrados por los atenienses con Leontinos, ciudad de Sicilia, y con otra ciudad de la Italia meridional, Regio, formando una alianza para el caso de una guerra, defensiva y ofensiva.

Además, los ciudadanos de diversas polis, encabezados por los atenienses, fundaron una nueva colonia en la Italia meridional, la de Turios, en el mismo lugar en que se hallara la ciudad de Sibaris. Según el proyecto de Pericles, esta nueva ciudad debía convertirse en punto de apoyo y baluarte de la influencia ateniense en esa zona. Pero Turios no justificó las esperanzas que en ella cifraban los atenienses. Tanto en Italia meridional como en Sicilia la política ateniense tropezó con una fuerte oposición de parte de las polis del régimen oligárquico, orientadas hacia Esparta y hacia la alianza del Peloponeso.

Las cosas se encaminaban hacia nuevos conflictos, los que, finalmente, desembocaron en una guerra prolongada y dura que involucró a todo el mundo helénico.

CAPÍTULO XII

LA VIDA ECONÓMICA DE GRECIA EN EL PERIODO CLASICO

El período de la historia de Atenas llamado «siglo de oro de Pericles» constituye el período de más alto florecimiento económico, político y cultural de aquel Estado, por lo cual su estudio atrae, desde hace mucho, la atención de los hombres de ciencia. En la historiografía de otros países, ese estudio se ha regido a menudo por modalidades tendenciosas, proclives a modernizar la vida económica y social de esa época; y tales tendencias engendran frecuentemente una directa falsificación del material histórico.

Se sobrentienden que tales modalidades falsifican la realidad histórica. Esta manera de encarar tendenciosamente la historia de la Grecia antigua ya se manifestó plenamente hacia finales del siglo XIX, en las obras de los más destacados representantes de la historiografía burguesa alemana: Duncker, Iu, Schwartz, R. Pelman, E. Meier y otros. Por ejemplo, E. Meier afirma que los pueblos antiguos pasaron por las mismas etapas de desarrollo que los países europeos durante la Edad Media y los tiempos modernos. Al período histórico reflejado en el epos homérico, lo denomina «Edad Media griega». A partir de los siglos VIII-VII a. C., Grecia —según su criterio— inició la etapa del desarrollo que en el siglo V la llevó al capitalismo, en todas las particularidades que le son propias. De esta manera, E. Meier divide la historia de la humanidad en ciclos, cada uno de los cuales termina con el capitalismo que, en su opinión, constituye la etapa más alta que da fin al desarrollo.

Este punto de vista fue íntegramente tomado por R. Pelman y por Iu Beloch, quienes también afirmaban que Grecia, en el siglo V a. C., era «un país capitalista». Ciertamente, al lado del expuesto punto de vista, existía otro, vinculado al nombre del economista e historiador burgués K. Bücher, quien, a diferencia de E. Meier, consideraba que, a lo largo de toda la época antigua, imperó en Grecia la economía doméstica cerrada (oikos), en que la vida económica de la sociedad tenía por base a la familia, la casa. El problema principal de la producción, en opinión de Bücher, se reducía a la satisfacción de las necesidades de la familia ensanchada por la inclusión en su seno de los esclavos y de la «servidumbre de la gleba», y que el comercio no desempeñaba ningún papel de importancia. Lo común en los puntos de vista de E. Meier y de K. Bücher, que encontraron no pocos partidarios, es que ambos, en sus definiciones de la economía de la antigüedad, no parten del Modo de Producción que fundamenta la realidad histórica de las relaciones sociales, sino del desarrollo del intercambio que tratan muy arbitrariamente.

En nuestro días, las ideas de Bücher casi han perdido ya su influencia sobre la historiografía burguesa, y el punto de vista de E. Meier y sus modalidades modernizadoras han sido, en mayor o menor grado, heredadas. La utilización, en las obras dedicadas a la historia de la antigua Grecia, de categorías y términos correspondientes a las épocas feudal y capitalista, desconociendo al mismo tiempo las particularidades históricas del régimen esclavista, son igualmente características también para el historiador de Munich, Bengtson, y para el catedrático florentino Gianelli, para el francés Cloché y para el inglés Freeman. Incluso puede percibirse cierta influencia de esta orientación en las obras de hombres de ciencia ingleses, progresistas, ubicados en las posiciones del marxismo, como John Thompson Watson. Pero las modalidades de tendenciosa modernización son especialmente características de algunos historiadores norteamericanos. Por ejemplo, en *The ancient Greeks*, libro de W. Prentice, catedrático de la Universidad de Princetown, de los EE. UU., la caracterización de la Atenas del siglo V a. C. como de un Estado capitalista es más intensa aun que la hecha por E. Meier. En ese libro, Prentice escribe acerca del desarrollo «industrial» de Atenas, que condujo a dicha ciudad no sólo hacia el capitalismo, sino hacia la dominación política de los ciudadanos, a los que compara con el actual proletariado. Se sobreentiende que Prentice silencia el carácter esclavista de la democracia ateniense a la que, a fin de cuentas, define como una «dictadura del proletariado» peculiar, por la cual siente un odio feroz. Escribe Prentice: «El triunfo completo

de la democracia en la Atenas del siglo V a. C., representaba el ilimitado poder del más amplio grupo de electores, los más irracionales, más fanáticos y más irresponsables.»

En la historiografía norteamericana contemporánea existe otra orientación más, que aprovecha en no menor grado las modalidades de modernización tendenciosa de la historia antigua y la falsificación de los hechos históricos. Los representantes de esa orientación (Marsh, Cramer, Zimmern y otros), idealizando omnímodamente el régimen político de los antiguos atenienses del tiempo de Pericles, pintan el Estado capitalista norteamericano como heredero directo y continuador de las tradiciones de la antigua democracia y hablan de «la gran misión histórica de la democracia norteamericana». Para «fundamentar» esta tesis singular, Marsh, por ejemplo, en su libro *Modern Problems in the ancient World*, publicado en 1942, compara sin reservas a los desocupados norteamericanos con los productores directos de la antigua Grecia que habían perdido su trabajo, e intenta explicar la aparición de la potencia marítima de Atenas con el afán del gobierno ateniense de «liquidar el desempleo»; y Zimmern desenvuelve todo un programa de la «expansión democrática de USA», remitiéndose a la experiencia de los antiguos atenienses, para «evitar errores que habían resultado fatales para el experimento de Atenas».

Resulta así que la modernización de las relaciones económico-sociales y políticas de la antigüedad es aprovechada, como antes, para probar tales o cuales doctrinas, muy lejanas por su contenido de la historia antigua. La diferencia a este respecto entre los hombres de ciencia burgueses actuales, y sus predecesores del siglo XIX, reside no tanto en las nuevas modalidades, como en el carácter de las exposiciones que tratan de fundamentar mediante un empleo arbitrario del material de la historia antigua. Los historiadores marxistas, principalmente, se hallan en otro camino.

Cuando Carlos Marx escribió acerca del elevadísimo florecimiento interior de Grecia, que coincidió con la época de Pericles, tenía presente el florecimiento de la economía esclavista y de la antigua cultura esclavista. En vinculación con ello, cabe recordar las expresiones de Engels, notables por su profundidad, sobre el papel desempeñado por el esclavismo en el desarrollo histórico de la sociedad antigua: «Nada más fácil que descargarse con todo un torrente de frases comunes acerca del esclavismo, etc., derramando una ira de elevada moral sobre tales oprobiosos fenómenos... Y, ya que hemos comenzado a hablar de esto, hemos de decir, por contradictorio y hereje que ello parezca, que la introducción del esclavismo en medio de las condiciones de aquel entonces constituyó un gran paso hacia adelante.» Un poco antes, anota Engels: «Sólo el esclavismo hizo posible la división del trabajo en escala más grande, entre la agricultura y la industria, creando de esta manera las condiciones para el florecimiento de la cultura del mundo antiguo, para la cultura griega. Sin el esclavismo no hubiera habido ni Estado griego ni arte ni ciencias griegas; sin el esclavismo no hubiera habido tampoco ningún Estado romano.»

Por todo ello, hay que considerar el florecimiento de la vida económica, política y cultural de Atenas y de toda Grecia, a mediados del siglo V a. C., en relación indisoluble con la marcha general del desarrollo económico-social de la sociedad griega de aquella época.

Las peculiaridades históricas de este desarrollo pueden ser ilustradas y confirmadas mediante una serie de datos de la historia de la economía agrícola de aquel tiempo y del desarrollo de las actividades artesanales y comerciales en Atenas y otras ciudades de Grecia.

1. La economía rural

Las condiciones del desarrollo económico en las diversas regiones de la antigua Grecia eran sumamente heterogéneas. Mientras en algunos lugares los oficios y el comercio comenzaron a desarrollarse relativamente pronto, en otros se mantuvieron al nivel de la agricultura y ganadería primitiva. Sin embargo, en adelante la economía rural no perdió su valor y significación. Incluso, en regiones tales como el Ática, en la que el suelo era poco apto para la agricultura, y en cuya ciudad principal —Atenas— se habían desarrollado relativamente temprano los oficios y el comercio, la economía rural desempeñó siempre gran papel y la situación de un agricultor era considerada como una de las más honrosas. Muchas comunidades de la Grecia del siglo V

permanecían siendo, en lo fundamental, comunidades agrícolas. En las mismas se sentía hostilidad hacia el comercio y hacia los oficios, por cuanto el desarrollo de éstos perturbaba la igualdad de los miembros de la polis y los antiguos pilares de la moral tribal. Entre las regiones agrícolas de Grecia hay que señalar, en primer lugar, a Beocia, Tesalia y Esparta, y luego a la Argólida.

La existencia de grandes propiedades territoriales puede hacerse constar, probablemente, sólo en Tesalia. Según el testimonio de Demóstenes (quizá, no muy fidedigno), unos cuantos latifundios tesalios estaban en condiciones de armar por su cuenta un gran destacamento de hoplitas mercenarios. Había pocos campesinos libres en Tesalia; los productores básicos eran allí los penestai, fijados a sus parcelas.

El territorio de Esparta era considerado propiedad del Estado y distribuido entre los ciudadanos que gozaban de plenos derechos, miembros de la comuna de «iguales». Las parcelas de los espartanos apenas si podían superar, por término medio, las quince hectáreas. De esta manera, y si no se cuenta a los reyes, que poseían tierras también en los distritos de los periecos, y a algunas familias de más rancio abolengo, en Esparta predominaba más bien la propiedad rural mediana.

En la Atenas del tiempo de Solón, un pequeño propietario o un tete, podía recoger de sus tierras, según parece, no más de 200 medimnos, esto es, unos 104 hectolitros de granos, o 79 hectolitros de vino o aceite. Un zeugita poseía aproximadamente tres o cuatro hectáreas de viñas, o de doce a veinte hectáreas de tierra de labranza; las economías mixtas (de cereales y de huertos) apenas si superaban las diez hectáreas. Las finca más grandes, que daban hasta 500 medimnos, no superaban las 30-50 hectáreas. Posteriormente, al pasar del censo agrícola de Solón al censo monetario, el dueño de una de estas fincas podía convertirse en propietario de un talento, y la cantidad de ciudadanos de esta clase no era, sin embargo, muy grande.

Así, pues, en Atenas predominaba, incondicionalmente, en el siglo V a. C., la pequeña propiedad agraria. A mediados del mismo siglo no era posible contar con un millar de ciudadanos, siquiera, que estuviesen en condiciones de comprar y mantener un caballo para prestar servicios en la caballería. Hay que descontar también el hecho de que sólo la cuarta, o aun la quinta parte del suelo ático, podía ser aprovechada para los cultivos gramíneos, en virtud de lo cual la producción propia de cereales en Atenas no alcanzaba a satisfacer las necesidades de la población, que iba en aumento. Carecemos de datos acerca de la importancia de cereales a Atenas en el siglo V, pero en el siglo IV entraban en el Pireo anualmente cerca de 800.000 medimnos de cereales importados, al tiempo que la producción general de la propia Ática en el mismo período no superaba los 427.000 medimnos, cantidad esta última que no podía satisfacer las necesidades de más de 70.000 personas.

Las pequeñas y medianas propiedades agrarias

En todas las ciudades-Estado griegas se atribuía gran valor a la agricultura. En las polis en que el poder se hallaba en manos de los oligarcas, la población libre tenía limitados sus derechos, los pequeños agricultores sostenían una lucha encarnizada por la conservación de sus parcelas. El temor a las conmociones sociales obligaba a menudo a los gobernantes a hacer concesiones. Además, cuando los campesinos se arruinaban disminuía la capacidad beligerante de la polis, por cuanto la masa de la milicia civil en muchísimas comunas griegas se componía de campesinos que se armaban por su propia cuenta. En cambio, en las polis en las que el gobierno era democrático, la conservación de las posesiones rurales pequeñas y medianas era dictada por los intereses de la mayoría de los ciudadanos. Precisamente con esto se explica, en grado considerable, la presencia en algunas polis de un control estatal sobre el sistema de posesión de tierras. Aristóteles dice a este respecto lo siguiente: «Para formar una clase campesina de la población dentro de un Estado son, indiscutiblemente, necesarias y útiles algunas disposiciones legales elaboradas en los tiempos antiguos en muchos Estados...» Aristóteles tiene aquí presente la prohibición de adquirir en propiedad terrenos de extensión superior a las parcelas establecidas. En otras oportunidades se permitía adquirir terrenos en propiedad, sólo partiendo desde cierta distancia y en dirección hacia la ciudad y hacia la

acrópolis. En algunas polis se conservaba durante un tiempo prolongado la prohibición de vender las parcelas primitivas (cleros). El mismo objeto perseguía la ley atribuida a Oxilos (legendario rey de la Elida), según la cual era prohibido hipotecar y tomar en hipoteca cierta y determinada parte de la parcela.

Uno de los métodos que se practicaba en Atenas, con el fin de conservar la mediana y pequeña propiedad de la tierra, era la expedición de cleruquías. Durante el período de la primera Liga marítima ateniense pertenecían a Atenas ciertas extensiones en los territorios de las ciudades aliadas, las cuales eran entregadas a los clerucos atenienses. Por una parte, esto permitía la disminución de la población más indigente en el Ática, y los emigrados, asegurados con una buena parcela, formaban en el territorio subyugado una colonia militar; por otra parte, de esta manera se mantenía un control político y militar del Estado ateniense sobre las comunas aliadas. Ciertamente, no siempre desempeñaron ese papel los pequeños agricultores que labraban la tierra por sus propias manos; en períodos posteriores de la colonización, los clerucos podían vivir en Atenas arrendando su parcela a terceros.

Agricultura y horticultura

Tesalia, Beocia, la llanura comprendida entre Corinto y Sición, y una serie de regiones del Peloponeso —Elida, Argólida, Laconia, Mesenia— eran consideradas las regiones más fértiles de Grecia. En las mismas cobró gran desarrollo la agricultura y el cultivo de las gramíneas, en especial el trigo, mijo y cebada.

En las regiones poco fértiles de la Grecia europea, los inconvenientes para el desarrollo de la agricultura estaban constituidos por la pobreza del suelo, la escasez de riego, la tala de bosques y la creciente competencia de los cereales importados que hacía bajar los precios del cereal local.

En estas regiones se observa el desarrollo de cultivos tales como los del olivo y la vid. Desde los tiempos más tempranos, la olivicultura estaba ampliamente desarrollada en toda Grecia, especialmente en el Ática. El Estado ateniense y algunos ciudadanos particulares poseían grandes cantidades de olivares diseminados por el Ática. Dichos olivares se hallaban bajo el control general del areópago, que enviaba inspectores y celadores para la recolección de determinada parte de las aceitunas destinadas a la elaboración del aceite para la diosa Atenea, considerada protectora de la olivicultura. Los mismos inspectores tenían la obligación de informar el areópago acerca de las personas que talaban los «sagrados árboles». La regulación de la olivicultura se realizaba por vía legislativa. Se remonta a los tiempos de Solón una ley de acuerdo con la cual la distancia entre dos olivos no podía ser menor de seis pies. Durante el Gobierno de Pisístrato, los atenienses, controlados y estimulados por el Estado, plantaron olivos en el Ática, antes carente de árboles. Esta preocupación por el desarrollo de la olivicultura se explica en grado considerable por el hecho de que dicho cultivo, en general, desempeñaba gran papel en la vida cotidiana de todos los griegos. El aceite de oliva era empleado en la alimentación, encontraba aplicación en la perfumería y con fines de iluminación, y tenía uso en el culto religioso. Finalmente era uno de los artículos de la exportación griega, especialmente del Ática.

Al lado de los olivos se cultivaba, casi en todas partes, la vid. Este cultivo representaba ciertas ventajas para el campesinado mediano y pequeño. El plantar nuevos olivos era, desde el punto de vista económico, poco ventajoso, en vista de que era necesario esperar unos 16 ó 18 años para cosechar los primeros frutos, mientras que la uva no requería tanto esmero y daba fruto mucho antes. En los contratos de arriendo se estipulaba a menudo como una de las condiciones del arriendo, el plantar vides y olivos. Los mejores vinos de uva se producían en las islas de Quíos, Lesbos, Cos, Rodas y Tasos. El vino se exportaba hacia varios países: las regiones litorales del mar Negro, Egipto, Italia.

La ganadería

En gran número de regiones griegas estaba ampliamente difundida la ganadería. Existían buenos pastizales en Tesalia, Beocia, Etolia, Acarnania, Arcadia, Mesenia y el Quersoneso de Tracia, y en la Grecia jónica, en Magnesia y en Colofón. En los territorios en que abundaban los buenos campos de pastoreo florecía la cría de ganado equino y vacuno.

En las regiones que carecían de amplios pastizales predominaba la cría del ganado menor: asnos y mulos, animales básicos para el trabajo y también cabras, ovejas y cerdos.

Los toros y los bueyes tenían alto precio, y en muchas partes se prohibía sacrificar los bueyes de trabajo; en Atenas, la matanza de estos últimos era considerada un sacrilegio, y los culpables eran juzgados por el areópago.

Los habitantes de los distritos suburbanos se ocupaban de la horticultura y de la apicultura. La miel de Himeto, por ejemplo, gozaba de gran notoriedad. Con todo, las hortalizas producidas en el Ática no alcanzaban a abastecer a la población ateniense, y en el mercado ateniense vendían sus hortalizas los campesinos beocios y otros.

Formas de posesión y utilización de la tierra

No sólo en Atenas, sino también en otras polis griegas, el Estado tendía a ejercer cierto control sobre la economía agraria, llegando el Estado a ser un gran terrateniente. En el Ática, cada demos tenía posesión sobre una parte del terreno comunal, labrantío o de praderas, que cedía en arriendo a particulares. Las formas y condiciones del arriendo eran variadas: a plazo corto o largo (40 años) o vitaliciamente. Al cerrar el trato se requería generalmente una caución (equivalente a veces a una anualidad del arriendo), y se estipulaban minuciosamente las condiciones: no talar los árboles frutales, labrar la tierra tomada en arriendo, cuidar de los edificios que hubiera en el terreno, plantar parras u olivos, etc. En el caso de no pagar a tiempo lo que correspondía por el arriendo se aplicaban medidas coercitivas: se declaraba nulo el contrato, o se embargaban todas las frutas maduras, o se llegaba incluso en algunos casos a privar de sus derechos civiles no sólo al arrendatario, sino a toda su familia. Parte de los pastizales del Estado se cedían en arriendo, parte quedaban para uso común de los ciudadanos que abonaban por ello una determinada tasa. En algunos casos, y por ciertos servicios prestados al Estado, el derecho de llevar animales al campo fiscal de pastoreo era otorgado también a los metecos, como un privilegio especial. De esta manera, el Estado no se ocupaba directamente de la explotación de los terrenos de su pertenencia.

Las maneras de explotar la tierra eran varias. En Esparta, Tesalia y Creta, la trabajaba coercitivamente la población dependiente y la que carecía de derechos civiles (ilotas, penestai, claritas); en otras partes, la tierra era labrada por sus propietarios. El trabajo de los esclavos encontraba aplicación en fincas rurales de diversos tipos, pero la pequeña y mediana propiedad prefería el trabajo de los hombres libres, que se reclutaban entre los campesinos arruinados.

A diferencia de Roma, la cantidad de esclavos empleados en la agricultura no era grande. Se calcula que en el Ática no había más de 16.000 esclavos ocupados en las labores agrarias. Ni siquiera en las fincas cuya producción iba sólo al mercado era notable la cantidad de esclavos.

Como muestra de una hacienda agraria que trabajaba exclusivamente para el mercado, puede servir la del propio Pericles. Según el testimonio de Plutarco, Pericles vendía íntegramente la cosecha anual, y luego adquiría en el mercado los productos que necesitaba. Es claro que la finca de Pericles, con un esclavo administrador, constituía un ejemplo de economía rural adelantada en el siglo V a. C. Al lado de fincas como ésta había también algunas de pequeños labriegos que consumían en forma directa parte considerable de sus productos. Atenas, en el siglo V, era una polis donde predominaba la pequeña propiedad y el campesinado libre, junto a lo cual había también campos de mayores dimensiones, propiedad de familias aristocráticas, donde se aplicaba en escala más amplia tanto el trabajo libre como el de esclavos.

Desde el comienzo de la guerra del Peloponeso, el cuadro sufrió un brusco cambio. La destrucción sistemática de campos, huertas y plantaciones del campesinado ático por las huestes

espartanas, la guerra prolongada que privó a la economía agraria de una parte considerable de sus brazos tuvo gran trascendencia. Al regresar después de la guerra a su aldea, el campesino ateniense encontraba destruida su casa, la tierra en un estado de completo abandono, los olivares y viñedos arrasados. Desde entonces se hizo notable el desarrollo del proceso de concentración de tierras en manos de los poseedores de gran cantidad de esclavos.

2. Los centros económicos de Grecia en el siglo V a. C.

Desde el comienzo del siglo V, la situación de los lugares económicamente más desarrollados de la sociedad griega, anteriormente localizados en Asia Menor y en las islas del archipiélago, pasó a manos de la Grecia europea. Al mismo tiempo adquirieron gran significación económica ciudades de Sicilia y de la Grecia Magna. Entre las polis de la Grecia central se destacaron particularmente, al comienzo del siglo V, Atenas, Corinto y Egina. El ascenso de Corinto fue parcialmente determinado por su ubicación geográfica, excepcionalmente favorable, junto a los golfos Sarónico y Corintio, lo cual transformó a la ciudad en centro intermediario del comercio entre los países orientales y occidentales del mar Mediterráneo. La expansión comercial de Corinto se había extendido hacia el Sur, a Argos; hacia el Norte, a Acarnania, Etolia y Epiro; hacia el Noroeste, a Epidamne, y a través de Corcira, a Sicilia, y finalmente hacia el Noroeste, a la Calcídica.

Uno de los rivales más peligrosos de Corinto a lo largo de mucho tiempo fue la isla de Egina, pero en el año 457 la misma sufrió una derrota en la guerra contra Atenas, por la cual fue obligada a entregar su flota a los atenienses, demoler las murallas y entrar en la Liga marítima ateniense. Después de eso, Egina entró en decadencia y no pudo recuperar jamás su posición anterior.

Atenas obtiene un valor excepcional en la vida de toda Grecia durante las guerras médicas. Antes de ellas, Atenas había sido preferentemente un Estado agrícola, aun cuando ya en el siglo VI el comercio tenía gran peso específico en su economía. Las guerras con los persas constituyeron un punto de inflexión en el desarrollo del poderío económico y político ateniense.

Son características de las polis griegas en el siglo V el aumento demográfico y el desarrollo de la esclavitud, del comercio y de los oficios manuales. Los ensayos para determinar la población de Atenas en cifras aunque fuera por aproximación, no han dado hasta ahora resultados satisfactorios. Generalmente se toma como punto de partida las indicaciones de Herodoto acerca de la cantidad de ciudadanos atenienses durante las guerras contra Persia y de los testimonios de Tucídides referentes a las fuerzas armadas de Atenas en el año 431. Basándose en estas fuentes, así como en otros datos indirectos, Beloch, por ejemplo, determinó hipotéticamente la cantidad de ciudadanos de Atenas hacia el año 431, como de 110.000 a 140.000, y cerca de 70.000 los esclavos. Pero estos cálculos de Beloch siguen siendo muy discutidos. A. Francotte calcula la cantidad de ciudadanos, junto con sus familiares, para esa misma época, en 96.620 personas, el número de metecos en 45.800 y el de esclavos en 75.000 a 150.000. Según los cálculos de G. Glotz, los ciudadanos, junto con sus familias, sumaban entre 135.000 y 140.000, los metecos 65.000 a 70.000, y los esclavos 200.000 a 210.000. D. Hemm da cifras más reducidas: ciudadanos con sus familias, 60.000; metecos, 25.000, y esclavos, 70.000. Las cifras aducidas, aun cuando en esencia no dejan de ser hipotéticas, y considerablemente divergentes entre sí, dan, a pesar de todo, cierta idea de la relación aproximada entre las diversas categorías de la población ateniense: metecos había alrededor de dos veces menos que ciudadanos, y la cantidad de esclavos correspondía aproximadamente a la de ciudadanos y metecos juntos.

Si el cálculo de la población de una sola ciudad es tan dificultosa, el problema de establecer la cantidad total de la población de Grecia resulta mucho más complicado aún. Una hipótesis sostiene que en la época clásica en Grecia había de siete a ocho millones de griegos, de los que la mitad poblaba la metrópoli y la otra mitad las colonias. En regiones tan pobladas como Corinto, Corcira, Quíos y Samos, la densidad podía alcanzar a 80 personas por kilómetro cuadrado. Sin embargo, la población de la totalidad del Peloponeso (superficie: 22.300 km²)

apenas si superaba el millón de personas, de manera que era dos veces menos densa que la población de las regiones comerciales-artesanales.

Una densidad menor aún era la de la parte noroeste de Grecia, desde la Lócrida hasta la Macedonia superior, donde la población moraba en pequeñas aldeas no fortificadas, separadas entre sí por bosques. Las ciudades más grandes por el número de sus habitantes eran en la Grecia del siglo V, sin duda, Atenas en Grecia propiamente dicha, y Gela, Siracusa y Acragante (Agrigento). Es factible admitir que cada una de estas ciudades contaba con no menos de 100.000 habitantes; al parecer, la población de Corinto se acercaba a los 60.000, y las de Esparta, Argos, Tebas y Megara oscilaban entre los 25.000 y los 35.000 habitantes.

Con el desarrollo de la esclavitud y con la emigración hacia las ciudades de gran cantidad de metecos, los ciudadanos comenzaron a abandonar gradualmente la artesanía y el comercio al por menor. Ciertamente, en centros comerciales-industriales tan grandes como Atenas y Corinto, los ciudadanos, sin perder sus derechos civiles, se ocupaban también en oficios manuales. Sin embargo, los artesanos, en su aplastante mayoría, pertenecían a la masa de los ciudadanos más indigentes, que carecían de propiedad territorial.

Un artesano enriquecido, sin dejar de trabajar él mismo, adquiría esclavos e inclusive abría un negocio para la venta de sus productos. Cuando, gracias a ello, su bienestar aumentaba más aún, se desprendía de su oficio dejándolo en manos de sus esclavos, bajo el mando y control directo de un esclavo-administrador. La competencia desarrollada por los talleres en que se utilizaba el trabajo de esclavos, tornaba frecuentemente muy grave la situación del pequeño artesano libre.

Las inscripciones atenienses del siglo IV que se refieren a las construcciones hechas en Eleusis dan testimonio de la gran demanda de artesanos foráneos. La necesidad de brazos era a menudo tan grande, que se enviaban personas con la misión específica de buscarlos en las ciudades vecinas. Este predominio, aun cuando sólo numérico, de artesanos forasteros y de obreros, tanto en el siglo V como en el IV, no era casual. En su inscripción ateniense (años 410-409) figura un informe sobre los salarios pagados al construirse el Erecteón, en cada 71 artesanos hay 35 metecos, 20 ciudadanos y 16 esclavos. Unos ochenta años más tarde, como lo atestiguan unos informes análogos de Eleusis, el peso específico de los metecos se hizo aún más grande: de cada 94 artesanos, 45 eran metecos (y éstos, junto con los forasteros, 54); el porcentaje de los ciudadanos oscilaba entre el 28 y el 21 por 100, y el de los esclavos, entre el 23 y el 21.

Los Estados cuyo comercio y oficios estaban desarrollados procuraban incrementar la cantidad de metecos, puesto que del número de los mismos dependía, en grado considerable, el desarrollo del artesanado en la ciudad. La atracción e incorporación de los extranjeros en Atenas había comenzado ya en el siglo VI, en tiempos de Solón; continuó durante el Gobierno de Pisístrato y Clístenes, y en el siglo V, Temístocles se atuvo a la misma política. Es curioso hacer notar que la gran masa de metecos que anteriormente llenaba otros centros comerciales-industriales —Mileto, Calcis, Corinto, Egina— se habían, por decirlo así, precipitado hacia Atenas. En parte eran oriundos de otras ciudades griegas y en parte provenían de las colonias. Había dos motivos que los obligaba a abandonar sus ciudades nativas: las revueltas políticas, tan frecuentes en la historia de toda ciudad griega, y el desarrollo general del comercio exterior que provocaba la gravitación masiva de los grandes centros industriales sobre todas las capas dedicadas al comercio y a la artesanía.

La situación de los metecos en Estados tales como Atenas puede ser caracterizada brevemente de la siguiente manera. Todo extranjero que viviera en Atenas un mes podía ser anotado en la categoría de los metecos, pero para ello tenía que encontrar a un próstata (protector) que lo presentara y lo defendiera ante el Estado. De tenerlo, el meteco era anotado en la lista de uno de los demos áticos, de acuerdo con su domicilio. Como ya señalaremos, no se le otorgaban derechos civiles. También estaba privado del derecho a adquirir propiedades territoriales y, según la ley de Pericles (año 451), le estaba prohibido contraer nupcias con una ciudadana ateniense. En todo lo demás, el meteco en nada se diferenciaba de los ciudadanos

atenienses, conservaba la libertad personal, se hallaba bajo la protección de las leyes y podía tomar parte en los cultos religiosos.

Se les había otorgado a los metecos el derecho a escoger el lugar de residencia; por lo general, se asentaban en las ciudades o en los demos suburbanos, especialmente en el Pireo. Por servicios prestados al Estado se les podía conceder algunos privilegios como la exención parcial de ciertos impuestos o, lo que raras veces sucedía, el derecho a adquirir alguna tierra en propiedad. En este último caso, ello coincidía comúnmente con la llamada isotelia, esto es, con la igualación del meteco, en cuanto a derechos de propiedad, con los ciudadanos; la isotelia podía ser hereditaria. Solamente en casos excepcionales los metecos obtenían la totalidad de los derechos civiles, pasando así a la categoría de ciudadanos.

Todo meteco estaba obligado a pagar un impuesto al Estado (metoikón) de 12 dracmas; las mujeres solteras y las viudas que no tenían hijos adultos pagaban sólo seis dracmas. Los metecos acaudalados cumplían con las obligaciones sociales (liturgias). Todos los metecos debían prestar el servicio militar, lo que, en función de su estado físico, cumplían en las filas de los hoplitas o de los peltastas, pero especialmente en la flota.

Las ocupaciones usuales de los metecos eran el comercio y la artesanía. En las inscripciones funerarias atenienses son mencionados metecos molineros, bañeros, pintores de brocha gorda, tintoreros, pintores de jarrones, doradores, peluqueros, arrieros de mulas, cocineros, panaderos, etc. En el oficio textil, al lado del meteco trabajaba también su mujer. De la curtiduría se ocupaban generalmente los esclavos liberados y anotados en la categoría de los metecos estaba ocupada en la producción cerámica y en la metalurgia; por las inscripciones se conocen nombres de metecos fundidores, herreros, cerrajeros, armeros, curtidores, etc. Resulta así que no había casi ningún oficio en que los metecos no desempeñaran un papel más o menos considerable. No podían tener, como ya hemos dicho, propiedades inmuebles.

3. La esclavitud en la polis griega

Cantidad de esclavos en Grecia

El desarrollo en Grecia de las fuerzas productivas con sus correspondientes relaciones sociales de producción determinaron el crecimiento de la esclavitud. El número de esclavos creció en las ciudades griegas con mayor rapidez que el de los metecos. Tanto los ciudadanos como los metecos utilizaron las ramas del artesanado. En el siglo V, los esclavos eran utilizados en la agricultura muy escasamente, pero en el IV su trabajo adquirió también allí valor decisivo.

Las fuentes no dan nociones estadísticas precisas acerca de la cantidad de esclavos existentes en los centros adelantados de Grecia. Las cifras que dan Ctesias, autor de los siglos III-II a. C. (400.000 esclavos para el Ática), Aristóteles (470.000 para Eginia), Timeo (640.000 para Corinto) son absolutamente exageradas. Como ya señaláramos, ha de suponerse que el número de esclavos en Atenas en el período de su mayor florecimiento oscilaba entre los 75.000 y los 150.000. Pese a emplearse también el trabajo libre, en la producción artesanal predominaba el trabajo de los esclavos.

Fuentes de esclavos

Generalmente, los esclavos eran traídos a Grecia desde lejos; el desarrollo de la esclavitud a partir de los siglos VII-VI a.C. en todas las polis comerciales-industriales se debió fundamentalmente a la coerción extraeconómica de los no-griegos, «bárbaros», a los que el propio Aristóteles consideraba como esclavos natos. Así y todo, la esclavización de griegos por griegos no constituía ningún fenómeno raro. Así, en tiempos de Polícrates, tirano de Samos, los habitantes de la isla de Lesbos, hechos prisioneros de guerra, aherrojados con fuertes cadenas, fueron enviados, como esclavos, a trabajar en la fortificación de la ciudad de Samos. Durante la guerra del Peloponeso, los atenienses que cayeron prisioneros de los siracusanos tras el desastre

de la expedición a Sicilia fueron enviados como esclavos a las canteras. La transformación en esclavos de la población de una ciudad conquistada era, sin embargo, una excepción, y no eran los varones los que con mayor frecuencia sufrían esto, sino las mujeres y los niños; pero, por lo general, los prisioneros eran canjeados o rescatados por sus conciudadanos o por el Estado.

La esclavitud por deudas impagadas fue abolida en Atenas por Solón, pero se conservó en algún que otro lugar de Grecia. Los metecos y los libertos volvían al estado de esclavitud en el caso de no cumplir sus obligaciones con el Estado. Las personas que se adjudicaron ilegalmente los derechos de ciudadanía y los extranjeros que contra las disposiciones de la ley contraían nupcias con ciudadanos atenienses, también eran castigados con la esclavitud. Sin embargo, la masa fundamental de los esclavos estaba compuesta por los no griegos. La mayor parte provenía de Iliria, Tracia, Lidia, Frigia, Siria y Paflagonia; muchos eran traídos a Atenas también de los mercados del litoral del mar Negro.

Las más importante fuentes de provisión de esclavos eran las guerras. Después de la batalla del Eurimedonte, Cimón trajo al mercado de esclavos más de veinte mil. La isla de Quíos era considerada como el más grande de estos mercados. También gozaban de notoriedad los mercados de Efeso, Samos, Delos, Chipre y, posteriormente, Tesalia, Bizancio y el litoral septentrional del mar Negro, pero el centro principal del comercio esclavista en el siglo V era Atenas, donde casi mensualmente se organizaban subastas de esclavos; los que en ellas quedaban sin haber sido vendidos eran trasladados a otros lugares. En el mercado se exponía a los esclavos sobre un tablado y su vendedor, quizá también un esclavo, o un liberto, elogiaba ante los compradores las cualidades físicas de su mercancía. Los precios oscilaban en función de la oferta y la demanda y de la mayor o menor cualificación del esclavo. En el año 418, un esclavo varón valía, término medio 167 dracmas; una mujer, en 135 a 220 dracmas. Los esclavos que trabajaban en las minas valían, en el siglo IV, de 154 a 184 dracmas. Los esclavos artesanos tenían precios más elevados. Se conoce un caso de venta de veinte esclavos tallistas en marfil por 40 minas.

Los hijos de esclavos, al igual que los de una persona libre y una esclava, pertenecían a aquel propietario en cuya casa habían nacido. Por otra parte, el padre libre podía declarar libre a su hijo, si bien esta criatura, aun así, no obtenía los plenos derechos de ciudadanía. Solamente en circunstancias muy especiales (por ejemplo, en los casos de gran disminución del número de ciudadanos), los hijos de los matrimonios entre personas libres y esclavas se tornaban ciudadanos con plenos derechos. En general, los esclavos natos eran relativamente pocos; según las inscripciones de Delfos, de los 841 esclavos libertos, sólo 217 lo eran de nacimiento.

Así, pues, todo lo que no es conocido acerca de las fuentes de la esclavitud en Grecia habla del imperio de la directa coerción extraeconómica. Marx ha caracterizado el sistema de la antigua esclavitud de la siguiente manera: «... el sistema de esclavitud, por cuanto el mismo representa la forma dominante del trabajo productor en la agricultura, manufactura, navegación, etcétera, tal como lo era en los Estados desarrollados de Grecia y Roma, conserva elementos de la economía natural. El mismo mercado de esclavos recibe constantemente la contemplación de su mercancía —fuerza de trabajo— mediante la guerra, la piratería, etc., y esta piratería, a su vez, ocurre sin el proceso de transformación, representando la apropiación del trabajo ajeno mediante la directa coerción física».

Situación de los esclavos en Grecia

Desde el punto de vista jurídico, el esclavo no era considerado un ser humano. No tenía familia; las relaciones familiares entre esclavos y esclavas no eran consideradas como matrimonios; los hijos de una esclava eran una cría perteneciente al amo de la madre. Los esclavos estaban completamente en poder de sus amos. El propietario podía obligar al esclavo a ocuparse de este o aquel oficio, podía venderlo o matarlo. Sólo posteriormente, el derecho del esclavista a matar a su esclavo quedó limitado por la ley. En el Ática, por ejemplo, estaba prohibido matar a un esclavo. Pero el areópago que, por lo general, como ya hemos señalado, juzgaba los delitos de índole criminal, no entendía en las causas de muerte violenta de los esclavos, y el que la cometía era condenado sólo a una expulsión temporal: podía regresar

haciendo el holocausto expiator y pagando al perjudicado propietario del esclavo muerto «el precio de la sangre».

Cuando la arbitrariedad del amo se tornaba inaguantable, el esclavo podía recurrir al «derecho de asilo». Para su ejercicio eran considerados, por ejemplo, en Atenas, el llamado Teséin (el templo de Hefaiostos) y el santuario de las Euménidas. Ese asilo era considerado inviolable y, según una ley ática, el esclavo que recurría a la protección de una deidad ya no regresaba al amo anterior, sino que era revendido a otras manos.

El esclavo no podía ocuparse de ningún negocio propio, ni atender independientemente causa alguna, y en los casos en que un juzgado necesitaba su testimonio, éste era dado bajo torturas, puesto que el esclavo, en opinión de los griegos, no podía prestar juramento a la par que un hombre libre, y prestar fe a los testimonios de un esclavo se consideraba imposible. La multa a que se condenaba a un esclavo era reemplazada por la flagelación, y cada golpe equivalía a un dracma. Si el esclavo actuaba con el conocimiento de su amo recibía cincuenta azotes, y si obraba sin el conocimiento de aquél, el castigo era de cien azotes. Un esclavo complicado en un homicidio sufría la pena de muerte.

Los castigos corporales y las torturas a que eran sometidos los esclavos eran un fenómeno habitual. A solicitud del dueño, el esclavo era aherrojado con grillos y encerrado en un calabozo bajo y estrecho, dentro del cual no podía enderezarse, ni acostarse, ni sentarse. Se los extendía sobre bloques de madera de diferentes formas, se los privaba de alimentos, se los enviaba a efectuar trabajos pesados (a un molino, o a las minas). A los esclavos fugitivos se les ponía en la frente marcas con hierro candente. En Atenas, los esclavos se hallaban en situación relativamente mejor que en otros Estados griegos. Los temores a que los esclavos, sometidos a condiciones insoportables, pudieran sublevarse fácilmente determinaron la intromisión del Estado en las relaciones entre los esclavos y sus propietarios, acarreado la prohibición de represiones arbitrarias respecto a aquéllos. Tal situación de los esclavos atenienses indignaba a los adversarios de la democracia. «En cuanto a los esclavos y metecos, en Atenas hay una grandísima licencia, y allí ni te es lícito golpear a nadie ni te cederá el paso ningún siervo», se queja el Pseudo-Jenofonte en la *República de los atenienses*, expresando con ello la expresión de los esclavistas atenienses más reaccionarios y recalcitrantes.

Es dable suponer que en sus relaciones con los esclavos domésticos los atenienses manifestaran mayor humanismo que los habitantes de otras ciudades. Por ejemplo, en las comedias de Aristófanes se puede hallar a menudo entre los personajes a un esclavo que está enseñando y aleccionando a su dueño.

No debe olvidarse, sin embargo, que la mayor parte de nuestros conocimientos se refieren a los esclavos del Estado, cuya situación era considerablemente mejor que la de los esclavos de otras categorías.

Aplicación de trabajo de los esclavos en las diversas ramas de la economía

En la situación de los esclavos pueden notarse grandes diferencias. Conocemos esclavos que trabajan de sirvientes domésticos, maestros, médicos, mercaderes (inclusive grandes); y, por otra parte, sabemos de esclavos de las minas, del transporte, donde se apreciaba no la calificación, sino la resistencia y la fuerza física. Los propietarios de esclavos consideraban a veces ventajoso estimular a algunos de sus esclavos, colocándolos en situación privilegiada con respecto a los restantes. Algunos de esos esclavos llegaban a tener un bienestar mayor o menor, poseer bienes muebles e incluso inmuebles, y tener familia (desde luego, con el permiso del dueño y bajo su protección). Con tales esclavos se llenaban, en esencia, las filas de los libertos. Empero, al lado de éstos, existían miles, y decenas de miles, especialmente en las minas, que se hallaban sometidos a intolerables condiciones de trabajo. A éstos se aplicaba, en grado mayúsculo, el consejo de Jenofonte: «Hacerlos entrar en razón mediante el hambre»; los esclavos recibían alimentos sólo en cantidad que les impedía morir de hambre. La pesadez de su trabajo se duplicaba aún por el hecho de que, para impedir que se escapasen, les ponían grillos.

Una gran cantidad de esclavos era utilizada para el servicio doméstico. En las familias pudientes, a la cabeza de esta servidumbre, se hallaba un esclavo-inspector, que a veces gozaba de ilimitada confianza por parte del amo. Los ricos propietarios de esclavos —varones y mujeres— salían a la calle, como regla general, acompañados de esclavos o esclavas; a menudo los esclavos acompañaban a su dueño en viajes y campañas militares. El esclavo, puesto como ayo al cuidado de un niño, acompañaba a su pupilo también al gimnasio y a la escuela, llevando sus enseres. Así y todo, la cantidad de esclavos domésticos en Atenas jamás alcanzó cifras tan grandes como posteriormente en Roma. La cantidad de 50 esclavos domésticos ya se consideraba sumamente grande. Entre éstos hay que anotar por separado a las mujeres esclavas, ocupadas en hilar y tejer, bajo la supervisión de la dueña y de sus hijas. La mayor parte de sus trabajos tendía a satisfacer las necesidades de los miembros de la familia; los excedentes eran vendidos en el mercado. Además de los esclavos que se utilizaban para el servicio directo del propietario y de su familia, podía haber en la casa, y a menudo los había, esclavos que conocían un oficio y que, en tales casos, aportaban al dueño ingresos pecuniarios. De entre las esclavas se reclutaban flautistas, citaristas, bailarinas y prostitutas.

Además de los esclavos que habitaban en la misma casa en que moraban los amos, que trabajaban para el mercado, o que se cedían en arriendo por plazos cortos, por ejemplo, para los trabajos en el campo o en algunos talleres, existía en Grecia una categoría de esclavos artesanos y mercaderes que vivían separados del amo, a quien estaban obligados a pagar una suma determinada; ostentaban una denominación especial: la de «esclavos que viven separados». Su situación era considerada privilegiada. Inclusive podían tener sus familias.

Así como había esclavos propiedad de particulares, los había también del Estado. Como ya dijéramos, tal esclavo se hallaba en mejores condiciones y gozaba de una mayor independencia que los que eran propiedad particular. Podía tener domicilio, familia y propiedades. La policía de Atenas era generalmente reclutada entre los esclavos escitas. Al comienzo, los mismos vivían en carpas en el ágora ateniense, y posteriormente en los terrenos del areópago. Estos esclavos habían conservado su indumentaria escita (razón por la cual así se los llamaba: «escitas»), y estaban armados de dagas cortas y de fustas. El destacamento de escitas se compuso primero de 300 hombres, número que luego ascendió hasta 1.200. Había también en Atenas esclavos del Estado que eran artesanos u obreros, ocupados en los trabajos públicos, tales como la erección de templos, astilleros, etc. Con frecuencia los esclavos eran utilizados en la flota como remeros y marineros; a veces, en casos extremos, se los reclutaba para las filas del ejército, casos en que, en recompensa de su valentía, se les otorgaba la libertad.

En situación especial se encontraban los esclavos que desempeñaban funciones de heraldos, escribas, secretarios, contadores. Tales esclavos, por regla general, eran adscriptos en propiedad a determinadas magistraturas. Estas categorías se dividían a su vez en dos grupos: servidores inferiores, que recibían del Estado sólo los alimentos, y servidores superiores, ocupados en el desempeño de funciones de mayor o menor responsabilidad. Una de tales funciones llenadas por esclavos del Estado era la de secretario del archivo público; ese esclavo no sólo cuidaba de las leyes del Estado, sino que también las conocía, y en los casos en que era necesario estaba en condiciones de suministrar los informes que se le exigían.

Las obligaciones de carceleros también eran cumplidas en Atenas por los esclavos. A la orden del colegio de las Once, en cuya jurisdicción se hallaban las prisiones, esos esclavos ejecutaban las torturas sobre los reclusos, y uno de ellos llevaba a cabo las penas de muerte. Cuando alguien infería una ofensa a un esclavo del Estado, éste apelaba al ciudadano libre bajo cuya protección estaba, quien ocupaba su lugar ante el tribunal, pues los esclavos del Estado gozaban de una protección especial establecida por la ley. Cuando el acusado era él, el esclavo del Estado se presentaba personalmente ante los jueces, y el veredicto era ejecutado por el Estado.

La liberación de los esclavos

La manumisión de los esclavos constituía un fenómeno raro. Se realizaba mediante el pago de un rescate por el propio esclavo, de acuerdo con el testamento del amo, o en virtud de una

acta especial que determinaba la liberación por su dueño. A veces, en los momentos que ofrecían peligro para la existencia de la polis, por ejemplo, en los casos de excepcional tensión bélica, el Estado mismo otorgaba la libertad a los esclavos, con el fin de alistarlos en calidad de guerreros. En tales oportunidades, los esclavos manumitidos eran incorporados a las filas de los metecos, pero pagando un impuesto especial de tres óbolos. Con respecto a su anterior amo, el esclavo, aun ya manumitido, conservaba una serie de obligaciones de orden material, a veces sólo vitalicias —cesaban con el fallecimiento del amo— y otras hereditarias —se transmitían para con los descendientes del amo.

4. La producción artesanal

La explotación del trabajo de los esclavos en las actividades artesanales se cumplían a lo largo de tres líneas fundamentales: la explotación directa del esclavo, la entrega del esclavo «en arriendo» a plazos más o menos prolongados y la autorización de trabajar independientemente a cambio de un tributo determinable en cada caso, a pagar por el esclavo a su amo.

El pequeño taller esclavista como forma realizadora de la producción artesanal

La forma predominante de la producción artesanal en Grecia era el pequeño taller. Tales talleres (ergasterios) existían en todas las ramas de la producción artesanal. A la cabeza del taller o de los talleres estaba el propietario de los esclavos, quien tomaba parte por sí mismo en los trabajos, o bien vigilaba e inspeccionaba el de los esclavos; a veces los talleres quedaban bajo la dirección de esclavos-inspectores. Generalmente, los talleres reunían de entre tres o cuatro a diez o doce esclavos. Talleres con cantidades mayores de esclavos (como, por ejemplo, la armería del padre del orador Demóstenes, con sus 32 ó 33 esclavos, y talleres con cien o más esclavos) eran sumamente raros, y los que conocemos datan especialmente del siglo IV.

El trabajo en esos talleres era realizado con instrumentos sumamente sencillos. El proceso de la producción en los mismos no se caracterizaba por una unidad interna basada en la división técnica del trabajo. Los esclavos trabajaban en esos talleres independientemente unos de otros, y cada uno de ellos realizaba todas las fases productoras necesarias para la elaboración del tal o cual objeto. Desde luego, a pesar de todo existían en los talleres algunos rudimentos de la división del trabajo, especialmente en las grandes ciudades; pero, por regla general, ello constituía una excepción o una casualidad; no había rama de la producción artesanal en que se presentara ninguna especialización estable y determinada de los esclavos.

En la mayoría de los casos que nos son conocidos (los que se refieren principalmente ya no al siglo V, sino al IV), los talleres y los esclavos artesanos ocupados en los mismos, constituían tan sólo una parte de los bienes totales del esclavista. Las inversiones para la organización de tales talleres y para la compra de materia prima, los gastos para la compra o arriendo de esclavos y para la adquisición de los primitivos instrumentos, no agotaban toda la fortuna del rico esclavista. Los beneficios obtenidos en el comercio o en la industria, por lo general no eran invertidos en ampliar la producción, sino en toda clase de operaciones crediticias: se transformaban en capital usurario o se invertían en la compra de tierras.

De esta manera, el propietario de un taller era con frecuencia, al mismo tiempo, mercader y usurero, y a veces también terrateniente.

Lo expuesto da testimonio de la escala, aun relativamente moderada, del desarrollo de la producción artesanal en la Grecia del siglo V a. C. y de su carácter estancado.

Organización del trabajo en los ergasterios

Las representaciones gráficas de los talleres que acabamos de describir, que se ven con frecuencia en las pinturas de las ánforas, permiten aclarar también el equipamiento técnico de algunos ergasterios. En todas esas imágenes, los talleres griegos surgen ante nosotros con sus

instalaciones técnicas, muy primitivas aún, y con el bajo nivel de la productividad del trabajo. La ausencia, casi total, de cualquier recurso mecánico destinado a hacer más fácil o más rápido el proceso de producción, constituye uno de los rasgos característicos de la artesanía griega. El empleo mismo del trabajo de esclavos representaba un freno para el desarrollo de la técnica. La absoluta falta de interés económico del esclavo por su trabajo, por una parte, y el bajo precio de la fuerza de trabajo junto a la persecución de la mayor ganancia, por otra, contribuían a que una serie de instrumentos y herramientas, conocidos inclusive en la antigüedad más remota, se aplicara tan sólo en casos rarísimos. El deseo de conseguir la mayor ganancia hacía que los propietarios de esclavos, que explotaban el trabajo de los mismos en las minas y en las canteras, se negaran a mejorar las instalaciones, a aplicar las más primitivas poleas para el levantamiento de las cargas, etc. El ergasterio griego nada tiene de común con una fábrica. Sólo hace recordar lejanamente a la manufactura, porque no encontramos en la antigüedad nada de aquello que es característico de la misma: «Al obrero colectivo compuesto de muchos obreros parciales.» Algunas veces, los propietarios de esclavos los cedían en arriendo. El trabajo de tales esclavos era ampliamente aplicado en la minería, y en menor medida en otras producciones. En algunos casos, el amo ofrecía al esclavo la posibilidad de tener una economía independiente, con la obligación de pagar a su dueño una determinada suma. A veces, uno de estos esclavos alquilaba su trabajo a otro propietario. Con frecuencia, entre los propietarios de talleres había metecos.

Papel del trabajo libre en la producción artesanal

El predominio del trabajo de los esclavos, no significaba en Grecia un total desalojo del de los productores libres. La originalidad de la producción artesanal griega residía en que, no obstante el gran interés que tenían algunos Estados, especialmente aquellos en los que escaseaba la tierra laborable, en el desarrollo de los oficios, los artesanos gozaban ante la sociedad de un respeto mucho menor que los agricultores, sobre todo en las ciudades en que dominaba la oligarquía. Sería erróneo pensar que los ciudadanos de las polis griegas, en particular los atenienses, no se ocupaban en general de los oficios manuales. Si bien, de acuerdo con las ideas de los antiguos pensadores que pintaban el cuadro del Estado esclavista ideal, un ciudadano que gozaba de plenos derechos civiles no tenía que ocuparse en oficios; en cambio, en la práctica, los atenienses carentes de tierra habían empezado a ocuparse de la artesanía aun desde la época de Solón.

El gobierno democrático de Atenas del siglo V a. C. estimulaba la ocupación de los ciudadanos en la artesanía. Tal política era provocada tanto por la falta o escasez de obreros cualificados como por la necesidad de proporcionar medios de vida a la población no ocupada en la agricultura. Y algunas profesiones que requieren cualificación especial y dones naturales, como, por ejemplo, las de escultor o de arquitecto, y otras, hasta gozaban de mucho respeto, y ocuparse en ellas no menoscababa en nada la dignidad de ciudadano con pleno goce de los derechos. En el mundo antiguo predominaban ciertas ideas según las cuales había oficios que deshonraban en mayor o menor grado a un hombre libre, y los ciudadanos no se ocupaban en absoluto de ellos.

Se puede advertir, que, en algunas ramas, el hijo, por tradición, heredaba la profesión del padre. Mas no existía en Grecia el círculo gremial cerrado. Los artesanos libres, por lo común, trabajaban individualmente, sin unificarse en corporaciones; a menudo eran ayudados por sus familiares: la esposa y los hijos varones. Y ni bien se presentaba una posibilidad, adquirían esclavos para cumplir esa ayuda. Por el contrario, un artesano empobrecido se veía forzado a vender su fuerza de trabajo, con lo que él mismo se transformaba en obrero asalariado. Encontramos así obreros libres, asalariados, tanto en los talleres como en las obras de construcción.

Atenas, centro de la producción artesanal griega

A partir del siglo VI, Atenas comienza a desempeñar un papel siempre creciente dentro del sistema de las relaciones económicas de las polis griegas. El triunfo en las guerras médicas y la

organización de la Liga marítima ateniense van creando una firme base para el florecimiento, tanto político como económico, de este Estado. Atenas se hace más poderosa como importadora de cereales y también como mercado de esclavos, pues cereales y esclavos representaban las mercancías principales y las más imprescindibles para toda polis. Las obras de construcción emprendidas por Pericles en amplia escala, la producción de armas que requería permanentemente gran cantidad de brazos, los diversos oficios que estaban desarrollándose ampliamente en Atenas, provocaron una constante afluencia en masa de artesanos forasteros, de mercaderes y de esclavos. En comparación con tal afluencia de extranjeros y esclavos, el peso específico de los ciudadanos atenienses en la producción artesanal y la actividad comercial, fue disminuyendo gradualmente.

Hacia finales del siglo V la paga habitual de todos los operarios, desde el arquitecto hasta el artesano, que tomaban parte en la erección del Erecteón, era de un dracma diario. La valoración uniforme de todas las categorías del trabajo de los operarios representa la consecuencia de la débil diferenciación del propio proceso productivo. La demanda de brazos, habiendo gran cantidad de esclavos y de artesanos libres sin ocupación, se satisfacía con facilidad. Anotemos, de paso, que la demanda y la oferta, dentro de los marcos de la sociedad esclavista, jamás llegaban a niveles excepcionalmente elevados. El punto de referencia para establecer la citada tasación era el costo de lo necesario para la manutención de una persona adulta.

Ya hemos dicho que los ciudadanos participaban en la actividad artesanal en grado considerablemente menor que los metecos. Y a éstos les convenía trabajar en tal o cual ciudad sólo en los períodos de su florecimiento económico; ni bien la ciudad en que vivían y trabajaban comenzaba a experimentar serias dificultades económicas, los artesanos no vacilaban en trasladarse a otra.

Era completamente natural que tal circunstancia repercutiera de manera perniciosa sobre la marcha general del desarrollo económico de los Estados griegos. Para el desarrollo de la pequeña artesanía doméstica no había, en general, condiciones favorables. Un artesano solitario sólo podía contar con el mercado local, pues los mercados exteriores eran servidos principalmente por los talleres que utilizaban, en calidad de fuerza de trabajo, a los esclavos.

La metalurgia

La extracción y elaboración de metales tenían un valor esencial en la vida económica de Grecia. El hierro se extraía de la Laconia, de muchas islas del mar Egeo y del litoral meridional del Ponto Euxino (en Calibes). La plata era más rara; además del Ática (yacimientos del Laurión) se extraía de la isla de Chipre, de Sifnos y del Pangeo (en el sudoeste de Macedonia). Más raro aún era el oro, lo cual dio pie a la hipótesis de que la mayor parte del oro encontrado en abundancia en los sepulcros de Micenas (de mediados del II milenio a. C.) no era de procedencia local, sino importado, quizá, del Asia Menor.

En la Grecia del siglo VI propiamente dicho eran conocidos los yacimientos de oro de la isla de Sifnos. La investigación realizada en esas minas ha establecido que, a finales del siglo VI, en su mayor parte estaban inundadas. En el siglo V gozaban de mayor notoriedad las minas de Tasos y del Pangeo. De la escasez de oro en Grecia hablan sus sistemas monetarios, todos basados no en el oro, sino en la plata. Se ha conservado un informe según el cual Hierón, tirano de Siracusa, teniendo necesidad de oro, envió a Grecia a unos hombres, que tras largas búsquedas, lo encontraron en Corinto.

El descubrimiento de filones o yacimientos de este u otro metal al parecer ocurría en la mayor parte de los casos en forma casual. La extracción era iniciada en el sitio en que el mineral se hallaba a flor de superficie, o cerca de ésta. Para la extracción de plata se practicaban a veces talas y picadas en los bosques, e incluso se cavaban pozos.

Los trabajos se efectuaban mediante herramientas muy primitivas: mazos, cuñas, picos y palas. Para la extracción del mineral se abrían en el suelo galerías de escasa altura (no más de un metro, y a veces menos aún). De trabajarse veinticuatro horas diarias, sólo era posible avanzar, durante un mes, diez metros en total.

Junto a las galerías, en el siglo V se comenzaron a abrir también pozos. La mayor profundidad alcanzada fue de 119 metros. En la actualidad se han descubierto hasta 2.000 de esas excavaciones. La extracción del mineral se realizaba con las manos, quebrando los filones del metal y a veces calentando el filón y enfriándolo con un chorro de agua. En el último caso, la extracción del mineral se tornaba algo más fácil, porque se abrían grietas. El trabajo en las angostas y bajas galerías, a la luz mortecina de unos pequeños candiles de arcilla, con un aire pesado y a gran profundidad, era agotador. Como ya señaláramos, en las minas trabajaban mayormente los esclavos. La jornada de trabajo era extraordinariamente intensa, sin descanso regular. Según el testimonio de Jenofonte, los esclavos que trabajaban en los pozos de minas tenían tan sólo cinco días de descanso por año.

El mineral llevado hasta la superficie era desmenuzado en morteros y molinos manuales; luego se lavaba en recipientes especiales y finalmente, previa calcinación, era dirigido a los hornos de fundición. En el Laurión, la plata se extraía de la mina durante el proceso de fundición, en el cual se eliminaban también los otros agregados naturales al metal. La plata fundida en los hornos se colaba formando lingotes. Probablemente, dichos hornos eran pequeños, pero nada podemos afirmar al respecto, pues nada ha llegado sobre esto hasta nuestros tiempos. La madera para la combustión debía traerse desde otras regiones, pues el Laurión había sido talado muy tempranamente.

Los yacimientos del Laurión pertenecían al Estado, el que explotaba directamente una parte de ellos, cediendo otra en arriendo. Para éste eran principalmente admitidos los ciudadanos, y sólo en casos excepcionales metecos que habían obtenido la isotelia. Por lo general, el arriendo era a corto plazo: los yacimientos en marcha por tres años, y los filones que aún no eran explotados y que requerían reconocimientos e instalación de un sistema de pozos y galerías, probablemente por diez años. En las minas de muchos arrendatarios trabajaban cerca de 20.000 esclavos. El Estado cedía en arriendo los yacimientos sólo sobre pequeños lotes de tierra, y cuando los trabajos requerían su ampliación, los arrendatarios debían adquirir (pagando, desde luego) al Estado los lotes contiguos, que eran igualmente pequeños. La materia prima que salía de esos yacimientos era vendida por los arrendatarios, ya en los mercados, ya en el mismo sitio a los mercaderes.

El tratamiento del metal se realizaba a mano; al parecer, la fundición, la colada. Para dar forma a estos objetos, se usaba una maquinaria especial cuya construcción no es desconocida. El invento de la misma se atribuía al arquitecto Teodoros, de Samos.

El hierro era fundamentalmente empleado para forjar las armas y los instrumentos de trabajo.

Una rama importante de la producción metalúrgica era el acuñamiento de monedas. Los metales de color se destinaban a la preparación de la vajilla doméstica y de ornamentos. Son conocidas las vajillas metálicas y copas de plata y de oro, sin hablar ya de brazaletes, anillos, telas entretejidas con hebras de oro, coronas de oro, etc.

En el ámbito del tratamiento de los metales, la especialización en el oficio se hallaba ya bastante desarrollada; en las obras de autores de la antigüedad encontramos menciones de cuchilleros, armeros, orfebres, etc. Los ingresos de los talleres que se ocupaban del trabajo en metales eran bastante considerables. El conocido hombre de fortuna del siglo IV, Pasión, por ejemplo, había cedido en arriendo a un esclavo suyo manumitido, un taller de escudos por la paga de un talento anual, y dicho taller daba una ganancia neta de cien minas. La cuchillería del padre de Demóstenes daba treinta minas de beneficio limpio. No conocemos las condiciones del trabajo de los esclavos en los talleres, pero puede decirse, con seguridad, que aun cuando hubiera sido menos severo y agotador que en las minas, a pesar de todo reinaba la más absoluta arbitrariedad y los esclavos sufrían el tratamiento más cruel; también la jornada era extraordinariamente larga.

La producción de cerámica

La producción de cerámica era una rama no menos importante de la producción artesanal ateniense. Ya en el siglo VI a. C. se había desarrollado en gran manera, hasta el punto de superar

la producción análoga de otras ciudades griegas. La existencia de un demos de «calderero» (ceramista), la denominación de Cerámico dada al barrio artesano de la ciudad de Atenas, señalan que la confección de vajilla artística y común desempeñaba gran papel en la economía ateniense. Ya en el siglo VI existían en Atenas grandes talleres de cerámica que utilizaban el trabajo de esclavos. La existencia de esta clase de talleres queda testimoniada por la triple firma puesta sobre ánforas que han llegado hasta nuestros tiempos: del propietario del taller, del alfarero y del artista que ejecutaba las pinturas sobre el jarrón; en algunos casos, hay solamente dos firmas: la del propietario y la del pintor.

Entre los alfareros atenienses de la segunda mitad del siglo VI se encuentran no pocos que llevaban nombres no griegos; por ejemplo, Amasis, Colco, Taleido, etc., nombres que indican el origen de los operarios. En cuanto a firmas tales como «pintó un Lidio», o «pintó un escita», pertenecían al parecer a artistas esclavos. Hay una suposición según la cual el conocido pintor ceramista del siglo V, Epicteto, era un esclavo. Otro artista célebre, Duris, era al parecer, un meteco.

Merced a la gran cantidad de imágenes en los recipientes conservados hasta nuestros tiempos, se hizo posible seguir con precisión el proceso del trabajo en los talleres ceramistas. Sobre una de las ánforas, por ejemplo, el pintor expuso el proceso de extracción de la arcilla; sobre otro, una hidria (cántaro para agua), con pinturas negras, el pintor representó escenas de todas las etapas básicas del trabajo; la formación del jarrón en el platillo circular giratorio que era movido a mano, la revisión de las ánforas listas; en otra pintura vemos a un joven que se lleva un jarrón que acaba de ser hecho; al lado de una columna, empuñando un bastón, hay parado un anciano, dueño o capataz, que está vigilando el trabajo; delante del mismo se ve un esclavo que lleva auestas una pesada carga de carbón de leña; otro esclavo está encendiendo el fuego en un horno. Encima del horno, para calcinar y templar los jarrones, se ve el mascarón de un sátiro que otrora tuviera significado mágico, pues, según las creencias de los griegos, servía de protección para las vasijas contra los malos espíritus y contra el mal de ojo.

Entre los distintos talleres y sus respectivos propietarios existía la más encarnizada competencia. Trabajando, literalmente, codo con codo, los alfareros atenienses se conocían perfectamente uno al otro, y con frecuencia recurrían a los más diversos artificios y astucias para denigrar la producción del vecino y ensalzar la propia. Ha llegado hasta nuestros tiempos una curiosa inscripción en uno de los jarrones: «Este jarrón lo hizo Eutímides, jamás hubiera podido hacerlo Eufronio». Esta original publicidad de sus productos, ideada para denigrar al competidor, es sumamente característica.

Tanto en la producción cerámica como en la metalúrgica, la unidad económica dirigente era el taller, que aprovechaba la labor de los esclavos. De entre los alfareros anónimos de esos talleres se destacaban ante todo los especialistas pintores. En algunas oportunidades se invitaba a trabajar en un taller a pintores de renombre, ciudadanos o metecos. Esto de atraer a un taller a un célebre pintor representaba, desde luego, muchas ventajas, y quizá por esto mismo los nombres de pintores destacados (por ejemplo, tales como Epicteto o Duris) se encuentran en jarrones salidos de distintos talleres. Evidentemente, dichos pintores trabajaban en esos talleres alternativamente.

Los productos de cerámica eran exportados ampliamente. Esta rama de la producción desempeñaba un gran papel en la economía de Atenas. Al lado de los productos que se distinguían por sus cualidades altamente artísticas y por la finura de la confección, en Atenas era producida la cerámica al por mayor, trabajada grosera, toscamente, sin revestimiento ni pintura, que servía para satisfacer las necesidades de la gente pobre del lugar; se producían también tejas para techar edificios, y envases para servir de tara, de peso muerto, en el transporte de ciertas y determinadas mercancías.

La producción textil

A diferencia de la producción cerámica y metalúrgica, las que, casi desde el mismo momento en que surgieron, se destacaron como oficios independientes, la hilandería y la tejeduría fueron,

en lo fundamental, ramas de la producción doméstica, también en el siglo V a. C. La labor femenina en esta producción seguía siendo la predominante, aun cuando no la exclusiva. Del tejer y del hilar se ocupaban tanto las mujeres de las familias indigentes, con el fin de llevar al mercado un trozo de tela o un ovillo de hilo, como las armas de casa ricas, rodeadas de hijas y de esclavas. Según dice Platón, la mujer es dueña de la lanzadera y del huso. Con frecuencia, cuando fallecía una mujer se ponía en su sepulcro el huso, como en la de un guerrero se ponía la espada y las flechas.

En primer lugar, esta producción estaba destinada a satisfacer las necesidades de la familia, y sólo los excedentes se llevaban al mercado. Por las manos de las mujeres tejedoras e hilanderas pasaba la totalidad del proceso productivo, desde la esquila de las ovejas hasta la costura de los vestidos; y sólo el teñido de los hilos o de la tela constituía un proceso aparte en el que estaban ocupados los varones.

Entre la materia prima que sufría transformaciones en la producción, el mayor valor entre los griegos lo tenía la lana. Los tejidos de lino estaban difundidos en menor cantidad, por lo menos en el período temprano. Así y todo, a partir del siglo VI ya entraron en uso en el Ática, al lado de los anteriores vestidos de lana, también túnicas femeninas de lino. La seda aparece sólo en tiempos posteriores, y su uso es limitado.

Con el desarrollo de la vida urbana y del intercambio comercial, la producción casera, doméstica, fue resultando insuficiente. Fuera de unos pequeños artesanos libres que trabajaban para el mercado, con el fin —como se expresaba un poeta de la antigüedad— de «no morir de hambre», fueron apareciendo en cantidad creciente talleres textiles en los que trabajaban esclavos y esclavas. Las inscripciones atenienses han conservado los nombres de gran cantidad de libertos ocupados en la tejeduría y en la hilandería. A veces, también los ciudadanos libres conseguían medios de vida ocupándose de la artesanía textil. Tal fue el recurso de cierto Aristarco: por consejo de Sócrates, aprovechó la llegada a su casa, desde el Pireo, de unas parientas pobres, ofreciéndoles que se ocuparan de esos dos oficios. En otras polis griegas encontramos a esclavos y esclavas, especialistas en confeccionar costosos y abigarrados tejidos, y que trabajaban exclusivamente para el mercado. Los talleres en que se aplicaba el trabajo de esclavos, producían capas para varones que tenían difusión en toda Grecia. Además de los talleres ocupados propiamente de tejeduría e hilandería, existían también en Atenas talleres bataneros de paños, en los que trabajaban, con preferencia, varones. Megara, Corinto y Egina eran célebres por la confección de vestidos para la clase pobre y para esclavos; Mileto, Chipre y Quíos tenían fama de productores de tejidos caros, de vestidos y de alfombras; Siracusa producía tejidos multicolores de lana siciliana.

Los trabajos de construcción de edificios

La erección de templos, de edificios públicos y de obras de defensa en Atenas solían ser decretadas por la asamblea popular, la cual creaba en todos los casos una comisión especial de funcionarios, para vigilar la marcha de tales o cuales obras. En las obligaciones de los miembros de tales comisiones (llamados epístatas) entraba la redacción y la firma de los contratos que se celebraban con los subarrendatarios. Un arquitecto, basándose en la disposición de la asamblea, componía el plan de la obra, en el cual entraban los diseños, los dibujos, como también la descripción detallada del trabajo proyectado para ser ejecutado.

Entre los edificios, hay que distinguir la edificación de casas particulares, ejecutadas por sus propietarios por propia cuenta, y la construcción de templos privados, que pertenecían a las hermandades religiosas.

Como materiales básicos de construcción se usaban el granito, la piedra caliza y el mármol, los cuales eran adquiridos por el Estado a través de los epístatas citados y, en casos aislados, se cedía en arriendo su adquisición a personas aisladas, incluyendo el acarreo. El granito necesario para las obras era traído de las canteras, que eran propiedad del Estado o de particulares. Los trabajos de construcción atraían una gran cantidad de ciudadanos libres como de metecos y esclavos.

El florecimiento de la edificación en Atenas corresponde a la época de Pericles, cuando se desarrolló una amplia actividad edificadora, tanto para la fortificación de la ciudad, por medio de la equipación y reconstrucción del Pireo, como para la erección de edificios del culto.

Esta clase de trabajos públicos era realizada por el Estado, guiando directamente las tareas o cediéndolas en arriendo, en subastas públicas. En el último caso, la responsabilidad por la obra era cargada íntegramente sobre los contratistas. Los trabajos se cedían en arriendo simultáneamente a varios contratistas; y eran aceptados sobre bases iguales, también por metecos y por ciudadanos libres.

Las construcciones navales

En relación directa con el crecimiento del poderío político y militar de Atenas, había adquirido gran valor y significado la construcción naval. Hacia el comienzo de la guerra del Peloponeso, Atenas disponía de 300 trieres, sin contar la flota aliada de Lesbos y Quíos. La construcción de una triere era costosa, término medio, cerca de un talento ático. La madera para las construcciones navales se importaba a Atenas desde la Macedonia, la Calcídica, la Italia meridional, el Asia Menor y el Ponto. Era el Estado quien entendía en las grandes obras de construcción y equipamiento de las naves. En los astilleros trabajaban esclavos, tanto del Estado como privados, pero la dirección de los trabajos y el cumplimiento de las operaciones de mayor responsabilidad eran encomendados a los especialistas en construcciones navales, que eran ciudadanos o metecos.

En el desarrollo de la construcción de naves, la asamblea popular desempeñó un papel igual al que cumplió en otras obras de significado nacional. Cada vez que se inauguraba una obra, la asamblea elegía una comisión para que se ocupara de los correspondientes trabajos, compuesta de un tesorero y de inspectores de astilleros. La asamblea popular determinaba también la cantidad de trieres y de tetraeres (barcos con tres y cuatro filas de remeros, respectivamente), cuya construcción estaba proyectada para el año que corría. La propia construcción de los cuerpos de las naves se cedía, por regla general, a concesionarios, en subastas públicas; y el equipamiento y aparejamiento de las mismas eran efectivizados por el propio Estado.

El puerto y los astilleros que, en tiempos anteriores, se hallaban fuera de los límites de la ciudad de Atenas, fueron incluidos, tras la erección de los Largos Muros en el siglo V, dentro de los límites de la ciudad. El Pireo quedó orgánicamente ligado con el resto de Atenas, y su rada, profunda y amplia, quedó convertida en principal puerto ateniense, simultáneamente militar y comercial.

Otros dos puertos atenienses —Zea y Muniqueia— servían de apostaderos para barcos de guerra solamente. En ambos puertos había cobertizos para recibir buques. En el siglo IV fue construido un depósito para guardar los aparejos y otros implementos de las naves.

La técnica de la construcción de puertos, embarcaderos, astilleros y nuevos barcos fue desarrollándose a la par del crecimiento del poderío económico y político de Atenas. Se multiplicó la cantidad de los cobertizos y los tipos de naves de guerra y mercantes se hicieron más diferenciados entre sí. Las naves de guerra se dividieron ya en dos clases: la primera comprendía a las naves propiamente dichas que daban cabida solamente a la tripulación estrictamente normalizada; la segunda comprendía naves de transporte destinadas a llevar destacamentos de desembarco, caballos, víveres y otros materiales. Las naves de guerra provistas de velamen podían ser puestas en movimiento también por el trabajo de los remeros, mientras que las naves de transporte y los buques mercantes eran, en lo fundamental, buques a vela y requerían tripulaciones insignificantes.

5. Desarrollo de la producción e intercambio de mercancías en el siglo V a. C.

La importancia del desarrollo de la producción e intercambio de mercancías en Grecia durante el siglo V a. C. no admite lugar a dudas. Como en todas partes ese desarrollo en la

Grecia de la antigüedad estuvo orgánicamente ligado con el nivel del desarrollo de las fuerzas productivas y con las correspondientes relaciones de producción, que presuponían ya la aparición de la propiedad privada, el crecimiento de la división social del trabajo, la separación del trabajo agrario de los oficios manuales y el desarrollo de la esclavitud. Engels anota que el desarrollo de este proceso se hace evidentemente en tiempos muy tempranos: «Hasta donde alcanza la historia escrita...».

Desgraciadamente, en lo que atañe a las particularidades y formas de la producción e intercambio de mercancías durante la antigua época esclavista, no puede considerarse como suficientemente estudiado en la historiografía soviética. Si bien estos problemas, indudablemente muy importantes, de la historia antigua, se hallaron siempre dentro del campo visual de los investigadores soviéticos, su estudio no asumió aún un carácter tan profundo como merece. Más todavía: el papel de la producción e intercambio de mercancías en la vida económica de toda la Grecia antigua es abiertamente subestimado por muchos investigadores soviéticos en una serie de casos. Pero es el hecho que, después de las guerras greco-persas, el desarrollo de esos fenómenos en la vida económica de toda la sociedad griega dio un considerable paso adelante en comparación con la época precedente, y el peso específico de los giros comerciales creció inconmensurablemente. Fueron surgiendo en la Grecia balcánica nuevos centros económicos, cuyos giros comerciales alcanzaron escalas jamás vistas en aquellos tiempos. Y Atenas fue transformándose precisamente en uno de esos centros, mejor dicho, en el centro más grande de todo el mundo helénico de aquel entonces. A mediados del siglo V el Pireo se convirtió en el puerto comercial más grande de todo el mar Egeo, y en la época de Pericles se transformó en el centro del comercio de toda la cuenca del Mediterráneo. Las avenidas costaneras del Pireo, de la parte mercante, que era la oriental, estaban atestadas de depósitos; los de cereales se encontraban en el linde de las partes militares y mercante de ese puerto. Un poco más lejos estaba situada la plaza comercial del Pireo, con los negocios, las oficinas de los banqueros y las mesas de los cambistas. Adyacente al Pireo había un emporio delimitado que era el lugar para la descarga de mercancías. Todo lo que se descargaba fuera de ese sitio era considerado contrabando. Más allá de este emporio comenzaba la ciudad propiamente dicha. En su parte central, durante los siglos V y IV, residían los propietarios de los barcos, los mercaderes, los grandes usureros, los empresarios, etc., y en las periferias, los remeros, los cargadores y otros cuyas actividades estaban vinculadas con el mar. A través del Pireo se efectuaba la exportación de aceite de oliva, vino, miel, mármol, plomo, plata proveniente de los yacimientos del Laurión, lana, objetos metálicos, cerámicas, etc.

Durante el siglo V se daban cita en el Pireo las naves de casi todo el Mediterráneo. Allí desembarcaban los cereales de Egipto, de Sicilia y del Bósforo, el pescado del mar Negro, ganado, cueros, lana de Mileto, alfombras de Persia y de Cartago, óleos aromáticos de Arabia, bronce y calzado de Etruria, telas de lino, papiros de Egipto, cobre de Eubea y de Chipre, brea, cáñamo, maderas de Macedonia y Tracia para construcciones navales, cera, maderas del Cáucaso y de Iliria, minio de Quíos, etc. Y a este mismo puerto era traídos los esclavos.

Gran parte de estas mercancías estaban destinadas no a los consumidores atenienses, sino que allí se revendían y trasladaban a otros barcos para ser enviados más lejos, a otras ciudades y diferentes países. El giro global del Pireo, hacia comienzos de la guerra del Peloponeso, era gravado por derechos aduaneros que alcanzaban la cantidad de 37 a 48 talentos anuales, lo cual para aquellos tiempos era una suma exorbitante.

Las vías marítimas septentrionales llevaban desde el Pireo hacia la Calcídica, Tracia, la Propóntide y el Ponto; las orientales conducían a Quíos, Lesbos y los puertos del Asia Menor; las meridionales, a través de Delos, a Samos o a través de Paros y Naxos, a Rodas, y de allí hacia Chipre, Fenicia, Egipto y la Cirenaica; las vías occidentales se dirigían a Italia, Sicilia y más hacia el Oeste. Buscando puntos de apoyo para el comercio, los atenienses procuraban fundar factorías en todas partes. Así lograron firmarse en las costas de la Calcídica, en Potídea, en Olinto y en Anfípolis, fundada por ellos mismos. Lucharon por la posesión de las minas del Pangeo, hasta la subida al trono de Filipo II de Macedonia. Este mismo país constituía para ellos un gran mercado proveedor de materias primas (madera para la construcción de barcos) y pescado tracio.

Desde tiempos muy tempranos, los atenienses tendieron también hacia el Ponto. Habían fundado cleruquías en el Quersoneso tracio y en la costa meridional del Ponto, en Sínope y en Amisos. Igualmente habían quedado bajo la influencia ateniense las ciudades griegas del litoral occidental y septentrional del mar Negro.

Como hemos dicho más arriba, en el Occidente los atenienses habían fundado Turios. Al mismo tiempo, habían cerrado trato con Segesta, Leontini y Región. Todas estas ciudades, según lo proyectado por los atenienses, debían desempeñar el papel de puntos de apoyo para el ulterior desarrollo de sus actividades comerciales en el occidente griego. Hay que subrayar, empero, que precisamente en el Occidente, Atenas tropezó con su rival más fuerte y peligroso: Corinto. La lucha contra él constituyó, como es sabido, una de las causas de importancia de aquel gran conflicto que entró en la historia con la denominación de guerra del Peloponeso.

Comercio interior

El comercio interior estaba circunscripto en el siglo V principalmente a operaciones en tierra firme. Dada la escasa extensión de los territorios de las polis griegas, toda salida al mar en barco equivalía a salir fuera de las fronteras del país.

El comercio terrestre, por decirlo así, quedaba generalmente delimitado por las fronteras de un solo Estado. El carácter montañoso de la región, las constantes guerras que las polis griegas sostenían entre sí, la falta de desarrollo de vías terrestres de comunicación y, por lo mismo, el alto costo del transporte de mercancías por tierra, la ausencia casi completa de ríos navegables, más la simultánea abundancia de cómodas vías de comunicación marítima, eran las condiciones que hicieron imposible un desarrollo más o menos considerable del comercio interior. Finalmente, la sociedad esclavista, como tal, sólo podía desarrollarse y existir contando con una amplia red de ciudades-colonias limítrofes con las tribus locales, desde las cuales se las proveía de los productos básicos: los esclavos. Asimismo, constantemente se hacía sentir la escasez de cereales en la Grecia central, donde nunca alcanzaban a abastecer a la población, lo cual hacía necesario proveerse de ellos en Sicilia, Egipto y el Ponto. Todo esto estimulaba el desarrollo del comercio exterior.

Para el buen funcionamiento del comercio interior se necesitaba, antes que nada, una red de caminos transitables. Y la preocupación por tales caminos sólo se ponía de manifiesto en los Estados tan desarrollados como Atenas. Las vías atenienses satisfacían simultáneamente las necesidades comerciales y militares. Dos de ellas unían al Pireo con Atenas; una, trazada dentro de los Largos Muros, y la otra, bordeada en toda su extensión por olivos, llegaba a las puertas atenienses. Había otras tres carreteras que terminaban en las fronteras de Beocia: una iba desde Eleusis hasta Platea, otra desde Atenas hasta Tebas, y la tercera desde Atenas hasta la ciudad limítrofe de Oropos. La poca extensión de estas vías indica el reducido desarrollo del comercio interior terrestre. Había, en general, pocos caminos, los que, además, eran bastante incómodos y mantenidos en mal estado. Las carretas de cuatro ruedas que se utilizaban para el transporte de cargas no podían, ni mucho menos, pasar en todas partes; además, la falta de bueyes en el Ática (había que adquirirlos en Beocia) dificultaba el uso de esas carretas. Por tales razones, la forma habitual de transportar cargas era de largas caravanas de asnos o mulos, conducidas por arrieros.

Los gastos para el transporte terrestre eran muy grandes; llegaban a veces hasta la mitad del costo de las mismas cargas; el transporte marítimo resultaba, desde luego, incomparablemente más barato.

Del comercio interior se ocupaban mayormente los pequeños acaparadores y los mercaderes ambulantes. Estos últimos caminaban a pie, al lado de sus acémilas cargadas, o distribuían su mercadería llevándola a cuestas. Comerciabán preferentemente con vituallas, productos de cacería, pequeños enseres domésticos, vestidos, flores, etc. Además de ellos, había también tenderos establecidos en las plazas comerciales. Al lado de algunas de sus tiendas se instalaban a veces pequeños talleres. Los dueños de dichas tiendas vendían tanto productos confeccionados en esos talleres, como los que adquirían a otros mercaderes artesanos.

En las plazas destinadas al comercio se vendían también productos agropecuarios: cereales, panes horneados, hortalizas y verduras, frutas, pescados y toda clase de objetos, atenienses e importados, así como ganados y esclavos. A cada especie de mercadería le estaba destinado un lugar especial. La mercancía se colocaba al aire libre o en carpas improvisadas a la ligera. En las ciudades en las que el giro comercial era grande, el Estado, según parece, construía, por cuenta propia, galerías techadas para el comercio. A propuesta de Pericles, en el Pireo se construyó una galería destinada al comercio de harina.

Acudían también al mercado los esclavos «que vivían separados» de sus dueños, con el fin de vender sus productos; los artesanos libres que trabajaban individualmente, por su propia cuenta, quienes vendían vajilla, armas, lana; y campesinos con hortalizas y cereales. Allí mismo eran vendidas las mercancías confeccionadas en los talleres, grandes y pequeños, en que trabajaban esclavos. Los mercados de las grandes ciudades comerciales eran frecuentados no sólo por gentes de la ciudad y de las aldeas, sino también por extranjeros llegados de lejanas y cercanas regiones.

Además de los mercados en que el comercio al detalle se efectuaba cotidianamente, se organizaban, al lado de los grandes santuarios, o durante las fiestas, ferias especiales que atraían a vendedores y compradores de gran número de ciudades griegas. La inviolabilidad de los templos y la costumbre de hacer las paces durante las fiestas panhelénicas garantizaban a los mercaderes la seguridad durante sus viajes. Entre esas ferias gozaba de gran popularidad la que tenía lugar en Delfos.

La vigilancia general del comercio en los mercados estaba encomendada en las ciudades griegas, a funcionarios especiales llamados agoránomoi, los que debían percibir el impuesto establecido para las ferias y velar por el orden, poner fin a los malentendidos que surgían durante la concertación de algunos negocios, etc. Los agoránomoi tenían también derecho a imponer multas u otros castigos, por mala fe en pesos y medidas, por falsificación, por mala calidad de la mercancía, etc.

El comercio de cereales en Atenas estaba bajo la vigilancia de otros funcionarios, los sitoflaques (cuidadores de cereales), de los que había cinco en Atenas y cinco en el Pireo. En las otras ciudades, en las que la cuestión de la provisión de cereales no era tan aguda como en el Ática, estas obligaciones se encomendaban a los agoránomoi.

Para vigilar los pesos y medidas, la asamblea popular elegía funcionarios llamados metrónomoi.

Desarrollo del capital usurario

Un personaje imprescindible en todo mercado era el trapezita (el cambista). La variedad de monedas, la diversidad de valores y las oscilaciones en el acuñamiento crearon la necesidad de cambiar unas monedas por otras. Por el cambio del dinero, los cambistas cobraban cierta suma, a veces bastante considerable. La venta y reventa de moneda foránea y el cambio de ésta por la local fueron inicialmente las operaciones básicas de los trapezitas.

El cambio de monedas de las diversas ciudades debió cobrar real importancia con la ampliación del comercio exterior. Cada nueva región incluida en el sistema del comercio común, volcaba al mercado su propia moneda, con lo cual se complicó la actividad de los cambistas, quienes debían estar al tanto de todos los sistemas monetarios, saber distinguir la calidad de cada moneda, ver claramente la correlación de los diversos sistemas. El pago y el cobro de dinero en tales circunstancias creció hasta convertirse en una complicadísima operación. Como resultado de todo ello, los trapezitas fueron transformándose gradualmente, de simples cambistas, en intermediarios en las transacciones comerciales, y se convirtieron en una especie de «banqueros» *sui generis*, que recibían depósitos y efectuaban los cálculos necesarios.

Hicieron sus aparición las operaciones sin dinero en efectivo, en que prolongadas disputas y transacciones junto a las mesas de los cambistas eran reemplazadas por órdenes verbales y personales del depositante acerca del traspaso de dinero de su cuenta a la de otro, o acerca del pago de dinero en efectivo a la persona o al trapezita señalado por aquél. De aquí que surgiera

para los trapezitas la necesidad de introducir cuentas personales para cada depositante. Tales operaciones aparecieron en el siglo V a. C., pero su desarrollo concierne principalmente al siglo IV.

Además de los trapezitas, el mismo papel, si no mayor aún, en las operaciones financieras, era desempeñado por los grandes centros en torno de los templos importantes, administrados por los anfictiones. A los templos afluían, en forma de dádivas y presentes, enormes recursos pecuniarios. Las riquezas de los templos aumentaban más aún mediante el arrendamiento de sus propiedades territoriales, del cobro de multas en dinero y de préstamos. Los dineros de estas últimas operaciones alcanzaban a veces grandes dimensiones. La inviolabilidad de los templos determinó que se les entregara, para guardarlo, el dinero no sólo de poseedores privados, sino el del Estado. Un cantidad de polis se convirtieron así en deudores de los templos, y otra de grandes esclavistas, políticamente influyentes, fueron sus depositantes.

Comercio exterior

Como ya hemos señalado, el comercio marítimo era vitalmente necesario para Grecia y para su periferia colonial. Paralelamente con este comercio, fue desarrollándose también un mayor dominio en la técnica de navegar. Aun cuando ésta, durante el siglo V y la mayor parte del siglo IV, se realizaba, por regla general, a lo largo de las costas, en casos de necesidad algunos se animaban a efectuar travesías más extensas. Lo mismo puede decirse respecto a la duración de los viajes marítimos. La navegación comercial seguía realizándose con preferencia durante los meses estivales, de abril a septiembre inclusive; así y todo, se conocen casos aislados de travesías hiecales.

Entre los mercaderes que realizaban operaciones en países extraños, formaban una categoría determinada aquellos que tenían barco propio, al que gobernaban como capitanes; diferían de ellos los que transportaban sus cargas en barcos ajenos. Los primeros se denominaban naucleroi y los segundos emporoi.

Tanto los mercaderes como los propietarios de barcos, al no disponer de suficiente cantidad de dinero en efectivo, se veían constantemente obligados a acudir en busca del mismo a los trapezitas, o simplemente a los proveedores. En calidad de prenda o garantía, se ponía a disposición del acreedor el barco o la carga, o ambos a la vez; a veces el préstamo se contraía empeñando el flete a percibir por el propietario del barco por el transporte de la carga. La tasa del interés de esos empréstitos marítimos, dado el riesgo involucrado en este tipo de operaciones, era muy elevada: oscilaba entre el 10 y el 30 por 100, o más, en función de lo que durara el viaje mercante. La perspectiva de obtener beneficios muy grandes en caso de culminar felizmente la expedición mercante, obligaba a los mercaderes griegos y a los propietarios de barcos a conformarse con tan altos intereses.

Posición del Estado respecto al comercio

En relación directa con el crecimiento de los giros comerciales y con ampliación de los mercados, surgió la necesidad de introducir cierta organización en las relaciones comerciales. Esta necesidad fue percibida tanto por los participantes directos e inmediatos, o sea, los mercaderes, como por el Estado. Sobre esta base fueron surgiendo algunas uniones de mercaderes y de propietarios de barcos, en forma de sociedades.

Un significado incomparablemente mayor tuvo la intervención del Estado en las relaciones mercantiles. El comercio desempeñaba importante papel en la vida de toda polis. Para salvaguardar y apoyar el comercio marítimo se creaban fuertes flotas. Con el objeto de proveer al Estado de las mercancías más necesarias, Atenas celebraba, en nombre de la asamblea popular, tratados comerciales con otras polis.

El Estado ateniense también prestaba atención especial a la regulación del comercio cerealista, debido a que en el mismo se hallaban interesados no sólo los círculos comerciales vinculados con el producto en cuestión, sino toda la población ateniense. Una dilación o demora

temporal del cereal siciliano provocaba inmediatamente el alza del precio del pan; los acaparadores y mercaderes, con fines de lucro mediante una venta más beneficiosa del cereal, creaban a veces un falso pánico en el mercado cerealista de la ciudad. Luchando contra semejantes abusos, el Estado permitía la concesión de grandes empréstitos sobre cereales. Estos, de acuerdo con las leyes atenienses, sólo podían ser importados por el puerto del Pireo. Desde luego, aun cuando dichas medidas introdujeron cierto orden en el comercio cerealista, resultaron, a pesar de todo, insuficientes.

La intervención del Estado en el comercio privado no se limitó a la regulación del comercio cerealista. Entre los artículos más importantes de los ingresos del Estado se encontraban los aranceles que cobraba sobre los giros globales que efectuaba el comercio. Los derechos al cobro de dichos aranceles, así como de otros impuestos, eran cedidos, en subasta pública, a concesionarios aislados, o uniones de algunos concesionarios. Por ejemplo, durante la guerra del Peloponeso, el derecho a cobrar dichos impuestos en el Pireo se vendía en subasta pública anual por la suma de 30 talentos, pero, en realidad, el total de esos derechos era mucho mayor que la consignada por el Estado. Los derechos aduaneros comerciales se cobraban también en todos los grandes puertos de los mares Mediterráneo y Negro. El cobro de los mismos era efectuado, previa verificación de las cargas de todo barco que llegaba, o zarpaba, por los funcionarios aduaneros. Al ser descubierta una carga oculta, la misma era confiscada o los derechos aduaneros se decuplicaban.

En caso de desórdenes en el sistema monetario, y en los de apremiante necesidad de dinero, el Estado se apropiaba del monopolio para la venta de las mercaderías importadas. En algunas ciudades se declaraba por cierto tiempo el monopolio para la exportación de cereales o del aceite de la cosecha del año que corría. Al acaparar los cereales, o el aceite, u otros productos a precios fijos, el Estado los vendía a los precios más altos posibles, en mercados extranjeros. Mas se trataba sólo de medidas pasajeras, y ulteriormente era restablecida la libertad de comercio.

A veces el Estado, con el fin de aprovisionarse y de poder hacer frente a sus necesidades, prohibía la exportación de ciertos productos. Esto repercutía en Atenas, en primer lugar, sobre los cereales. Frecuentemente, durante la guerra, se ponían interdicciones sobre la exportación de víveres y de materiales bélicos, para que no cayeran en las manos del enemigo.

Carecemos de noticias acerca de leyes comerciales de los siglos V-IV. Empero, la existencia de tribunales especiales que entendían en los asuntos de comercio, en las acusaciones motivadas por las leyes y las pertinentes defensas, señalan la indudable existencia de una legislación comercial en los Estados griegos. Probablemente, se refieren a ese tiempo los primeros ensayos de codificación en el comercio marítimo, de los cuales más tarde se aprovechó ampliamente la isla de Rodas.

6. Ingresos y gastos del Estado ateniense

Fuentes de ingresos

No sería completo el cuadro de la vida económica de Grecia si no tocáramos la actividad financiera de las polis griegas. Tenemos a este respecto nociones tan sólo fragmentarias, y que, en su mayor parte, atañen no al siglo V, sino a los siglos posteriores. Únicamente es posible formarse una idea más o menos completa de la vida financiera del Estado ateniense.

Después de constituida la Liga marítima ateniense, la base de la economía de ese Estado la constituyeron los tributos (foros) que los atenienses percibían anualmente de los miembros de dicha Liga, los ingresos producidos por la monopolización del acuñamiento de monedas, y los de una serie de monopolios comerciales en los puertos aliados. Al comienzo, la recaudación total del foros era de 400 talentos anuales. Al parecer, la cantidad de foros ingresadas por la mayoría de las comunas aliadas a lo largo de los primeros cincuenta años (años 478 a 426) oscilaba muy poco: el aumento de los ingresos generales de Atenas hacia el tiempo de la guerra de Arquídamo (de 460 a 600 talentos) encuentra su explicación más bien en el aumento del

número de las comunas aliadas que en el del foros pagadero por cada una de las ciudades. Por lo general, el foros era integrado una vez al año, durante los grandes festejos dionisiacos. Por la demora en el pago de ese tributo, los aliados eran castigados con la imposición de una suma complementaria, y en caso necesario, hasta con una expedición punitiva. La sexagésima parte de la suma general del foros ingresaba en el fondo estatal intangible, el tesoro de la diosa Atenea.

Formaban también parte permanente de los ingresos del Estado, los que se percibían de las posesiones estatales, las que a menudo eran bastante considerables (por ejemplo, los ingresos de los yacimientos del Laurión, de las canteras y de las salinas). No pocos ingresos obtenía el tesoro del Estado de los aranceles aduaneros: de los impuestos sobre el derecho a vender las mercancías en los mercados, y sobre las mercancías de exportación. Al parecer, en el siglo V no existían aranceles únicos: los productos de primera necesidad eran gravados con aranceles bajos, y los menos imprescindibles con aranceles más elevados. En el siglo IV fue establecido ya un arancel único del uno por ciento del valor de la mercancía.

Las inscripciones conservadas hasta nuestros tiempos nos hablan asimismo de impuestos aplicados a las ventas de bienes raíces y por arrendamientos. En todas estas ocasiones, el Estado cobraba impuestos a su propio favor. En tales oportunidades, el porcentaje oscilaba entre el medio y el cinco por ciento; generalmente, cuando el precio de venta subía, el impuesto descendía. Al tesoro del Estado ingresaban también los derechos procesales y las multas impuestas por los jueces, así como los dineros obtenidos con la venta de bienes confiscados. Los metecos y los libertos pagaban a favor del Estado impuestos directos; la población ciudadana estaba libre de ellos.

Las liturgias

Sobre los ciudadanos pudientes gravitaba la obligación de entregar una parte de sus ingresos a la sociedad. Se trata de las llamadas liturgias. El contenido semántico de este vocablo puede ser definido como «actividad a favor de Estado». La aparición de las *liturgias* se remonta a la época en que el desempeño de funciones oficiales no era todavía remunerado, cuando el ejército era armado por los ciudadanos, cuando el Estado carecía aún de ingresos estables y, en virtud de ello, los ciudadanos acaudalados que lo gobernaban, teniendo en cuenta sus propios intereses, consideraban un timbre de honor tomar a su cargo considerables erogaciones para satisfacer necesidades sociales, de interés general para toda la ciudadanía.

Los metecos ricos eran traídos a cumplir las obligaciones de las liturgias a la par que los ciudadanos, pero no podían participar en las liturgias de índole militar, como tampoco en las que estaban vinculadas con el culto.

Las liturgias más importantes, que se repetían periódicamente, eran las vinculadas con la organización de los festejos: la coregía y la gimnastarquía. El corega tenía que reclutar un coro para que apareciera en las representaciones teatrales de las fiestas, proveerlo de las vestimentas necesarias, pagar su aprendizaje y alimentar a todos sus miembros en tanto durasen el aprendizaje y las fiestas. En la mayor parte de los casos, durante estas competiciones teatrales, cada una de las filai áticas presentaba su coro. Las gimnastarquía consistía en la organización de torneos gimnásticos, por ejemplo, carreras con antorchas, que se organizaban en Atenas cinco veces al año. Además de los gastos para el adiestramiento de los que tomaban parte en dichos torneos, los gimnastarcas tenían que ocuparse de la iluminación y ornamentación del lugar en que se realizaban. Al igual que los coregas, se presentaba, por parte de cada filai, a elección del arconte-basileus.

La liturgia vinculada con la guerra era la trierarquía. Los gastos para la construcción de nuevas trieres y para su equipamiento de mástiles y velamen corrían a cargo del Estado. Las obligaciones del trierarca fueron inicialmente las de cuidar del buen estado del barco y de su equipamiento, lo cual a veces implicaba grandes gastos, especialmente cuando se trataba de barcos viejos. Al parecer, durante el siglo V los gastos de los trierarcas para mantener a los barcos en buen estado, habían crecido: la adquisición de pequeños objetos para el aparejamiento del barco también había pasado al conjunto de obligaciones del trierarca, quien, además, tenía

que alistar a la tripulación, darle la pertinente instrucción y, en algunos casos, pagarle los emolumentos.

Durante el período en que Atenas tuvo a su disposición 400 barcos, en las listas de los trierarca fueron anotados 1.200 ciudadanos acaudalados, de manera que cada uno de ellos no fuera trierarca más que una vez cada tres años. Durante los años de su trierarquía, el ciudadano debía abandonar todas sus ocupaciones habituales y vigilar personalmente el barco. Para hacer más llevadero lo gravoso de la liturgia, el trierarca quedaba eximido de todas las otras liturgias y de los impuestos extraordinarios. Después de la expedición a Sicilia, cuando los gastos para la construcción y mantenimiento de la flota habían crecido y la crisis financiera de Atenas era más profunda, los atenienses se vieron precisados a renunciar a las trierarquías personales y pasar a una forma nueva, a la sintrierarquía; se autorizó a que se reunieran dos o tres trierarcas para ocuparse de un solo barco. Tal reforma, empero, no aportó gran alivio a los trierarcas, sino que engendró desorden e irresponsabilidad. Debido a ello, la sintrierarquía existió durante muy poco tiempo.

Aparentemente, a raíz de la oposición ofrecida por los ciudadanos ricos al sistema de las trierarquías, a los ciudadanos que soportaban liturgias superiores a sus medios y fuerzas, se les otorgó el derecho a transferir su liturgia a otros ciudadanos más pudientes. Llegamos a enterarnos de esto sólo por las fuentes del siglo IV; mas cabe suponer que tal disposición ya estaba en vigor también en el siglo V. En las coregías era el arconte y en las trierarquías el estratega quien determinaba el breve plazo (tres días) para presentar queja contra una liturgia injustamente aplicada. En ese plazo, el ciudadano gravado con una liturgia debía llamar para hacerse cargo de la misma a otro de más fortuna que él y libre de otras obligaciones. Este otro ciudadano podía aceptar la liturgia, o bien dar su conformidad a cambiar de bienes y recursos con el que se había quejado. Este último, tras efectuarse el cambio de fortunas, tenía la obligación de responder de la liturgia, haciendo uso de los bienes que acababa de recibir. En torno de las liturgias se desarrollaba en el Estado ateniense la lucha entre los ciudadanos ricos y los pobres; durante los períodos de predominio de los oligarcas se suprimían, a la vez que las instituciones democráticas, también los liturgias.

El éisfora

Cuando el Estado ateniense pasaba por períodos difíciles, los ciudadanos y los metecos eran gravados con un impuesto directo extraordinario provisional (el éisfora). Fue introducido en Atenas, por primera vez, alrededor de los años 428-427. No se sabe cómo se cobraba en el siglo V: algunos hombres de ciencia suponen que, en ese tiempo, se trataba de un impuesto sobre los ingresos y rentas que daban los bienes raíces. Empero, por cuanto también estaban sujetos a este impuesto los metecos, que pagaban un sexto del total del mismo, es más probable la suposición de que ya en el siglo V, al igual que en el IV, se trataba de un impuesto sobre los bienes raíces y sobre los bienes muebles. En el año 428 la cantidad total recaudada por el éisfora se calculaba en 200 talentos.

El éisfora era el impuesto más odiado en Atenas, porque, de acuerdo con las tradiciones establecidas y arraigadas, el impuesto directo se consideraba incompatible con la libertad ciudadana, razón por la cual se recurría a él en casos extremos. Incluso, cuando se recababa dicho impuesto durante un tiempo prolongado, se lo consideraba siempre como una medida perentoria.

Resulta así que el Estado ateniense disponía de diversas fuentes de ingresos; pero todos los medios recaudados en el Ática eran incomparablemente inferiores a las sumas que ingresaban de los aliados de Atenas. De esta manera, el poderío económico del Estado ateniense en el siglo V estaba estrechamente vinculado a la subyugación política y militar de las otras ciudades griegas.

Los gastos del Estado ateniense

Los gastos para celebrar los sacrificios y las fiestas religiosas importaban una parte bastante considerable del presupuesto nacional. Había en Atenas mayor cantidad de fiestas que en cualquier otra polis. En los años 410-109 se gastó en los grandes festejos panateneos cinco talentos y diez minas y en los animales sacrificados, 51 minas y 74 dracmas. Sumaban grandes cantidades también los premios que se distribuían en los torneos. A los vencedores de las competiciones ecuestres, o gimnásticas, se les entregaba centenares de ánforas con óleo sagrado y coronas de oro o plata. En las competiciones militares los premios eran toros que se valuaban en una mina por cabeza.

Sumas mayores aún se gastaron durante las épocas de Cimón y de Pericles para la fortificación de Atenas: en la erección de los Largos Muros, en fortificar el promontorio del Sunión, el Pireo, Eleusis y otros puntos del Ática. A esos gastos hay que agregar también los que se invirtieron en la construcción de edificios públicos. La cantidad total de los gastos en construcciones se elevó durante los años del Gobierno de Pericles, al parecer, a una cantidad entre seis y ocho mil talentos.

Una parte importante en el presupuesto ateniense era el de los gastos militares. Antes de Pericles, la manutención del ejército, tanto de la infantería como de la caballería, no costaba nada al Estado, puesto que cada ciudadano debía armarse y mantenerse a sus propias expensas. Pero luego esos gastos fueron tomados por el Estado a su cargo, es decir, los pagaba el fisco. Hay que tener presente a este respecto que, a mediados del siglo V, además de los 3.350 guerreros acuartelados en la propia ciudad de Atenas, existía un ejército permanente —terrestre y naval— fuera de la ciudad. También implicaba grandes gastos la manutención de la flota, que contaba hasta de 200 a 300 trieres. Asimismo se gastaban grandes sumas de dinero en sostener la influencia ateniense entre los aliados. Durante el Gobierno de Pericles, cuando la política para con los aliados era, si no suave, por lo menos moderada, la ejercitación del control sobre los aliados exigía gastos relativamente pequeños. Pero durante los años de la guerra del Peloponeso, cuando el foros de los aliados fue elevado muy considerablemente y la oposición de los mismos se volvió especialmente peligrosa, los gastos para mantenerlos en obediencia crecieron repentinamente. Además de la flota de guerra, eran mantenidas por cuenta del Estado dos naves fiscales: la Salamina y la Paralos, destinadas al cumplimiento de toda clase de embajadas.

En resumidas cuentas, los gastos anuales a mediados y finales del siglo V, en Atenas, se calculan más o menos en una suma que iba de 30 a 40 hasta 80 talentos. En tiempos de guerra, los gastos estatales crecían bruscamente. El asedio de Samos, por ejemplo, costó a Atenas más de 1.275 talentos, y el de Potídea, entre 2.000 y 2.400 talentos. El costo de la expedición a Sicilia que, según Tucídides, fue ciertamente la empresa bélica más costosa de los atenienses, se calcula, como mínimo, entre 4.500 y 5.000 talentos.

Para terminar, hay que detenerse aún en los gastos para el pago de los empleos nacionales. La remuneración de los miembros de la heliea, que había introducido Pericles, representó primero dos óbolos diarios para cada uno de los jueces. Desde los tiempos de Cleón, se elevó a tres óbolos; y así fue también en el siglo IV. La cantidad total de gastos consumidos por la remuneración de los heliastas dependía de la cantidad de días en que celebraba sesiones la heliea y de la cantidad de jueces que tomaban parte de ellas. Alrededor del año 425, el gasto total en asuntos judiciales llegó a 50-60 talentos. La paga a los miembros del Consejo, también introducida durante el Gobierno de Pericles, representaba un gasto anual de 15 a 20 talentos. Los arcontes, que tenían a su disposición a personal subordinado, eran pagados de la siguiente manera: cada uno de ellos recibía diariamente cuatro óbolos, y el Estado tomaba por su cuenta los alimentos del heraldo y el flautista.

Todos los hechos que acaban de exponerse dan testimonio de que en el siglo V a. C. existía en Grecia una producción e intercambio de mercancías bastante desarrolladas. La particularidad histórica del desarrollo económico de Grecia consistió precisamente en que, estando concentrada la propiedad privada sobre los medios de producción en las manos de la clase de los esclavistas, el trabajo de los productores básicos, es decir, de los esclavos, era explotado por

aquéllos con métodos de coerción extraeconómica. Según dice C. Marx, se trataba de «apropiación natural de la fuerza ajena de trabajo, mediante la directa coerción física».

De esto se desprende con claridad absoluta, que, fuera de la dependencia del grado de desarrollo del comercio, la producción de mercancías en la antigua Grecia esclavista no pudo alcanzar su forma más elevada, esto es, no pudo ser de forma y esencia capitalistas. Los investigadores soviéticos tienen que demostrar, mediante el profundo estudio de las fuentes y mediante la generalización de los hechos, el carácter específico de la producción de mercancías durante la época antigua y su papel en el desarrollo de la economía esclavista, y desenmascarar hasta el fin las anticientíficas «concepciones» burguesas sobre esta cuestión, las que tratan de identificar la producción de mercancías en el mundo antiguo con la producción capitalista, y «probar» así la índole «sempiterna» del capitalismo.

CAPÍTULO XIII

LA GUERRA DEL PELOPONESO

1. Situación en Grecia antes del comienzo de las operaciones bélicas

Significado de la guerra del Peloponeso

La guerra del Peloponeso es el acontecimiento más importante de la historia de la Grecia clásica. En ella se enfrentaron, por una parte, Atenas, a la cabeza de varios cientos de polis griegas que formaban parte de la liga marítima ateniense (arqué), y por otra, Esparta, líder de la confederación peloponesia, integrada por la mayoría de los Estados del Peloponeso. Del nombre de esta unión dirigida por Esparta emana la denominación de «guerra del Peloponeso». Esta se extendió entre los años 431 y 404 y dio un gran viraje a la historia de la Hélade: si durante el período anterior la Grecia esclavista pasó por una etapa de desarrollo y otra de plenitud que es conocida como época de Pericles y que, según Marx, fue el tiempo «del florecimiento interior más grande de Grecia», después de la guerra del Peloponeso, en cambio, Atenas perdió su anterior poderío y el sistema esclavista basado en las polis sufrió una profunda crisis de la que sólo pudo salir con la conquista de toda Grecia por Macedonia.

Tras los brillantes triunfos en las guerras médicas, la marcha de los acontecimientos planteaba ante la Hélade la siguiente cuestión respecto al camino de desarrollo a seguir: o se imponía Atenas, lo cual significaba el crecimiento del comercio y de los oficios, la lucha por la hegemonía en el mar y el desarrollo democrático (desde luego, dentro de los marcos del antiguo régimen esclavista), o bien se imponía Esparta, lo cual significaba el triunfo de la aristocracia agraria terrateniente y, en consecuencia, la renuncia a todo lo que había proporcionado a la Hélade la histórica victoria sobre Persia durante la primera mitad del siglo V.

Tanto por la duración y las proporciones de las operaciones bélicas como por lo encarnizado de la lucha y, finalmente, por su significado histórico, la guerra del Peloponeso difirió marcadamente de las guerras, frecuentes y habituales en la antigua Grecia, entre las polis, e incluso entre coaliciones de las mismas.

En primer lugar llama la atención la misma duración de esa guerra. Sin contar los breves intervalos, la guerra se prolongó durante veintisiete años, lapso en el cual las operaciones activas directas entre los adversarios principales —Atenas y Esparta— se extendieron a lo largo de veinte años, sin manifiesta superioridad de ninguna de las dos partes beligerantes. Recordemos, a título de comparación, que cada una de las expediciones, las más grandes para aquel tiempo, que los persas lanzaron sobre Grecia se había resuelto en una o dos batallas. El prolongado alejamiento de muchas decenas de miles de hombres, arrancados de sus pacíficas tareas, ejerció una acción destructora sobre la economía de toda Grecia. Las calamidades naturales —terremotos, sequías, hambre feroz y epidemias— hicieron más serias aún las perniciosas consecuencias de la guerra y agudizaron la crisis del sistema de las polis en su integridad. Tucídides —contemporáneo y participante de la guerra del Peloponeso— caracteriza las consecuencias de esta manera: «... esta guerra se dilató por mucho tiempo, durante el cual la Hélade experimentó tantas calamidades como no ha sufrido antes en igual lapso. En efecto: jamás fueron tomadas y destruidas tantas ciudades, en parte por los bárbaros y en parte por los mismos beligerantes (que en algunos casos, después de conquistar las ciudades, cambiaron hasta su población); jamás hubo tantas expulsiones, tantos asesinatos provocados ya por la misma guerra, ya por las discordias».

La guerra del Peloponeso no fue, de modo alguno, un acontecimiento local, sino que asumió carácter internacional. Habiendo comenzado por un conflicto entre Atenas y la Liga del

Peloponeso, la guerra abarcó de golpe toda la Grecia continental e insular, se extendió luego a los extremos occidentales del mundo helénico, a Sicilia, y finalmente involucró en la vorágine bélica también a Persia. En uno u otro grado, todos los países de la cuenca oriental del Mediterráneo tomaron parte en las operaciones bélicas. Las consecuencias más catastróficas de esta guerra las sufrieron los dos continentes principales, tanto la Atenas derrotada como la Esparta vencedora.

A diferencia de las guerras anteriores, ésta fue extraordinariamente encarnizada, puesto que en ella, además de los factores políticos —la lucha por la hegemonía en Grecia—, el papel decisivo lo desempeñó el factor social. En particular, una muy grande significación tuvo el antagonismo entre la aristocracia terrateniente, esclavista, y la democracia, igualmente esclavista, que representaba, en primer lugar, los intereses de los círculos comercial-artesanos. Además del antagonismo fundamental entre Atenas y Esparta, un papel nada pequeño por cierto lo desempeñaron durante la guerra las discordias y cizañas vecinales entre las polis, tan habituales en la antigua Hélade.

Durante el desarrollo de la lucha entre las dos agrupaciones de Estados griegos, y si no se cuentan las guerras de Mesenia, tuvieron lugar, por vez primera, sublevaciones en masa de esclavos. Lo notable es que dichas sublevaciones tenían lugar en ambos bandos. Las muchas salidas de los ilotas durante la operación de Pilos, al igual que la fuga de muchos miles de esclavos atenienses a Decelia, ejercieron gran influencia no sólo sobre la marcha de las operaciones bélicas, sino también sobre el resultado definitivo de la guerra. Precisamente tal entrelazamiento de contradicciones políticas y sociales predeterminó tanto el carácter prolongado y destructor de la guerra como sus consecuencias político-sociales.

Fuentes

No sólo las generaciones posteriores, sino también las contemporáneas, especialmente las más jóvenes de ellas, que llegaron con vida al año 404, reconocieron que la guerra del Peloponeso difirió marcadamente de todas las guerras anteriores. En primer lugar hay que anotar aquí nuestra principal y única fuente, la obra de Tucídides, que se inicia declarando que ha «comenzado su obra en el momento mismo de empezar la guerra, en la seguridad de que ésta sería una guerra muy importante y más notable que todas las anteriores».

La obra de Tucídides, según la acertada expresión del académico S. A. Zhébeliev, representa «el exponente superior de la historiografía antigua». En contraposición con sus predecesores y, en particular, con su contemporáneo mayor, Herodoto, Tucídides procuraba crear realmente una historia científica de los acontecimientos. Aprovechó amplia y minuciosamente el material documental y se afanó por encarar críticamente los datos de que disponía. Tucídides mismo declara: «Yo no creía concordante con mi problema anotar todo lo que llegaba a conocer del primero que encontraba, o aquello que yo podía suponer; sino que anotaba los acontecimientos de los que fui testigo ocular, y aquello que había oído de otros tras investigaciones, lo más precisas posible, referente a cada hecho tomado separadamente». En muchas ocasiones, Tucídides hace la salvedad de que no ha podido establecer la verdad. Siempre subraya las causas a su criterio fundamentales, de cada acontecimiento. Tras los pretextos inmediatos de la guerra (los conflictos de Corcira y de Potídea, la defección de Megara), Tucídides anota, como causa fundamental, «que los atenienses, al crecer su poderío, comenzaron a infundir recelos a los lacedemonios».

El propio Tucídides tomó parte activa en la vida social y en la lucha política de su polis, Atenas. Se comprende perfectamente que sus convicciones políticas —era partidario de la oligarquía moderada— no podían dejar de influenciar sobre su apreciación de la lucha política interna de Atenas. Era hostil a la democracia. Caracteriza de manera harto negativa al más grande de los dirigentes del demos, Cleón, y, salvo las ofensas infundadas, guarda absoluto silencio sobre la actividad del notorio continuador de Cleón, Hipérbolo. Tucídides sostiene francamente que la oligarquía moderada de Terámenes del año 411, fue «el mejor régimen estatal», y le atribuye, sin mérito alguno para ello, los éxitos obtenidos por la flota ateniense

bajo el mando de Alcibíades. La esclavitud, según el criterio de Tucídides, es el estado más natural para los «bárbaros».

La encarnizada lucha política y social, entablada durante la guerra del Peloponeso en toda la Hélade, fue para Tucídides índice del embrutecimiento y el descenso del nivel moral de los helenos. Al no comprender las causas sociales de la guerra civil de Mesenia, se limita a lamentar la naturaleza criminal de los hombres. «La naturaleza humana, de la que es propio incurrir en crímenes a despecho de las leyes, sometió éstas a su imperio y demuestra con gozo que no puede dominar las pasiones, que viola la justicia y que hostiliza a las personas de más méritos.»

Tampoco es claro para Tucídides el estrecho vínculo entre el desarrollo político interno y las actuaciones bélicas de ambas partes en guerra. Quizá sea por ello que pasa en silencio los importantes acontecimientos de la historia interna de Atenas, tanto en las mismas vísperas de la guerra y en el período que siguiera a la muerte de Pericles como también en el tiempo de la paz de Nicias. Por ejemplo, no dice ni una sola palabra acerca de los ataques contra Pericles y de las personas que lo rodeaban en los años 433 a 431; no recuerda, ni siquiera de paso, el ostracismo de Hipérbolo, etc. Felizmente, las biografías de Pericles, Nicias y Alcibíades escritas por Plutarco reparan parcialmente esta irritante omisión de la obra del historiador más grande de la Grecia clásica.

A pesar de su postura crítica respecto a los mitos, Tucídides cree en la existencia de Caribdis y de los lestrigones y le da mucha importancia a los diversos oráculos, señales y profecías.

Así y todo, Tucídides procura siempre describir objetivamente los acontecimientos, sustrayéndose, dentro de lo posible, a las propias simpatías o antipatías personales. Su objetividad se manifiesta de forma especialmente clara al exponer los hechos vinculados con sus propios fracasos en la expedición de Anfípolis. Estos fracasos le acarrearón ser condenado por la asamblea popular ateniense y expulsado del Ática.

La historiografía antigua alcanzó en la obra de Tucídides el punto culminante de su desarrollo. Su declaración de que su obra «ha sido calculada no tanto para servir de instrumento en competencias verbales, como para convertirse en adquisición eterna», encontró su confirmación en el hecho, entre otros, de que ninguno de los historiadores de la antigüedad intentó siquiera volver a describir los acontecimientos expuestos por Tucídides. Los tres autores que escribieron especialmente acerca de la guerra del Peloponeso (Jenofonte, Cratipos y Teopompo) comienzan sus respectivas exposiciones desde el punto en que quedó interrumpida la historia de Tucídides.

El postrer período de la guerra (desde el año 411 hasta el 404) nos es considerablemente menos conocido. Las fuentes básicas para su estudio son las *Helénicas*, de Jenofonte, principalmente, y además los fragmentos de Diodoro de Sicilia y algunas biografías de Plutarco, en especial las de Alcibíades y Lisandro.

Para el análisis del régimen político-social de Atenas, para la caracterización de su estado económico a comienzos de la guerra, para conocimiento de la situación y los ánimos de los diferentes grupos de la población ateniense, incluidos los esclavos, tienen gran importancia las comedias de Aristófanes, la pseudo jenofontiana *Política ateniense*, la obra de Aristóteles del mismo nombre y los discursos de los oradores atenienses.

También las inscripciones de aquel tiempo constituyen una fuente importante para el historiador. Son, en lo esencial, textos de tratados, listas de inventarios, informes de los templos atenienses, datos acerca de los foros abonados por los miembros de la Liga marítima ateniense y algunos decretos de la iglesia. Los respectivos textos están publicados en la recopilación de las inscripciones griegas —*Inscripciones Graecae* (en lo sucesivo, sencillamente *IG*)—, y en los ejemplares corrientes de las revistas arqueológicas, en primer lugar, en *Hesperia*. Merced a esos textos epigráficos, estamos en condiciones de determinar las dimensiones del tributo que Atenas impuso a los miembros de la arqué, precisar los gastos efectuados en las diversas expediciones y caracterizar el contenido de los pactos de los aliados entre Atenas y muchas de las polis.

Relación de fuerzas de los adversarios

«El motivo más verdadero, aun cuando el menos visible en lo que se dice, consiste, en mi opinión, en que los atenienses, al crecer su poderío, comenzaron a infundir recelos a los lacedemonios, con lo cual los obligaron a empezar la lucha.» Así es como define Tucídides la causa fundamental de la guerra más grande en la historia de la Hélade. En efecto: el repentino y tumultuoso crecimiento del poderío de Atenas en el transcurso de la pentecontecia, esto es, de los cincuenta años transcurridos entre la destrucción del ejército de Jerjes y el comienzo de la guerra del Peloponeso, amenazaba la hegemonía de Esparta, inclusive en el propio Peloponeso. Tal crecimiento tenía lugar en el cuadro de la lucha social y de clases. La consolidación y aumento del poder de Atenas determinaba en todas partes el triunfo de la democracia, al tiempo que el principio básico de la política espartana era la implantación de regímenes oligárquicos. El entrelazamiento de los problemas de política exterior con los de orden social conducía inevitablemente a la guerra. De esta manera, la rivalidad entre Esparta y Atenas por la hegemonía en la Hélade, es decir, por la implantación en las restantes polis de regímenes, aristocráticos o democráticos, fue la causa fundamental de la guerra. Sin embargo, apenas si puede considerarse a Atenas como parte agresora. La iniciativa en el desencadenamiento de la tormenta bélica fue, sin duda alguna, de Esparta, de la liga peloponesiaca. Tucídides escribe sobre esto en forma retrospectiva, valorando la situación creada antes del comienzo de la guerra de Decelia: «En la guerra anterior [en la de Arquídamo] —creían los lacedemonios—, la culpa de haber violado el tratado recaía más bien sobre ellos, ya que en aquel entonces los tebanos habían atacado a Platea en tiempos de paz, y siendo que, por el tratado anterior, no se permitía empuñar las armas si la otra parte ofrecía solucionar el asunto mediante negociaciones, ellos, los lacedemonios, reconocían haber rechazado la proposición de los atenienses de someterse a arbitraje. En consecuencia, los lacedemonios reconocían como merecidos todos sus fracasos, y así explicaban su derrota en Pilos y las demás calamidades que cayeron sobre ellos.» Se comprende que todo esto no significa, ni mucho menos, que, en el lapso de los años 433-431, los atenienses tendieran hacia la paz. La política de Pericles era irreconciliable; la guerra tenía carácter agresivo, injusto, de pillaje, tanto de un lado como del otro.

Un segundo grupo de contradicciones, aun cuando de menor importancia, pero, en cambio, más agudas, estaba vinculado con el choque de intereses entre el comercio ateniense y el sector comercial de los miembros influyentes de la Liga del Peloponeso: Corinto y Megara. Las tres causas de la guerra —las cuestiones de Corcira, de Potídea y de Megara— tenían como reverso el antagonismo ateno-corintio. La divergencia entre la línea política de Corinto y la de Esparta es perceptible en todo el transcurso de la guerra, y eran los representantes corintios, precisamente, los que constantemente exigían las medidas más contundentes contra los atenienses.

Entre los años 435 y 431 la arqué ateniense fue la más grande unión política de la mitad oriental de la cuenca del Mediterráneo. Además de la propia metrópoli, formaban parte de ella todas las polis griegas, sin excepción, de la costa occidental del Asia Menor, desde la costa del mar Negro hasta Rodas, casi todas las islas de la cuenca del mar Egeo (salvo Melos, Tera y Creta), la aplastante mayoría de las polis del litoral de la Propóntide, Tracia, la Calcídica y muchas otras polis situadas en las costas del mar Negro. En el Norte y en el Oeste, Tesalia, Corcira, Epidamne y Zacinto eran aliadas de Atenas. En la Grecia central, los atenienses tenían el apoyo de los ciudadanos de Platea, de los mesenios de Naupacta y de la mayoría de los acarnanios. También simpatizaban con ellos, en mayor o menor grado, las poblaciones de muchas ciudades jonias de la Magna Grecia y de Sicilia. No sin razón denomina Aristófanes al demos ateniense, «el señor de tantas ciudades, amo desde Sardes hasta el Ponto», y prosigue: «De ciudades e islas, que nos pagan tributo, hay un millar y quizá más aún.»

Un fragmento satírico:

«Si se ordenara a cada una tomar a su costa dos decenas de atenienses,
Veinte mil ciudadanos podrían pasar la vida en abundancia y con liebres asadas.

Sin levantarse de las mesas y sin quitarse las coronas,
y alimentándose con pan dulce con miel...»

nos proporciona una idea, si bien un tanto exagerada, pero bastante clara acerca de las dimensiones de los dominios atenienses. En las listas de aliados de Atenas que se han conservado hasta nuestros días, y que se refieren a los que pagaban el foro, aparecen los nombres de más de 300 polis integrantes de la arqué ateniense.

El foro representaba, término medio, una suma de 600 talentos anuales. A comienzos de la guerra, en la acrópolis había guardados 6.000 talentos de moneda acuñada y otros diferentes valores por valor de 3.500 talentos.

Las fuerzas armadas de Atenas se componían de la flota de guerra, que alcanzaba a 300 trieres, y de un ejército que contaba con cerca de 27.000 hoplitas. Si bien este ejército terrestre era inferior al espartano en número y, sobre todo, en calidad bélica, la armada naval, en cambio, era inigualable. En un discurso que Tucídides atribuye a Pericles, pronunciado al comienzo de la guerra, el orador subraya la superioridad de los atenienses en el campo financiero y, en especial, en el campo naval. Hablando de los costados vulnerables de los peloponesiacos, anotaba que «el obstáculo más grande será para ellos la falta de dinero, pues siempre han de sufrir atrasos al procurar proveerse de él; y los acontecimientos bélicos no esperan». En cambio, los atenienses al disponer de enormes recursos pecuniarios, y siendo, como lo eran, amos en el mar, se sentían absolutamente invulnerables al ejército de sus enemigos. En lo que atañe al altivo reconocimiento de su poderío por parte de Atenas, da cabal testimonio la declaración hiperbólica de Pericles a sus conciudadanos: «Y si yo tuviera la intención de persuadirlos, os aconsejaría que vosotros mismos asolarais vuestra tierra y la abandonarais, haciendo ver así a los peloponesios que ni siquiera por ello os rendiríais.»

Los largos muros que unían a Atenas con el Pireo constituían en aquel entonces un obstáculo insuperable, incluso para el ejército espartano, que había pasado en el Ática un tiempo bastante prolongado. Según una acertada observación de C. Marx, «el ateniense, en su condición de productor de mercancías, sentía su superioridad sobre los espartanos, debido a que éstos disponían para la guerra solamente de hombres, y no de dinero». Tucídides suministra una brillante caracterización de los atenienses, la que proviene de sus enemigos más encarnizados, los corintios. En el congreso de la Liga del Peloponeso, el representante de Corinto declaró: «Al parecer, vosotros no habéis tomado en cuenta, en absoluto, qué son, qué representan aquellos atenienses contra quienes habéis de luchar... A los atenienses les gustan las innovaciones y se distinguen por la rapidez en hacer proyectos y en realizar lo que deciden, se atreven hasta a lo que es su esperanza, por críticas que sean las circunstancias... Al vencer a un enemigo, los atenienses los persiguen lo más lejos posible; y al perder una batalla, se dejan desalojar lo menos posible... Y si en alguna empresa fracasan, alientan en cambio nuevas esperanzas, y con ello suplen aquello que han perdido. Son los únicos para los cuales la posesión de algo y la esperanza de lo proyectado, son una misma cosa, debido a la rapidez con que se ponen a realizar sus decisiones».

El adversario de Atenas fue la Liga del Peloponeso, de la cual formaban parte casi todas las polis del Peloponeso, salvo Argos y, en parte, Acaya. Era de importancia especial el hecho de que Megara, situada en el mismo istmo de Corinto, se orientara en aquel tiempo hacia Esparta.

Esta última circunstancia proporcionaba a los espartanos la posibilidad de invadir libremente el Ática, y también de vincularse con sus muchos aliados en la Grecia central. Entre los mismos se hallaban la unión de los beocios, la Lócrida oriental, la Fócida, Ambracia, Léucada y Anactorión. Además, los lacedemonios podían contar con el apoyo de las colonias dorias en Sicilia, particularmente con Siracusa.

La fuerza principal de la Liga del Peloponeso residía en el ejército de tierra. Según Plutarco, bajo el mando de Arquídamo, hubo durante la primera invasión del Ática, 60.000 hoplitas peloponesios y beocios.

La armada peloponesia estaba compuesta, principalmente, de naves corintias y megarienses. Si a éstas se añaden las escuadras auxiliares de Sición, Pelea, Hielea, Ambracia y Léucada, el

total de barcos peloponesios llegaba a la imponente cifra de 300 unidades, lo cual casi equivalía a la flota de Atenas. Sin embargo, la capacidad combativa de las naves peloponesias era insignificante. En las batallas navales de aquel tiempo, el triunfo se decidía por la instrucción que tenían los tripulantes y residía en la capacidad de manejar el ariete. En este aspecto, las trieres atenienses no tenían iguales. Además, la flota ateniense que se componía de sólo 300 trieres, fue reforzada, al comienzo de la guerra, por 120 trieres corciras.

En vista de ello, «los lacedemonios ordenaron construir y equipar doscientas naves en Italia y Sicilia, a las ciudades que se habían colocado de su parte».

En cuanto a las finanzas espartanas, las mismas no podían, realmente, compararse de modo alguno con los medios pecuniarios de la arqué ateniense; aun así, tenía también en su poder sumas nada despreciables. Para la manutención de la flota de 300 trieres, aun cuando sólo fuese durante las operaciones bélicas, se requería, como mínimo, tres talentos diarios.

Tales eran aproximadamente los recursos y el potencial económico-militar de ambas partes, listas ya para entrar en guerra. Empero, la situación interna era bastante tensa. No obstante el bienestar exterior, el gran número de contradicciones interiores estaba socavando la solidez de la retaguardia ateniense.

En primer lugar, se trataba del antagonismo de clases entre esclavos y esclavistas. El régimen estatal de Atenas era más democrático que en todo el resto de Grecia, y en Atenas todos los ciudadanos tomaban parte directa en los comicios. No debe olvidarse, empero, que esa democracia era una democracia esclavista. La cuestión referente al número de esclavos en el Ática no ha sido resuelta hasta ahora por la ciencia. Pero, aun admitiendo como mínima una cantidad de 70.000 esclavos, también en este caso llegaríamos a la deducción de que el número de los esclavos superaba considerablemente al de sus amos. Ciertamente, en la Atenas del siglo V, los esclavos «... no podían crear una mayoría consciente, ni partidos que dirigieran la lucha; no estaban en condiciones de darse cuenta hacia qué fin estaban marchando; e inclusive en los momentos más revolucionarios de la historia ellos eran solamente peones en el tablero, o ser juguetes en manos de las clases dominantes». Así sucedió también durante la guerra del Peloponeso. No obstante, la huida de más de 20.000 esclavos atenienses, en su mayor parte artesanos, hacia los espartanos, a Decelia, fue un golpe muy grave para el poderío económico de Atenas, aun cuando los esclavos no constituyeran allí una amenaza tan permanente para el Estado como lo eran las agitaciones crónicas y las sublevaciones de ilotas en Esparta.

Es muy importante, también, la cuestión que atañe a las relaciones entre Atenas y sus aliados. La cantidad de habitantes en las ciudades aliadas superaba en decenas de veces a la del Ática. Y del grado de obediencia de aquéllos dependía la posibilidad, para Atenas, de realizar operaciones bélicas. A la vez, los aliados estaban indignados, en primer lugar, por estar obligados a pagar un tributo anual a Atenas, en escala mayor aún que cuando se hallaban sometidos al poder del rey persa. Además, los atenienses oprimían a sus aliados de distintas maneras, económica y políticamente. No en vano hablaba Pericles del «odioso poder» que los atenienses ejercían sobre sus aliados, y declaró abiertamente: «Pues vuestro poder tiene ya el aspecto de una tiranía.» Más acremente aún se formula el mismo pensamiento en el discurso de Cleón: «Vosotros (los atenienses) no tomáis en cuenta que vuestro imperio es una tiranía, que vuestros aliados alientan pensamientos hostiles y están bajo vuestro poder contra su voluntad.» El mismo pensamiento expone Tucídides ya como su opinión personal: «La mayoría de los helenos estaba indignada contra los atenienses, unos porque querían librarse de su dominio, y otros por temor a ser sometidos al mismo.» Incluso durante las negociaciones con Esparta, los propios atenienses hacen la observación de que «la mayoría de los aliados sentían odio hacia nosotros». Claro está que tal caracterización caiga quizá en alguna exageración, dadas las indudables simpatías oligárquicas de Tucídides. Entre los elementos democráticos, los atenienses gozaban en cierta medida de apoyo incondicional.

Finalmente, un tercer grupo de contradicciones en la sociedad ateniense lo constituían las contradicciones entre la oligarquía terrateniente, descendiente de los eupátridas, y las agrupaciones democráticas artesano-mercantiles. La agrupación que respaldaba a Pericles se apoyaba en la aplastante mayoría de los ciudadanos atenienses; entraban en ella los mercaderes

y los artesanos que trabajaban para la exportación, los aldeanos afincados en la ciudad que tomaban parte en la grandiosa obra edificadora de Atenas y, finalmente, la enorme masa compuesta de muchos miles de ciudadanos que, en una u otra forma, recibían paga del Estado, por cuenta de los ingresos de la arqué. En la lucha política el campesinado del Ática desempeñaba gran papel, pues, debido a sus vacilaciones, generalmente proporcionaba la superioridad a una u otra de las dos partes. Durante el Gobierno de Pericles, a lo largo de casi quince años, la oposición de los oligarcas se halló aplastada, pero no liquidada, y al aparecer complicaciones en la política exterior, volvió a encenderse con fuerza más grande aún. Tenía mucho valor, finalmente, y en especial durante los últimos años del Gobierno de Pericles, la oposición de los círculos democráticos radicales encabezados por Cleón. Este grupo representaba las capas de la ciudadanía ateniense interesada en la máxima expansión, tanto económica como política. Así y todo, durante el período inmediatamente anterior a la declaración de la guerra, los adversarios de Pericles no se atrevieron a declararse abiertamente en su contra, prefiriendo socavar y minar su autoridad en forma indirecta, atacando y comprometiendo a sus allegados. Como blanco de sus dardos, eligieron a Fidias, Aspasia y Anaxágoras. A Fidias se le acusó de haberse apropiado de diferentes valores durante la erección de la estatua de la diosa Atenea. A pesar de no haber sido probado el cargo, Fidias fue encarcelado y murió en la prisión, según lo cuenta Plutarco. Fidias era amigo personal de Pericles, y, para colmo, es precisamente a éste a quien había sido encomendada la tarea de controlar los fondos entregados al artista. De esta manera, la condena de Fidias asestó un golpe feroz la autoridad personal de Pericles. El proceso contra la esposa de Pericles, Aspasia, acusada de blasfemia, no obstante haber sido absuelta debido «a las humildes súplicas» de su marido, socavó considerablemente el peso político del timonel del Estado ateniense. Finalmente, el tercer amigo de Pericles, el filósofo Anaxágoras, también fue acusado de blasfemia. Al parecer, en este caso la cuestión no llegó al tribunal. Sin embargo, los tres golpes asestados, uno tras otro, a Pericles, probaban la activación de la oposición en Atenas, aun antes de la declaración oficial de guerra.

Aún así, y a pesar de la lucha interna, la democracia ateniense tenía confianza en sus fuerzas. El tono de los discursos de Pericles, según Tucídides, la postura de este historiador respecto al dirigente de la política ateniense, la apreciación general de la actividad de Pericles que se formula en las obras de todos los historiadores griegos, testimonian todos la estrecha unidad de la masa fundamental del demos en torno de su conductor. Quizá lo pruebe mejor la apreciación que de la democracia ateniense diera su enemigo jurado, el autor de la pseudo-jenofontiana *Constitución de Atenas*. Aunque en cada capítulo subraya su hostilidad y desprecio hacia el régimen político de su propia polis, el autor se ve forzado a reconocer, con igual frecuencia, que la Constitución ateniense ofrecía todas las posibilidades para llevar al ejercicio del poder al demos esclavista. Escribe: «Si algunos se asombran de que los atenienses prefieran en todos los sentidos a las gentes sencillas y pobres, a las gentes del demos, antes que a los nobles, tengan en cuenta que con eso mismo, como se ha de aclarar inmediatamente, están resguardando la democracia. Precisamente, cuando los pobres y, en general, la gente del pueblo, los hombres de rango inferior, alcanzan un bienestar, y cuando aumentan en número, consolidan y afianzan la democracia.» Y hay que hacer notar que esa misma *Constitución de Atenas* fue escrita después del fallecimiento de Pericles, bajo la reciente impresión del asolamiento del Ática por los peloponesios, la peste bubónica y muchas otras calamidades que se descargaron sobre Atenas. El propio autor da término a su pasquín calumniador, con el reconocimiento del poderío del demos: «Para atentar contra la existencia de la democracia ateniense, se necesita muchísimo más que un puñado de hombres.»

La retaguardia espartana, en cuanto se refiere a los aliados de Esparta, era mucho más sólida que la ateniense. Esos aliados estaban interesados en mayor grado que la propia Esparta en el aplastamiento de Atenas. Tanto la oligarquía corintia como la tebana empujaban permanentemente a los lacedemonios a acciones decisivas. Los primeros asumieron la pesada tarea de financiar la Liga peloponesiaca; y los segundos, al atacar a Platea, dieron comienzo directo a las operaciones bélicas. Una circunstancia sumamente importante era el hecho de que las polis que formaban la Liga peloponesiaca no pagan ningún foros. «Los lacedemonios

gozaban de la hegemonía sin cobrar tributo a sus aliados.» La divisa *autonomía*, bajo la cual habían entrado en guerra los espartanos, era, sin duda alguna, muy popular entre los helenos. No sin razón se la menciona en todos los discursos de los dirigentes de la Liga peloponesiaca. Por otra parte, tal divisa no hubiera podido tener eficacia política alguna, sin el término *autonomía* no se observara, en mayor o menor grado, en las relaciones entre Esparta y sus aliados. En cuanto a la mayor solidez de la Liga del Peloponeso, de ella da testimonio claro el hecho de que, en toda la guerra, casi treinta años, no se registró ningún caso de defección por parte de los aliados de Esparta.

Empero, y más aún que en Atenas, se hallaba muy agudizado en Esparta el segundo grupo de contradicciones: el antagonismo entre los esclavos y los esclavistas. El problema decisivo en la política interna de Esparta era el de mantener en la obediencia a los ilotas. Tucídides subraya que «entre los lacedemonios, la mayor parte de las medidas estuvieron siempre destinadas a protegerse contra los ilotas. Había resultado especialmente peligroso para Esparta el levantamiento de los ilotas durante la campaña de Pilos. Sin embargo, por medio de una serie de procedimientos, en primer lugar, recurriendo al terror más cruel —el exterminio de dos mil ilotas de mayores méritos; el envío al extranjero con Brasidas, en calidad de hoplitas, de unos 700 ilotas; el envío de 600 ilotas y neodamodos a Sicilia— y a veces mediante la manumisión de algunos de ellos, los espartanos consiguieron su objetivo y, en general, conjugaron el peligro de una total sublevación de los ilotas durante la guerra».

Pretextos inmediatos de la guerra

El primer nudo de contradicciones que condujo directamente a la guerra surgió en el mar Adriático, a propósito de Corcira. Corcira (la actual Corfú), la más septentrional y más grande de las islas Jónicas, cuya superficie es de unos 950 kilómetros cuadrados, era el punto más importante en el camino hacia la Magna Grecia. La ciudad había sido fundada por Corinto, y sus habitantes estaban vinculados por lazos de parentesco con los miembros de la Liga del Peloponeso. Sin sostener un comercio más o menos considerable, los corcirios disponían, sin embargo, de grandes recursos. Según Tucídides, los corcirios eran «los dueños de todo aquel mar», y, lo que es más importante, al disponer de 120 trieres poseían la tercera flota, incluso la segunda por su magnitud, de toda la Hélade. «Por su situación material, los corcirios eran tan ricos como los helenos más ricos de aquel tiempo, y por su preparación guerrera eran incluso más poderosos. Se jactaban a veces de la considerable superioridad de su flota.»

En el año 436, en la colonia corciria de Epidamne (hoy Durazzo), los demócratas expulsaron a los oligarcas; éstos se unieron con las tribus vecinas y comenzaron a estrechar y a vejear a los habitantes de la ciudad, quienes apelaron a Corcira sin resultado alguno, debido a que los aristócratas que allí gobernaban no quisieron enfrentarse a los oligarcas de Epidamne. Los epidamnios enviaron entonces embajadores a Corinto, que mandó en su ayuda a una considerable cantidad de colonos y, poco después, entre 75 y 80 naves con 2.000 hoplitas. Este hecho sirvió como *casus belli* entre Corcira y Corinto. En la batalla de Leucimnos (verano del año 435), los corcirios derrotaron a sus adversarios. Durante todo el año siguiente, los corintios estuvieron equipando una enorme flota de 150 trieres, de las cuales 60 le fueron proporcionadas por sus aliados: ambraciotas, megarienses, eleatas y otros. En tal emergencia los corcirios, que no podrían ponerse a salvo frente a tamaño peligro, se dirigieron a la eclesia de Atenas solicitándole ser aceptados dentro de la arqué ateniense.

Con todo, los espartanos aún no estaban dispuestos a iniciar la guerra. Los corcirios gozaban de gran influencia en Esparta, y cuando, al comienzo del conflicto con Corinto, propusieron resolver la cuestión mediante un arbitraje, Esparta se manifestó a favor de esta propuesta. Era evidente que no quería hacer la guerra contra Corcira, debido a lo cual los corintios se vieron forzados a esperar una oportunidad para involucrar a toda la Liga peloponesiaca en una guerra contra Atenas. Para esto le sirvió de ayuda el incidente de Potídea, que fue el segundo pretexto del conflicto bélico.

Potídea era una colonia corintia en la Calcídica, situada en un punto excepcionalmente cómodo en el istmo que une a la península de Palena con el continente. Se trataba de una

pequeña polis estrechamente vinculada con su metrópoli, Corinto, la que anualmente le enviaba a los más altos funcionarios, los llamadas epidemiurgos.

En aquel momento, la situación en el litoral de la Calcídica era sumamente compleja. Las ciudades helenas del litoral formaban parte de la arqué ateniense y pagaban un foros duplicado. El de la ciudad de Potídea fue elevado, de seis talentos que pagaban en el año 435, a 15, lo cual suscitó gran indignación entre sus habitantes. Por el lado del continente, las polis calcídicas se hallaban sometidas a una fuerte presión, tanto de parte de la Macedonia encabezada por el enérgico e inquieto rey Pérdicas como de parte de las coaliciones de las tribus tracias, en particular, la de los odrises. La situación de esas ciudades helenas se complicaba también por la desconfianza que inspiraban a los atenienses, bajo cuyo permanente control se encontraban. Además, los atenienses, que proyectaban apoderarse de los yacimientos auríferos de Tracia y de los bosques de Macedonia, ricos en madera aptas para la industria naval, perseguían con particular energía la consolidación de sus posiciones en aquella región, y, tras prolongadas tentativas fracasadas, fundaron allí la colonia de Anfípolis.

Todo ello forzaba a Potídea a buscar una salida y a afianzar los vínculos con Corinto y con la Liga del Peloponeso. Dado tal estado de cosas, los atenienses exigieron a Potídea que «demoliera las murallas del lado de Palena [es decir, del lado del mar], entregara rehenes y despidiera a los inspectores. Para reforzar sus exigencias, los atenienses enviaron hacia esa región 1.000 hoplitas en 30 naves, y luego otros 2.000 en 40 naves más. Por su parte, Corinto prometió a los potideatas la mayor ayuda posible de parte de la Liga peloponesiaca, y envió un destacamento de voluntarios compuesto de 1.600 hoplitas y 400 peltastas. En la primavera del año 432 Potídea se separó oficialmente de Atenas y firmó un tratado defensivo con los calcídicos. Las huestes atenienses cercaron a Potídea por todos lados, forzando a los peloponesiacos a encerrarse en el interior de la ciudad. El asedio a Potídea constituyó el segundo pretexto del conflicto entre los atenienses y los peloponesiacos que provocó la guerra.

Finalmente, el tercer pretexto que determinó la decisión peloponesiaca de declarar la guerra fue el llamado psefisma. Megara, el vecino más cercano del Ática por el sudoeste, estaba situada en el mismo istmo. Sus puertos de Pagas y Nisaia, en los golfos Corinto y Sarónico, respectivamente, eran lugares especialmente aptos para el estacionamiento de la flota. Además, Megara mantenía estrechos vínculos con una serie de colonias fundadas por ella en Sicilia (Trótilo, Tapsos, Megara Hiblea, en parte Selinonte), y también con Bizancio y Calcedonia, en el Bósforo.

La posición de Megara en la lucha entre Atenas y Esparta no era estable. Pero, al mismo tiempo, la posesión de su territorio tenía una importancia estratégica muy grande para cada una de las dos partes. Poseyéndola y, en particular, poseyendo el paso de la Gerania, Atenas habría cerrado la salida del Peloponeso a las falanges espartanas aislándolas de sus aliados de la Grecia central. A su vez, Esparta tenía necesidad de la Megárida para asegurarse el contacto con su aliada Beocia. La lucha por Megara fue una de las causas de la primera guerra entre Atenas y Esparta; los demócratas megarienses que gobernaban en la polis titubearon constantemente entre la democracia ateniense y los oligarcas peloponesiacos. Las relaciones entre ellos y Atenas adquirieron un carácter especialmente agudo debido a la defección de Megara, que se separó de la arqué ateniense en el año 446, y también con motivo de haber prestado Megara su apoyo a Corinto en la lucha contra Corcira. En el invierno del 432, la ecclesia de Atenas emitió un decreto especial sobre Megara (el psefisma megariense), de acuerdo con el cual, «contrariamente al convenio... fueron cerrados a los megarienses los puertos en los dominios de Atenas y el mercado ático». Se daba como argumento el hecho de que los megarienses «habían arado las tierras sagradas... y acogían a esclavos fugitivos de Atenas». Al parecer, esta última circunstancia desempeñó un papel esencial, ya que fue expuesto oficialmente por Atenas durante las negociaciones con Esparta. De esta manera, las fugas masivas de esclavos atenienses quedan atestiguadas por Tucídides como ocurridas no sólo en el período de operaciones bélicas (a lo cual nos hemos referido ya), sino también en períodos anteriores. Esta resolución de la ecclesia supuso una auténtica catástrofe para Megara.

Preparación diplomática de la guerra

Las negociaciones entre la Liga del Peloponeso y Atenas, que se llevaron a cabo el año 432, ofrecen interés desde el punto de vista de la preparación diplomática de la guerra. Aquí hay que señalar que, no obstante su habitual torpeza, los diplomáticos espartanos se comportaron muy hábilmente y, con la divisa de la libertad panhelénica, se aseguraron el apoyo del mayor número de aliados para la guerra en ciernes, tanto entre las polis griegas libres como entre las aliadas de los atenienses.

La cuestión de la guerra fue de hecho resuelta en la reunión de Esparta, en julio del año 432, cuando las quejas de los aliados contra la arbitrariedad de los atenienses (entre las cuales resonó la manera particularmente estridente la declaración de los delegados corintios), inclinaron a los espartanos a reconocer a Atenas como culpable de violar el tratado de los treinta años. Poco después, los espartanos convocaron una reunión de los delegados de la Liga peloponesiaca con el fin de tomar una resolución definitiva y oficial. Y dado que la mayoría votó en favor de una guerra, ésta se hizo ya inevitable. En la misma reunión fueron establecidos los contingentes de cada uno de los aliados, y se resolvió a este respecto que no debía haber ninguna demora. Sin embargo, Esparta necesitaba aún cierto tiempo para sus preparativos bélicos y diplomáticos, en los cuales invirtió cerca de un año. Tucídides relata, con bastante acopio de detalles, los preparativos bélicos de los lacedemonios. En la inteligencia de que sin prevalecer en el mar nunca podrían vencer a los atenienses, «los lacedemonios ordenaron a aquellas ciudades de Italia y Sicilia que habían tomado su partido construir y equipar 200 naves de acuerdo con la magnitud de cada ciudad, de manera que con las que ya tenían en Grecia, la cantidad total de sus barcos alcanzaría la cifra de 500. Además, les ordenaron que les procuraran ciertas sumas de dinero».

En lo que respecta a la preparación diplomática de la guerra, la primera exigencia de los peloponesios fue «expulsar a los culpables de sacrilegio contra la diosa», lo que prácticamente significaba la expulsión de Pericles, quien por línea materna descendía de la familia de los Alcmeónidas, causantes del asesinato de Ción. Es claro que tal exigencia fue meramente demostrativa. «Al luchar como si se tratara ante todo de vengar a los dioses..., los lacedemonios no confiaban tanto en que Pericles fuese expulsado como en que su exigencia le desacreditase ante los ciudadanos, irritándolos contra él.» En respuesta, los atenienses formularon una contraexigencia: que se expulsara de Esparta a los culpables de haber dado muerte a los ilotas en el Tenaro (año 464), y a los culpables del asesinato del rey Pausanias en el templo de Atenea Calquiecos.

La segunda etapa de la lucha diplomática comenzó con la exigencia espartana de levantar el asedio a Potídea y otorgar la libertad a Egina. La exigencia fundamental fue la de abolir el psefisma megariense, respecto a lo cual los embajadores declararon que no habría guerra en caso de avenirse los atenienses a hacer esa concesión. Pero también estas exigencias de Esparta fueron rechazadas. La última embajada llegó a Atenas hacia finales del invierno del año 431, con un ultimátum: «Los lacedemonios desean la paz, y ésta llegará si vosotros [los atenienses] dais autonomía a todos los helenos.» Tal medida de la diplomacia espartana tenía un gran significado político. Al valorar la situación en la Hélade después del ataque tebano contra Platea, Tucídides anota: «La simpatía de los helenos se inclinaba en mayor grado hacia los lacedemonios, tanto más viendo que éstos declaraban que su propósito era el de liberar a la Hélade... Al mismo tiempo, la mayoría de los helenos estaba indignada contra los atenienses, unos porque querían librarse de su dominio, y otros por el temor a ser sometidos al mismo.»

A propuesta de Pericles, la ecclesia ateniense respondió al ultimátum espartano con una áspera negativa. Lo cual significaba la ruptura de las relaciones diplomáticas y debía conducir, en un futuro cercano, a una guerra declarada.

El comienzo de las acciones bélicas fue dado por los tebanos. Durante los trabajos agrícolas primaverales del año 431, un destacamento de 300 tebanos, comandado por dos beotarcas, cayó inesperadamente sobre Platea, lindante con el Ática. Mas hacia la madrugada los plateos organizaron un contragolpe y tomaron prisioneros a 180 tebanos, entre los cuales había muchos miembros de las familias beocias de más abolengo. Debido al tumultuoso desbordamiento del

río Asopos, las principales tropas tebanas no pudieron acercarse a Platea, de manera que los prisioneros fueron ejecutados por los plateos, indignadísimos por la conducta traicionera de los tebanos —esto es, por su ataque—. Con este motivo, en Atenas fueron apresados todos los beocios que se hallaban en el Ática.

Esta manifiesta violación del tratado de los treinta años señaló el principio de la guerra del Peloponeso.

2. La guerra de Arquídamo

Planes estratégicos de ambas partes

El primer período de la guerra del Peloponeso lleva la denominación de guerra de Arquídamo, por el nombre del rey espartano Arquídamo II, quien mandaba los ejércitos de la Liga peloponesiaca en el comienzo de la guerra. Este período de la guerra se prolongó desde principios de abril del año 431 hasta la paz celebrada entre Atenas y Esparta el 421 a. C.

El plan estratégico de Esparta fue formulado por Arquídamo en un discurso dirigido a los peloponesiacos y a sus aliados. Arquídamo señaló que los ejércitos reunidos bajo su mando representaban el ejército más grande, «un ejército enorme y valeroso». Los atenienses no podían oponerle ni siquiera la mitad de su número a los hoplitas, y hubiera sido una insensatez intentar combatir con el enemigo en campo abierto. Sabiéndolo, Arquídamo quería provocar a los atenienses y atraerlos a aceptar una batalla, contando con su furia «cuando vieran assolada su tierra y destruidas sus propiedades». Por añadidura, Arquídamo alentaba la esperanza de que los atenienses, «entre los cuales había una juventud de las más brillantes familias, y se encontraban mejor preparados que nunca para la guerra, quizá pasaran a la ofensiva, no pudiendo contenerse al ver sus campos arrasados». En el plan de Arquídamo se percibe la tendencia a privar al grupo de Pericles del apoyo del numeroso campesinado ático que, en el caso de una invasión peloponesiaca se vería privado de sus bienes; el descontento de los campesinos tendría que crear muchas dificultades a la posición de Pericles.

Así, pues, el jefe peloponesiaco quería terminar la guerra de un solo golpe. Solamente en caso de fracasar este plan, entraría en acción la flota paulatinamente preparada de antemano; mas, aún en tal caso, el papel que se le concedía era secundario. Es posible que los espartanos contaran también con la ayuda de los oligarcas atenienses. No sin razón Pericles habíase negado a entrar en negociaciones con el embajador espartano Melesipo, enviado a Atenas antes de la invasión de Arquídamo al Ática; y los atenienses le despidieron «con una escolta para evitar que entrara en comunicación con nadie».

La estrategia ateniense fue expresada en el discurso de Pericles: «El les aconsejó lo mismo que antes; que se prepararan para la guerra y llevaran todas sus cosas a la ciudad; que no salieran a librar batalla, sino que se encerraran dentro de la ciudad y la guardaran, alistando la flota, que era su fuerza, y que no dejaran de tener bajo sus manos a los aliados.» Era ésta la parte defensiva del plan, cuyo propósito, tomando en consideración la enorme superioridad de los peloponesiacos en tierra firme, consistía en enfrentarlos a una guerra de agotamiento, en la que el papel decisivo sería desempeñado por la flota y por el poderío financiero de Atenas. El prolongado bloqueo de las costas del Peloponeso y el embotellamiento del comercio corintio, obligarían al enemigo —de acuerdo con el plan de Pericles— a pedir la paz, tarde o temprano. En este plan, el papel principal debían desempeñarlo las fuerzas atenienses en el mar Jónico. Como ya hemos señalado anteriormente, por allí pasaban los caminos fundamentales del comercio corintio; desde Sicilia, también iban cereales al Peloponeso. Para que el bloqueo tuviera éxito, se necesitaba llevarlo a cabo desde ambos flancos. Y por ello los atenienses «enviaron embajadas, sobre todo a las localidades vecinas al Peloponeso: Corcira, Cefalonia, Acarnania y Zacinto, considerando que de serle éstas firmemente adictas, estarían en condiciones de derrotar al Peloponeso cercándolo».

La mejor confirmación de acierto de este plan la da el reconocimiento de su racionalidad por el principal adversario de Pericles: «Los dueños del mar pueden hacer lo que sólo a veces les es dable hacer a los dueños de la tierra firme: asolar las tierras de los más fuertes; pueden, precisamente, acercarse con los barcos hasta los lugares donde no hay enemigos, o donde los hay pocos; ... Si ellos [los atenienses] hubiesen dominado en el mar viviendo en una isla, tendrían la posibilidad de no sufrir nada malo, aun cuando desearan inferir daños a los demás.»

Como todo plan militar, el planteamiento táctico de Pericles tenía un carácter bélico y, a la par, político-social. Su aspecto más vulnerable era que sacrificaba los intereses de los campesinos atenienses, cuyas propiedades, en su totalidad, eran despiadadamente destruidas y asoladas. Esta circunstancia determinó el crecimiento de la oposición al curso tomado por Pericles en la Atenas asediada y fue enormemente en detrimento de la capacidad combativa de Atenas en el comienzo de la guerra. El segundo gran defecto del plan ateniense fue el de encomendar a la armada un papel meramente pasivo: el bloqueo del Peloponeso, sin desembarco y sin crear plaza de armas en territorio enemigo. Solamente la democracia esclavista, que llegó al poder durante el curso de la guerra, teniendo a la cabeza a Cleón y a Demóstenes, completó el plan de Pericles incluyendo en el mismo operaciones activas de la flota, lo cual fue, precisamente, lo que determinó la paz de Nicias, favorablemente a Atenas.

Comienzo de las operaciones bélicas

Durante los primeros dos años, las operaciones bélicas se desarrollaron de acuerdo con los planes estratégicos de las dos partes beligerantes. A mediados de junio del año 431, los ejércitos peloponesiacos invadieron el Ática, los atenienses tuvieron tiempo para poner a resguardo a la gente y a sus pertenencias tras los Largos Muros y en las islas. «Los atenienses... empezaron a hacer entrar, de los campos a la ciudad, a sus mujeres y a sus hijos, y a acarrear los enseres restantes; la hacienda menor y las bestias de carga las transportaron a Eubea y otras islas adyacentes, y desarmaron incluso las partes de madera de sus casas.» Los peloponesiacos se dirigieron, dejando de lado Enoé, a través de Eleusis, hacia la llanura Triásica, orientándose hacia el mayor de los demos atenienses, Acames. El cálculo de Arquídamo era sencillo; había querido provocar a los atenienses a dar batalla. La amenaza de devastación del Ática debía —a su entender— obrar con más fuerza sobre los atenienses que la misma devastación, pues, después de haber sido destruidos sus bienes, los atenienses ya no tendrían qué perder, de manera que, sin duda, se encerrarían tras los muros de la ciudad. Cuando la política de expectativa adoptada por Arquídamo no surtió el efecto deseado, él mismo inició la devastación del Ática, y, en especial, de la región de Acames. Este demos se hallaba situado a unos nueve kilómetros de distancia de Atenas, de modo que los de Acames, ubicándose en las murallas de la ciudad, veían claramente cómo iba siendo destruida su propiedad. La cantidad de hoplitas que Acames enviaba al ejército de Atenas llegaba a 3.000 hombres, y es fácil imaginarse la indignación de los mismos antes la inactividad del dirigente ateniense, Pericles.

Para tener una noción cabal del significado económico-social de los perjuicios ocasionados por la invasión del Ática por Arquídamo, es necesario prestar atención a dos detalles. En primer lugar, no obstante el considerable desarrollo de los oficios de artesanía y del comercio, aún en la época de Pericles, «al igual que en los tiempos antiguos y también en los posteriores, hasta la guerra del Peloponeso, la mayoría de los atenienses han nacido y vivido, con sus familias, en sus campos, obedeciendo a la tradición; por ello no les resultó fácil evacuar sus casa, con todo lo que tenían, sobre todo porque hacía poco tiempo que, después de las guerras médicas, habían recobrado sus posesiones y se habían instalado en ellas». El final de esta cita podría parecer algo exagerado por parte de Tucídides, pues desde la última derrota de Jerjes había transcurrido ya medio siglo. Sin embargo, no se han de olvidar las particularidades de la economía agropecuaria del Ática. En lo fundamental, sus habitantes se ocupaban no en los cultivos agrícolas propiamente dicho, sino en plantaciones en la viticultura y la olivicultura, que requieren la labor de muchos años hasta poder recoger los primeros frutos.

Basta recordar el célebre cuadro que describe el ideólogo del campesinado ático, Aristófanes. El oráculo Anfiteo trae, dentro de tres vasijas, tres variantes de tratados de paz de Lacedemonia. Al enterarse, los acarneses lo acosan:

«Gruesa, antigua, fuerte, intratable,
Pétrea es la gente, los guerreros de Maratón
Y gritaron a voz en cuello: "¡Ah, pilló,
Tú trajiste la paz, pero nuestros viñedos
Están todos pisoteados!".»

Al conocer las tres variantes de tratados de paz por cinco, diez y treinta años, el héroe de la comedia, Dikeópolis, declara que el primero huele a breya y a reclutamiento militar (alusión al servicio en la armada y en el ejército), el segundo tiene el resabio a embajadores, y el tercero tiene aroma y sabor de ambrosía y néctar. La escena termina con las palabras de Dikeópolis:

«Lo tomo, lo escancio y lo bebo;
¡Y los acarnenses, que se hundan!
Libre de la guerra y de sus preocupaciones,
Regresaré a mi casa para festejar las Dionisiacas.»

De manera que la destrucción de las tierras dedicadas a las plantaciones debía llenar de amargura los corazones de los campesinos que se habían refugiado tras los inexpugnables muros de Atenas. No obstante, postergando la convocatoria de la asamblea popular, Pericles contuvo durante mucho tiempo el descontento de los hoplitas reclutados en los demos rurales, salvando así de hecho al ejército ateniense de un indudable desastre. Habiendo permanecido en el territorio del Ática cerca de un mes, los peloponesiacos se vieron forzados a retirarse de Acarnania a través de Oropos y de Beocia, después de lo cual licenciaron a los contingentes aliados y regresaron a sus casas.

En el año siguiente, 430, la invasión se repitió con la sola diferencia de que Arquídamo entró en el Ática a comienzos de junio, y desde Acarnania dobló hacia el sudeste, en dirección a las minas del Laurión. Durante esa campaña de verano, los peloponesios permanecieron en el Ática, como máximo, cuarenta días. Pero esta vez las depredaciones fueron considerablemente mayores que en el año anterior. Así y todo, tampoco ahora salieron los hoplitas atenienses al encuentro de sus enemigos.

Durante los primeros dos años de la guerra, las operaciones activas de los atenienses, de acuerdo con el plan de Pericles, tuvieron lugar principalmente en el mar. En el verano del año 431 una poderosa escuadra compuesta de 100 trieres atenienses, 50 corciras y algunas jónicas asoló el litoral del Peloponeso. También en las aguas jónicas tuvo un éxito rotundo la escuadra ateniense: fue tomada la colonia corintia de Solios, en la Acarnania, con lo cual se interrumpían las comunicaciones por tierra firme entre Corintio y la región noroeste, y se lograba la adhesión a Atenas de las cuatro polis de Cefalonia. La isla de Zacinto, estratégicamente muy importante, hacía tiempo ya que se había plegado a los atenienses. Esta adhesión de Cefalonia y Zacinto era tanto más significativa cuanto que se trataba de colonias de Corinto, dorias por su composición. Posiblemente influyera en ello el ejemplo de Corcira, la que, no obstante sus vínculos de parentesco con los peloponesiacos, también había entrado a formar parte de la Liga marítima ateniense. Una de las medidas importantes tomadas por los atenienses, fue la de expulsar de su isla a los eginetas. Todo Egina fue literalmente «limpiada» de sus anteriores habitantes, distribuyéndose las tierras entre 2.700 clerucos atenienses.

Al año siguiente, una poderosa armada ateniense, que llevaba a 4.000 hoplitas e incluso tropas de caballería, se hizo a la mar bajo el mando del propio Pericles. La flota estaba compuesta de 100 trieres de Atenas y 50 de Quíos y Lesbos. Fueron asoladas las tierras

peloponesiacas alrededor de Epidauro, Trecene, Hermión y, además, Prasias, en la Laconia. En el invierno del año 429 también fue tomada Potídea, tras grandes dificultades.

En general, los atenienses habían obtenido en el Norte considerables éxitos políticos durante los primeros dos años de guerra. Lograron atraerse no pocas polis tesaliotas. Además, acordaron una alianza con Sitalcés, rey de la más grande tribu tracia, la de los odrises, y se aseguraron su ayuda militar contra Calcidia. Mediante la cesión de la región de Terme al rey macedonio Pérdicas, los atenienses lograron atraerlo a su Liga, de la cual fue miembro.

De esta manera, desde el punto de vista militar, ninguna de las partes logró, durante los primeros dos años de guerra, éxitos decisivos, y, en general, la guerra se desarrollaba de acuerdo con las previsiones de Pericles.

Caída de Pericles

Aún así, dos hechos vinculados entre sí empeoraron en grado considerable la situación de Atenas y la de Pericles. El primero fue la afluencia a Atenas de los fugitivos de toda el Ática. Un pintoresco relato de Tucídides muestra claramente las calamidades que tuvieron que soportar los habitantes: «Una vez que llegaron a Atenas, se encontró alojamiento sólo para unos pocos; alguno que otro fue acogido entre amigos o parientes, pero lo más se establecieron en los solares deshabitados de la ciudad, en todos los santuarios de dioses y de héroes. Por el apremio de tan aguda necesidad, fue poblado el llamado Pelasgicón, situado al pie de la Acrópolis, y no habitado a causa de un sortilegio... Muchos se instalaron en las torres de las murallas, y donde y como pudieron; la ciudad no podía dar cabida a todos los que se habían reunido en su interior, y, posteriormente, ocuparon incluso los Largos Muros, repartiéndose los lugares, y también la mayor parte del Pireo.» Acerca del hacinamiento de la población en Atenas habla también Aristófanes.

«¡Vaya un amor! Pues lo estás viendo, que hace ya ocho inviernos
[que se vive en la estrechez,
En subterráneos, en toneles, en torres húmedas, en sótanos y en
[nidos de buitres y gavilanes.»

El segundo hecho era que la situación interna de Atenas se complicó en el segundo año de la guerra, por una terrible epidemia de peste bubónica que se desencadenó en la capital, superpoblada hasta el extremo. La peste, proveniente de Persia, apareció primeramente en el Pireo y luego en Atenas. El hacinamiento de la población, las condiciones insalubres, la falta de preparación de las autoridades atenienses para recibir y ubicar a los fugitivos del Ática intensificaron la calamidad. «El éxodo desde los campos a la ciudad acrecentaba el sufrimiento de los atenienses, sobre todo el de los propios refugiados. Y como no alcanzaban las casas, y en verano vivían en chozas estrechas y sofocantes, morían en medio del mayor desorden: los moribundos, cual cadáveres, yacían unos sobre otros, o se arrastraban, más muertos que vivos, por las calles y alrededor de las fuentes, atormentados por la sed. Los santuarios en los cuales se habían instalado los asilados, en tiendas, estaban llenos de cadáveres, porque la gente moría allí mismo.

La epidemia se prolongó durante dos años, y tras una breve interrupción, durante otro año más. De la enorme mortandad de la población da testimonio el hecho de que de los 27.000 hoplitas habían perecido 4.400 debido a la peste, esto es, un 16 por 100. En el destacamento de hoplitas que fue a Potídea, en el lapso de 40 días murieron unos 1.500 de los 4.000 enviados. La considerable disminución del número de ciudadanos atenienses imposibilitaba a los hoplitas salir al campo de batalla y, simultáneamente, debido a la merma de los remeros, reducía sensiblemente las posibilidades de la armada de cumplir operaciones activas.

Estas desgracias, que cayeron inesperadamente sobre Atenas, provocaron esenciales variaciones en la relación de fuerzas que componían la ecclesia. Aquella estable mayoría del demos sobre la que se apoyaba Pericles se había reducido en grado muy sensible. Empezaron a

intensificar su actividad los oligarcas que aún no habían perdido las esperanzas de llegar a un acuerdo con Esparta; además, los campesinos del Ática, privados de la totalidad de sus bienes, rebosaron de ánimos acerbos contra Pericles, al que acusaban de ser culpable de las desgracias que se habían descargado sobre ellos. Como consecuencia de todo ello, Pericles fue castigado con una gruesa multa en dinero, y al año siguiente ya no se le reeligió con estratega. En agosto del año 430 fueron enviados embajadores atenienses a Esparta, mas las condiciones de paz ofrecidas por ésta eran excesivamente ásperas, y las negociaciones fueron interrumpidas. Y aun cuando al año siguiente los ánimos del demos habían cambiado y Pericles fue nuevamente elegido como estratega, la lucha política en Atenas adquirió formas más agudas y tensas. Después del fallecimiento de Pericles, atacado por la peste (septiembre del 429), el demos ateniense quedó sin su dirigente reconocido. Este hecho agudizó más aún la lucha política en Atenas. Ciertamente, la aristocracia esclavista se abstuvo de intervenir activamente en política, disimulando sus ánimos laconófilos y limitándose a atacar a la democracia esclavista con panfletos calumniosos (del tipo de la *Política ateniense* seudojenofontiana). En cambio, fueron manifestándose con mayor agudeza las contradicciones en el interior del demos, desarrollándose la lucha entre dos corrientes fundamentales: la moderada, que se apoyaba sobre los grandes esclavistas, encabezados por Nicias, y la radical, que representaba las aspiraciones de los círculos interesados en el mantenimiento y ampliación de la arqué, encabezados por Cleón.

El asedio a Platea

Los primeros años de guerra demostraron la invulnerabilidad militar de Atenas en tierra firme. Los fines directos e inmediatos de las dos primeras campañas contra el Ática, en los años 431 y 430, que se caracterizaron por la destrucción de las viejas plantaciones, habían sido satisfechas en lo fundamental. Pero Atenas seguía siendo igualmente inaccesible para el adversario. Además, la terrible epidemia que agotaba al Ática provocaba serios temores entre los peloponesios. En vista de todas estas circunstancias, los planes militares de Esparta y de sus aliados debieron sufrir algunas variantes. Durante el año 429, sus ejércitos no invadieron al Ática. En los siguientes años de la guerra de Arquídamo, lo hicieron sólo en dos oportunidades: en el año 428, bajo el mando de Arquídamo, limitándose a asolar la rica llanura Triásica; y en el año 427, cuando la expedición al Ática fue primordialmente provocada por el deseo de prestar apoyo a Mitilene, que se había sublevado. A partir de entonces, y a lo largo de 15 años —hasta la misma guerra de Decelia—, el Ática no sufrió ninguna invasión directa del enemigo.

Habiendo perdido las esperanzas de derrotar a los atenienses con un solo golpe decisivo, los espartanos fijaron su atención en teatros secundarios de operaciones bélicas, calculando tener éxito siquiera en esos puntos. Uno de ellos era Platea. Esta pequeña polis, si bien estaba rodeada de altas murallas, contaba tan sólo con 400 guerreros capaces de combatir. La importancia de Platea residía en su condición de puesto avanzado ateniense en Beocia, donde constituía una amenaza constante en las vías de comunicación entre Tebas y el ejército peloponesiaco invasor. Los plateos, después de la victoria sobre Jerjes, «gozaban de la protección de todos los helenos», mas siempre se inclinaron por una alianza con Atenas, pues temían una agresión por parte de Tebas. Y precisamente contra esa diminuta polis avanzó en el año 429 el ejército de Arquídamo, compuesto de 60.000 hoplitas. El asedio de Platea, descrito detalladamente por Tucídides, ofrece gran interés desde el punto de vista técnico militar, por lo cual nos detendremos en él con más minuciosidad.

Toda la ciudad fue cercada con una empalizada de madera y un terraplén, que fue elevado ininterrumpidamente durante 70 días y noches para que superara en altura el nivel de las murallas de la ciudad sitiada. Pero los plateos fueron elevando simultáneamente su muralla, paralela a la valla enemiga. Además, los sitiados socavaban constantemente esa valla y llevaban la tierra al interior de la ciudad, de manera que el terraplén perdía altura. Como precaución complementaria, en el interior de la ciudad erigieron otra muralla más. Las tentativas de romper las murallas de Platea por medio de arietes fueron paralizadas con enormes troncos de árboles que eran fijados con cadenas de hierro a la parte superior de las murallas. Los troncos eran proyectados contra los arietes de los sitiadores, rompían sus partes delanteras y eran izados con

las cadenas. Viendo la inutilidad de sus tentativas, los peloponesiacos resolvieron desalojar a los plateos a fuerza de humo. Tal recurso tenía probabilidades de éxito, puesto que el área de la ciudad era bastante pequeña. Habiendo llenado de haces de ramaje seco todo el espacio comprendido entre el terraplén y las murallas, los peloponesiacos les prendieron fuego. «Se levantó una llamarada tal, como nadie había visto nunca hasta aquel momento, al menos producida por las manos del hombre.» Pero la casualidad quiso que una lluvia torrencial anulara también este peligro. Inmediatamente después decidieron los peloponesiacos levantar baluartes de asedio en torno a Platea, dejando en ellos una guarnición para continuar el sitio; todo el resto del ejército fue licenciado y hecho regresar a sus casas. Fueron sitiados 400 plateos, 80 atenienses y 110 mujeres, que se habían quedado en la ciudad voluntariamente. Todos los esclavos fueron evacuados de Platea, al parecer para evitar una posible traición. Los ancianos, los niños y la mayor parte de las mujeres habían sido anteriormente trasladados a Atenas. Así y todo, debió pasar mucho tiempo aún antes de que los peloponesiacos pudieran apoderarse de la ciudad, valientemente defendida. En el invierno, la mitad de la guarnición sitiada, unos 220 hombres, aprovechando el mal tiempo, hicieron una salida empleando escaleras preparadas de antemano. Subieron las murallas y, dando muerte, protegidos por la oscuridad de la noche, a un considerable número de sitiadores, se abrieron camino, primero a Tebas y luego hacia Atenas, adonde llegaron sanos y salvos.

En pleno verano del quinto año de la guerra, tras un asedio de dos años, los 200 plateos y 25 atenienses que habían quedado en la ciudad se rindieron a los lacedemonios y fueron ejecutados sin excepción, siendo las mujeres vendidas como esclavas. La ciudad fue literalmente arrasada —llevada a ras del suelo— por los espartanos.

El asedio de Platea pone en evidencia la imperfección de la técnica de asedio que se practicaba en aquel tiempo, e ilustra mejor aún la total inaccesibilidad, para el ejército peloponesiaco, de Atenas, que poseía al Pireo. La prolongada defensa de Platea volvió a demostrar convincentemente que la estrategia de la Liga del Peloponeso se encontraba en un callejón sin salida.

Guerra civil en Lesbos y Corcira

De esta manera, el desarrollo de las operaciones bélicas de los peloponesiacos durante los dos años y medio que siguieron a la muerte de Pericles, volvió a demostrar la invulnerabilidad de Atenas. Esta incluso ensanchó su esfera de influencia en el Occidente, en la Acarnania y en las islas Jónicas. Sin embargo, el plan de Pericles, en su aspecto ofensivo, no había alcanzado ni mucho menos el efecto esperado por los atenienses. El bloqueo del Peloponeso era realizado con bastante intensidad, mas no hasta un punto que forzara al enemigo a capitular. Cierto es que entre los aliados y Esparta había comenzado a manifestarse alguna fatiga. Así, por ejemplo, Tucídides dice que los peloponesiacos «ya no sentían deseos de ir a la guerra», pero, aun así, sin operaciones bélicas más arriesgadas, como un desembarco en el mismo Peloponeso, los atenienses no podían contar con un triunfo. Además, la situación interna en la arqué había empeorado bruscamente en aquel tiempo. Durante el cuarto, y sobre todo el quinto año de la guerra, los oligarcas de las polis sometidas a Atenas, persuadidos ya de la inexpugnabilidad militar de ésta, comenzaron a intervenir abiertamente, armas en mano, en favor de la Liga del Peloponeso. Si a principios de la guerra los choques habían asumido, en lo fundamental, un carácter político exterior, siendo determinados, en primer lugar, por el antagonismo espartano-ateniense, ahora las operaciones militares adquirirían otro cariz. Comenzó a desempeñar un papel primordial la lucha política interna entre la oligarquía y la democracia, lo cual se manifestaba habitualmente en forma de guerra civil en las polis aliadas a Atenas.

Los oligarcas escogieron como primer punto donde alzarse contra el poder soberano de la ecclesia ateniense «al hermoso país del vino y de las canciones», Lesbos. Esta isla, situada en el extremo nordeste del mar Egeo, y cuya superficie es de unos 2.400 kilómetros cuadrados, con una población que llegaba a unos 150.000 hombres, es la más grande y opulenta de todo el archipiélago. A diferencia de la mayoría de los miembros de la arqué, Lesbos, al igual que Quíos, gozaba de cierta autonomía y disponía de su propia armada. No representaba a un Estado

unido. Existían en la isla varias polis independientes. En la parte norte se encontraba Metimna, en la que imperaba el régimen político democrático. En el sudeste estaba situada la polis más grande de Lesbos, Mitilene, en la que gobernaban los oligarcas. Las restantes poblaciones de la isla —Antisa, Arisba, Pirra y Eresos— gravitaban políticamente hacia Mitilene. La población de Lesbos se hallaba muy vinculada por lazos de parentesco con los beocios, y su aristocracia mantenía vínculos políticos con los oligarcas tebanos.

Desde los comienzos de la guerra, las tendencias separatistas de Mitilene se intensificaron considerablemente, y la aristocracia local emprendió serios preparativos para una rebelión. Empezaron a rodear los puertos con represas y a fortificar las murallas, equiparon naves, contrataron arqueros en la organización de un sinoicismo coactivo con los demás pobladores de la isla. Además, se dieron a la búsqueda, oficialmente, de un contacto con la Liga del Peloponeso.

A la vista de estos hechos, los atenienses retuvieron en su puerto 10 trieres mitilenias y enviaron a Mitilene 40 barcos equipados para efectuar operaciones alrededor del Peloponeso, bajo el mando de Cleípides. Pero los mitilenios fueron puestos sobre aviso y tomaron medidas de precaución. Cleípides no se animó a atacar abiertamente a la ciudad. Las negociaciones no dieron ningún resultado, y los mitilenios enviaron una triere a Lacedemonia pidiendo auxilio. Ni Cleípides ni los rebeldes iniciaban operaciones activas, esperando ayuda: el primero de Atenas, los segundos de Lacedemonia. Sin embargo, algo más tarde, los atenienses, reforzados por algunos destacamentos aliados, cerraron por mar los dos puertos de Mitilene.

En el ínterin, los embajadores mitilenios llegaron a Lacedemonia, siendo invitados por los espartanos a asistir a los festejos en Olimpia, donde tenía lugar la consulta confederal del Peloponeso. Habiendo presentado la situación de los atenienses con colores muy lóbregos, los embajadores subrayaron el agotamiento de los recursos de Atenas e instaron a Esparta a enviar un ejército auxiliar a Lesbos y a invadir simultáneamente al Ática por tierra y por mar. La propuesta fue aceptada por los espartanos.

Pero la movilización declarada por sus aliados avanzó con extrema lentitud, pues se dirigieron al istmo solamente los espartanos, a cuyo encuentro partieron 100 trieres atenienses. Otras 100 naves de Atenas estaban asolando el litoral de la Laconia, lo cual forzó a los espartanos a retirarse inmediatamente a sus lares. Solamente con un gran retraso, a finales de mayo del año 427, 40 barcos peloponesiacos fueron enviados a Lesbos. Para ese entonces, el estratega ateniense Paqués, habiendo arribado a la isla con 1.000 hoplitas, ya había cercado a Mitilene con un muro y puesto sitio a la ciudad, por tierra y por mar.

Sin esperar a la escuadra peloponesiaca, que avanzaba con excesiva demora, los oligarcas mitilenios se vieron obligados a armar al demos con el fin de defender a la ciudad. Pero el demos, al conseguir las armas, se sublevó y exigió la distribución de los cereales de manera equitativa entre todos los ciudadanos, amenazando, en caso contrario, entregar la ciudad a los atenienses. Temiendo una sublevación de todo el pueblo, los oligarcas prefirieron el poder de los atenienses, y capitularon a comienzos de julio del año 427, entregándose a Paqués, quien envió a 1.000 de ellos prisioneros a Atenas. La escuadra peloponesiaca, que llegó después de la capitulación de Mitilene, no se atrevió a encontrarse con los atenienses en el mar, y regresó al Peloponeso.

El castigo que debería aplicarse a los mitilenios provocó grandes discrepancias en la ecclesia ateniense. En la primera reunión (agosto del 427), a propuesta de Cleón, hijo de Cleainetos, se resolvió ejecutar no sólo a los oligarcas enviados por Paqués a Atenas, sino a todos los pobladores de Mitilene; las mujeres y los niños debían ser vendidos como esclavos. Sin embargo, en la segunda reunión la cuestión volvió a ser planteada con el propósito de someterla a una consideración más detenida, y, no obstante la oposición de Cleón, la ecclesia resolvió, por una insignificante mayoría de votos, ejecutar solamente a 1.000 aristócratas, demoler las murallas de Mitilene y privarla de la flota. Las tierras de Lesbos fueron repartidas (salvo las de Metimna, fiel a Atenas) entre los 2.700 clerucos atenienses. Los lesbios pagaban anualmente a los clerucos la cantidad de 54 talentos.

Acontecimientos análogos a los de Mitilene se desarrollaron en Corcira, donde los disturbios se habían iniciado al regresar de Corinto los aristócratas hechos prisioneros en las batallas de Epidamne y de las islas de Sibota. Al comienzo de la guerra, los corcirios habían resuelto mantener su alianza defensiva con los atenienses, pero sin declarar guerra alguna a la Liga peloponesiaca. Mas los oligarcas organizaron una conjuración, dieron muerte al cabecilla del partido proateniense, Pitias, y a otros 60 demócratas, de los cuales sólo unos pocos dirigentes lograron huir a Atenas. Los oligarcas, una vez en el poder, declararon primeramente que Corcira se atendería a una neutralidad armada con respecto a ambos beligerantes. Pero después de la llegada de una triere corintia y algunos embajadores espartanos, fue organizado un segundo ataque a los demócratas. Los combates continuaron varios días. «Ambos bandos enviaron heraldos a los campos circundantes para llamar en su ayuda a los esclavos, con la promesa de la libertad. La mayoría de ellos se plegó a los demócratas, en tanto que a los aristócratas sólo les llegaron unas 800 personas desde el continente.» La tenaz lucha terminó con el triunfo de los demócratas.

Esto provocó la intervención armada de las dos partes en guerra, puesto que Corcira era la llave de todo el archipiélago jónico. Los peloponesiacos enviaron a Corcira 53 trieres, y los atenienses 11 primero y otras 60 después, lo cual hizo retroceder a aquéllos.

Tras el arribo de la segunda escuadra ateniense, los demócratas corcirios comenzaron a vengarse de los oligarcas y sus partidarios. «Pero también cayeron algunos víctimas de enemistades privadas y otros murieron a maños de sus acreedores.» Parte de los oligarcas expulsados se fortificaron en Istone (un cerro al sur de la ciudad de Corcira). La lucha entre los ciudadanos y los expulsados se prolongó durante muchos tiempo, hasta que arribó a la isla, en el año 425, una fuerte escuadra ateniense, que iba camino a Sicilia. Con la ayuda de los atenienses, los demócratas atacaron la fortificación de Istone y la tomaron por asalto. Todos los prisioneros fueron muertos, y las mujeres, convertidas en esclavas. Como conclusión, Tucídides constata melancólicamente: «Este fue el final de las enconadas luchas intestinas, al menos por la duración de esta guerra, pues lo que quedaba del otro bando [el de los oligarcas] no es digno de mención.»

Los acontecimientos de Corcira y de Mitilene guardan entre sí muchos rasgos de semejanza, pero también otros tantos que los diferencian. Anotemos, en primer lugar, que la lucha político-social más encarnizada se presenta, precisamente, en las polis más desarrolladas y adelantadas. En esto reside el lado débil de toda la democracia esclavista. Y en esto se encierra también una de las causas de la derrota final de Atenas. Lo común de los acontecimientos de Lesbos y de Corcira es que la iniciativa, tanto en una como en la otra, estuvo en manos de los oligarcas. En las dos polis los oligarcas acudieron a Esparta en busca de ayuda, al tiempo que los demócratas se orientaron hacia Atenas. «En cuanto a los aliados, entre ellos la muchedumbre, también persigue, con malintencionadas calumnias y odios, a los nobles», escribe el autor de la pseudo-jenofontiana *Constitución de Atenas*, de inspiración aristocrática, al parecer, bajo la impresión de los acontecimientos que hemos considerado.

Si durante el primer período de guerra, los oligarcas, en la esperanza del pronto triunfo de Esparta, a su criterio inevitable, estaban en una serie de polis animados de paciente espera, ahora, en cambio, se colocaron abiertamente en el camino de la rebelión y, en primer lugar, buscaron la ayuda del Peloponeso. El apoyo social de la aristocracia mitilenea era sumamente reducido. De hecho, su poder se mantenía no debido a la confianza de la mayoría de los ciudadanos, sino únicamente a que el demos mitileno carecía de hoplitas. La base social de la oligarquía corciria era más reducida aún: la misma trataba de adueñarse del poder por vía de conjuraciones, creyendo posible retenerlo sólo con el apoyo de las fuerzas armadas de los peloponesiacos. Y es preciso tener en cuenta que los corcinos, dorios por su origen, según el punto de vista de los conceptos de los antiguos helenos, debían sentirse ajenos a Atenas y cercanos a Esparta.

La descripción de los acontecimientos de Corcira, que nos suministra Tucídides, proporciona algunos rasgos, pequeños pero interesantes, que caracterizan la composición social de los oligarcas. En primer lugar, figuran la nobleza de abolengo y los individuos adinerados: los usureros, los grandes propietarios de barcos, los grandes terratenientes y los poseedores de gran

número de esclavos. Lo exacerbado de la lucha política en Corcira, tan minuciosamente descrita por Tucídides, no puede explicarse sólo por las rivalidades tribales o raciales; el papel decisivo lo desempeñaban las clases sociales: el bajo pueblo explotado ajustaba cuentas con sus opresores.

Es de excepcional importancia el testimonio que hemos citado sobre la participación de los esclavos en la guerra civil de Corcira. En general, estamos informados deficientemente acerca de los ánimos reinantes entre los esclavos griegos en el siglo V, y menos aún acerca de su participación, directa o indirecta, en la lucha político-social de aquellos tiempos. Se desprende con claridad de las palabras de Tucídides que, en primer lugar, había en Corcira una cantidad bastante considerable de esclavos; en segundo lugar, y como era de esperar, los mismos estaban concentrados en los campos y, en consecuencia, se hallaban ocupados en la cosecha (a mediados de agosto); en tercer lugar, la «mayoría de los esclavos se plegó a los demócratas», puesto que sus explotadores principales, al parecer, formaban parte de la agrupación oligárquica. Finalmente, en cuarto lugar, la mayoría de los esclavos fue atraída hacia el lado de los demócratas mediante la promesa de la libertad. Sin embargo, aún en este caso los esclavos no eran más que peones en el tablero ajedrecístico que tenían en sus manos las clases dominantes. Todo el contexto de Tucídides da testimonio no del papel autónomo de los esclavos, sino de la tensión de esa lucha civil, puesto que aquéllos estaban fuera de la sociedad ciudadana; y el hecho mismo de haber recurrido los ciudadanos a su ayuda, parecía a los contemporáneos algo fuera de común.

Recrudescimiento de la lucha político-social en Atenas

Aún no hemos tocado la importantísima cuestión de la lucha interna en Atenas, durante los tensos acontecimientos del año 427. Pero es necesario echar previamente una mirada sobre el estado de las finanzas atenienses. Tucídides señala, en uno de los discursos de Pericles, la riqueza del tesoro del Estado, como factor decisivo en los planes militares: «La fuerza de los atenienses se fundamenta en la afluencia de dinero de parte de los aliados, y en la mayoría de los casos, en la guerra suelen vencer la sensatez y la abundancia de dinero.» En efecto, al comenzar la guerra, había atesorados en Atenas una cantidad no menor de 9.000 talentos y otros valores. Además, los atenienses habían recibido, durante el primer quinquenio de la guerra, como mínimo unos 3.000 talentos en concepto de foros de sus aliados.

Sin embargo, los gastos durante los primeros años de la guerra supusieron casi por completo esa suma, enorme según la escala de los griegos. El asedio de Potídea costó 2.000 talentos. La sola manutención de la flota llegaba a la suma de 1.000 talentos anuales. De esta manera, el fisco ateniense se encontraba en una situación que distaba mucho de ser lo que se dice «brillante», al tiempo que las operaciones bélicas, que estaban prolongándose, requerían recursos complementarios.

Tanto en el ámbito financiero como en el estrictamente militar, las medidas decisivas estaban a la orden del día. Ya durante la expedición a la ciudad de Mitilene, los atenienses se habían decidido a adoptar una medida totalmente extraordinaria para aquellos tiempos, como lo era la implantación de un impuesto directo, por una sola vez, sobre los bienes de los ciudadanos. «Los mismos atenienses oblaron entonces, por vez primera, en calidad de impuesto directo (éisfora), doscientos talentos.» La éisfora constituyó un impuesto directo para las necesidades de la guerra, introducido por una resolución especial de la ecclesia. Era cobrado a los ciudadanos de las tres primeras clases establecidas en su tiempo por Solón, en función de sus ingresos. La cobranza de este impuesto era cedida en arriendo. Al mismo tiempo, Atenas había equipado «para enviarlas a los aliados, doce naves encargadas de recaudar el dinero, al mando del estratega Lisicles, con catorce compañeros suyos».

Recorrió las tierras de los «aliados de Atenas» en el Asia Menor, recaudando dinero. Sucumbió más tarde, junto con otros muchos guerreros atenienses, en la llanura del Meandro, durante un ataque de los carios. La misma suerte corrió, antes, otro recaudador de tributos entre los «aliados», Melesandro.

Sin embargo, tanto la éisfora como la recaudación de dinero por Lisicles no eran más que una gota de agua en el mar de los gastos militares.

La cuestión financiera se complicaba aún más por el hecho de que, además de la necesidad de llenar el exhausto tesoro del Estado para poder activar las operaciones de guerra, frente a Atenas se erguía otro problema de importancia no menos que los asuntos bélicos: el de alimentar a la plebe urbana y a los campesinos empobrecidos que habían afluído a la ciudad desde todas partes del Ática. Las decisiones sobre «los aliados sublevados» eran tomadas por los dirigentes del demos, tomando en consideración todas las circunstancias anotadas. Así, por ejemplo, como ya hemos señalado, de acuerdo con el decreto final de la ecclesia sobre la cuestión de Mitilene, se preveía la distribución de todo el territorio de Lesbos (excepto el de Metimna) entre 2.700 clerucos atenienses. En este caso, no se trataba de clerucos del tipo habitual, de los que se trasladaban por sí mismos al nuevo territorio, disponiendo a su propio entender de las parcelas ocupadas. «Los propios lesbios cultivaban su tierra y debían ir pagando, en dinero contante, dos minas anuales por cada lote.» Resultaba así que la cleruquía no lo era más que nominalmente. Los propietarios de los lotes lesbios —los atenienses— podían permanecer en Atenas, pero unos 3.000 ciudadanos, más o menos, obtenían ingresos complementarios de dos óbolos por día.

Pericles había logrado dirigir tanto tiempo (durante 15 años enteros) la ecclesia, siempre tumultuosa y vacilante, ante todo porque, por una parte, él gozaba de la absoluta confianza de las amplias masas del demos en su condición de luchador contra el sistema oligárquico, y por otra, él mismo se hallaba socialmente vinculado con los círculos aristocráticos. Perteneciendo, por su origen, a la estirpe de los Alcmeónidas, siendo él mismo bastante acaudalado, Pericles imponía confianza a muchos de los aristócratas a los cuales eran caros los intereses estatales de Atenas. También reconciliaba a los aristócratas con el dominio de Pericles el hecho de que él fuera alejándose más y más del sistema democrático. Tucídides caracteriza muy acertadamente su gobierno: «De nombre, aquello era una democracia, pero, de hecho, el poder pertenecía al primer ciudadano.» Plutarco dice: «Tampoco lo confundía el hecho de que siempre se lo molestara con reproches a muchos de sus propios amigos..., que los coros entonaran canciones sarcásticas avergonzándolo y denigrándolo por su método de llevar la guerra.»

Sólo la devastación del Ática por Arquídamo y la terrible peste bubónica socavaron temporalmente la confianza depositada en Pericles. Los ataques que le eran dirigidos, partían de dos lados. En primer lugar, los aristócratas de ánimos laconófilos actuaban bajo la divisa de «paz con Esparta». En lo que toca a la popularidad de tal divisa, a su fuerza atractiva, incluso en los círculos no aristocráticos, puede hallarse testimonio en la pieza *Los Arcanenses*, de Aristófanes. ¡Qué feliz se siente Dikeópolis, que ha hecho la paz, él solo, con los espartanos (1069-1234), en comparación con el desdichado derrotado guerrero Lámaco!

Por otra parte, los campesinos del Ática y la gente sencilla de Atenas, sobre cuyos hombros había caído el peso principal de la guerra, también comenzaron a manifestar enérgicamente su descontento respecto a Pericles. Este descontento desde dos lados es brillantemente caracterizado por Tucídides: «Los atenienses, en su política, seguían los sugerido por él [por Pericles] ...; mas en su vida privada, les afligían las desgracias: a la gente sencilla, por haber perdido lo poco que poseía, y a los ricos, por haberse visto privados de sus espléndidas posesiones, que consistían en hermosas casas situadas en los territorios del Ática, habían perdido instalaciones de alto valor y, más que todo, porque en lugar de paz tenían guerra.»

A pesar de que no puede ponerse un signo de igualdad entre la oposición oligárquica y los ánimos de las amplias masas campesinas, ambos grupos representaban las partes componentes, por decirlo así, de «la oposición desde la derecha». Además de esta que, como es claro, no podía prevalecer en la ecclesia ateniense, existía otro grupo social más, no menos peligroso para el poder de Pericles. Era el de los círculos del demos cuyos intereses económicos dependían del poderío de la arqué: los artesanos y los mercaderes que se ocupaban de la exportación, «la plebe náutica», los ciudadanos que trabajaban en la construcción de templos, la masa de los clerucos, etc. Como dirigente reconocido de estos grupos se iba imponiendo gradualmente Cleón, quien desempeñó un papel bastante considerable en la decadencia de la autoridad de Pericles. Plutarco considera completamente verosímil que incluso el último proceso judicial incoado contra

Pericles fuera tramado precisamente por Cleón. Acerca de los celos de Pericles dan testimonio también los versos de Hermipo:

«Apenas llegas [Pericles] a ver cómo el puñal
Comienza a ser aguzado en la piedra de esmeril,
Y cómo brilla la aguda hoja, te pones a aullar, temiendo
La ira relampagueante de Cleón.»

También Tucídides alude a las acciones conjuntas de los ricos terratenientes y del bajo pueblo contra Pericles, y caracteriza así los ánimos de los atenienses durante los primeros años de la guerra: «... mas, en su vida privada, les afligían las desgracias; a la gente sencilla (demos), por haber perdido lo poco que poseía, y a los ricos (dunatoi), por haberse visto privados de sus espléndidas posesiones...».

De esta manera, la condena temporal de Pericles fue, al parecer, el resultado de una coalición opositora «desde derecha e izquierda». Sin embargo, el bloque de estos dos grupos, de los cuales uno exigía la paz y el otro pugnaba en favor de una activación de las operaciones bélicas, no podía ser duradero. La caída, y luego la muerte de Pericles, se convirtieron en el preludio de una encarnizada lucha política en la eclesia.

La mayoría del demos, con cuyo apoyo gobernó Pericles, se había dividido definitivamente. La cúspide del demos, que pertenecía a los grandes terratenientes y a los potentados usureros, se había unido provisionalmente con los antiguos adversarios de Pericles, esto es, con los aristócratas animados de un espíritu laconófilo. La finalidad de este grupo era hacer la paz con Esparta, para luego, contando con su ayuda, aplastar a la democracia radical. Sin embargo, dentro de las condiciones del tiempo de guerra, sus cabecillas debían proceder con suma cautela, para no ser acusados de traición. El dirigente reconocido de tal agrupación era Nicias.

La mayoría del demos urbano, dirigida por los ricos artesanos, se inclinaba a favor de la activación de las operaciones bélicas y del refuerzo militar de Atenas hasta lograr la victoria final. Tales capas de la población urbana, después de la invasión de Arquídamo, gozaban, al parecer, del apoyo de ciertos grupos del campesinado que había perdido todos sus bienes y que esperaban hallar mejora para su situación sólo en un completo triunfo sobre los peloponesiacos. No sin razón los de Acarnes, en la comedia de Aristófanes a la que dan nombre, se presentan en calidad de jurados contrarios a la paz con Esparta. A la cabeza de este grupo se hallaba Cleón.

Las corrientes políticas en Atenas, después de la muerte de Pericles, son brillantemente personificadas por Nicias y Cleón. El primero, hijo de Nicerato, pertenecía a la flor de la nobleza ateniense. Había comenzado su carrera política todavía en vida de Pericles y, junto con él, ocupó el cargo de estratega. «Después del fallecimiento de Pericles, Nicias fue promovido inmediatamente al cargo superior, principalmente por los ricos y por los de abolengo, los que lo contraponían al osado Cleón; por otra parte, también el pueblo le era favorable y secundaba sus ambiciones.»

Aristóteles, partidario de la aristocracia moderada, lo considera, junto a Tucídides —el hijo de Melesías— y a Terámenes, como «el mejor de los políticos en Atenas». Tucídides, discreto en sus apreciaciones, también caracteriza a Nicias como a un hombre que «en su conducta siguió siempre los principios de la virtud», y como al «más experimentado estratega» ateniense.

Se comprende que todas estas brillantes caracterizaciones se deben no a las cualidades personales de Nicias, sino, en primer lugar, a que su línea política, dentro de la tensión creada por la guerra del Peloponeso, correspondía totalmente a los puntos de vista personales de Tucídides, de Aristóteles y de Plutarco.

Nicias era uno de los hombres más acaudalados de toda la Hélade. Su fortuna se calculaba en una suma no menor a los 100 talentos, cuya mayor parte representada por dinero en efectivo, razón por la cual había sufrido poco con la invasión de Arquídamo. De acuerdo con lo que informa Jenofonte, Nicias poseía 1.000 esclavos, que trabajaban en los yacimientos del Laurión, aportando cada uno de ellos a su amo un óbolo diario. Se hizo especialmente célebre por su

munificencia durante los festejos de las liturgias, tan frecuentes en Atenas. «Conquistaba la estima del pueblo mediante las coregías, las gimnasiarquias y otras prodigalidades similares, superando, en suntuosidad y en saber complacer, a todos sus antecesores y contemporáneos. Se hizo proverbial su pusilanimidad e irresolución. En efecto, en el caldeado clima político de la Atenas de aquel tiempo debía estar constantemente alerta. Quizá así se explique precisamente su tendencia a tener todos sus bienes en dinero efectivo, para poder llevarlos consigo con más facilidad. Son precisamente estos rasgos del carácter de Nicias los que aprovecha Aristófanes en su comedia *Los Caballeros*, para hacerlo objeto de sus mofas.

En medio de las circunstancias de la guerra, Nicias no pudo proclamar abiertamente su divisa de paz con Esparta, pero, en cambio, aprovechó al máximo todas las posibilidades para entablar negociaciones de paz. A lo largo de toda su actividad militar y administrativa, Nicias se afanaba en no asumir responsabilidades con ninguna medida decisiva. Esto se advierte en su comportamiento, tanto durante la campaña de Pilos como en la expedición a Sicilia, y por ello resultó la figura más adecuada para los círculos que tendían no al desarrollo de las operaciones bélicas, sino más bien a su reducción. Era claro que un dirigente del tipo de Nicias, no podía llevar a Atenas al triunfo.

El adversario de Nicias era Cleón, hijo de Cleainetos, figura dirigente de la democracia radical. A diferencia de aquél, procedía de la masa del pueblo. Según Aristófanes, el padre de Cleón «tenía un taller en que trabajaban esclavos curtidores».

Las mofas de que lo hace objeto Aristófanes testimonian inmejorablemente hasta qué punto era odiado Cleón por la clase de la nobleza ateniense, debido precisamente a su estirpe. Uno de los personajes de *Los Caballeros*, Demóstenes, pregunta al Choricero: «¿No eres acaso de los nobles?», y enterado de que su interlocutor procede del pueblo, le declara:

«¡Dichoso tu destino!
Veo que eres feliz por tu nacimiento»,

y continúa luego:

«Pues ser demagogo no es cosa de leídos,
No es cosa de ciudadanos honrados y decentes,
Sino de iletrados e inservibles.»

Más adelante, el Choricero, en la misma comedia, reprocha al Demos:

«Pues tú pareces un niño mimado,
Y ahuyentas a los adoradores nobles.
A los faroleros, a los curtidores
Y a los desolladores te entregas gozoso.»

Cleón, hombre de fuerte carácter, bien orientado, decidido y, además, excelente orador, se presentó con un programa de osadas medidas, tanto militares como políticas y financieras. Nicias, no obstante todas sus riquezas y vinculaciones, se veía constantemente forzado a ceder terreno frente a su adversario, insistente y enérgico.

En primer lugar, Cleón estaba estrechamente vinculado a las amplias masas del demos. Inclusive Tucídides, que era un enemigo personal, y que lo caracteriza como «el más inclinado a la violencia de los ciudadanos», se ve, a pesar de todo, obligado a reconocer que «en aquel tiempo, Cleón gozaba en muchos sentidos de la confianza del demos». Al apreciar las probabilidades de las dos partes beligerantes, Cleón lo hacía con un optimismo que derivaba de sus estrechos vínculos con el demos, y en ello residía su fuerza.

La idea básica de Cleón consistía en que Atenas estaba en condiciones de vencer a Esparta a condición de no limitarse a la defensa, sino desarrollar operaciones agresivas en el propio territorio del Peloponeso. Como premisas para esas operaciones era necesario: 1) la represión de los «aliados»; 2) la seguridad material de los ciudadanos atenienses; 3) la amplia sustentación financiera de igualmente amplias operaciones de agresión. Precisamente en la estructura total de este programa hay que considerar las medidas y las intervenciones de Cleón en la ecclesia. Sus puntos de vista en la cuestión de los aliados aparecen expuestos con toda nitidez por Tucídides. En la ecclesia, Cleón exigía la ejecución de todos los mitilénios, y la venta como esclavos de sus mujeres y niños. Tal medida parece muy cruel e injusta. Pero, aun así, hay que reconocer que tal cruel propuesta era una consecuencia lógica de su propia premisa, y viene al caso decirlo, también de Pericles, según la cual, siendo el poder de los atenienses sobre sus aliados una tiranía, sólo se la podía mantener mediante procedimientos tiránicos.

Otros ataques se los ganó Cleón por su propuesta de aumentar la paga a los heliastas (miembros del tribunal), de dos a tres óbolos por cada sesión.

En la comedia *Los Caballeros*, Aristófanes no lo llama con otro nombre que no sea «Cleón, el de tres céntimos». Sin embargo, esta medida, según el proyecto de Cleón, debía mitigar, aunque fuera parcialmente, el peso de la guerra que gravitaba sobre la población.

La participación en la heliea durante la guerra constituía a menudo el único ingreso del ateniense pobre, carente de cualquier posibilidad para encontrar otros medios de subsistencia. A la pregunta del Niño (en *Las Avispas*, de Aristófanes):

«Ay padre mío, si los jueces
No sesionaran en la heliea,
¿Dónde encontrarías para nuestro desayuno?
Para la cena, ¿qué harías?
¿Qué idearías? ¿Dónde está la salvación?
¿Quizá arrojarnos al agua de cabeza?»,

el Anciano contesta:

«Sabe Dios, que no sé
dónde podríamos almorzar hoy.»

Este gasto extraordinario lo compensó Cleón, en primer lugar, con un considerable aumento del foros. Si durante la época de Arístides el foros era de 460, y durante la de Pericles, de 600 talentos, en cambio con Cleón alcanzó la enorme cifra de 1.300 talentos. Este aumento del tributo, siendo imprescindible, desde el punto de vista de las necesidades bélicas de Atenas, ofrecía peligro para la integridad de la arqué, puesto que, indudablemente, haría recrudecer las tendencias separatistas en los aliados. Al parecer, la cruel represión que se había descargado sobre los mitilénios debió atemorizar a las demás polis sometidas a Atenas. Una serie de inscripciones que ostentan listas de los pagadores del foros proporciona la posibilidad de seguir, sobre ejemplos concretos, cómo variaba la cantidad de los mismos y cómo crecían sus aportes. En los años 433-432 eran, en total, 166, y entre los años 425-424, su número había crecido hasta 304. Tal crecimiento se explica, como se comprende, no por la ampliación de la arqué ateniense, sino porque del método de la imposición colectiva a los aliados, los atenienses pasaron a la recaudación de los pagos de cada una de las polis por separado, debido a lo cual el total general del foros casi se duplicó.

El eslabón más importante en el programa de Cleón, para el cual fueron tomadas las señaladas medidas, debía serlo la amplia táctica ofensiva que, reemplazando la de espera y bloqueo de Pericles, hubiera podido llevar a los atenienses a la victoria. Sin embargo, para realizar tal política, era condición necesaria superar los obstáculos y las traiciones en el propio campo. A diferencia de Pericles, quien, de hecho, reunía en sus manos tanto la dirección política

como el mando militar, Cleón sólo podía obrar, en lo fundamental, a través de la ecclesia, puesto que la mayoría de los estrategas seguían generalmente al cauteloso Nicias.

A partir de entonces (año 427) fue notándose un manifiesto desacuerdo entre la ecclesia y los órganos ejecutivos del poder. La ecclesia radical se veía a menudo forzada a inmiscuirse hasta en las órdenes particulares de los estrategas, para asegurar la ejecución de la línea política deseada. Esta disensión entre los demagogos y los estrategas, entre los dirigentes políticos y militares, dificultaba mucho la dirección operativa del gobierno. Así y todo, tal disensión no fue resultado de la obstinación o terquedad personal de Cleón o del nerviosismo de los miembros de la ecclesia, sino de la desconfianza política que la democracia radical sentía respecto de los estrategas aristócratas.

La operación de Pilos

Durante dos años, hasta la misma campaña del verano del año 425, la dirección general de los ejércitos siguió en manos de Nicias y sus adherentes. Fue un período de relativa calma. Algunas operaciones bélicas activas se registraron tan sólo en la parte oeste de la Grecia central y en el lejano Occidente, en Sicilia. En el verano del año 426 el joven estratega ateniense y posteriormente célebre conductor de ejércitos, Demóstenes, encabezando una escuadra de 30 barcos, devastó las costas del Peloponeso y arribó a la Acarnania. Allí unificó bajo su mando a todos los aliados atenienses de la Grecia occidental: a los acarnanios, zacintios, cefalonios y, en parte, a los corcirios. Habiendo devastado a los campos de la isla de Léucade y convencido de la inexpugnabilidad de la propia ciudad de Léucade, Demóstenes se dirigió a Naupacta, desde donde había resuelto emprender un movimiento ofensivo sobre Etolia, una de las mayores regiones de la Grecia central, para poder, en su caso de obtener éxito, invadir Beocia desde el Oeste. Sin embargo, tras los primeros triunfos, sus hoplitas chocaron con la táctica, para ellos insólita, de los peltastas etolios. Estos evitaban encuentros en campo abierto, pero cubrían a los atenienses con una lluvia de dardos y flechas. De esta manera, los hoplitas atenienses, cargados con armas pesadas, fueron batidos por sus «atrasados» adversarios. Demóstenes se vio forzado a retirarse hacia Naupacta.

La derrota de los atenienses en Etolia estimuló a los peloponesiacos a emprender un movimiento ofensivo en esa región. Todavía el año anterior los lacedemonios habían fundado la colonia Heráclea, en Traquinia. Apoyándose en la misma, los peloponesiacos dirigieron, en ayuda de los etolios, a 3.000 hoplitas. Este poderoso ejército asoló las tierras de los locrios ozolianos y los naupactianos, después de lo cual se dirigieron hacia el Oeste, a la Acarnania, contra Demóstenes, recientemente batido por los etolios. Pero éste supo sacar partida de su derrota del año anterior, y eligió para librar el combate una región muy accidentada. En la batalla de Olpas (noviembre del año 426) escondió una parte de sus hoplitas, tendiendo una emboscada merced a la cual batió por completo a los peloponesiacos, superiores en número, y firmó así la influencia de Atenas en el Occidente.

La aplastante derrota de los 3.000 hoplitas peloponesiacos fue, de hecho, el primer gran triunfo de Atenas en tierra firme. La batalla de Olpas no sólo privó a los peloponesiacos de su aureola de invencibilidad, sino que también afianzó la influencia del partido radical en Atenas, partido que, junto a su dirigente político Cleón, había adquirido un jefe militar, Demóstenes.

Al mismo tiempo iba incrementándose la acción política ateniense en Sicilia. En el año 427 llegó a Atenas una embajada enviada por la colonia siciliana de Leontinos, encabezada por el célebre sofista Gorgias. Tras sopesar todas las circunstancias, Atenas resolvió enviar en ayuda de aquélla, al comienzo 20, y luego otras 40 trieres. Pero, poco después de la llegada de la flota ateniense, los delegados de todas las polis sicilianas en guerra se reunieron en el verano del año 424 en un congreso en Gela y concertaron la paz entre todas ellas. Esto se debió a que la ecclesia ateniense evidenciaba un interés excesivo por Sicilia, de manera que hasta los aliados de Atenas creyeron que ésta representaba para ellos una amenaza no menor que la de Siracusa.

La expedición a Sicilia tuvo un resultado secundario sumamente importante, que determinó la marcha ulterior de las operaciones bélicas, hasta la misma paz de Nicias. Demóstenes, ayer

vencedor de los peloponesiacos en Olpas, fue a bordo de la escuadra ateniense y, no obstante que a ésta le fueron planteados dos problemas —la ayuda a los demócratas corcirios y la guerra contra Siracusa—, se autorizó a Demóstenes hacer uso de los barcos también para las operaciones bélicas en el Peloponeso.

El momento para las operaciones en la retaguardia del enemigo fue elegido con sumo acierto. El ejército espartano bajo el mando del joven y poco experimentado hijo de Arquídamo, Agis, se hallaba en aquel momento en el Ática, al tiempo que la flota peloponesiaca había sido enviada a las aguas corcirias. De esta manera, el litoral de la península quedaba, de hecho, indefenso. Como punto de desembarco fue elegido Pilos. Este promontorio, casi inhabitado, se encuentra en la parte sudoeste del Peloponeso, en la Mesenia, a una distancia algo mayor de 70 kilómetros de Esparta. A Demóstenes lo atraían, en primer lugar, las condiciones de defensa de Pilos, sumamente adecuadas. La abundancia de bosques y de piedra hacía fácil la instalación de defensas artificiales; la presencia de un buen puerto aseguraba la provisión de víveres y la falta de habitantes en los lugares circundantes dificultaba al adversario el desarrollo de operaciones bélicas. Mas lo fundamental lo constituía el hecho de que Pilos podía, en el futuro, convertirse en centro de unificación de los mesenios en la lucha por emanciparse del yugo espartano. Los señala Tucídides: «Desde hace mucho tiempo, los mesenios, nativos de este lugar..., en virtud de ello, teniendo a Pilos como base de apoyo, podrían causarles a ellos [a los lacedemonios] enormes daños y, al mismo tiempo, custodiar sólidamente la región.» Demóstenes, que mantenía contacto con los mesenios naupactianos y que daba vida al programa de los demócratas atenienses, contaba sin duda, en caso de tener éxito, con poder sublevar en masa a los ilotas en Mesenia. Es probable que el lugar mismo para el desembarco le hubiera sido señalado con anterioridad, por alguno de los mesenios naupactianos.

Aprovechando una tregua de seis días, cuando los espartanos no podían aún valorar en todos sus alcances el significado del desembarco de los atenienses, Demóstenes puso a Pilos en estado de completa capacidad defensiva. Luego, quedando en el lugar tan sólo con cinco trieres, envió a las restantes hacia Corcira. El paso emprendido por Demóstenes era sumamente arriesgado. Era inminente tener que enfrentar en tierra peloponesiaca la ofensiva de todas las fuerzas de la confederación del Peloponeso, perspectiva ante la cual ni siquiera tenía la seguridad de contar con una posibilidad para la eventual retirada, debido a que la flota ateniense había emprendido su ruta, y sus cinco trieres no bastarían para repeler los ataques enemigos.

En efecto, enterados del desembarco, los éforos llamaron de regreso a Agis, que se hallaba en el Ática, y todos los destacamentos con que se contaba, compuestos tanto de espartanos como de los periecos más cercanos, fueron enviados inmediatamente a Pilos. Además, fueron convocadas las reservas de todo el Peloponeso y se hizo regresar 60 trieres desde Corcira. Teniendo tamaña superioridad de fuerzas, los lacedemonios abrigaban la esperanza de acabar pronto con Demóstenes. Para cortarle el camino hacia el puerto fue desembarcado en la deshabitada isla de Esfacteria, separada de Pilos por un angosto estrecho de sólo 120 metros de ancho, un destacamento compuesto de 420 hoplitas seleccionados, elegidos por sorteo en todas las secciones, sin contar a los ilotas, sus servidores. Al estrecho entre Pilos y el islote, los espartanos pensaban obstruirlo con los barcos acumulados estrechamente, uno junto a otro.

Al ver tantos preparativos, Demóstenes envió dos trieres a alcanzar a la flota ateniense, llamándola en su ayuda; y él mismo desembarcó las tripulaciones de las trieres restantes, armándola con escudos de mimbre trenzado, y se aprontó a defender la costa contra varias decenas de naves peloponesiacas. Los ataques de dos días consecutivos efectuados por los espartanos desde el mar terminaron con la derrota de los atacantes, quienes resolvieron entonces pasar al asedio prolongado de Pilos.

Mas ya al tercer día regresó la flota ateniense y, en una encarnizada batalla naval, en el interior del golfo destruyó casi por completo las naves peloponesiacas. La situación cambió totalmente. Ahora era ya el destacamento espartano el que se encontraba aislado en el islote de Esfacteria, separado del continente y condenado a morir de hambre. Y dado que se trataba de los espartanos de más abolengo, los funcionarios superiores de Esparta se dirigieron al lugar de la batalla y ofrecieron a los estrategas atenienses firmar un armisticio bajo condiciones sumamente duras para los lacedemonios. Esparta se comprometía a enviar inmediatamente embajadores a

Atenas, en una triere ateniense, portadores de una proposición de paz. Se entregaba a los atenienses, en tanto durasen las negociaciones, toda la armada peloponesiaca, no sólo la que se hallaba en Pilos, sino también la de toda la Laconia. A cambio de ello se permitía a los espartanos, siempre bajo el control de los atenienses, enviar diariamente, en tanto tenían lugar las negociaciones, una determinada cantidad de víveres al destacamento desembarcado en Esfacteria. Los atenienses se comprometían a devolver a los espartanos sus naves de guerra después del regreso de los embajadores.

Pero los embajadores de Esparta fueron recibidos en Atenas no muy amistosamente. En la esperanza de que los atenienses, que ya en el año 428 habían pedido la paz, estarían inclinados a poner término de la guerra, los espartanos les ofrecieron «paz, alianza, estrecha amistad y apoyo mutuo». En respuesta a tales generalidades. Cleón, «que en esa época era dirigente del demos, y que al mismo tiempo gozaba de la más grande confianza de parte de la multitud», exigió que no sólo fueran devueltos a los atenienses los puertos megarienses de Nisaia y Pagas, sino además entregados los puertos peloponesiacos de Trecene y la Acaya. Tales exigencias eran totalmente inaceptables para Esparta. No obstante, los embajadores propusieron someterlas a consideración junto con los delegados atenienses. Pero Cleón, temiendo que los espartanos se pusieran de acuerdo con el grupo de Nicias, exigió categóricamente que las negociaciones sólo continuasen en la ecclesia, tras lo cual los embajadores regresaron a Pilos.

Allí, en el ínterin, la situación había ido complicándose. Los lacedemonios, valiéndose de estratagemas y subterfugios, hacían llegar vituallas a Esfacteria. Habían prometido la libertad a los ilotas a cambio de aprovisionar de productos a esa isla; así, hombres osados llevaban a Esfacteria sacos con semillas de amapola, miel, y de esta manera provenían a los sitiados. Se acercaba el otoño con sus tormentas, lo cual obligaría a la flota ateniense a regresar al Pireo en busca de refugio. Al mismo tiempo, también las tropas atenienses desembarcadas en Pilos sufrían por la falta de agua y de víveres.

Durante todo ese tiempo, Cleón reprochaba a Nicias su inactividad y exigía medidas decisivas. Valiéndose de la declaración de Cleón de que se podía ocupar Esfacteria en unos veinte días, y convencido de que tal cosa era imposible, Nicias le propuso, en el seno de la ecclesia, que asumiera la realización de tal plan. Pero Cleón aceptó. Renunció a los hoplitas atenienses que le fueron ofrecidos, y llevó consigo sólo a los destacamentos de los aliados. Teniendo presente la derrota de los hoplitas atenienses en Etolia, Cleón, junto con Demóstenes, había elaborado un plan de ataque simultáneo a los espartanos mediante destacamentos de peltastas y, efectivamente, a finales de agosto del año 425, tomó la isla por asalto, llevándose prisioneros a 292 hoplitas, entre ellos 120 espartanos.

«El complicadísimo embrollo anudado en Pilos» tuvo enorme resonancia política en toda la Hélade, especialmente en Atenas y en Esparta. En primer lugar, los atenienses habían obtenido el éxito militar más grande en el propio territorio espartano, en lucha contra los espartanos, hasta entonces invencibles. En segundo lugar, los espartanos, educados según la leyenda de la hazaña de Leónidas en las Termópilas, se habían entregado con vida como prisioneros, y para colmo precisamente a los atenienses, tan despreciados por ellos. En tercer lugar, la operación de Pilos puso de manifiesto la debilidad de la falange hoplita en comparación con los peltastas, que llevaban armas livianas. En cuarto lugar, Pilos y Esfacteria habían quedado en manos de los atenienses, convirtiéndose así en centro de gravitación para los ilotas, los que empezaron a pasarse en masa a los mesenios de Naupacta, que habían quedado allí en calidad de guarnición permanente de Atenas. Los mesenios hablaban el mismo lenguaje que los ilotas y los espartanos, de modo que les era fácil hacer salidas para recorrer toda la Mesenia sembrando la rebelión entre los ilotas. Subrayando la difícil situación de Esparta, Tucídides se detiene minuciosamente sobre el significado de la operación de Pilos. Escribe así: «En Pilos dejaron [los atenienses] una guarnición, y los mesenios de Naupacta, considerando a Pilos como su tierra nativa —pues está situada en el territorio de la antigua Mesenia—, enviaron allí a sus hombres más aptos, los que, hablando la misma lengua que los habitantes de Laconia, comenzaron a saquearla y a causarle muchísimos daños... y como al mismo tiempo, por añadidura, los ilotas empezaron a pasarse a Pilos, temiendo [los lacedemonios] alguna otra revuelta en su propia tierra, estaban alarmados.»

En medio de circunstancias tan graves para Esparta, y en vista de la escasez de espartanos, era de suma importancia librar del cautiverio a los prisioneros que, en el ínterin, habían sido llevados a Atenas. Mas después de la victoria en la isla de Esfacteria, la autoridad de Cleón resultaba inapelable, y Nicias, junto con todos sus partidarios, había perdido toda influencia entre la masa popular. No en vano Aristófanes, en su comedia *Los Caballeros*, puesta en escena en el año 424, pone en labios de Nicias la idea de huir de Atenas, en vista del poderío de Cleón, a quien por la victoria le fueron rendidos honores jamás vistos. De esta manera, la victoria de Pilos no sólo obligó a Esparta a pedir la paz, sino que colocó en el poder, en Atenas, al partido que ansiaba la guerra.

La situación en Atenas era tal, que la agrupación de Nicias se vio en la necesidad de emprender algunas acciones enérgicas. La autoridad de Nicias como comandante en jefe vaciló seriamente, pues él se había opuesto a las operaciones que obligaban al enemigo a pedir la paz. Además, las fuerzas que prevalecieron en el campo de batalla resultaron ser las de los peltastas y los aliados, al tiempo que los pesados hoplitas, que en las milicias atenienses representaban a los círculos adinerados de la población —sin hablar ya de la caballería aristocrática—, en el transcurso de los siete años de guerra no habían conseguido ni un solo triunfo de valor.

Dadas todas estas circunstancias, y no obstante iniciarse el otoño, Nicias, inmediatamente después del regreso victorioso de Cleón y Demóstenes con los prisioneros espartanos, emprendió una campaña contra Corinto, a la cabeza de una gran flota de 80 navíos que llevaban 2.000 hoplitas atenienses, 200 jinetes y también tropas auxiliares de milesios y otros aliados. Esta expedición perseguía no tanto fines militares como políticos. Los éxitos militares de Nicias deberían contrarrestar las acciones de sus adversarios políticos. Pero tales éxitos fueron muy relativos, por no decir dudosos. Cuando los atenienses hubieron desembarcado al sudeste de Corinto, junto a Soligeios, se vieron frente a la mitad de todo el ejército corintio. En la encarnizada batalla que se entabló no alcanzaron triunfo alguno y al presentarse las reservas corintias se retiraron a sus embarcaciones. Luego, una parte de los atenienses desembarcaron en Metana, en la Argólida, y se apoderaron de este lugar, levantando, a ejemplo de lo hecho en Pilos, un muro en el istmo que llevaba a Trecene. Tales fueron los pobres resultados de la grandiosa campaña.

En cambio, al año siguiente, en el verano del 424, se emprendió una exitosa operación, de resultados de la cual se ocupó la ciudad doria de Citea, «una isla situada cómodamente respecto a Laconia y poblada por lacedemonios». Los espartanos estaban completamente desesperados después de la catástrofe de Pilos. «La guerra les amenazaba con ineludible rapidez... desde todas partes... Jamás, en ninguna empresa de carácter militar, los lacedemonios habían puesto en evidencia tanta indecisión... Los reveses del destino que se habían descargado sobre ellos en gran cantidad y en poco tiempo les arrojaron en el mayor estupor; temían que volviera a caer sobre ellos semejante infortunio.»

Como una de las causas más importantes del «pacifismo» de Esparta, Tucídides considera los celos de los espartanos «... de que no se produjera ningún golpe de orden interno, después de haberle acaecido a Esparta una desgracia inesperada tan grande». Como «golpe de orden interno», Tucídides entiende, evidentemente, una rebelión de ilotas, siempre temida por los espartanos, y la cual sería particularmente peligrosa en momentos en que en Pilos se habían afianzado los mesenios; a esta misma consideración vuelve Tucídides posteriormente. En efecto, al relatar las dificultades por las que pasaba Esparta en vísperas de la expedición de Brasidas, dice: «Además de ello, sería muy deseable para los lacedemonios tener un pretexto para despachar una parte de los ilotas, a fin de que no alentarán el pensamiento de alguna revuelta, dada la situación resultante de la pérdida de Pilos.»

Se impone hacer notar que los éxitos militares atenienses de los años 425-424 se debieron en grado considerable a la política financiera de Cleón. A juzgar por los fragmentos de una inscripción que representan unos decretos de la ecclesia acerca de la paga de foros por los aliados, la suma general del mismo fue duplicada, muchas ciudades debieron pagar una cantidad tres y hasta cuatro veces mayor que hasta entonces. Especialmente considerable fue el aumento del foros impuesto a Jonia, atemorizada por la devastación de Mitilene. Al parecer, en el mismo año, y probablemente con motivo de la anterior reforma del foros por Cleón, éste hizo pasar el

decreto que elevó la paga a los heliastas. Fue así cómo pudo declarar con orgullo con respecto a él mismo:

«¡Oh, pueblo! ¿Cómo podrá otro ciudadano amarte más ardiente, fuertemente?
Pues desde que yo estoy en el Consejo he colmado hasta el tope al fisco.»

Según otra inscripción, se le había entregado a Nicias para la expedición de Citea la cantidad de 10 talentos. Sin los medios financieros recaudados por la energía de Cleón, el fisco ateniense no hubiera estado en condiciones de financiar expediciones tan grandes como la del año 425 y, especialmente, la del año 424.

La ocupación de Citea fue el punto culminante de los éxitos atenienses. Parecía que uno o dos esfuerzos más como éste y la brillante victoria final de Atenas estaría asegurada. Los radicales atenienses habían concebido la idea de asestar el golpe decisivo en Beocia, atacando al más fuerte aliado de Esparta simultáneamente desde tres lados. Demóstenes, llevando 40 naves, se dirigió a Naupacta y reclutó el ejército de acarnanios y mesenios, planeando apoderarse del puerto beocio de Sifas en el litoral del golfo Corintio, mediante un ataque desde el Occidente. Los demócratas beocios debían promover una sublevación en Queronea, situada en la frontera septentrional de Beocia, y las fuerzas principales de los atenienses, bajo el mando de Hipócrates, se preparaban para dar el golpe sobre Delión, desde el Este. Los tres golpes tenían que efectuarse al mismo tiempo, para no dar a los beocios la posibilidad de enfrentar a los enemigos uno a uno, por separado. Pero Hipócrates se demoró, y la conjuración de los demócratas fue descubierta prematuramente. Debido a esto, Demóstenes no pudo tener éxito, y la totalidad del ejército de los beocios salió al encuentro de Hipócrates, el que, no obstante, tuvo tiempo para apoderarse de Delión y fortificarla. En la batalla de Delión, los beocios alinearon sus tropas dándoles una profundidad de 25 filas (mientras que los atenienses la tenían solamente de ocho filas) y, anticipándose al célebre «orden oblicuo» de Epaminondas, consiguieron una completa victoria (noviembre del año 424). Los atenienses tuvieron mil bajas, entre ellas la del propio estratega Hipócrates. Fue la más grande derrota de los atenienses durante toda la guerra de Arquídamo.

Operaciones bélicas en Tracia

El infortunio de Esparta y la disminución de su autoridad provocaron entre los espartanos comunes una tendencia hacia la activación de las operaciones bélicas y hacia una política más resuelta. Se les hacía más clara la necesidad de medidas radicales de parte de los dirigentes de la política espartana. Pero entre tanto, la tendencia fundamental de la oligarquía espartana residía entonces en conseguir una paz con Atenas y liberar a los prisioneros. Como representante de las nuevas tendencias se destacó el joven Brasidas, el más enérgico de todos los jefes militares espartanos. Este había ideado una medida arriesgada, insólita para los lacedemonios. Comprendiendo que la fuerza de los atenienses se basaba en su potencialidad naval, y viendo la incapacidad de los peloponesiacos para las operaciones en el mar, Brasidas resolvió intentar abrirse camino hacia la retaguardia ateniense por vía terrestre y, tras cruzar toda la Grecia continental, salir a través de la Macedonia hacia las ciudades del litoral tracio. Se trataba de un plan de evidente gran riesgo, puesto que había que marchar a través del territorio de Tesalia, que mantenía amistad con Atenas, y, en el caso de surgir complicaciones, no quedaría camino alguno para la retirada.

Los oligarcas de Esparta temían dar un paso tan arriesgado, y fracasar, por lo cual le negaron a Brasidas apoyo militar y material. Sin embargo, calculando que, en caso de éxito, se contaría con más ventajas en las negociaciones de paz, y que en caso contrario se verían libres del ardoroso Brasidas, los dirigentes de la política espartana le autorizaron a prepararse para la expedición.

La campaña de Brasidas podía proporcionar a Esparta muchas ventajas. En primer lugar, se abriría un nuevo frente, el que debilitaría la presión ateniense sobre el Peloponeso. Además, la

liga de las ciudades calcídicas, atemorizada por el castigo inferido a la ciudad de Potídea, había prometido organizar una sublevación general contra la tiranía de Atenas y tomó a su cargo financiar la expedición. Un éxito de la expedición tracia presagiaba para Esparta brillantes perspectivas, puesto que acarrearía la descomposición de la arqué ateniense. En caso de lograr liberar a las polis calcídicas del poder de Atenas, se intensificaría considerablemente la dispersión de las fuerzas en toda la Liga marítima ateniense.

Finalmente, un punto de no poca importancia era el deseo de los lacedemonios de deshacerse, aunque fuera de una parte, de los ilotas. Después de la derrota de Pilos, Esparta temía constantemente una sublevación de los mismos. Aun antes, los espartanos habían seleccionado alrededor de 2.000 de los más valientes y meritorios ilotas, a los que mataron a escondidas para que la masa de los esclavos perdiera a sus cabecillas. Tucídides subraya que los espartanos procedieron de esta forma, «atemorizados por el espíritu levantisco y por el crecido número de los ilotas», y también porque «entre los lacedemonios la mayoría de las iniciativas habían estado siempre orientadas a protegerse contra los ilotas». Ahora dieron a Brasidas otros 700 ilotas más proveyéndolos con armas de hoplitas. Aparte, Brasidas reclutó otros 1.000 voluntarios en todo el Peloponeso. En agosto del año 424 cruzó rápidamente la Tesalia, de manera que las polis tesaliotas ni siquiera tuvieron tiempo para reclutar un ejército que le ofreciera resistencia y llegó a Macedonia, donde se encontró con una amistosa recepción del rey Pérdicas.

La aparición de Brasidas en la Calcídica provocó intervenciones masivas contra Atenas. Entre las polis helenas del Norte era muy fuerte la tendencia a separarse de Atenas y recuperar la libertad. Los beocios exteriorizaban abiertamente desde hacía mucho su descontento por el dominio de Atenas. La fundación de ciudades bajo la hegemonía de Olinto también debe ser valorada como una demostración hostil hacia Atenas. Finalmente, el considerable aumento del foros había intensificado más aún los ánimos antiatenienses. Un factor importante los constituyó igualmente la circunstancia de que el rey macedonio, Pérdicas, otrora aliado ateniense, se dirigiera a Esparta en busca de ayuda contra Arrabeo, rey de los lincestas. Brasidas apostaba sobre todas estas cartas. Tucídides, actor él mismo en ese frente, anota: «Procediendo con justicia y moderación con las ciudades [de Tracia], Brasidas, al mismo tiempo, apartó del bando ateniense a la mayor parte de las mismas.»

En cuanto a los principios de la política de los peloponesiacos en Tracia, Tucídides los formula en la arenga que hiciera Brasidas a los habitantes de Acantos. Subraya, en primer lugar, que todas las polis que pasaran a su lado recuperarían por completo la independencia. Luego prometió solemnemente no inmiscuirse en los asuntos internos de las polis, esto es, que no apoyaría a los oligarcas contra los demócratas. En caso de negarse a aceptar sus condiciones, Brasidas amenazaba con asolar los campos de los acantianos, lo cual, dado que se acercaba la época de la recolección, los privaría de víveres para el invierno. De esta manera, Brasidas se atrajo el apoyo de Acantos, Estagira y Argilos, y se acercó, sin menor impedimento, a la principal posesión de Atenas en Tracia: Anfípolis. El historiador Tucídides, que en ese año era estratega, se encontraba en aquel momento con siete trieres junto a Tasos, a una distancia de medio día de camino de Anfípolis. Llamado en ayuda a ésta, se dirigió a la ciudad, pero llegó tarde. Brasidas había ofrecido a los habitantes de Anfípolis condiciones de capitulación muy ventajosas y la ciudad se le entregó sin combatir. Tucídides alcanzó a apoderarse solamente de Eión, suburbio de Anfípolis. Por su pasividad, fue expulsado de Atenas y desde entonces vivió en tierras extrañas.

El paso de Anfípolis al bando de Esparta fue un síntoma sumamente alarmante para Atenas. De esta manera perdía la fuente básica de aprovisionamiento de maderas para la construcción de buques, y grandes fuentes de ingresos pecuniarios. Las aliadas de Atenas «comenzaron a negociar secretamente con Brasidas, invitándolo a visitarlas, y queriendo cada una de ellas ser la primera en defezionar». En el transcurso de unos tres meses, Brasidas logró apoderarse de las dos terceras partes de la Calcídica. Solamente la península de Palena permanecía aún en manos de los atenienses, pero incluso allí había intranquilidad.

El armisticio

En la primavera del año 423, entre Esparta y Atenas fue firmada una tregua por el término de un año. Los dirigentes de la política espartana calculaban que la tregua conduciría a la paz, y que les serían devueltos los espartanos prisioneros, Pilos y Citerea, a cambio de las conquistas de Brasidas en el litoral tracio. De la misma manera había en Atenas una inclinación por el armisticio, debido a que los atenienses querían juntar reservas en la Calcídica, antes que esa región defecionara totalmente.

Las condiciones del armisticio consistían en la conversación del *statu quo*; los lacedemonios y sus aliados obtenían la libertad del comercio en el mar, pero se les prohibía cambiar de lugar a sus barcos de guerra. En cambio, era de suma importancia el punto referente a los desertores formulado por los espartanos en la forma siguiente: «Durante este período, no acogeremos a los desertores, ni vosotros ni nosotros.» La inclusión, entre las condiciones del armisticio, del punto social que prohibía acoger a los desertores, haciendo mención especial de los esclavos, se debió, indudablemente, a exigencias de Esparta, y atestigua indirectamente la existencia de una gran cantidad de ilotas que habían huido a Pilos.

Pero todavía durante las negociaciones se sublevó contra Atenas Esción, ciudad situada en la península de Palena, separada de Brasidas por Potídea, que en aquel entonces se encontraba en poder de pobladores atenienses. A Esción se le agregó la vecina ciudad de Mendé. Entonces, a propuesta de Cleón, la ecclesia decidió poner sitio a Esción y pasar por las armas a todos sus habitantes. Brasidas respondió dirigiendo sus tropas a estas dos ciudades. Sus relaciones con Pérdicas ya habían empeorado y el rey macedonio entró en negociaciones con los atenienses, quienes habían enviado contra Esción a Nicias con 50 barcos de guerra, 1.000 hoplitas y 2.000 peltastas. Aprovechando el apoyo de los demócratas de Mendé, los atenienses ocuparon la ciudad y propusieron a sus moradores condenar a los oligarcas y restablecer el régimen democrático. En cambio, Esción fue rodeada con murallas de asedio. De acuerdo con una de las *Inscripciones Graecae*, en ese mismo tiempo, tres ciudades: Calindón, Trinoya y Cemacos firmaron un tratado de alianza con Atenas.

Una vez expirado el término del armisticio, en el verano del año 422, Cleón se dirigió a Esción con 30 navíos, 1.200 hoplitas y 300 jinetes atenienses, y gran cantidad de aliados. Mediante un enérgico golpe asestado por tierra y mar se apoderó de Torona, «redujo a la esclavitud a las mujeres y a los niños, y a los toronenses, a los peloponesiacos y a otros calcidios..., en total cerca de 700 hombres, los envió prisioneros a Atenas».

Después, Cleón se dirigió por mar hacia Anfípolis, conquistando a su paso a Halepsa, Meciberna, Cleonas y Acrotas. Allí le salió al encuentro Brasidas, quien tenía superioridad numérica y guerreros cualitativamente mejores. En la batalla de Anfípolis (octubre del 422), que terminó con la derrota de los atenienses, cayeron ambos jefes militares: Cleón y Brasidas, que representaban, cada uno en su país, a los partidos de más belicosa inspiración. Tucídides, al describir esa batalla, no escatima acusaciones a Cleón, atribuyéndole «ignorancia y pusilanimidad en comparación con la experiencia y la intrepidez del adversario», es decir, de Brasidas. En efecto, en cuanto a capacidad militar, Brasidas era, sin duda alguna, superior a Cleón. Además, tenía a su disposición a guerreros expertos que tenían fe en su jefe. En cambio, Cleón tenía solamente a 1.200 hoplitas y 300 caballeros atenienses, sin contar ciertamente los grandes contingentes de aliados. Ni los hoplitas ni, menos aún, los jinetes alentaban confianza en Cleón, al que consideraban un advenedizo. Fue esta circunstancia precisamente la que obligó a Cleón a actuar contra todos los principios del arte militar. Tal como escribe Tucídides, «Cleón advirtió las murmuraciones de sus guerreros y, no queriendo irritarlos por permanecer inactivos en el mismo lugar..., los llevó contra el enemigo». Por tanto, la derrota de Cleón se explica no sólo por razones militares, sino también políticas. Sea como fuere, la muerte simultánea de Cleón y de Brasidas hizo considerablemente más fácil el camino hacia las negociaciones de paz.

La paz de Nicias

Con la muerte de Cleón, la democracia radical perdió su influencia en Atenas. Sus planes ofensivos naufragaron. Las derrotas en Delión y en la Calcídica acrecentaron considerablemente los ánimos pacifistas. También los aliados de Atenas, propensos a la defección, infundían serios recelos y temores.

Los espartanos tendían hacia la paz, por las causas señaladas anteriormente. Sólo hay que añadir aún a las mismas el que la guerra tomaba un carácter prolongado, pudiendo siempre determinar una sublevación de los ilotas, bajo la dirección de los mesenios pilosianos. Escribe Tucídides: «Los ilotas se pasaban al enemigo, y los lacedemonios recelaban constantemente de que también los que se quedaban, contando con los fugitivos y con la actual situación se rebelarían nuevamente contra ellos.» Por añadidura, en el año 421 expiraba el plazo de la paz de treinta años firmada con Argos. La alianza de Atenas con Argos era sumamente peligrosa, porque en tal caso algunas ciudades del Peloponeso podrían plegarse a Argos.

Los jefes de los dos Estados, Nicias y el rey espartano Plistoanax, llegaron a acordar, con relativa rapidez, las condiciones de paz. Se resolvió retornar a la situación de preguerra, con la sola diferencia de que los tebanos recibían Platea y los atenienses obtenían Nisaia. Las ciudades de la Calcídica y de Tracia: Argilos, Estagira, Acantos, Escolos, Olinto y Espártolos, que habían pasado voluntariamente a Brasidas, conservaban su independencia, pero se les permitía entrar en la Liga a condición de que Atenas las invitase. Los prisioneros de guerra de ambos bandos debían ser repatriados. La paz civil debía ser asegurada mediante el hecho de que en todas las ciudades que se devolvían a los atenienses se permitía a quienes lo desearan emigrar y dirigirse con todos sus bienes, a donde les plugiere. Además, los atenienses garantizaban la autonomía a las polis aliadas que pagaban con regularidad el foro establecido por Arístides. En caso de discrepancia a la hora de interpretar el tratado de paz, cuya validez era de cincuenta años, el conflicto se resolvía mediante arbitraje.

La paz de Nicias respondía por completo a los intereses de la propia Esparta, pero dejó descontentos a sus aliados, puesto que Beocia, Megara, Corinto y Elis no obtenían nada de ese tratado, e inclusive Megara perdía a Nisaia.

Pero el golpe más severo fue asestado por la paz de Nicias a Corinto. Como ya señaláramos, los intereses básicos de esa polis estaban vinculados a los aliados de Atenas, a los acarnanios, todos los puntos occidentales de apoyo de Corinto. Anactorión fue tomado por asalto y los ambraciotas fueron forzados a entrar en alianza con los acarnanios. Corinto perdió también su tercera colonia, Soligeios. Las islas jónicas quedaban dentro de la esfera de influencia de la democrática Corcira. De esta manera, la lucha por la Hélade occidental fue totalmente ganada por los atenienses. He ahí por qué los aliados espartanos anteriormente citados se negaron a firmar las condiciones de paz, y sus relaciones con Esparta empeoraron notablemente. La cosa parecía encaminarse a una ruptura, lo cual a primera vista convenía a Argos, que gozaba de grandes simpatías entre los peloponesiacos.

El gobierno espartano preveía la inminente amenaza, y trató de neutralizarla no sólo mediante la paz, sino mediante una alianza con Atenas. Ya al mes de haber sido firmada la paz se celebró una alianza defensiva entre Atenas y Esparta. En el correspondiente tratado, compuesto formalmente sobre las bases de la igualdad de derechos, llama la atención una importante obligación unilateral de los atenienses: «En caso de que se subleven los esclavos, los atenienses se comprometen a ayudar a los lacedemonios con todas sus fuerzas dentro de la posible.» Este punto del tratado recuerda claramente la política ateniense de los tiempos de Cimón. Llama la atención el hecho de que los atenienses no hubieran exigido a los espartanos recíprocos compromisos análogos, puesto que, evidentemente, ellos temían en grado mucho menor una sublevación de los esclavos.

De acuerdo con algunos informes fragmentarios de Tucídides, diseminados en los libros IV y V de su obra, estamos en condiciones de seguir el rápido crecimiento de la amenaza de una sublevación de los ilotas después de la campaña de Pilos, de felices resultados para los atenienses. El factor fundamental que inclinó a Esparta por las negociaciones de paz pareciera

haber sido no tanto el deseo de liberar a sus prisioneros de guerra (entre los cuales no había más que 120 de la clase de los espartanos), como la amenaza de una sublevación de los esclavos. Fue precisamente esto lo que paralizó la actividad de Esparta, durante la expedición de Nicias a Citerea, y fue esto lo que obligó a los lacedemonios a crear, por primera vez en su historia, una unidad militar para mantener «el orden» en la Laconia y para prevenir la fuga en masa de los ilotas a Pilos. No obstante todas estas medidas, el amago de una sublevación general de los ilotas fue creciendo más y más, hasta el punto de que los espartanos se vieron forzados, a avenirse a la paz, incluso bajo la amenaza de ruptura con sus aliados, pero —de hecho— sólo para prevenir la sublevación de los esclavos.

En el sentido político-social, la firma de la paz constituyó en Atenas una victoria «de los ricos, de la generación mayor y de la mayor parte de los agricultores», como define la composición de los partidarios de la paz el biógrafo Plutarco. Se comprende que a favor de la paz estuvieron también los elementos laconófilos. Sin embargo, la fuerza básica que obraba en Atenas en favor de la paz era el campesinado ático. Tiene razón Aristófanes al poner en labios de Trigeo estas palabras: «Sólo los agricultores podrán devolvernos la paz», y al ensalzar los beneficios de la misma, se ocupa exclusivamente de la temática de los trabajos agropecuarios:

«Lo ve Zeus, brilla la azada con su filosa reja,
Y al sol relumbran las horquillas tridentes.
¡Qué hermosa, qué maravillosa es su fila!
¡Qué deseos de regresar pronto a los campos,
Y levantar con la pala la negra tierra endurecida!»

Los demócratas radicales aún no se habían repuesto del golpe que significó la pérdida de Cleón, y su nuevo dirigente, Hipérbolo, sólo con mucho esfuerzo podía oponer resistencia a Nicias, cuya influencia había alcanzado en ese tiempo su apogeo. «De Nicias se decía siempre que era una persona grata a los dioses, y por ello... le fue proporcionada la posibilidad de llamar con su propio nombre a la más grande y hermosa de las buenas obras.»

No obstante las tendencias generales a poner fin a las operaciones bélicas, la paz de Nicias podía ser, y de hecho lo fue, solamente un respiro, una tregua en la guerra que había abarcado a todo el mundo heleno. La guerra de Arquídamo hizo evidente la existencia de colosales recursos materiales en Atenas y su inexpugnabilidad por tierra firme. La coalición espartana resultó ser demasiado débil para destruir a la arqué. Mas tampoco Atenas se hallaba en condiciones de asestar el golpe decisivo a la Liga peloponesiaca. La paz de Nicias no eliminó las contradicciones que originaron la guerra del Peloponeso. La cuestión de la hegemonía quedó sin resolver. Quedó planteada también la lucha entre oligarcas y demócratas. Finalmente, durante la guerra de Arquídamo se intensificaron considerablemente las fuerzas centrífugas, tanto en el seno de la arqué ateniense como en la confederación del Peloponeso. De todo lo cual puede extraerse la conclusión de que la paz de Nicias, firmada por el término de cincuenta años, podía ser sólo un armisticio, un respiro. Tarde o temprano, las contradicciones señaladas tendrían que hacerla estallar. El mismo destino le estaba reservado también a la alianza defensiva que se había establecido entre Atenas y Esparta.

3. Desde la paz de Nicias hasta la expedición a Sicilia

Consecuencias políticas de la paz de Nicias

Al período que siguió a la paz de Nicias, Tucídides lo llama justicieramente «tregua insegura» o «tregua sospechosa»: «Durante seis años y nueve meses, ambas partes se abstuvieron de incursionar cada una en las tierras de la otra; pero más allá de sus propias fronteras, y en medio de aquella tregua insegura, inferíanse mutuamente grandes daños.» En

efecto, no obstante que la paz de Nicias respondía a los deseos de las masas populares de Atenas y de Esparta, y aun cuando las condiciones del tratado de paz reflejaban la real relación de fuerzas —relación a la que se llegó a través de una lucha armada a lo largo de diez años—, no se logró una conciliación definitiva. Más aún: incluso las mismas condiciones del tratado de paz no fueron cumplidas por ninguno de los firmantes. De hecho, lo único que se llevó a cabo fue el intercambio de prisioneros de guerra entre Atenas y Esparta. Los espartanos recibieron finalmente cerca de 300 de sus hombres que habían sido tomados prisioneros en Esfacteria y otras partes.

Los artículos del tratado, relativos a la devolución de los territorios que habían sido ocupados por las partes beligerantes, no fueron cumplidos. Prácticamente se trataba de la devolución a los atenienses de Anfípolis, en la que se hallaba una guarnición peloponesiaca bajo el mando del espartano Cleáridas, y de Panactón, fortificación en la frontera con Beocia de la que Esparta se había apoderado hacia el fin de la guerra de Arquídamo. A su vez, Atenas debía devolver a Esparta, en primer lugar, Pilos, en la que por aquel entonces se hallaba una guarnición de mesenios naupactianos, y también Cítrea. En cuanto a Platea y Niasia debían quedar, por sorteo, en manos de Tebas y Atenas.

De acuerdo con el sorteo, Esparta estaba obligada, en primer lugar, y antes que nada, a devolver Anfípolis. Sin embargo, Cleáridas, al principio, se había negado, y ante las reiteradas exigencias, lo que hizo fue regresar a Esparta con los restos de los ejércitos de Brasidas, dejando a la ciudad de Anfípolis en manos de sus habitantes, dispuestos a defenderse de Atenas hasta la última gota de sangre. Panactón fue devuelta a Atenas al comienzo de la primavera del 420 a. C., no sin antes dismantelar, contraviniendo lo tratado, todas las fortificaciones y pactar Esparta una alianza con Beocia, lo cual, en opinión de los atenienses, también se hallaba en oposición a las condiciones de la paz de Nicias.

Los atenienses aprovecharon esta circunstancia para retener en sus manos a Pilos y Cítrea. En cuanto a la primera, sólo hicieron una concesión parcial, reemplazando en el verano del año 420 la guarnición de mesenios por una de atenienses y llevándose a los ilotas que se habían pasado a sus filas desde Laconia. Al parecer, también Cítrea quedó en manos de los atenienses. De esta manera, de todas las condiciones de la paz de Nicias fue observada en forma completa un solo punto, que debía prevenir la ulterior evasión de los esclavos espartanos, los ilotas. Con motivo de no haber dado Esparta cumplimiento a las condiciones del tratado de paz, los ilotas de Pilos fueron llevados «para que se dedicaran al bandolerismo», en el año 418.

Así y todo, el obstáculo más grande a la estabilización de la paz fue la oposición de los principales aliados de los espartanos: Beocia, Corinto, Megara y Elis. El más poderoso de ellos, Beocia, tenía todas las razones para denunciar el tratado de paz. Estando exenta de intereses comerciales fuera de la Grecia central. Beocia abrigaba temores en cuanto a Atenas sólo en tierra firme. La campaña contra Tebas había terminado en la más completa derrota, con el aplastamiento de la totalidad de los hoplitas atenienses junto a Delión, y en esa batalla los beocios obtuvieron el triunfo por sus propias fuerzas, sin ayuda alguna de Esparta. Durante la guerra de Arquídamo, ellos se habían apoderado no sólo de la Platea beocia, sino también del Panactón ateniense. Además, y bajo la protección de las huestes peloponesiacas, los beocios saquearon, año tras año, el territorio del Ática, en tanto sus propias tierras casi no sufrían ataque alguno. En relación con todas esas circunstancias, las condiciones de la paz de Nicias aparecían como injustas a los beocios, ya que ellos se sentían capaces de sostener una lucha frente a frente contra Atenas.

En tal situación, Megara también prefería orientarse con Beocia antes que a una alianza con Esparta, que había traicionado sus intereses en el tratado con Nicias. Tal fue también, como ya se ha señalado, la posición de Corinto. En vista de todo esto, Beocia no dio su conformidad a la firma del tratado de paz de Nicias, sino que acordó con Atenas una tregua por separado, a corto plazo, susceptible de ser prolongada cada diez días. Corinto, por su parte, no deseaba entrar en negociación alguna con Atenas.

A pesar de todo, los aliados de Esparta no hubieran podido oponerse a un acuerdo de Atenas con ella, si en el Peloponeso no hubiera habido otro Estado fuerte, capaz de reunir en torno suyo

a todos los adversarios de Esparta. Tal polis era Argos, antiguo émulo de Esparta en lo que se refiere a la hegemonía en el Peloponeso, además de ser importante la diferencia de ambas polis en cuanto al régimen político. Al tiempo que en Esparta prevalecía el orden oligárquico, Argos era un Estado democrático. La manzana de la discordia entre ambos Estados era la feraz región de Cinuria, anexionada hacía unos siglos por Laconia. Mas la prolongada guerra de Arquídamo había puesto de manifiesto la debilidad relativa de la Liga del Peloponeso, y en particular del principal adversario de Argos: Esparta. Esta circunstancia debía intensificar, sin duda alguna, los ánimos guerreros de los argivos.

A pesar de eso, y no obstante su régimen democrático, los argivos no habían osado adherirse abiertamente a Atenas durante la guerra de Arquídamo, debido a que estaban rodeados por los miembros de la Liga del Peloponeso, sin poder contar tampoco con una ayuda desde el exterior. En vista de ello, Argos observaba rigurosamente las condiciones del tratado de paz de treinta años acordado con Esparta, que vencía en el 421. Durante aquel lapso, «los argivos estuvieron, en todos los aspectos, en una posición sumamente favorable, porque no habían tomado parte en la guerra contra el Ática, e incluso habían sacado provecho de ella por estar en paz con ambos beligerantes».

La propuesta de los corintios de celebrar un pacto encontró, pues, eco favorable en Argos. Dado que el prestigio bélico de los lacedemonios había descendido notablemente después de Esfacteria, también se adhirieron a Argos otras polis democráticas del Peloponeso: Elis y Mantinea, que mantenían disputas territoriales con la propia Esparta. A la misma coalición se adhirieron las polis de la Calcídica y, tras algunos titubeos, Corinto. La aristocrática Beocia y Megara conservaron su independencia.

La situación geográfica de la coalición Argos-Elis-Mantinea era tal, que aislaba completamente a Esparta del Peloponeso septentrional y, en consecuencia, de sus aliados. La existencia ulterior de esta coalición democrática hubiera significado la completa escisión de la Liga del Peloponeso y, por lo mismo, el fin de la hegemonía espartana. La marcha de los acontecimientos hizo ver así palpablemente que la alianza con Atenas resultaba inútil e incluso perjudicial para los espartanos.

Debido a esto, después de regresar de Atenas los prisioneros de guerra, en la política exterior de Esparta se produjo un brusco viraje.

Los éforos que habían firmado la paz de Nicias no fueron reelegidos, y los nuevos — Cleóbulo y Xenares— se opusieron brusca y tenazmente a la alianza con Atenas, aliándose por separado con Beocia, lo cual, indudablemente, debía conducir a la ruptura con los atenienses.

La consecuencia lógica de todos estos acontecimientos fue un pacto de alianza entre las cuatro polis democráticas de la Hélade: Atenas, Argos, Mantinea y Elis. Tal alianza fue, efectivamente, acordada a mediados del verano del año 420. Esta coalición democrática tenía como adversaria a la liga oligárquica de Esparta, Beocia y Megara, apoyada por el principal enemigo de Atenas: Corinto.

Lucha política en Atenas y promoción de Alcibíades

Este desarrollo de los acontecimientos no dejaba piedra sobre piedra de toda la política laconófila de Nicias. El comportamiento de Esparta, en especial después de habersele enviado los prisioneros de guerra, fue visto en Atenas como una traición. En la ecclesia, la responsabilidad debía recaer sobre el grupo de Nicias, lo cual creaba objetivamente perspectivas para el reforzamiento del grupo democrático radical al que se habían adherido todos los círculos de la población perjudicados por el cese de las operaciones bélicas. De que existían un excelente testimonio los diálogos de Trigeo, con el armero, con el artesano de las lanzas, con el de las corazas, con el de los yelmos, con el trompetero y otros. Detrás de esas figuras caricaturescas se encuentran, sin duda, los influyentes círculos de artesanos que no querían verse menoscabados en sus intereses económicos. Había también una adhesión del cuerpo dirigente del ejército y, especialmente, de la flota, que en el transcurso de los diez años de operaciones bélicas se había acostumbrado a tocar el primer violín en la política ateniense.

Finalmente, no hay que subestimar tampoco el apoyo que encontraba ese grupo entre las amplias masas del demos ateniense. El servicio militar aportaba un sueldo relativamente satisfactorio (un dracma por día para los hoplitas y tres óbolos para los marineros). Los hoplitas atenienses no eran llevados con frecuencia al campo de batalla, sino que, por lo general, cumplían el servicio en las guarniciones acuarteladas en las ciudades. Las acciones de la flota, dentro de las condiciones del dominio indiviso de los atenienses en el mar, tampoco ofrecían grandes riesgos. En consecuencia, la determinada estratificación del demos estaba mejor asegurada durante la guerra que en la paz. Sin embargo, a la cabeza de la oposición a Nicias se había puesto no el jefe de los democráticos radicales, Hipérbolo, de poca influencia, sino el joven Alcibíades. Tal circunstancia influyó considerablemente sobre el ulterior desarrollo de los acontecimientos.

Alcibíades, hijo de Clinias, pertenecía, por su origen, a las familias de mejor abolengo del Ática. Por la madre, estaba emparentado con los Alcmeónidas. Al caer su padre en la batalla de Coronea, el joven, aún menor de edad, había sido puesto bajo la tutela de Pericles. Uno de los hombres más ricos de Grecia era Alcibíades, representante prototípico de la generación de aristócratas atenienses habituados a suministrar líderes políticos al demos. En este sentido, Alcibíades podría haberse convertido en un segundo Cimón o en un segundo Pericles. Educado en un ambiente en que el Gobierno popular era formal, mientras en los hechos existía el poder casi autocrático de Pericles. Alcibíades se había imbuido, desde la edad más temprana, de desprecio hacia la democracia, considerando que las masas del pueblo sólo servían de pedestal para llegar al poder. Sócrates había ejercido gran influencia sobre él; la faz antidemocrática de su doctrina agradaba sumamente al joven discípulo. La anécdota que recuerdan Plutarco y Diodoro da el mejor testimonio en cuanto a la manera de pensar del joven Alcibíades. «En el deseo de conversar con Pericles, Alcibíades acudió en una oportunidad a sus puertas. Le dijeron que Pericles se hallaba ocupado, pensando en la manera de justificarse, de rendir cuentas a los atenienses. Al retirarse, Alcibíades dijo: ¿No sería mejor pensar en no rendir ninguna?» En esta anécdota ya se percibe la diferencia entre la generación mayor, la de Pericles y la generación joven de los aristócratas atenienses, a la que pertenecía Alcibíades.

De acuerdo con las leyes atenienses, Alcibíades, nacido en el año 452 antes de nuestra era, podía proponer su candidatura para el puesto de estratega sólo después de haber cumplido los treinta años, esto es, en el año 421. Mas antes de esto, él había procurado, de mil modos, conquistar notoriedad y popularidad, como peldaño importantísimo para ascender al poder. Envío para competir en los juegos olímpicos siete carros, con los que recibió simultáneamente el primero, el segundo y el cuarto premios; encargó una oda laudatoria al mejor escritor de la Hélade, Eurípides; gastó enormes sumas de dinero en coregías; cometió toda clase de extravagancias como, por ejemplo, mutilar a su hermoso perro de raza con el solo objeto de que los atenienses hablasen de él. Plutarco caracteriza muy acertadamente la posición y las tendencias del personaje: «El origen de Alcibíades, su riqueza, su bravura en los combates, la multitud de amigos y parientes, le abrían grandes posibilidades para alcanzar puestos gubernamentales, pero él trataba, por encima de todo, de conquistar para sí la valía mediante el encanto de sus discursos ante la muchedumbre.»

La postura negativa respecto al orden democrático en Atenas ha sido muy bien descrita por Tucídides, quien pone en labios de aquél la sentencia acerca del «desenfreno propio del régimen democrático»; su condena del «dominio del demos» y, finalmente, la conocida definición de la democracia como «la insensatez generalmente reconocida».

El hecho mismo de la gran influencia de Alcibíades se explica por la desmoralización del demos ateniense, considerablemente desclasado, habituado a vivir de los ingresos proporcionados por la explotación de los esclavos y de los aliados.

Alcibíades se tuvo que adherir al partido aristocrático laconófilo. Lo llevaban a ello tanto su origen como sus vínculos con Sócrates y, finalmente, los lazos personales de su familia con Esparta. Estaba en relaciones amistosas con los prisioneros de guerra espartanos, y trataba de obtener la proxenia para los lacedemonios. No obstante su amor propio vulnerado por el hecho de haber preferido los embajadores espartanos, durante la celebración de la paz, a Nicias y no a

él, impulsaron a Alcibíades hacia el campo antiespartano. Se vio así obligado a adherirse al partido democrático en la asamblea popular ateniense.

En ella, y actuando contra Nicias, Alcibíades hizo fracasar, ya valiéndose de intrigas, ya por el fraude directo, las negociaciones entre Esparta y Atenas, consiguiendo en cambio formar una alianza entre la democracia ateniense y la peloponesiaca (Atenas-Argos, Mantinea, Elis).

Las perspectivas de una coalición democrática eran brillantes. Hacía poco que la arqué ateniense, tras una contienda de diez años contra la Liga peloponesiaca, había obligado a su adversario a pedir la paz. Pero ahora contaba con la adhesión de Argos, neutral hasta aquel momento. Al mismo tiempo, el campo de sus adversarios se había disgregado al pasarse una parte de sus componentes —Mantinea y Elis— al campo de la democracia. Además, la propia Esparta había perdido por completo su aureola de invicta. Pilos seguía aún en manos de los atenienses. La cuestión había llegado al punto de que los eleatas no admitieron que los lacedemonios tomaran parte en los juegos olímpicos, lo cual se consideraba en aquel tiempo una ofensa inaudita. Parecía que un solo golpe bastaría para aplastar definitivamente a Esparta. Su autoridad frente a toda la Hélade había descendido hasta tal punto que inclusive sus aliados, los tebanos, se apoderaron al año siguiente (419) de la colonia lacónica de Heráclea de Tracia, sin reparar en la gran indignación que ello provocó en Esparta.

En el verano del mismo año, Alcibíades, elegido estratega, llegó al Peloponeso con un pequeño destacamento de hoplitas y, moviéndose a lo largo de la costa septentrional de la península, persuadió a los habitantes de la ciudad de Patras a que unieran su ciudad con el mar mediante un largo muro, lo cual proporcionó a los atenienses un nuevo punto de apoyo en el Peloponeso. Estimulados por la presencia del destacamento ateniense, los argivos emprendieron acciones bélicas contra Epidauro (de Argólida), con la esperanza de poder obtener, en caso de éxito, una comunicación directa con Atenas por vía más breve, a través de Egina.

El ataque contra Epidauro obligó a Esparta a proceder activamente. En el verano del 418 se reunió en Fliote «el mejor ejército heleno que hasta entonces se hubiera formado; estaban allí los lacedemonios con todo su ejército, como también los arcadios, beocios, corintios, sicionios, pelenenses, fliontios, megarios; todas ellas tropas escogidas que estaban en condiciones de combatir ya no sólo contra los ejércitos con que contaba la liga argiva, sino también contra otros tantos, que se unieran a ella». Los beocios por sí solos suministraron 5.000 hoplitas, 5.500 guerreros de infantería ligera y 500 de caballería.

Los argivos, contra los cuales se había congregado toda esa masa armada, reunieron su propia milicia con la de Mantinea y con 3.000 hoplitas eleatas. Los ejércitos atenienses (1.000 hoplitas y 300 caballeros) llegaron algo más tarde. Sin embargo, cuando los ejércitos estaban ya en línea de batalla, los aristócratas de Argos se entendieron con el rey espartano Agis, hijo de Arquídamo, y los enemigos se separaron sin haber luchado. Esto provocó indignación en los lacedemonios, la que se agudizó más aún al recibir la noticia de que sus adversarios habían ocupado Orcómenos (de Arcadia). Entonces, los ejércitos espartanos, al regresar a su patria, fueron nuevamente enviados a la región de Mantinea, esta vez sin aliados, que no se les pudieron unir, porque para ello tenían que cruzar por territorio enemigo.

En la batalla de Mantinea (agosto del 418) los espartanos obtuvieron una victoria completa sobre el aliado ejército argivo-mantineo-ateniense. En esa batalla cayeron 300 lacedemonios y 1.100 de sus enemigos, entre ellos los dos estrategas atenienses. La batalla puso en evidencia la superioridad de los hoplitas laconios. Como resultado, Argos rompió el tratado celebrado con Atenas e inmediatamente hizo la paz y una alianza con Esparta. Los ejércitos de Argos, en unión con el destacamento espartano, promovieron un levantamiento oligárquico en Argos y en Sición. Los mantineos, viéndose aislados, debieron someterse. El triunfo de los lacedemonios repercutió en el distante Norte. El rey macedonio, Pérdicas, volvió a traicionar a los atenienses y, recordando —para el caso— el origen argivo de los reyes macedonios, estableció una alianza con Esparta y Argos. Esta circunstancia reforzó más aún la tendencia de las polis de la Calcídica a una independencia total.

La derrota bélica de Atenas más la diplomática que le siguió fue provocada, más que nada, por su indecisión. Al tiempo que Alcibíades insistía en la necesidad de acciones resueltas.

Nicias, seguido por la mayoría de los estrategas, trataba infructuosamente de renovar la amistad con Esparta. Era natural que el insignificante destacamento que había tomado parte en la batalla de Mantinea no pudiera salvar a sus aliados, y la armada que hubiera podido distraer a una parte de las fuerzas espartanas y, por lo mismo, hacer más sostenible la situación de los aliados, no se movió del Pireo.

Se hacía evidente que la rivalidad entre Alcibíades y Nicias llevaba a Atenas a la ruina. En tales circunstancias era completamente lógica la propuesta del conductor de la democracia radical, Hipérbolo, de recurrir al ostracismo. La propuesta en cuestión fue aprobada por la ecclesia. No obstante ello, Alcibíades, por temor a ser expulsado, se entendió con el conductor del grupo laconófilo Faiax y, posiblemente, también con Nicias, para actuar conjuntamente contra Hipérbolo, al que le fue aplicada aquella medida, de manera completamente inesperada (en el año 417). Simultáneamente, Alcibíades y Nicias fueron elegidos nuevamente estrategas.

Entre tanto, la situación en el Peloponeso volvió a tomarse candente. El triunfo de los aristócratas en Argos fue de corta duración. Medio año después, en el mismo año 417, los demócratas argivos, aprovechando un momento propicio, atacaron a los oligarcas, los derrotaron y expulsaron de la ciudad, y restablecieron la democracia. El partido demócrata pidió ayuda a Atenas y emprendió la construcción de los Largos Muros, «para asegurarse el suministro de víveres por vía marítima». La experiencia de la guerra de Arquídamo había demostrado que construcciones tales como los Largos Muros de Atenas era absolutamente inexpugnables. Incluso una aplastante superioridad numérica de los sitiadores no representa garantía alguna de éxito. El único medio de obligar a los sitiados a capitular era el cerco de las fortificaciones más la amenaza de hambre. Y los Largos Muros que unían con el mar, que se hallaba bajo el control de los aliados, constituían en aquellos tiempos la completa garantía para la independencia frente a Esparta, y prenda de larga alianza con Atenas. Los Muros se construyeron en medio de una gran animación de la población de Argos; los atenienses habían enviado carpinteros de obra y albañiles. Y cuando en el invierno hicieron su aparición los ejércitos espartanos, no hallaron traidores en la ciudad y se vieron forzados a retirarse, destruyendo, sin embargo, una parte del Muro. En el verano del 416 Alcibíades llegó a Argos a la cabeza de una escuadra de 20 navíos y se llevó a 300 oligarcas vinculados con Esparta.

En el año 416 las relaciones entre Atenas y Esparta empeoraron más aún debido a que los atenienses habían puesto sitio a la colonia laconia de Melos, en la isla del mismo nombre. Esta colonia había observado la más rigurosa neutralidad, y el ataque de los atenienses carecía de fundamentos. Tras un sitio de siete meses de duración, Melos se rindió. Los hombres fueron pasados por las armas y las mujeres y los niños llevados como esclavos. Al mismo tiempo, también la guarnición de Pilos había efectuado una salida infligiendo grandes daños a los lacedemonios. Todo esto determinó que «los lacedemonios, sin violar el tratado, abrieran acciones bélicas contra los atenienses». Y aunque se les unieron los corintios, las operaciones bélicas no se hicieron en gran escala hasta la expedición a Sicilia.

4. La expedición a Sicilia

Después del congreso de las polis siciliotas en Gela y del ignominioso retorno de la primera escuadra ateniense, los acontecimientos en Sicilia se desarrollaron casi sin vinculación alguna con la marcha de la guerra en la Grecia continental. El antagonismo entre las polis encabezadas por Siracusa y el grupo calcídico compuesto por Naxos, Leontinos, Catana, Mesana e Hímera, era mantenido dentro de los marcos de conflictos locales, pues Siracusa prefería no llevar las cosas al extremo, a fin de no dar pretexto a Atenas para una nueva intromisión en los asuntos sicilianos.

Las tendencias dominantes de Siracusa se entrelazaban con la lucha social y política. Y a pesar de que en la propia Siracusa el poder también estaba en manos de los demócratas, esta ciudad, por lo general, apoyaba a los oligarcas jonios. Lo cual le daba siempre la posibilidad de inmiscuirse en los asuntos internos de sus adversarios, sin llegar con ello a una intervención abierta.

Son muy significativos los considerables desplazamientos sociales que tuvieron lugar en Leontinos hacia finales de la guerra de Arquídamo. Según informa Tucídides, «los leontinos aceptaron en su comunidad a muchos nuevos ciudadanos y el demos proyectaba ya redistribuir las tierras». Este testimonio, excepcionalmente importante, indica cuan aguda era la lucha social durante el período de la guerra del Peloponeso. El solo hecho de la inclusión voluntaria de ciudadanos nuevos, admitidos en la comunidad, constituye un acontecimiento exclusivo en la historia de las polis de aquel tiempo, las que siempre procuraban limitar el número de sus ciudadanos. La exigencia revolucionaria de la redistribución de las tierras también suena de manera inusitada en la Hélade del siglo V a. C. Tal consigna sólo se popularizará posteriormente durante el período de la descomposición de la sociedad esclavista en Grecia, en el siglo IV y especialmente en el III a. C. Empero, lo más característico lo constituye el estrecho vínculo que se observa entre esos dos pasos: la redistribución de las tierras y la admisión de ciudadanos nuevos. Al parecer, este último hecho fue condicionado por el deseo de hacer más fuerte al demos en la lucha en ciernes por la tierra.

De esta manera, se nos pinta con suficiente claridad el programa del partido democrático en Leontinos, partido que, en lo fundamental, se componía de campesinos sin tierra y esclavizados, en tanto que los oligarcas eran los grandes terratenientes y poseedores de gran cantidad de esclavos. Los sectores democráticos de la ciudad, teniendo conciencia de que no estaban en condiciones de dominar y reducir a los oligarcas, que contaban con el apoyo de la poderosa Siracusa, tomaron medidas radicales, y, oficialmente, otorgaron la ciudadanía a amplios sectores de la población que, al parecer, eran habitantes locales, posiblemente bárbaros. Los ricos replicaron pidiendo ayuda a Siracusa, expulsaron al pueblo simple y destruyeron la ciudad, trasladándose a Siracusa. A su vez, los demócratas se fortificaron en dos reducidos puntos del territorio leontino y «dieron comienzo a una guerra contra los siracusanos».

Faiax, hijo de Erasítrato, enviado por los atenienses en el año 422 en calidad de embajador con la orden de organizar la ayuda a los leontinos, no había conseguido nada y dejó a los mismos librados a su propia suerte.

Es dable suponer que la encarnizada lucha entre los ricos y los pobres en Leontinos, registrada por la escasa información que proporciona Tucídides, no constituye ninguna excepción marcada dentro de las condiciones de Sicilia. Las agrupaciones democráticas, tanto en la misma Leontinos como en las otras colonias griegas en Sicilia, siempre contaban con la ayuda de la poderosa democracia ateniense. A mediados del invierno del año 415 llegó a Atenas una embajada de Segesta, colonia jonia en el extremo occidental de Sicilia, para pedir ayuda en la lucha contra Selinonte, la cual era apoyada por Siracusa. Tal pedido se fundaba en la amenaza de injerencia de Siracusa en la guerra del Peloponeso, de parte de Esparta. Los enviados subrayaron que Segesta disponía de suficientes recursos pecuniarios para financiar toda la expedición. En tales circunstancias, Atenas debía inmiscuirse en los asuntos sicilianos, si quería conservar alguna influencia en el Occidente, donde su autoridad ya se hallaba minada por el hecho de no haber acudido en auxilio de Leontinos. En caso de negar ayuda a Segesta, Atenas podía perder todos sus partidarios en el Occidente. La ecclesia resolvió enviar embajadores para investigar cuál era el estado de cosas y, especialmente, para determinar con mayor o menos exactitud la cantidad de dinero en efectivo de que disponían los segestiotas.

La embajada regresó en el verano del mismo año, trayendo consigo 60 talentos de plata para cubrir el sueldo mensual de las tripulaciones de las 60 trieres, cuyo envío los segestiotas se preparaban a solicitar a Atenas. Fue entonces cuando surgió ante Atenas la cuestión del envío de una gran expedición bélica a Sicilia.

Esta cuestión cobró para Atenas excepcional agudeza, con motivo también del agravamiento de la situación política interior. Se había intensificado en ese tiempo la lucha entre la aristocracia y la democracia, la cual se expresa en la rivalidad entre Alcibíades y Nicias por el predominio en la ecclesia. El anterior plan de Alcibíades, consistente en oponer a Esparta una coalición democrática en el mismo Peloponeso, fue derrotado en la batalla de Mantinea. Por este motivo, Alcibíades promovió un nuevo plan, completamente irreal, en el sentido de crear en Sicilia una potencia ateniense. El plan obtuvo el pleno apoyo de la mayoría en la ecclesia: «Se apoderó de todos por igual un deseo apasionado de tomar parte en la campaña: los mayores, ya

porque abrigaban la esperanza de conquistar los países contra los cuales se emprendía la expedición, ya porque estaban seguros de que con fuerzas tan considerables sería imposible sufrir una derrota; los jóvenes, por el afán de ver un país lejano y conocerlo, y porque confiaban quedar con vida; la masa de los soldados, porque calculaban recibir el sueldo durante la campaña, y que ensancharían tanto los dominios atenienses que ello les daría la posibilidad de seguir percibiendo esos sueldos ininterrumpidamente, también en lo sucesivo. Hasta tal punto fue así que, por el excesivo ardor bélico de la mayoría, si alguno no estaba de acuerdo, guardaba silencio por temor a que, de votar en contra de la guerra, se lo tomara como hostil al Estado.»

Es necesario anotar que la mayoría de los ciudadanos comunes no tenía siquiera idea del significado de la expedición, ni de las fuerzas del enemigo. El testimonio de Plutarco acerca de que «muchos hombres estaban sentados en las palestras y en los pórticos dibujando el mapa de Sicilia y la ubicación de Libia y de Cartago», sólo demuestra cuan nebulosa era la idea que tenía el ateniense común acerca de la parte occidental del Mediterráneo.

No obstante las ásperas réplicas de Nicias, que acusaba a Alcibíades de perseguir la satisfacción de sus intereses personales al precio del bienestar de la polis, la ecclesia resolvió enviar 60 navíos a los segestiotas. Encabezaban la expedición Alcibíades, Nicias y Lámaco. La reiterada intervención de Nicias en la ecclesia señalando lo imprudente y lo arriesgado de la empresa, obligó a la asamblea a otorgar a los estrategas plenos poderes en cuanto a la composición de la fuerza expedicionaria, resolviéndose así que partirían no menos de 100 trieres y 5.000 hoplitas.

La propuesta de enviar una expedición a Sicilia fue aceptada por una aplastante mayoría de la ecclesia. Es evidente que en su favor votaron no sólo los partidarios de la democracia radical, cuyos representantes, Hipérbolo, por ejemplo, hacía mucho que maduraban planes de gran expansión en Sicilia. Esta vez, gran cantidad de partidarios de Nicias dieron su apoyo a Alcibíades, y ellos eran representantes de los estratos adinerados de la ciudad. Probablemente, fueron algunos grupos de artesanos y mercaderes.

En las inscripciones se hallan publicadas ambas resoluciones de la ecclesia: la primera, acerca del equipamiento de 60 navíos, y la segunda, acerca del aumento de la cantidad de trieres a un centenar, del reclutamiento del ejército y de la asignación de 3.000 talentos para los gastos de la campaña. Dicha suma representaba todo el efectivo del fisco oficial, constituido por los saldos de los presupuestos correspondientes al lapso transcurrido desde la paz de Nicias. Al parecer, alrededor del año 417, a iniciativa de Alcibíades, el foros volvió a ser elevado hasta la suma de 1.300 talentos. A finales de mayo del 415 zarparon de Atenas 136 naves (entre ellas, 100 trieres atenienses), con 5.100 hoplitas (de los cuales 1.500 eran ciudadanos de Atenas), 1.200 infantes ligeros y cerca de 26.000 remeros. A esta enorme flota bélica seguían más de 130 naves de carga. Con este motivo, Tucídides anota con orgullo: «Esta fue la más costosa y bella de las expediciones equipadas hasta entonces.»

Durante julio y agosto, tras costear a Corcira, la armada llegó a Italia y comenzó a avanzar lentamente a lo largo de la costa, en dirección al Sur. Los atenienses tropezaban en todas partes con una muy alerta desconfianza de la población local, que, aún en las polis calcídicas, sentía más temor a Atenas que a Siracusa. Finalmente, los atenienses se detuvieron en Región, y, en vista de que sus habitantes no les permitieron entrar en la ciudad, todo el ejército acampó en sus afueras. Las naves enviadas a Segesta, regresaron con la nada grata noticia de que no había dinero en la misma, surgiendo entonces entre los estrategas una discrepancia. Nicias propuso limitarse a una expedición contra Selinonte, obligándola a hacer la paz con Segesta, tras lo cual, pasando demostrativamente frente a las costas sicilianas, se regresaría a Atenas. Alcibíades prefería dirigirse a diversas polis sicilianas, tratando de atraerlas a la causa de Atenas, para después atacar a Selinonte y a Siracusa. Lámaco era de la opinión de apoderarse de Siracusa mediante un ataque imprevisto. Triunfó la opinión de Alcibíades. Pero no tuvo éxito ni en Mesana ni en Catana, y sólo Naxos abrió sus puertas a los atenienses.

En el ínterin, la ausencia de Alcibíades fue aprovechada en Atenas para incoar un proceso contra él. Unos pocos días antes de la partida de la expedición fueron mutilados una noche una cantidad de hermes, estatuas pétreas del dios Hermes, protector de los viajes y del comercio. Tal

suceso despertó muchas habladurías en Atenas. Se lo interpretaba como funesto presagio sobre los resultados de la expedición. Los oradores, en la ecclesia, consideraban la mutilación simultánea de los hermes como una señal de la existencia de «una conjuración para hacer una revuelta y derribar la democracia». Los culpables no fueron descubiertos. Por la ciudad corrían rumores que hacían recaer la culpa sobre participantes de algunos Misterios, reuniones secretas del culto a los dioses. Como a uno de los culpables, se nombraba a Alcibíades, a quien se acusaba también de descreído y sacrílego. Aun antes de emprender la expedición, Alcibíades propuso organizar el correspondiente juicio, en la seguridad de ser absuelto; pero sus enemigos preferían esperar y juzgarlo en ausencia del ejército, que le era devotamente fiel.

Inmediatamente después de la partida de la expedición, fueron detenidas en Atenas muchas personas con motivo del asunto de los hermes y los Misterios. Toda la ciudad estaba plagada de rumores acerca de la existencia de una conjuración dirigida a establecer una tiranía, de la cual como tirano se nombraba unánimemente a Alcibíades. Todos los detenidos fueron ejecutados y los poderes enviaron una nave del Estado —la Salaminia— en busca del mismo Alcibíades, a quien se ordenaba comparecer en el juicio entablado en su contra en Atenas.

La cuestión de la mutilación de los hermes no está aclarada de forma definitiva. Antes que nada, es de importancia determinar quién fue el que la cometió. Se trata de un problema sumamente enrevesado. No obstante varias alusiones contenidas en las obras de algunos autores y, en primer lugar, en el discurso de Andócidas *De los misterios*, es necesario estar de acuerdo con Tucídides: «... nadie pudo decir, ni en su momento ni después, nada definitivo ni seguro acerca de los culpables de este crimen». Sin embargo, es poco probable que lo fuera Alcibíades. La destrucción de los hermes no podía aportarle utilidad ninguna. Mucho más importante es determinar cuáles fueron los círculos políticos que encabezaron la campaña contra Alcibíades. Parecía que Tucídides se inclinaba a creer que lo fueron los cabecillas de la democracia radical. Dice así: «Esos rumores fueron cogidos al vuelo por personas que se sentían hartas e incómodas por Alcibíades, debido a que éste les impedía afirmarse como caudillos del demos.» Plutarco nombra al «demagogo Androcles», pero en el mismo lugar informa que el acusador de Alcibíades fue el cabecilla del partido laconófilo Tésalo, hijo de Cimón. De esta manera, según parece, en la acusación contra Alcibíades tomaron parte todos sus adversarios, tanto los oligarcas como los radicales.

La agrupación demócrata radical, decapitada por resultados del ostracismo de Hipérbolo, trataba indudablemente de valerse de todas las posibilidades para dar cuenta de Alcibíades y hacer así más sólida su propia influencia. Los oligarcas irreconciliables, como el mencionado Tésalo, no podían perdonarle a Alcibíades su acción anterior, como tampoco toda la aventura siciliana. Los esfuerzos aunados de los adversarios de Alcibíades lograron imponerse. Bajo la directa influencia de los rumores, insistentemente propagados acerca de la conjura contra la democracia, la ecclesia resolvió que «todo está realizado por los conjurados con miras a establecer una oligarquía o una tiranía».

Fueron arrojados a la prisión muchos «ciudadanos notorios»; entre ellos Eucrates, hermano de Nicias. Las sospechas recayeron también sobre Alcibíades. Los bienes de los condenados fueron confiscados y vendidos en subasta pública. Las inscripciones comunican datos interesantes acerca de esos bienes confiscados a los mutiladores de los hermes, los llamados hermocópidas. Uno de éstos era un meteco del Pireo, Cefisodoros, que poseía 16 esclavos, entre ellos cinco tracios, un escita y un cólquida. Llama la atención la cantidad relativamente pequeña de esclavos que pertenecían incluso a hombres ricos. El inventario que figura en una de las inscripciones, probablemente pertenecía a Alcibíades.

Al enterarse de que era llamado a juicio, Alcibíades huyó al Peloponeso y luego a Esparta, donde se convirtió en el alma de todos los planes antiatenienses. Cuando se le comunicó que estaba condenado a muerte, habría dicho: «Les he de probar que estoy vivo.» Y, en efecto, ocasionó grandes daños a los atenienses en Sicilia, Jonia y hasta en la propia Ática.

Al quedar sin Alcibíades, Nicias y Lámaco repartieron entre sí todas las fuerzas armadas y se dirigieron por mar a Segesta, de donde obtuvieron otros 30 talentos, sacando 120 talentos más al vender como esclavos a todos los habitantes de la pequeña ciudad de Hícara, una parte de los

cuales posteriormente prestó servicios como remeros en la flota ateniense. Luego se dirigieron, por tierra firme, a través de toda la isla, hacia el litoral oriental, hacia Catana. En el invierno del 414, los atenienses aparecieron a orillas del mar en Siracusa, tras adelantarse al ejército siracusano apostado junto a Catana, e infirieron algunas pérdidas a los siracusanos. Sin embargo, y debido a la indecisión de Nicias, los ejércitos atenienses regresaron a Catana, dando así tiempo al adversario para terminar la construcción de fortificaciones defensivas en torno de Siracusa.

Durante el invierno, ambas partes trataron de atraerse la máxima cantidad de aliados. Los atenienses lograron obtener el apoyo de Segesta, Catana y Naxos y una parte de los sículos. Siracusa se aseguró la ayuda de Corinto y Esparta. Megara, jonia en lo fundamental, permaneció neutral, debido a que Alcibíades había informado al grupo siracusano de Mesana quienes eran partidarios de Atenas en la ciudad. Camarina, doria, que recelaba del reforzamiento de Siracusa, también observó rigurosa neutralidad. Polieno, sin citar las fuentes, informa que en el año 414 tuvo lugar una gran sublevación de esclavos. Fue tan considerable que los esclavistas siracusanos sólo pudieron aplastarla recurriendo a un engaño. Incluso así, cerca de 300 esclavos se pasaron a los atenienses.

En toda esta situación desempeñó gran papel Alcibíades, quien en el ínterin, había llegado a Esparta, donde declaró que la expedición a Sicilia estaba dirigida, en primer lugar, contra los lacedemonios. Aconsejó insistentemente enviar a un autorizado jefe militar en ayuda de los siracusanos y, al mismo tiempo, reanudar las acciones bélicas en el Ática con la ocupación de Decelia.

Sólo en el verano del año 414, después de haber pasado un año en Sicilia, los atenienses emprendieron el sitio de Siracusa. Lámaco pereció en el comienzo mismo de ese asedio, y todo el ejército expedicionario pasó a ser mandado por Nicias, quien dedicó todas las fuerzas a la construcción de una muralla sitiadora alrededor de Sicilia. La mayor parte de dicha muralla fue terminada en junio del mismo año, pero los atenienses, a pesar de todo, no tuvieron suficiente tiempo para impedir entrar en Siracusa al jefe militar espartano Gílipo, enviado a raíz del consejo de Alcibíades. Gílipo llevó consigo hasta 3.000 hoplitas y, lo que es principal, convenció a los sitiados de que en su ayuda estaban marchando desde el Peloponeso considerables tropas.

La situación de los atenienses empeoró bruscamente. Por iniciativa de Gílipo, los sitiados comenzaron con energía a erigir un muro perpendicular al de los atenienses, los cuales habían sufrido ya varias derrotas en algunas escaramuzas en tierra firme y, por descuido, habían dejado pasar a Siracusa otros 12 buques más llegados del Peloponeso.

De esta manera, el fundamental objetivo táctico de los atenienses durante el sitio: aislar por completo a Siracusa por tierra firme, sufrió un rotundo fracaso. Los sitiados extendieron su muro mucho más allá de la línea de las construcciones atenienses y, de esta manera, se aseguraron el aprovisionamiento de víveres y la llegada de ayuda proveniente de sus aliados por vía terrestre.

Más peligrosa aún era para los atenienses la situación en el mar. Las trieres atenienses, que habían estado en acción durante un tiempo prolongado, necesitaban reparaciones capitales y habían perdido su cualidad bélica más importante, la velocidad de movimiento. También había disminuido considerablemente la cantidad de remeros, debido a las pérdidas sufridas. Una parte de los mismos, a causa del desfavorable desarrollo de los acontecimientos, comenzó a pasarse a los enemigos. La falta de caballería que afectaba a los atenienses, proporcionaba a los siracusanos asediados la posibilidad de mantener, de hecho, a los propios sitiadores en condición de sitiados, al tiempo que sufrían escasez de vituallas. La pérdida de la superioridad en el mar constituía en el futuro una amenaza de total perdición para los atenienses, porque les cortaba los caminos de regreso a la patria.

En tal emergencia, Nicias se dirigió a Atenas, exigiendo que sus tropas fueran llamadas inmediatamente de vuelta, o que se enviaran nuevas y fuertes tropas auxiliares de refuerzo. En esta misiva que Tucídides considera auténtica, la situación de los atenienses es pintada como desesperante. En socorro de Nicias salió del Pireo el mejor jefe militar, vencedor en Pilos,

Demóstenes, con 65 navíos, 1.200 hoplitas atenienses y cierto número de aliados. Después de haber movilizadas las reservas en las islas Jónicas, Demóstenes arribó a Siracusa a finales de julio del 413. Plutarco describe, con riqueza de imágenes, el arribo de Demóstenes: «En aquel momento se hizo ver en el puerto Demóstenes, infundiendo temor a los enemigos con la brillante pompa de su armada. Avanzaba llevando tras suyo, en 73 navíos, a 5.000 hoplitas, y no menos de 3.000 lanceros, arqueros y honderos; el ornato de las armas, las insignias de las trieres y la multitud de jefes de los remeros, con cantores y flautistas, eran propios para impresionar a los enemigos y provocar su admiración.»

Para evitar los errores del tardo Nicias, que había dejado la iniciativa al enemigo, Demóstenes, ya en la primera noche de su llegada, emprendió el asalto de las fortificaciones siracusanas en Epípolas, alturas en las que la muralla de los siracusanos rodeaba las construcciones atenienses. Pero, tras cierto éxito inicial, los atenienses sufrieron grandes pérdidas, viéndose obligados a retirarse. Entonces Demóstenes y el segundo estratega Eurimedonte, que había llegado con él, propusieron zarpar sin pérdida de tiempo de Siracusa, donde el ejército estaba apostado inútilmente, en pésimas condiciones climatológicas, perdiendo mucha gente por las enfermedades, y donde la flota no podía desenvolverse en el interior de la rada sumamente angosta. Nicias objetó esto, diciendo que también los siracusanos sufrían grandes pérdidas, y que, además, debía contarse con algunos partidarios en el interior de la ciudad. También desempeñó aquí cierto papel un eclipse de luna, pues Nicias lo consideró como desfavorable para la retirada, y propuso, en vista de ello, postergar la partida de Sicilia por veintisiete días.

Los combates navales de 3 y del 7 de septiembre del 413 terminaron con la completa derrota de la flota ateniense, la que ya hacía mucho había perdido su capacidad combativa. El ejército ateniense estaba aislado en Sicilia. Nicias y Demóstenes intentaron retirarse al interior de la isla, pero sin éxito, y, rodeados por todas partes por el enemigo, los atenienses debieron capitular. Los dos estrategas fueron ejecutados; en cuanto a los prisioneros de guerra, les cupo la misma suerte que a todos los que caían en manos de sus vencedores: tras permanecer siete meses en las canteras, fueron vendidos como esclavos.

Así fueron aniquilados el enorme ejército ateniense y su poderosa armada. Tucídides define la catástrofe siciliana como «el episodio militar más importante... Los atenienses fueron totalmente vencidos en todos los terrenos... Fue, como se dice, la ruina total de su ejército de tierra y de la flota. Nada quedó».

La expedición a Sicilia constituyó un punto de viraje en toda la guerra del Peloponeso. Hasta entonces, Atenas no sólo había resistido con éxito a la poderosa coalición que comprendía a la mitad de la Hélade, sino que había cumplido enérgicas acciones agresivas que le aportaron no pocos éxitos en la guerra de Arquídamo. Inclusive la derrota en la batalla de Mantinea fue una prueba de la fuerte expansión de Atenas hacia la región del Peloponeso. Desde este punto de vista hay que mirar también a la expedición a Sicilia. Ciertamente, la misma terminó con una catástrofe que acarreó más tarde el hundimiento de la potencia naval de Atenas. Empero, el mismo hecho de enviar una potente expedición con fines de conquista hacia países lejanos, sólo cinco años después de haber terminado la ruinoso guerra de Arquídamo, da testimonio de la presencia en Atenas de considerables fuerzas y medios económicos. Como causa fundamental del envío de tal expedición, hay que considerar no sólo los intereses comerciales de los atenienses en el Occidente, sino, en primer lugar, la tendencia general a la expansión que radicaba en la economía de este fuerte Estado esclavista. «... una guerra constituye aquel importante problema general, aquel gran trabajo común, que se requiere ora para apropiarse de las condiciones objetivas de la existencia, ora para preservar y para consolidar aquello de lo que se había apoderado». Dentro de las condiciones de una antigua polis, las reproducción del viejo modo de existencia.«... *constituye al mismo tiempo, por necesidad, una producción renovada de la forma vieja, y su destrucción*». Por ejemplo, allí donde a cada uno de los individuos corresponde poseer tal o cual cantidad de acres de tierra, ello ya se ve impedido por el crecimiento de la población. Si se toman medidas para suprimirlo, se recurre a la colonización y ésta, a su vez, y siempre, provoca una necesidad de organizar y emprender guerras de conquista. Una guerra de tal especie, con fines de conquista, fue precisamente la expedición a

Sicilia. La dirección de la misma fue dictada por el deseo de privar a la Liga del apoyo de las polis siciliotas, y por la esperanza de fácil éxito en Sicilia, con motivo de las discordias entre las polis locales.

La catástrofe en Sicilia condujo a un brusco cambio en la correlación de las fuerzas de las partes beligerantes. Uno de los factores más importantes que actúan en una guerra, es la cantidad y calidad de las fuerzas armadas del adversario. Atenas había perdido 50.000 hombres, entre ellos, 10.000 hoplitas, y más de 200 barcos, sin hablar ya del dinero gastado. Para comparar, señalemos que en la batalla más grande de la guerra de Arquídamo, en el combate de Delión, los atenienses habían perdido solamente 10.000 hombres.

Un factor no menos importante que las enormes pérdidas materiales, fue el factor moral-político. Junto a Siracusa, los atenienses fueron aplastados no sólo en tierra firme, sino también en el mar. De esta manera, el período sexagenario del predominio naval ateniense había llegado a su fin. Y pensar que fue precisamente la flota la que constituyó el eslabón cimentador de la potencia naval de Atenas... Una de las primeras consecuencias de la derrota en el Occidente fue la sublevación de los aliados en el Oriente.

Por fin, la consecuencia quizá más importante de la catástrofe de Sicilia, fue el considerable debilitamiento de la solidez de la retaguardia ateniense. El descenso de la autoridad del demos en Atenas fue inmediatamente aprovechado por la oligarquía, la que pasó a más abiertas agresiones contra la odiada democracia.

5. El último período de la guerra

La guerra de Decelia

Ya hemos señalado que Alcibíades había dado a los espartanos dos consejos: en primer lugar, enviar un jefe militar a Siracusa, con el fin de prevenir la capitulación de la ciudad sitiada, lo cual había predeterminado en medida considerable la marcha ulterior de los acontecimientos en Sicilia; y en segundo lugar, reanudar, en gran escala, las operaciones bélicas contra Atenas y, en particular, ocupar Decelia. Se llamaba así uno de los demos áticos situados al noroeste de Atenas, a una distancia de 120 estadios (cerca de 22 kilómetros). La ubicación geográfica de esa localidad era sumamente ventajosa, porque dominaba el camino hacia Oropos. A través de Decelia conducía también el camino más cercano hacia la sumamente importante posesión de Atenas que era la sila de Eubea.

Los consejos de Alcibíades tenían como objetivo la creación, para los peloponesios, de un constante punto de apoyo en el Ática, mediante la ocupación de Decelia. De este modo, se podría tener bajo permanente control militar a Atenas y al Ática. Así —decía Alcibíades— los espartanos se apoderarían «de todas las riquezas del territorio enemigo, y los atenienses instantáneamente perderán los ingresos que proceden de las minas argentíferas del Laurión, y de los beneficios que ahora obtienen del cultivo de las tierras y de los tribunales. Pero, lo que es lo principal, perderán los tributos que les pagan sus aliados».

El consejo de Alcibíades fue aceptado, y durante el invierno del 414 al 413, Esparta se preparó enérgicamente para futuras operaciones bélicas, en la suposición de que los atenienses se encontraran hundidos en Sicilia. Los espartanos exigieron a sus aliados suministros especiales de hierro y de instrumentos. Al comenzar la primavera del año 413, Agis invadió el Ática y, habiendo fortificado a Decelia, quedó en la misma con una fuerte guarnición, lo cual hizo empeorar bruscamente la posición de Atenas.

Más de 20.000 esclavos adultos, que constituían la cuarta parte de todos los esclavos de Atenas (de los cuales, la mayoría eran artesanos), se pasaron al enemigo. Este hecho desorganizó bruscamente toda la producción artesanal. Según dice Tucídides, los atenienses perdieron todo su territorio, sucumbió toda la hacienda pequeña y mediana y los caballos morían de inanición.

Al fin, en vista de la amenaza de un ataque directo a la misma ciudad de Atenas, fueron dispuestas guardias constantes de todos los ciudadanos y metecos, en los muros de la ciudad, que se mantenían durante todo el año, día y noche. «Todos los atenienses, debido a que el enemigo se hallaba en Decelia, estaban permanentemente bajo las armas y en los puestos que tenían asignados: unos en las murallas y otros en las filas.»

Tomando en cuenta las enormes pérdidas experimentadas por los atenienses en Sicilia, el golpe inferido en Decelia debía haber demolido definitivamente toda la economía del país. Si las primeras invasiones de los peloponesiacos causaban grandes perjuicios, en primer lugar, a los intensivos cultivos agropecuarios, la ocupación de Decelia privada a los atenienses de la posibilidad de ocuparse, en general, de la agricultura. Era preciso importar todos los víveres por el camino del Pireo.

Y precisamente en aquel momento llegó a Atenas la noticia de la muerte de Nicias y Demóstenes, lo cual significaba no sólo enormes pérdidas, esta vez irreparables, de hombres y de naves, sino la amenaza inmediata de una aparición de la flota enemiga en el puerto del Pireo. Y, en el ínterin, en los diques faltaban naves, en el fisco no había dinero, y no había dónde conseguir remeros para la flota. Por añadidura, existía una amenaza de defección de los aliados. Atenas se hallaba al borde del abismo.

Principio de la descomposición de la arqué ateniense

De acuerdo con la opinión general, el destino de Atenas estaba predeterminado. A finales del año 413 parecía indudable que no podría sostenerse ni siquiera hasta el fin del verano. Debido a ello, las polis neutrales trataban de adherirse lo más rápidamente posible a los vencedores en ciernes, «aun cuando nadie las invitaba». Esparta y sus aliados habían decidido a hacer el último esfuerzo para terminar lo antes posible las prolongadas operaciones bélicas y resarcirse, mediante una paz triunfal, por los veinte años de privaciones de guerra. Finalmente, las cúspides oligárquicas de las polis que formaban parte de la arqué ateniense consideraron adecuado el momento para sublevarse contra el odioso dominio de Atenas.

La garantía del éxito en esta lucha la constituía la creación de una flota militar. Las ciudades jonias no tenían fortificaciones, porque los atenienses querían privarlas de toda posibilidad de resistencia. Los lacedemonios no podían ni pensar en una sublevación en Jonia antes de crear una armada propia. Para esto se requerían, en primer lugar, medios materiales. A la espera de una próxima victoria, los espartanos ordenaron a los Estados aliados construir cien naves; se obligaron a sí mismos y obligaron a los beocios, a suministrar veinticinco barcos cada uno. Teniendo presente su falta de experiencia en la navegación, aquello era realmente lo más que podía hacer Esparta.

Para hacerse de los medios necesarios para financiar la flota, el rey Agis, que se hallaba permanentemente en Decelia, comenzó a acumular dinero, recurriendo a sus aliados.

En ese tiempo se había puesto en evidencia la rivalidad entre el rey Agis, que tendía a la autocracia, y Alcibíades, que gozaba del apoyo del influyente éforo Endios. Llegaron hasta Agis, en Decelia, los representantes de los súbditos de Atenas en Eubea y Lesbos, con la petición de que les enviara una armada. Se les prometió veinte barcos, diez de ellos beocios. Simultáneamente, estaban preparándose para sublevarse los oligarcas de Quíos y Eritras, que también habían recurrido a los espartanos en busca de ayuda, pero no lo hicieron dirigiéndose a Agis, sino directamente a la Laconia. También enviaron sus representantes los sátrapas persas Tisafernes, que regía en la satrapía de Sardes, y Farnabazo, de la satrapía de Dascilión. Los dos persas se dirigieron a Esparta proponiendo llevar la guerra contra los atenienses a las regiones colindantes con los territorios de sus respectivas satrapías: Tisafernes en Jonia y Farnabazo en el Helesponto, prometiendo una considerable ayuda material a la flota espartana. A propuesta de Alcibíades, los espartanos decidieron empezar las operaciones bélicas, en primer lugar, en Jonia.

La isla de Quíos, situada en la parte central de Jonia, era el más grande de los aliados de Atenas. Después del aplastamiento de la sublevación de Mitilene en el año 427, sólo Quíos disponía de una fuerte armada propia, compuesta de 60 trieres. Regían allí los oligarcas. Según

Tucídides, Alcibíades los calificaba «los más ricos entre los helenos». En Quíos, era sumamente acentuado el desarrollo de la esclavitud. Los habitantes de la isla tenían muchísimos esclavos, más de los que había en cualquiera de los demás Estados, excepto en Lacedemonia. Debido a su cantidad, los esclavos eran víctimas de los más crueles castigos, por cualquier culpa. Por esta causa explica Tucídides el paso en masa de los esclavos de Quíos, después del comienzo de la sublevación, al lado de los atenienses.

Una vez asegurada la ayuda de la flota espartana, en junio del 412, tras la llegada de Alcibíades que trajo consigo 22 barcos peloponesiacos, los habitantes de Quíos iniciaron la sublevación, cuya noticia comenzó a difundirse con gran rapidez por toda Jonia. A los sublevados se adhirieron Eritras, Clazómene, Teos y, ulteriormente, debido a los vínculos personales de Alcibíades con los oligarcas locales, también la principal ciudad de Jonia, Mileto. Después se sublevó contra Atenas casi la totalidad de Jonia, tanto más que, en los primeros tiempos, los espartanos se hacían ver en todas partes bajo la consigna popular de «libertad de la Hélade».

En vista de los éxitos de sublevación, y reconociendo todo lo que importaba para el definitivo aplastamiento de Atenas, los peloponesiacos enviaron al Oriente toda la flota de que disponían. Durante la campaña del invierno del año 411, el navarca espartano Astíoco tenía ya bajo su mando 94 trieres, sin contar los barcos de Quíos. Finalmente, también Rodas se unió a los peloponesiacos.

La defección de Jonia se desarrolló con una gran rapidez, debido a que los aliados se sentían ya desde hacía mucho molestos por el dominio ateniense. La explotación de las polis aliadas, que iba en constante aumento, la altanería de los poderes atenienses, las crueles represiones de que eran víctimas los sublevados, fueron todas circunstancias que habían intensificado el descontento entre los aliados de Atenas; y bastó una sola chispa para que se encendiera la sublevación general. El papel decisivo lo desempeñó la llegada de la flota peloponesiaca y de Alcibíades, que, además, gozaba del apoyo de Tisafernes, y, en consecuencia, del rey persa, en tanto que los atenienses carecían ahora de una fuerza naval capaz de superar a sus enemigos.

Parecía que los atenienses no les restaba ya ninguna esperanza. La flor y nata de su ejército y de su flota había cumplido en Sicilia. El enemigo se había afirmado en el centro de Ática, lo cual desorganizaba por completo la economía del país. Y ahora se desplomaba el último sostén, su potencia marítima.

En aquel momento, la democracia ateniense, a pesar de los golpes que se habían descargado sobre ella desde todos los lados, pudo desarrollar una colosal fuerza de resistencia. Sin desearlo, se impone una comparación entre la Atenas del año 412, y la Esparta del año 425. Había bastado una sola gran derrota en Esfacteria para que Esparta pidiera la paz y cesara todas las acciones agresivas. El demos ateniense, hallándose casi en un callejón sin salida, combatió durante ocho años enteros no sólo contra toda la Hélade, sino también contra Persia; inclusive, durante el último período de la guerra, descargó en más de una oportunidad sensibles golpes a adversarios más fuertes que él. En el año 412 el demos movilizó todos los medios para la lucha. El programa de acción consistía en «equipar y armar una flota, procurándose madera y dinero por cualquier medio; asegurarse la fidelidad de los aliados, especialmente de Eubea; reducir prudentemente los gastos del Estado y crear una magistratura integrada por los ciudadanos de más edad, destinada a la consideración previa de los asuntos corrientes».

Tal programa era llevado a la ejecución, de manera firme y estricta. Los atenienses supieron acumular la cantidad necesaria de madera, fortificaron el promontorio Sunio para asegurar el paso de los barcos que traían víveres desde Eubea; liquidaron su plaza de armas en el litoral de Laconia, del que se habían apoderado durante la expedición a Sicilia, y al enterarse de la defección de Quíos enviaron inmediatamente 20 barcos para aplastar al rebelión.

Además, fueron enviados otros 30 navíos para realizar un crucero alrededor del Peloponeso; y estaban preparando nuevas decenas de barcos para ser enviados a Jonia.

Sumamente considerables eran entonces (finales del año 413) las dificultades financieras. La tesorería del Estado estaba vacía. Tampoco se contaba con una flota. Para armar y equipar una nueva y, principalmente, para mantenerla, se requerían sumas muy considerables que sólo se

podían sacar de las arcas de los aliados, los que manifestaban muy abiertamente su descontento por el alcance de las imposiciones vigentes. Ciertamente, el demos tocó por primera vez la reserva de mil talentos, depositada aún por Pericles, para casos de extrema necesidad. Así y todo, estos fondos eran insuficientes y con mucho.

Con el objeto de mejorar el presupuesto del Estado, fue llevada a cabo una reforma financiera de suma importancia. Se suprimió el foros —la contribución recabada de los aliados, en forma de imposición directa—, y se estableció un aforo del 5 por 100 sobre el valor de todos los productos importados y exportados por vía marítima. Al parecer, el objeto fundamental de tal reforma era acrecentar los ingresos del fisco. Mas, de por sí, la supresión del foros haría menguar el descontento de los aliados. Además, ese aforo se cobraba, principalmente en el Helesponto, lo cual era, técnicamente, una medida fácilmente ejecutable, y exigía fuerzas armadas relativamente escasas.

Apuntábanse, ya entonces, los contornos de una nueva política del demos respecto a los aliados, lo cual se manifestó con la decisión de equiparar siete trieres de Quíos que habían caído en poder de los atenienses. «A los esclavos que se hallaban en las mismas les fue concebida la libertad, mientras a los hombres libres se los encadenó.» Bajo este aspecto, son significativos también los acontecimientos registrados en la isla de Samos. Aprovechando la presencia de tres trieres atenienses, los demócratas de Samos organizaron una sublevación y dieron muerte a cerca de 200 ciudadanos nobles; 400 oligarcas fueron condenados a la expulsión; las tierras y casas de la nobleza fueron confiscadas por el demos. Habiendo constatado la fidelidad de esos demócratas, los atenienses les otorgaron la autonomía, de hecho, una independencia. Es sumamente elocuente el hecho de que, de acuerdo con la constitución democrática de Samos, los geomores, es decir, los propietarios de grandes extensiones de tierra, fueron completamente privados de los derechos políticos, inclusive del derecho a la epigamía (contraer matrimonio) con el demos. Fue uno de los pocos casos en la historia del mundo antiguo en que el demos victorioso recurrió a la privación de los derechos políticos de sus adversarios.

En combinación con el triunfo de la democracia de Samos, hay que anotar otros dos momentos interesantes. En Samos se encontraba Hipérbolo, que fuera líder de la democracia radical en Atenas, de donde se le expulsó en el año 417. Es dable suponer que, también en el exilio, fue de los conductores de los demócratas de Samos, puesto que allí lo mataron los oligarcas durante su sublevación armada en el año 411. Durante la revuelta oligárquica en Atenas, en el mismo año 411, sólo en Samos se conservó el orden democrático. Basándose en ello, los marinos atenienses, aliados de hecho con los demócratas locales, restablecieron la democracia en Atenas.

Recrudescimiento de los elementos oligárquicos en Atenas

Todo el conjunto de las medidas emprendidas por el demos ateniense, testimonia las alteraciones que allí apuntaban en las relaciones con los aliados. En nombre de la conservación de la arqué, Atenas intentaba, por primera vez durante la guerra, apoyarse más firmemente en los grupos democráticos de las polis aliadas. Y fue precisamente esta línea política la que dio a Atenas una salvación temporal, provisional, en el año 412. Samos quedó en calidad de base estable para las escuadras. En Quíos los atenienses se apoderaron de un importante punto, Delfinion, y lo fortificaron. En Lesbos los combates se desarrollaron con éxitos alternados. La desorganización quedó frenada. No obstante, simultáneamente con la movilización de las fuerzas del demos, se intensificó también en Atenas la actitud de diversos grupos de oligarcas que se mostraban bajo la consigna general de «regreso el régimen de los padres». Tal consigna resultaba muy adecuada para la unificación de los diferentes grupos, que ostentaban a veces programas diametralmente opuestos, en primer lugar, absolutamente indefinidos. En la consigna «las leyes de los padres» quedaban comprendidas tanto la constitución democrática de Clístenes como la legislación timocrática de Solón, e inclusive las leyes de Dracón.

Se amplió la base social de los oligarcas. Anteriormente, sólo pertenecían a los mismos los representantes de las antiguas generaciones laconófilas, cuyo único apoyo lo constituía «la juventud dorada», agrupada en sociedades secretas, las heterías. A partir del año 412

comenzaron a prestarles apoyo las familias más ricas de los ciudadanos atenienses. Tucídides menciona siempre a los trierarcas que, «independientemente de Alcibíades, y en grado aun mucho mayor que éste, trataban de derrocar a la democracia».

Así surgió la unión de los oligarcas con los ciudadanos ricos, «los que —según Tucídides— llevaban sobre sí cargas insignificantes». La consigna fundamental de esa unión fue la limitación de los gastos del Estado. Con ello se quería decir, en primer lugar, la absoluta supresión de los sueldos a los buleutas y a los jueces, y de la paga por asistir a las asambleas populares. De llevarse a cabo este programa, los atenienses pobres se verían privados automáticamente de participar en el manejo de los asuntos gubernamentales y el poder pasaría de hecho a manos de los oligarcas y de los grupos que les prestaban apoyo.

Pero la realización de esta clase de programa, en toda su extensión, era casi imposible, no sólo por razones políticas, puesto que el demos no hubiera entregado el poder voluntariamente, sino por razones de orden económico, puesto que esas prebendas estatales representaban de hecho la única fuente de existencia de las amplias masas del demos traídas por el éxodo campesino hasta el interior de los Largos Muros, y privadas de todos los recursos. La aplastante mayoría de los marineros de la flota anclada en Samos formaban también una especie de tetes profundamente interesados en la conservación de la democracia. De modo que, dentro de condiciones normales, no se podía contar con la derogación de la constitución, ni por vía pacífica ni por las armas.

Así y todo, había otra importante circunstancia que obraba en favor de las agrupaciones antidemocráticas. Y es que los defensores más activos del orden democrático, los tetes, estaban ausentes en número considerable, debido a que prestaban servicios en la flota que, en esos meses, se encontraba permanentemente en Jonia. De esta manera, uno de los grupos políticos más activos de los ciudadanos atenienses no pudo tomar parte directa en las sesiones de la ecclesia. Al mismo tiempo, una parte de los anteriores conductores de los elementos radicales, como Pisandro y Caricles, se sumaron a los oligarcas e incluso se pusieron a la cabeza de las medidas antidemocráticas.

Es por esto que, en el año 412, los oligarcas habían conseguido con relativa facilidad dos triunfos importantes. En primer lugar, inmediatamente después de la catástrofe de Sicilia, fue violada parcialmente la constitución ateniense. En el programa, citado anteriormente llama la atención el último punto: el que se refiere a la creación de una magistratura integrada por los ciudadanos de más edad, destinada a la consideración previa de los asuntos corrientes. Dicha magistratura llevaba el nombre de probulé. Hasta entonces, tal magistratura era la bulé, a través de su pritanía. Se puede decir más: de hecho la consideración previa de los asuntos corrientes constituía la función fundamental de la bulé, porque la ecclesia, que se reunía con frecuencia, sólo tomaba resoluciones respecto a los asuntos no corrientes.

De esta manera, puede decirse que la creación de la nueva magistratura anulaba el papel de la bulé. Su miembros eran elegidos por sorteo, y ella representaba efectivamente a la masa ciudadana, aun cuando sin suficiente experiencia en la administración, pero, en cambio, completamente democrática. A su vez, la nueva magistratura, la probulé, era formada, por elecciones, con los ciudadanos de más edad. Habiendo sido electos después del fracaso de Sicilia, ellos representaban, en grado considerable, las opiniones de los oligarcas y de las capas conservadoras de la población, pero no del demos radical. Finalmente, la composición constante de la probulé ofrecía para los oligarcas y los ricos la posibilidad de ejercer influencia sobre sus miembros.

El segundo triunfo de los oligarcas fue la elección de estrategas en el año 412. Esta vez, la mayoría de ellos, encabezada por Frínico, era de los oligarcas. Una parte de los mismos fue en el 411 jefe de los oligarcas. La otra parte, aun cuando no actuó en el año 411 en la revuelta oligárquica, pertenecía, sin embargo, al número de los ciudadanos más opulentos; en consecuencia, también tenía que ser adversaria de la democracia radical. Por cuanto a las manos de los estrategas fue entregado el mando de toda la flota, la única fuerza armada de Atenas en aquel tiempo, tal situación estaba preñada de complicaciones políticas. Y, en efecto, el éxito

temporal de la conjura oligárquica del 411 fue posible sólo a condición de contar con la abstención, o quizás con la connivencia, de los anteriores órganos del poder.

Un índice original de los ánimos de la masa de simples ciudadanos atenienses de aquel tiempo lo fue la comedia de Aristófanes *Lisístrata*, puesta en escena en el año 412. La mujer ateniense Lisístrata, cuyo nombre en griego significa «la que pone fin a la guerra», reúne un destacamento de mujeres de toda la Hélade y ocupa la Acrópolis, donde era guardado el tesoro del Estado. En su polémica con el anciano próbulo, Lisístrata desarrolla todo un programa de reformas:

«... Al igual que en tinas y cubas lavamos la lana y la limpiamos de yuyos, así tendríamos que sacar de la ciudad a los malvados y cobardes, y separar la mala hierba; sacar a todos los que se apelonan en la carrera tras un cómodo puestito y se nos han adherido chupando nuestra sangre; tenemos que ponerlos bajo la uña, y, habiéndolos limpiado, reunir a los ciudadanos decentes y esantarlos nuevamente en el huso.»

La exigencia de expulsar de la ciudad a todos los «infames», a todos los que procuran obtener un «puesto cómodo», corresponden en boca de Aristófanes, con absoluta exactitud, a las consignas de los oligarcas. El *leit motiv* de toda la comedia es la burla de la guerra; la consigna «que continúe la guerra», también está copiada del arsenal de los lacófilos. En comparación con el reforzamiento de sus enemigos, la democracia había experimentado un gran debilitamiento. Ya hemos hablado de que su apoyo combativo, los tetes, en parte no regresaron de Siracusa, y en parte prestaban servicio en la flota en Samos. Además, en las filas del demos se percibía una gran confusión en vista de las derrotas, cada vez más sensibles y fuertes. Finalmente, el constante servicio de guardia no dejaba tiempo libre para ocuparse de los asuntos sociales. Iba en aumento la apatía política, lo que también fue uno de los importantes factores del triunfo de los oligarcas.

Intervención de Persia

En estas circunstancias, en ayuda de Esparta acudieron, por vez primera y de forma abierta, los sátrapas persas: Tisafernes y Farnabazo. El «rey de reyes», Darío II, aun en el comienzo de la guerra del Peloponeso había exigido de sus sátrapas que pagaran el tributo no sólo por las ciudades que, de hecho, se hallaban bajo su dominio y poder, sino por todo el territorio de sus respectivas satrapías. Prácticamente, se trataba de las ciudades helenas del Asia Menor y de las islas del archipiélago del Egeo que formaban parte de la arqué ateniense y, en consecuencia, no pagaban tributo a los persas. Se comprende que Tisafernes y Farnabazo no podían contar con la renuncia voluntaria de los atenienses. Por ello, era lógica la formación de una alianza perso-espartana. En nombre de la misma, cuya esencia consistía en pagar la flota peloponesiaca con los dineros persas, Esparta entregaba a los sátrapas toda Jonia, lo cual era una traición lisa y llana a la causa común de la Hélade.

Durante medio año (verano del 412-invierno del 411) fueron celebrados, uno tras otro, tres tratados entre los lacedemonios y los persas. La confrontación de sus textos revela la naturaleza de las relaciones entre sus firmantes. En el primer tratado, los espartanos reconocían, en favor de Persia, «todo el país y todas las ciudades que posee el rey, y que poseían los antecesores del rey». De esta manera, no sólo el litoral del Asia Menor, sino también las islas, e inclusive una parte de la península balcánica, debían quedar formalmente sometidas a Persia.

En el segundo tratado, debido a una revisión exigida por Esparta, se conservaba la fórmula enunciada, pero se agregaba un punto especial: «Cuantas tropas haya en las tierras del rey por exigencias de éste, el rey debe pagar su sostenimiento.» Ello significaba que los espartanos asumían las funciones de mercenarios persas. Sólo en el tercer tratado, las posesiones del rey persa se limitaron a las «tierras del rey que se encuentran en Asia». Los lacedemonios quedaban obligados a no saquear las tierras del rey, y por ello comenzaron a recibir de Tisafernes los dineros necesarios para la manutención de la flota, pero sólo en concepto de préstamo temporal.

De esta manera, en caso de triunfar Esparta, Persia contaba con la devolución de las ciudades helenas del litoral del Asia Menor, a cambio de lo cual se comprometía a mantener la flota

peloponesiaca. En julio del 412, y bajo la impresión de la reciente sublevación de Quíos, esto parecía del todo suficiente. Sin embargo, después de haber concluido el segundo tratado, los atenienses conservaron las posiciones entre sus aliados.

Alcibíades había llegado a Jonia en compañía del jefe militar espartano Calcídeo. Después de la muerte de éste, Alcibíades conducía, de hecho, toda la política espartana en el Oriente, entrando en estrechas relaciones con Tisafernes. Esto despertó sospechas en Esparta, de donde llegó una orden de darle muerte. Alcibíades huyó a unirse con Tisafernes, tratando entonces de aprovechar su influencia para hacer disminuir la ayuda persa a Esparta. A juzgar por lo que decía, los intereses de Persia exigían no el triunfo de Esparta, sino el agotamiento máximo, hasta el límite, de ambas partes; en consecuencia, era necesario pasar de la política de ayuda incondicionada a Esparta a la de dar una ayuda insignificante a la parte más débil de ambas beligerantes. Prácticamente esto significaba la limitación de la ayuda financiera a Esparta y la posibilidad de un contacto definido entre Alcibíades y Atenas. En efecto, por aquel mismo tiempo Alcibíades entabló relaciones con los partidarios de la oligarquía entre los estrategas que mandaban la flota ateniense en Samos. Prometió atraer a Tisafernes al lado de los atenienses y regresar a Atenas, a condición de que allí quedara abolida «la estupidez generalmente reconocida»: la democracia que lo había expulsado.

Las proposiciones de Alcibíades fueron aceptadas gozosamente por la mayoría de los estrategas oligarcas de la flota. El único adversario sagaz de Alcibíades resultó ser Frínico, quien advertía claramente que Alcibíades no se proponía llegar a un poder oligárquico, sino a una tiranía. Ofrecen interés las consideraciones de Frínico sobre la postura de los aliados de Atenas respecto a la democracia y a la oligarquía: el triunfo de esta última en Atenas determinaría —según su criterio— el establecimiento del orden oligárquico también entre los aliados. Sin embargo, dice, los que ya defecionaron preferirán indudablemente la completa libertad, y los que aún siguen con Atenas no se volverán más fieles. «Pues no han de preferir la esclavitud, ni con la democracia ni con la oligarquía, en vez de ser libres, sea cual fuere el régimen político que reciban.» «Además —dice Frínico más adelante—, los aliados están seguros de que los llamados hermosos y buenos no les ocasionarán menos disgustos que los demócratas, puesto que son los que aconsejan al pueblo y llevan a la ejecución aquellas medidas severas de las que ellos principalmente sacan provecho para ellos mismos. Estar bajo el dominio de esta clase de personas significaría para los aliados ser sujetos a la pena capital sin juicio previo y por métodos aún más violentos.»

De modo que el conductor de los oligarcas atenienses reconocía que los aliados preferían el demos a la aristocracia. Y de ahí la deducción de Frínico: todo intento de revuelta oligárquica en Atenas era prematuro, e inclusive perjudicial. No obstante, la mayoría de los estrategas oligarcas resolvió hacer una tentativa de cambiar el régimen estatal en Atenas, y enviaron hacia allá una embajada encabezada por Pisandro, con el fin de exigir el derrocamiento de la democracia, el regreso de Alcibíades y el establecimiento de relaciones amistosas con Tisafernes.

La revuelta oligárquica del año 411

En enero del 411 Pisandro, acompañado de otros embajadores de Samos, se dirigió a Atenas con las citadas proposiciones. No obstante el debilitamiento de la democracia radical, la asamblea popular fue muy tumultuosa, debido a que el demos no se conformaba con renunciar voluntariamente a sus derechos políticos. Los partidarios de la revuelta declaraban que no había otra salida, «desde que los peloponesiacos poseían en el mar una cantidad de buques listos para entrar en combate, no menor que los atenienses, contaban con un mayor número de aliados y el rey y Tisafernes les proporcionan dinero, en tanto que los atenienses ya carecían del mismo». En vista de que, sin considerar la difícil situación en que se hallaba Atenas, el demos insistía en mantener la democracia, Pisandro se vio obligado a hacer concesiones parciales, y exigió solamente el regreso de Alcibíades; en cuanto al cambio de régimen estatal, expresó su conformidad con revisarlo ulteriormente. La proposición fue aceptada por la ecclesia, que eligió a Pisandro y a otros diez ciudadanos para que fueran a entrevistarse con Tisafernes y Alcibíades. «Los atenienses han resuelto que Pisandro, y con él diez hombres más, se dirigiera a Tisafernes

y Alcibíades para establecer con ellos las relaciones que encontraran como las mejores.» Simultáneamente, se desposeyó de su cargo a Frínico. Esta resolución de la ecclesia se debió a ser Frínico adversario de Alcibíades y, en su calidad de estratega, obrar en oposición a las negociaciones con el mismo, en Samos.

Después de la asamblea, Pisandro entabló relaciones con todas las organizaciones secretas «que existían ya de antes en la ciudad con el objeto de ejercer presión sobre los procesos judiciales y sobre las elecciones de funcionarios, y las exhortó a aunar sus fuerzas, obrar y derrocar la democracia».

Empero, las negociaciones con Alcibíades se dilataron, hasta que, finalmente, se vieron frustradas, debido a que el mismo no gozaba de tanta influencia sobre Tisafernes como presumiera durante las negociaciones, y debido también a que ambas partes se guardaban recíproca desconfianza. Y fue entonces que Tisafernes acordó el tercer trato con Esparta, más ventajoso para ésta que los dos anteriores.

De regreso en Samos, Pisandro y los otros conjurados llegaron a la conclusión de que igualmente sin la ayuda de Alcibíades podrían lograr el establecimiento del régimen oligárquico. En compañía de un grupo de los conspiradores, Pisandro se dirigió a Atenas con el propósito de realizar sus planes. En el camino fueron estableciendo en todas las polis aliadas el orden oligárquico.

A finales de mayo Pisandro llegó con considerables fuerzas armadas a Atenas, donde ya imperaba el verdadero terror de las heterias. Había sido asesinado el jefe de los demócratas radicales, Androcles. Conservando formalmente la antigua constitución, todo el poder había pasado de hecho a mano de los oligarcas. Los establecimientos funcionaban formalmente como antes, pero durante las sesiones hablaban solamente los partidarios de los oligarcas y, de hecho, se aceptaban sin crítica alguna sólo sus proposiciones. El pueblo, aterrorizado y oprimido, o temiendo a los traidores, guardaba silencio. Si alguien osaba contradecir a los conjurados era muerto inmediatamente sin que se instruyera ningún proceso a los culpables o sospechosos del asesinato. Al igual que Androcles, fueron muertos otros varios partidarios de la democracia. La cantidad de los partícipes de la conspiración se exageraba considerablemente. Entre ellos se contaban personas que anteriormente habían sido tenidas por partidarias de la constitución de Pericles. «Estos hombres eran los que más desconfianza suscitaban en el pueblo y los que más contribuían a la seguridad de los oligarcas, pues fortalecían la sospecha y la desconfianza entre los propios demócratas.»

A comienzos de junio fue convocada una asamblea popular, pero no en el habitual lugar de las sesiones, el Pinx, sino en Colona (a unos dos kilómetros en las afueras de la ciudad). En esta asamblea fue abolida, en primer lugar, «la resolución referente a la ilegalidad», y luego aceptada la proposición de Pisandro, apoyada por Antifón, Frínico y Terámenes, acerca de la elección de cinco proedros, lo que, mediante una cooptación consecutiva, debían llevar el número de miembros de la bulé al comienzo hasta 100, y luego hasta 400. Tal Consejo debía regir autocráticamente el Estado, convocado, de acuerdo con su criterio, una asamblea de 5.000 ciudadanos que gozaban de todos los derechos civiles. Simultáneamente, quedaron abolidos los sueldos de todos los magistrados del Estado.

Tomaron parte en la revuelta dos grupos de oligarcas: uno, extremista, y otro, moderado. El primero lo encabezaron Pisandro, Antifón y Frínico, quien, habiéndose convencido de la inevitabilidad de la revuelta, tomó parte activa en la misma, es decir, en los acontecimientos del año 411. Tucídides cree que el cabecilla fue Antilón, quien era ya conocido anteriormente por sus opiniones antidemocráticas. Jamás intervenía en las asambleas populares «por ser sospechoso» al demos. Precisamente gracias a él la conspiración fue organizada de tal manera, «que el asunto pudiera obtener éxito semejante». Pisandro y Frínico habían pertenecido antes a la agrupación radical, siendo constantemente objeto de burlas en las comedias; pero en el año 411 viraron bruscamente y se sumaron a los oligarcas. El programa de los oligarcas extremistas se reducía a la renuncia a todo lo conseguido por la democracia ateniense y al retorno al orden «presoloniano». Al mismo tiempo, ello significaba, evidentemente, una renuncia a ser una

potencia naval. En el sentido social, los dos eran, sobre todo, representantes de la vieja aristocracia.

El grupo de los oligarcas moderados estaba representado por Terámenes, hijo del próbulo Hagnón. Procuraba limitar la cantidad de ciudadanos atenienses de tal manera, que sólo 5.000 de los mismos gozaron del derecho a votar y estuvieron en condiciones de adquirir por su propia cuenta las armas de hoplita. Su apoyo lo constituían los ciudadanos pudientes, los artesanos y los mercaderes, los trierarcas, «los mejores hombres», como los denomina Tucídides. Sin el apoyo de esos elementos, los oligarcas extremistas no podían, evidentemente, esperar ningún éxito. Aristóteles y Tucídides consideraban el programa de Terámenes la mejor de todas las posibles constituciones. A nuestro criterio, una opinión más justa acerca de Terámenes es la sostenida por Lisias, quien declaró que Terámenes «... llegó en su villanía a tal punto, que, al mismo tiempo, por ser fiel a ellos [a los oligarcas] nos convirtió a nosotros en esclavos y, por ser fiel a vosotros, entregó traicioneramente, para perderlos, a sus amigos». Las resoluciones de la asamblea en Colona constituían una especie de compromiso entre ambos puntos de vista. A juzgar por la cantidad de ciudadanos que gozaban de todos los derechos, parecería haberse impuesto la línea de Terámenes. En el número de los Cinco Mil se hallaban todos los hoplitas, lo cual constituía la exigencia fundamental de los oligarcas moderados: entregar el poder a los hombres «que poseyeran armas pesadas». De hecho, sin embargo, habían triunfado los oligarcas extremistas. La asamblea de los Cinco Mil debía ser convocada sólo de acuerdo con el criterio de la bulé. Y en ésta había una mayoría de oligarcas extremistas que trataba de desechar «todas las supervivencias» de la democracia. Debido a ello, resultó que «los Cinco Mil fueron electos sólo por las apariencias, y de hecho gobernaban al Estado... los Cuatrocientos». En realidad, las resoluciones de la asamblea en Colona y las elecciones de los proedros sólo reflejaban la nueva relación de fuerzas en Atenas. La constitución de Pericles, aún antes de haber sido abolida por Pisandro, había sido prácticamente destruida por el terror de las heterías oligárquicas. En el poder se habían encaramado las heterías que representaban a los oligarcas extremistas: Antifón, Frínico, Pisandro y otros. Las consignas del grupo de Terámenes, tan calurosamente ensalzadas por Aristóteles y Tucídides, sólo eran una especie de pantalla detrás de la cual operaban los oligarcas extremistas. No hablemos ya de que las amplias masas del demos, tanto en un caso como en el otro, quedaban privadas no sólo de los medios de existencia, sino de los más elementales derechos políticos.

Una vez logrado el poder, los oligarcas extremistas comenzaron a intensificar el terror. «Los Cuatrocientos dieron muerte a algunos hombres, a otros los arrojaron a las prisiones y a otros más los expulsaron.» Según las palabras de un marino, Quereas, que huyó a Samos, «ellos usan contra todos los castigos corporales, y no permiten objeciones de ninguna especie; violan a las esposas e hijas de los ciudadanos, y abrigan el propósito de arrojar a las prisiones a los parientes de todos los guerreros de Samos». En cuanto a los asuntos de la política exterior, los oligarcas extremistas resolvieron no invitar a venir a Atenas a Alcibíades, que continuaba al lado de Tisafernes. Los oligarcas contaban principalmente con que, para ellos, como laconófilos, sería fácil hacer la paz con Esparta. Y, en efecto, repentinamente enviaron un embajador a Decelia, para ver al rey Agis. Pero éste consideró más racional responder a la propuesta de paz con un inesperado ataque a Atenas, en la presunción de que, en el período de las discordias intestinas, los Largos Muros habrían quedado sin guardia. Otra embajada, enviada directamente a la Laconia, tampoco aportó éxito alguno a los oligarcas atenienses, ya que Esparta exigió la renuncia completa, por parte de Atenas, a la arqué, exigencia a la que no podían dar su conformidad ni los más fervorosos laconófilos, por temor a una sublevación del demos.

La situación de los Cuatrocientos empeoró considerablemente a raíz de la defección de una serie de aliados. Si anteriormente una sublevación quedaba circunscripta sólo a Jonia, en cambio ahora, salvo Tasos, se pasaron a los lacedemonios una serie de ciudades de los estrechos: Abidos, Lámpsaco, Bizancio, Calcedonia y otras.

Un golpe más serio aún fue la sublevación en Eubea. «Los atenienses se sintieron abatidos por esta desgracia, más que por todas las precedentes: hay que tener presente que, en aquel tiempo, ellos recibían de Eubea más ingresos que del Ática.» Aún antes que eso, los beocios se habían apoderado de Oropos, situada frente a Eubea. En el combate tratado cerca de Eretria, la

flota guiada por los oligarcas sufrió una oprobiosa derrota. Contra las 42 naves peloponesiacas se batieron 36 atenienses. Los atenienses perdieron 22 trieres con sus tripulaciones. Inmediatamente después de la derrota de la flota ateniense tuvo lugar la sublevación en Eretria. Los rebeldes establecieron un régimen oligárquico. En las *Inscriptiones Graecae*, la bulé de Eretria otorga la proxenia a cierto tarentino «que había tomado parte en la liberación de la ciudad del yugo ateniense».

Sin embargo, el golpe decisivo a los oligarcas extremistas lo asestó la flota de Samos que, bajo la dirección de Trasíbulo y Trasilo, se había pronunciado en favor del restablecimiento de la democracia y consumó el regreso de Alcibíades, mediante una invitación directa. La embajada enviada a Samos en nombre de los Cuatrocientos retornó como era de esperar sin resultado alguno. La masa de los tetes que prestaba servicios en la flota no quería ni oír de compromisos.

Dada esta situación, los oligarcas que gobernaban en Atenas decidieron hacer todo lo posible para conseguir la paz con Esparta, sin detenerse ni siquiera ante una directa traición al Estado. Enviaron a Esparta una segunda embajada, encabezada por Frínico y Antifón, para entablar formalmente negociaciones, pero, de hecho, para entregar el Pireo a los peloponesiacos y para «hacer la paz bajo condiciones tolerables, cualesquiera que fueran las mismas». Los oligarcas extremistas preferían manifiestamente la ocupación espartana a la democracia, y comenzaron a erigir fortificaciones junto a la salida del puerto del Pireo, como si fuera para defenderlo contra la flota de Samos, pero en realidad para entregarlo a los espartanos.

Los descalabros militares y políticos de la agrupación gobernante de los oligarcas extremistas debían, evidentemente, acentuar las contradicciones entre los partidarios de la revuelta. Esto se puso de manifiesto, en primer lugar, en la conducta de Terámenes. Su grupo, que gozaba de considerable influencia entre los hoplitas, especialmente en el Pireo, sospechaba que los oligarcas extremistas harían aprobar sus planes, lo que significaría la liquidación de Atenas como polis independiente. Por otra parte, los fracasos de los extremistas y, antes que nada, el comportamiento de la flota ateniense en Samos, forzaba a los moderados a maniobrar y dar rodeos, con el fin de eludir la responsabilidad por el crimen de los Cuatrocientos. Todas estas circunstancias volvieron a agudizar la situación política en Atenas. El impulso para las acciones enérgicas lo constituyó el asesinato del jefe de los extremistas, Frínico, después de su regreso de Esparta. En aquel momento los hoplitas del Pireo, al enterarse de que se acercaba la flota peloponesiaca, demolieron la fortificación que estaba construyéndose, y luego, con las armas en las manos, emprendieron la marcha hacia Atenas. Los oligarcas extremistas se vieron forzados a ceder, y a comienzos de septiembre fue realizada la única asamblea popular de los últimos meses, la que destituyó a los Cuatrocientos, entregando el poder a los Cinco Mil. En lo restante, fueron confirmadas las resoluciones de la asamblea de Colona. El régimen establecido en Atenas respondía formalmente a la constitución de Pericles. La bulé volvió a ser elegida por sorteo, y de nuevo, igual que antes, funcionó la asamblea popular. Sin embargo, del número de los que gozaban de todos los derechos civiles fueron excluidos más o menos las cinco sextas partes de los atenienses. Todos los derechos civiles fueron reservados para sólo 5.000 ricos. Además, fueron suprimidos todos los pagos de la tesorería del Estado a los pobres. De esta manera, el poder pasó a las manos del grupo de Terámenes, oligarcas moderados que representaban los intereses de los ciudadanos ricos. Y en la misma reunión se decidió hacer regresar a Alcibíades. Después de esta asamblea, los jefes de los oligarcas extremistas, con Pisandro a la cabeza, huyeron a Decelia, junto a los lacedemonios. Antifón, que se quedó en Atenas, fue ejecutado, de acuerdo con un veredicto judicial. Los partidarios de los oligarcas extremistas fueron víctimas de la atimia (privación de los derechos políticos). Después de tomar el poder, el problema más importante para el grupo de Terámenes fue el ponerse de acuerdo con la flota ateniense anclada en Samos, adonde, en el ínterin, ya había llegado Alcibíades tras dejar a Tisafernes.

Durante la dictadura de los oligarcas extremistas, Samos se convirtió en centro del movimiento democrático. Aun posteriormente, se había establecido allí la más amplia democracia (desde luego, en el sentido antiguo de la palabra), y, como hemos señalado ya, los aristócratas locales, los geomores, habían sido privados de los derechos políticos. Merced a

estas medidas, Samos obtuvo del demos ateniense la autonomía. El apoyo principal del movimiento democrático en Samos lo constituía la flota ateniense. «La plebe náutica» compuesta, en lo fundamental, de tetes, estaba imbuida de la decisión de sostener y defender sus derechos. El número de ciudadanos atenienses que se hallaba en la flota en Samos llegaba, por parte baja, a los 10.000, y era ligeramente más pequeña que la cantidad de los que permanecían en Atenas.

Gracias a la ayuda de los marinos atenienses, los demócratas samosianos aplastaron fácilmente la sublevación armada de los oligarcas locales, durante cuyo transcurso fue muerto Hipérbolo. Casi simultáneamente llegaron noticias acerca del derrocamiento de la democracia en Atenas. En la flota surgió una gran efervescencia, bajo la dirección de Trasíbulo y Trasilo. En la asamblea general de los marineros se resolvió destituir a los estrategas y a los triararcas, sospechosos de simpatizar con los oligarcas, y se eligió a otros, nuevos, entre ellos los dos que se acaba de mencionar.

El nuevo comando invitó a venir a Samos a Alcibíades, quien llegó en agosto del año 411, siendo recibido en la flota. En la asamblea general prometió conseguir la ayuda de Tisafernes y destruir el poder de los oligarcas en Atenas. Inmediatamente fue electo, por unanimidad, estratega, «poniendo en sus manos la atención de todos los asuntos», lo cual significaba la entrega, de hecho, del mando general. A la embajada que había llegado a Samos enviada por los Cuatrocientos, Alcibíades le declaró que estaba dispuesto a hacer la paz a condición de que el poder se entregara a los Cinco Mil, es decir, a condición de que se derrocaria a la oligarquía extremista.

La masa de marineros ardía en deseos de dirigirse a Atenas y restablecer por la fuerza la constitución anterior. Sin embargo, Alcibíades hizo abstenerse a la flota de dar ese paso, en primer lugar, porque deseaba evitar el completo restablecimiento de la democracia, y también porque quería regresar a Atenas como vencedor. Además, le era necesario mantener vínculos permanentes con Tisafernes. El alejamiento de la flota samosiana hubiera mejorado la situación de los peloponesiacos, los que, con sus 112 barcos, estaban anclados en el puerto de Mileto. En virtud de todas estas consideraciones, Alcibíades, haciéndose acompañar por sólo 13 trieres, se dirigió a Tisafernes.

En aquel tiempo, las relaciones entre éste y los peloponesiacos empeoraron brusca y marcadamente. El mismo, siguiendo los consejos de Alcibíades, intentaba conservar el equilibrio entre aquéllos y los atenienses: pagaba solamente una parte del dinero prometido para el mantenimiento de los remeros, con lo cual condenaba a la flota encerrada en Mileto a la pasividad. Y en vista de eso, el nuevo navarca Míndaron aprovechó la propuesta de Farnabazo y se dirigió desde Mileto al Helesponto, contando con la ayuda material de este sátrapa y esperanzado en poder preparar una sublevación entre los aliados locales de los atenienses. Esta marcha de los acontecimientos obligó a Tisafernes a entrar en contacto y relaciones más estrechas con Alcibíades, pues éste había quedado como dueño omnipotente de la única flota efectiva y disponible en Jonia.

La lucha por los estrechos

En el ínterin, la situación de Atenas en los estrechos empeoró marcadamente. El Helesponto y el Bósforo tenían un valor excepcional, tanto económico como estratégico. Al ejercer el control de los pasos al Ponto, los mismos proporcionaban la posibilidad de proveer ininterrumpidamente a la sitiada Atenas de cereales y pescado, que constituían los productos más importantes de la alimentación. El paso de las ciudades de los estrechos a manos de los peloponesiacos equivalía, sin exageración, a la muerte por hambre. Con una catástrofe no menor amenazaba también la pérdida de los estrechos, en el ámbito financiero. Después de la supresión del foros, casi todos los ingresos, ya de por sí insignificantes, de Atenas, se debían al aforo del cinco por ciento por el tránsito de mercancías. Además, esa región era el único rincón de la arqué ateniense no tocado por la guerra.

La mayoría de las polis locales eran colonias de Mileto. Después que ésta se hubo sublevado, correspondía esperar tentativas de defección también por parte de las polis helespontinas. Y, en efecto, en mayo del 411, respondiendo a una llamada de sus habitantes, llegó a Abidos, por vía terrestre, desde la metrópoli (Mileto), el espartano Dercílidas con un pequeño destacamento. Dos días más tarde se separó también Lámpsaco y luego Cícica. En agosto llegó hasta Farnabazo la primera escuadra peloponesiaca compuesta de 10 barcos, la que persuadió a los habitantes de Bizancio a que se sublevaran. Finalmente, en septiembre, toda la flota peloponesiaca, compuesta de 86 barcos, bajo el mando del mencionado navarca Míndaro, se dirigió al Helesponto, donde en aquel momento se hallaban tan sólo 18 trieres atenienses.

La situación era crítica; sin embargo, Trasíbulo y Trasilo supieron arribar rápidamente con sus escuadras al estrecho, uniéndose allí con los restos de la flota helespontiana. En total, bajo su mando había 76 trieres, diez barcos menos de aquellos con que contaba la flota peloponesiaca.

En el combate naval de Cinosema (en el Helesponto), la flota ateniense, no obstante su inferioridad numérica, infirió una derrota a la peloponesiaca. Fueron destruidos 21 barcos del enemigo y se perdieron 15 propios. No hay que subestimar el valor moral de este combate. Por vez primera después de la expedición a Sicilia, la flota ateniense demostró su capacidad de vencer. La victoria de Cinosema coincidió con la llegada al poder de la agrupación de Terámenes, lo cual también aumentó la autoridad de los oligarcas moderados.

La lucha por los estrechos iba enardecándose más y más. Míndaro, que se había retirado hacia Abidos, solicitaba ayuda, y mandó a buscar la escuadra peloponesiaca, triunfante en la batalla por Eubea. Además, ya navegaban en su auxilio 14 barcos desde Rodas, bajo el mando de Dorieo. En cambio, los atenienses esperaban la llegada de Alcibíades, que, tras dejar a Tisafernes, obtenía dinero enérgicamente y armaba la flota en Samos. Acudía también, en ayuda de los mismos, Terámenes, que había equipado otras 30 trieres más en Atenas.

Los combates decisivos tuvieron lugar a finales del año 411 y comienzos del 410, en Abidos y en Cícica. Junto a Abidos, los atenienses trataban de interceptar el camino a la escuadra de Dorieo, que se dirigía al Norte. Los atenienses (Trasíbulo y Trasilo) disponían de 85 barcos. La misma cantidad poseía Míndaro, sin contar la escuadra de Dorieo (14 trieres). El combate se prolongó todo el día con un resultado indeciso, hasta que, en el último momento, la llegada del destacamento de Alcibíades definió el éxito. Los atenienses obtuvieron una brillante victoria y se apoderaron de 30 naves enemigas, sin haber perdido ninguna de las suyas. Esta victoria tuvo tanto más valor cuanto que en la batalla había tomado parte también la infantería de Farnabazo, ante cuyos ojos se produjo el aplastamiento de sus aliados. En la batalla de Abidos, por vez primera en la segunda mitad del siglo V a. C., un ejército persa combatió abiertamente contra los atenienses.

Más completa fue la victoria ateniense junto a Cícica. Batido en la batalla precedente, el navarca Míndaro mostraba mucha cautela y eludía entablar combate. La flota peloponesiaca, que realizaba su cruceo junto a la misma costa, estaba siempre acompañada por un considerable ejército terrestre de Farnabazo. A pesar de todo, Alcibíades, acercándose al enemigo sólo con su escuadra, obligó a Míndaro a entrar en combate. Al mismo tiempo, el resto de la flota ateniense (las escuadras de Terámenes y de Trasíbulo) había aislado a los peloponesiacos de su fondeadero. Los peloponesiacos abandonaron sus barcos y huyeron a la costa, donde se entabló la segunda batalla con la participación de los persas. Los atenienses triunfaron también esta vez.

Según informa Diodoro, «... los estrategas atenienses se apoderaron en esta batalla de todos los barcos, de una gran cantidad de prisioneros y de un incontable botín de guerra, puesto que habían triunfado simultáneamente sobre dos enormes ejércitos».

No obstante, los atenienses no pudieron aprovechar del todo sus victorias. Se lo impedía, en primer lugar, la insuficiencia de dinero para pagar a los remeros. Inmediatamente después del triunfo de Abidos, los vencedores se dividieron en escuadras y que se dedicaron a reunir tributos: Trasíbulo en la región de Tasos, y Terámenes, en la Macedonia. Lo mismo sucedió poco más tarde, después de la batalla de Cícica. Los capitanes atenienses se preocupaban en lo

fundamental por el dinero para la manutención de la flota. En Cícica, «Alcibíades demoró veinte días y pudo cobrar de los habitantes una enorme contribución... los selimbriotas... pagaron esta contribución... De ahí, ellos [los atenienses] se dirigieron a Crisópolis, situada en la región calcedónica, y habiéndola rodeado con un muro, instalaron allí una aduana en la que se cobraba el diez por ciento a las naves que venían navegando desde el Ponto».

La cuestión financiera era muy aguda en Atenas, puesto que las reservas pecuniarias habían sido agotadas. La guerra naval requería grandes sumas de dinero, constantemente crecientes. Los estrategas se vieron forzados a ocuparse, ellos mismos, de la colecta de los medios necesarios, lo cual los tornaba en grado considerable, independientes de las polis.

Ya durante el régimen de los Cuatrocientos se hacían declaraciones en la flota de Samos, según las cuales «los guerreros, como tienen en sus manos toda la flota, están en condiciones de obligar a los Estados dependientes a pagarles los tributos, igual que si se los reclamaran desde Atenas... el Estado ya no tiene dinero para enviarle al ejército; todo lo contrario: son los mismos soldados los que han de procurárselo para sí». En situación análoga se hallaba la flota peloponesiaca. Debido a esta situación, puede explicarse en buena medida el crecimiento de la independencia de los jefes militares. Los ejércitos de los beligerantes se convierten en ejércitos particulares, en primer lugar, de jefes tan halagados por el éxito como lo era Alcibíades o, más tarde, Lisandro. Es muy significativo en este sentido el desprecio de los guerreros de Alcibíades hacia sus propios conciudadanos, que se hallaban bajo el mando de Trasilo. El ejército, que anteriormente se componía sólo de ciudadanos que gozaban de todos los derechos políticos, se transforma rápidamente en un ejército de mercenarios capaces de volver las armas incluso contra sus conciudadanos. Tal proceso se desarrolló no sólo en Atenas, sino que puede ser observado con mayor claridad entre sus enemigos. Los peloponesiacos prestan servicio, al comienzo, a Tisafernes, luego a su rival Farnabazo y, finalmente, se convierte en simples mercenarios del rey persa. Basta señalar con qué orgullo Jenofonte anota las sumas que los espartanos recibían de Farnabazo. La guerra iniciada por los espartanos bajo la consigna de la libertad de los helenos había conducido, en su desarrollo lógico, a que esos mismos espartanos sometieran por las armas las ciudades helenas a los persas.

En consecuencia, la disciplina decayó en las filas de la flota ateniense y, sobre todo, en las de los espartanos. La decisión de pasar de Jonia a Farnabazo también fue provocada en gran parte por el estado de ánimo de los remeros peloponesios.

A pesar de que las dificultades habían crecido con el desarrollo de la guerra, Alcibíades obtuvo una serie de brillantes triunfos. La flota enemiga fue completamente destruida por él. Tomó Perinto, Selimbria, Calcedonia y Bizancio. Solamente Abidos quedó en manos del enemigo. El camino a través de los estrechos fue nuevamente ocupado por los atenienses. El aforo aduanero del 10 por 100 que se instituyó sobre todas las mercancías aseguraba no pocos ingresos destinados a la manutención de la flota. Todos estos éxitos tenían un valor tanto mayor por cuanto fueron alcanzados en la lucha no sólo contra los peloponesiacos, sino contra Farnabazo.

Restablecimiento de la democracia en Atenas

Los éxitos militares de la flota ateniense volvieron a poner a la orden del día las cuestiones de orden constitucional. La desproporción entre el enorme peso específico de los tetes en el ejército y la carencia de derechos políticos de los mismos eran tanto más pronunciada por cuanto los hoplitas atenienses, que gozaban de todos los derechos mencionados, no se atrevían ni a salir fuera de los Largos Muros. Y a pesar de que Agis, en Decelia, se esforzaba en aniquilar por hambre a Atenas, mientras las rutas marítimas fueran controladas por los atenienses, los peloponesios debían conformarse con el dominio territorial del Ática. De todos modos, esto subraya claramente la debilidad de los hoplitas atenienses.

La relación de fuerzas dentro de la misma ciudad de Atenas también había variado en favor de los demócratas radicales. Durante la revuelta oligárquica, los ciudadanos pudientes se dividieron, por sus opiniones políticas, en tres grupos. Uno de ellos seguía a los oligarcas

extremistas. El segundo sólo apoyaba a Terámenes, en quien veían a su caudillo. Finalmente, el tercer grupo, bastante numeroso, de «pasivos», estaba integrado por partidarios de la constitución de Pericles; estaba desorientado por el desastre sufrido por la expedición a Sicilia y por la defección de Jonia, en virtud de lo cual no hacía oposición a los conjurados. La derrota de los oligarcas extremistas los eliminó como fuerza política. El grupo de los «pasivos» pasó gradualmente a las filas de la oposición, a Terámenes, oposición que se apoyaba en las acciones de la flota ateniense, que, bajo el mando de Alcibíades, obtenía sonoros triunfos. Ello debilitó el suelo bajo los pies de Terámenes y de sus partidarios. Merced a todo esto fue muy consecuente la exigencia de retornar a la vieja constitución de Pericles. Ya en el año 410, después del triunfo en Cícica, «el pueblo había quitado el poder» al gobierno de los Cinco Mil. A la cabeza del demos radical se hallaba Cleofón, dueño de un taller de instrumentos musicales, quien «fue el primero en introducir el reparto de dos óbolos» a los ciudadanos más pobres. Para proporcionar trabajo a la masa de la población, en el año 409 se renovó en gran escala la edificación del célebre Erectón, terminado, al parecer, en el año 406.

Simultáneamente con las obras del Erectón, en esos años fueron emprendidas otras grandes obras de construcción en la acrópolis. La cantidad total de los ocupados en los trabajos públicos llegaba a varios centenares de ciudadanos. El jornal era de un dracma (seis óbolos). En ese mismo tiempo, el número de los favorecidos con la diobolia (que percibían dos óbolos diarios) era en los años 410-409 de tan sólo 240 ó 250 personas por día.

Para evitar el peligro de una nueva revuelta oligárquica, en la primera asamblea celebrada inmediatamente después de haberse restablecido la democracia se aprobó esta resolución: «Y a quien derroque la democracia en Atenas o desempeñe cualquier función después de haber sido derrocada la misma se le considerará enemigo del Estado, y será muerto impunemente; sus haberes serán confiscados y la décima parte de los mismos será entregada a la diosa... Y todos los atenienses deberán prestar juramento, allí en donde se hallaren, de que darán muerte a tales hombres. El texto del juramento será el siguiente: «Yo mataré, de palabra y de hecho, por votación y por mis propias manos, si bien pueda ejecutarlo, a todo aquel que derroque la democracia en Atenas, a todo aquel que desempeñe cualquier función después de haber sido derrocada la democracia, y a todo aquel que intentare ser tirano o que ayudare al tirano.»

Tales medidas resultaron suficientes como para que, no obstante todas las dificultades, se conservara en Atenas el orden democrático hasta el establecimiento de la tiranía de los Treinta por Lisandro.

Después de la batalla de Cícica, Esparta había ofrecido hacer la paz sobre la base de cambiar Decelia por Pilos y conservar la arqué ateniense dentro de sus fronteras del año 410; mas ni el victorioso Alcibíades, que hacía lo quería en los estrechos, ni el demos ateniense, embriagado por las victorias, se conformaban con otra cosa que no fuera las condiciones de *statu quo*. El papel decisivo lo desempeñó la posición del conductor de los radicales, Cleofón, quien en aquellos años gozaba de gran popularidad, tanto por haber restablecido la diobolia, como por su honradez. En efecto, hasta el mismo fin de la guerra del Peloponeso, Cleofón administró las finanzas de Atenas. Este puesto era de gran responsabilidad incluso en tiempos de paz. La misión de Cleofón era tanto más complicada cuando que la tesorería del Estado estaba vacía, y él debía conseguir fondos para pagar los subsidios a los pobres de la ciudad. Hacia finales de la guerra, dichos subsidios fueron elevados a dos o tres óbolos. Es necesario anotar aquí su honradez, inusitada para la Atenas de aquellos tiempos, y que Lisias subraya: «No obstante que Cleofón, como todos lo saben, tenía en sus manos el gobierno y la administración de todos los asuntos del Estado, y que todos suponían que con dicha administración él había atesorado una gran fortuna, no se encontró después de su muerte, ningún dinero en ninguna parte que le hubiese pertenecido, y sus parientes consanguíneos y por afinidad a los que él hubiera podido dejar dinero son gente pobre, como es del dominio público.»

Finalmente, en el verano del 107, Alcibíades creyó adecuado el momento para regresar a Atenas. En aquel tiempo, mientras en otros frentes los atenienses sufrían descalabros —en el año 409 habían perdido Pilos—, Alcibíades destruyó totalmente la flota peloponesiaca y restableció el poder de Atenas en los estrechos. Su llegada estuvo rodeada de solemnes ceremonias: «Las trieres atenienses estaban ornamentadas todas con muchos escudos y otros

trofeos, cargadas con el botín de guerra; llevaban a remolque los barcos tomados al enemigo, con las insignias destruidas. Entre las propias y las capturadas había no menos de doscientas embarcaciones. Se restituyó a Alcibíades todos sus bienes confiscados, se suprimió solemnemente la condena y se le dio una corona de oro. Finalmente fue electo estratega con poderes ilimitados en calidad de única persona capaz de salvar el poder del Estado. Fueron puestas bajo su mando todas las fuerzas armadas de Atenas, dado que los otros estrategas — Trasíbulo y Adimato— fueron designados también a indicación de Alcibíades.

Jenofonte y Plutarco plantean la cuestión acerca de si Alcibíades deseaba ser tirano, y ambos subrayan el poder de su influencia entre las masas populares: «A los pobres y a la plebe, Alcibíades los había encantado hasta el punto de que querían apasionadamente tenerlo por tirano..., pero los más poderosos y los más influyentes ciudadanos, habiéndole cobrado miedo a su popularidad, lo urgían a que partiera, tratando de que zarpara lo más pronto posible.» ¿Hasta qué punto es racional y procedente ocuparse de los deseos o aspiraciones de Alcibíades? Lo importante es que la marcha toda de los acontecimientos históricos planteaba en una u otra forma la cuestión de la tiranía. La guerra prolongada que había agotado las finanzas, que había arrancado al ejército del contacto con la ciudadanía y que había atado a los guerreros a su jefe se combinaba con la fuerte crisis económico-social en todos los países que se hallaban en guerra, para intensificar ineludiblemente las tendencias a la abolición o destrucción del orden democrático y a la implantación de una tiranía.

De mayor importancia aún fue la evolución del propio demos ateniense. Durante el transcurso de la guerra del Peloponeso, el demos se había desclasado considerablemente. El campesinado se vio privado de su tierra y pasó a vivir en la ciudad por cuenta del subsidio que percibía del Estado. La artesanía y el comercio también sufrían dificultades debidas a la guerra. Finalmente, decenas de miles de los más fieles partidarios del orden democrático —los tetes— perecieron en Sicilia y en el curso de otras operaciones bélicas fracasadas. Así fue deshaciéndose la base social del régimen democrático. La actividad de Alcibíades, y poco después, la de Lisandro, constituye un exponente de la descomposición de las polis clásica, así como de la maduración de otras formas políticas que presagiaban la llegada del helenismo.

Acciones bélicas en Jonia

Podía parecer, durante la permanencia de Alcibíades en Atenas, que al fin y al cabo los atenienses resultarían vencedores. La flota ateniense volvió a ser la dueña del mar Egeo, y en tales condiciones, el regreso de los aliados que habían defecionado debería ser cuestión de meses. La tentativa de crear una flota peloponesiaca propia era sumamente costosa, y terminó para Esparta con un completo descalabro. Sus mejores fuerzas —los marinos siracusanos— fueron llamados a Sicilia para luchar contra el ejército de 100.000 cartagineses que, en sólo tres meses, se habían apoderado de Selinonte e Hímera, avanzando con todo éxito hacia el interior de la isla. Esparta no tenía poder para mantener una flota, y los marinos peloponesiacos se convirtieron en simples mercenarios de los sátrapas, primero de Tisafernes y luego de Farnabazo. La única esperanza que les quedaba era la ayuda de Persia.

Desde el año 411 hasta el 408 inclusive, la política persa, en cuanto a los asuntos helénicos, no se distinguió por su constancia. Si Farnabazo seguía un curso firme de apoyo a Esparta contra Atenas, suministrando a los peloponesiacos todo lo que era necesario para la guerra, Tisafernes, en cambio, seguía, en lo fundamental, los antiguos consejos de Alcibíades acerca de un agotamiento máximo de los dos adversarios. Al final, tanto los atenienses como los lacedemonios enviaron embajadas a Susa, al propio «rey de los reyes», Darío II.

Se comprende que, en la situación existente, siendo los atenienses los amos de toda la cuenca del mar Egeo, Persia se pronunció por completo en favor de Esparta. Los espartanos recibieron seguridades de omnímodo apoyo financiero a sus planes. La embajada ateniense no fue recibida por el rey y desde la ciudad de Gordión se la envió de vuelta a Farnabazo, quien la mantuvo durante tres años en honrosa prisión de guerra. Tisafernes había caído temporalmente en el desfavor real. Para coordinar la política persa en el Occidente, fue enviado hacia allá el hijo

menor de Darío, Ciro, al que se nombró koirán (dueño y señor) del Asia Menor, quien llevaba consigo la cantidad de 500 talentos en calidad de subsidio para los lacedemonios.

Contando con poder aprovechar ulteriormente a los hoplitas peloponesiacos para apoderarse del trono persa, Ciro trató a los espartanos con muchísima consideración y prodigalidad, les proveyó regularmente de subsidios para las necesidades de la flota, pagó las deudas de los meses anteriores y elevó la soldada de los remeros de tres a cuatro óbolos por día. La puesta de los incontables recursos a disposición de Esparta resultó ser el golpe final determinante del triunfo de los peloponesiacos.

Simultáneamente con Ciro, llegó al Asia Menor el nuevo navarca espartano Lisandro, digno adversario de Alcibíades. Con él surgió un jefe militar espartano de tipo nuevo, similar en muchos sentidos a Brásidas y Gílipos. Lisandro se opuso enérgicamente a la política de la vieja oligarquía espartana, tendiendo, evidentemente, a la unidad del poder, es decir, a su concentración en una sola persona. La aparición de un grupo de espartanos que obraba independientemente y oponía su línea política a la dirección oficial, constituyó una verdadera revuelta dentro de las condiciones de Esparta. Si en el período precedente el ideal de un espartano era un guerrero valiente, disciplinado e ilimitadamente obediente a las órdenes de los éforos, en éste, en cambio, en el curso de una guerra prolongada, todos los destacados jefes militares espartanos comienzan gradualmente a obrar con independencia como por cuenta propia, y se pronuncian, en una u otra medida, contra la oligarquía gobernante de sus polis.

A diferencia de la mayoría de los jefes militares espartanos, Lisandro era un hábil diplomático, y supo entablar relaciones amistosas con Ciro, sin reparar incluso en su propia dignidad. «Mediante un tono obsequioso, Lisandro se había captado definitivamente [a Ciro], incitándolo a una guerra.» Una vez logrado el aumento de los jornales de los remeros, Lisandro eligió como fondeadero de su flota a Efeso y, temiendo entrar en batalla directa con Alcibíades, se puso a esperar, con toda sangre fría, un error cualquiera por parte de los estrategas atenienses. Completamente asegurado en lo que concierne a la cuestión financiera, gracias al dinero persa, Lisandro podía aguardar tranquilamente el momento en que la economía ateniense se desplomara bajo la agobiadora carga que implicaba la manutención de la flota.

En el ínterin, Alcibíades, investido de una plenitud de poder que ni siquiera poseía Pericles, se mantuvo inactivo, puesto que todo el verano del año 407 lo pasó en Atenas, y los meses de otoño e invierno no eran propicios para las operaciones bélicas en el mar. Se acercaba a su fin el lapso durante el cual gozaba de los plenos poderes, y hacia comienzos del año 406 comenzaron a prevalecer gradualmente en Atenas los ánimos democráticos. Al mismo tiempo, aprovechando la ausencia temporal de Alcibíades, que se había trasladado al Norte con el fin de reunir dinero para la flota, Lisandro derrotó, en la batalla naval de Notión (marzo del año 406), a la flota ateniense, que en esta oportunidad perdió quince trieres. Lisandro triunfó porque supo apreciar sensatamente la situación general y porque, a pesar de la educación espartana, comprendió cabalmente que el centro de gravedad de la guerra se encontraba no en tierra firme, sino sobre el mar, y no en el Peloponeso, sino en el Asia Menor.

Los puntos de vista políticos y los métodos de Lisandro son muy claramente descritos por Diodoro. «Una vez de regreso a Efeso mandó llamar a su presencia a los hombres más poderosos de las ciudades; les propuso organizar unas heterías y les declaró que, si los asuntos marchaban bien, los convertiría en dueños y señores de sus respectivas ciudades.» Plutarco agrega a esto: «Elevaba a sus amigos y a sus huéspedes a puestos muy altos y honrosos, les encomendaba el mando de las tropas; cediendo a la concupiscencia de los mismos, se transformaba en partícipe de sus injusticias y errores.»

En efecto: la experiencia de los acontecimientos del año 411 en Atenas demostró que uno de los instrumentos más poderosos de la lucha contra el régimen democrático lo constituían las heterías. Lisandro apoyaba en todas partes a las organizaciones oligárquicas. Astuto y generoso con los fuertes, tirano para con las masas populares, Lisandro comprendió a la perfección que el poder de los oligarcas sólo podía conservarse por la fuerza, de manera que imponía por doquier el régimen de las heterías.

La batalla de Notión, que careció de un gran valor propiamente militar, tuvo en cambio serias consecuencias políticas. En la ecclesia, toda la culpa recayó sobre Alcibíades.

En realidad, según parece, esta derrota naval ateniense fue aprovechada para prevenir la posibilidad de que se instaurara una tiranía de Alcibíades. De acuerdo con lo que relata Diodoro, Alcibíades era acusado de mantener relaciones amistosas con Tisafernes y de desear asumir un poder tiránico después de terminada la guerra. Acusador de Alcibíades habría sido el dirigente de los radicales, Cleofón. Este hecho da base para suponer que la eliminación de Alcibíades era obra de los grupos democráticos radicales, los que, aún desde los tiempos del ostracismo de Hipérbolo, estaban muy alertas con respecto a Alcibíades, y consideraron llegado el momento propicio para desprenderse de él. Los atenienses eligieron a diez nuevos estrategas, encabezados por Conón. No sólo Alcibíades no se contó entre los elegidos, sino tampoco ninguno de sus partidarios. Al enterarse, Alcibíades volvió a abandonar a Atenas y se radicó en sus posesiones de Tracia. Constituyó esto una ruptura definitiva con su ciudad natal. Solamente en vísperas de la batalla de Egospótamos habría prevenido a los estrategas atenienses acerca del peligro que se cernía sobre su flota.

Haciendo abstracción de las cualidades personales de Alcibíades, opulento aristócrata ateniense, dueño de grandes vinculaciones, capaz, pero completamente falto de principios, es de importancia determinar por qué y en virtud de cuáles causas logró desempeñar un papel tan descollante en la historia de Atenas. La causa indudable, fundamental, de sus éxitos fue la honda crisis por la que estaba pasando la democracia esclavista ateniense. Cabe preguntarse si hubiera podido desempeñar semejante papel, por ejemplo, durante las guerras médicas o en la época del florecimiento de la democracia en Atenas.

La situación mejoró un tanto en el año 406, cuando Lisandro, que despertara el descontento de los éforos con sus procedimientos individualistas, fue llamado de vuelta a Laconia, reemplazándolo como navarca Calicrátidas. Educado de acuerdo con las antiguas costumbres espartanas, éste consideró humillante para su dignidad pedirle dinero a Ciro, y prefirió recurrir a la ayuda de los milesios. Como complemento de las 90 trieres obtenidas de Lisandro armó otras 50 más con el dinero recibido de los milesios, y con esta poderosa flota emprendió el movimiento contra la de los atenienses, que se hallaba bajo el mando de Conón. Este último, al llegar a Samos, y en vista de las dificultades financieras, limitó la cantidad de sus barcos a 70 trieres, pero en cambio completó totalmente el número de remeros.

Para obligar a los atenienses a aceptar batalla, Calicrátidas atacó a la Metimna democrática tomándola por asalto. Entonces la flota de Conón se hizo a la mar y se acercó a Lesbos hasta tal distancia, que los peloponesiacos pudieron aislarla de su base de Samos. Los atenienses perdieron 30 embarcaciones; las restantes entraron en la rada de Mítilene, donde quedaron encerradas por Calicrátidas. La situación de los sitiados fue desesperante. La ciudad se hallaba casi totalmente privada de víveres y un combate de 40 barcos contra 140 hubiera sido una locura manifiesta.

Cuando llegó a Atenas la noticia de que la flota de Conón estaba bloqueada, se adoptaron medidas extraordinarias. Por tercera vez en menos de diez años, el demos ateniense creaba una enorme flota. Fue un inusitado esfuerzo no sólo de orden económico-financiero, sino en todos los demás órdenes de la vida de la polis. En primer lugar se requería un gran número de remeros. Según informa Diodoro, los atenienses habían otorgado los derechos de ciudadanía a los metecos y, en general, a todos los extranjeros que quisieran alistarse en las filas del ejército. Jenofonte agrega que la tripulación era integrada «por todos los habitantes adultos de Atenas, tanto libres como esclavos». Esta información cobra tanto más valor cuanto que los esclavos que prestaban servicios en la flota obtenían automáticamente la libertad, y junto con ella, los derechos de ciudadanía. En un mes fueron equipadas 110 trieres, a las que se unieron más de 40 embarcaciones de los aliados, entre ellas 10 de Samos. Al mando de esta flota, la última durante la guerra del Peloponeso, se hallaban ocho estrategas.

En las islas Arginusas (junto a Lesbos), los atenienses hicieron frente a los 120 barcos de Calicrátidas, obteniendo el más brillante triunfo, pues destruyeron 70 barcos enemigos. La batalla naval de las Arginusas volvió a restablecer la hegemonía de Atenas en el mar. Fue un

triunfo no sólo sobre los peloponesiacos, sino sobre el grupo de partidarios de Alcibíades. Los estrategas demócratas obtuvieron una victoria más destacada que los más brillantes éxitos de Alcibíades. Nuevamente, Esparta se dirigió a Atenas con proposiciones de paz.

Con todo su enorme valor militar, la batalla de las Arginusas tuvo consecuencias muy graves para la democracia ateniense. Durante la tempestad que se desencadenó después del combate, se fueron a pique 25 trieres atenienses, junto con sus tripulaciones. Además, la tempestad impidió a los estrategas dar sepultura a los caídos en la batalla, tanto marinos como soldados. Tales circunstancias sirvieron de prólogo a tumultuosos acontecimientos en Atenas. Los parientes de los que no habían recibido sepultura exigieron que los estrategas fueran sometidos a proceso por negligencia y por no haber dado cumplimiento al ritual funerario, tan importante para los griegos de aquella época. De esta manera, los estrategas vencedores fueron enjuiciados por sus propios conciudadanos. La cuestión de los estrategas cobró una agudeza aun mayor al vincularse estrechamente con la lucha política en Atenas. La mayoría de los procesados pertenecían a las filas de la democracia, y ellos, después de la batalla, habrían ordenado apresar a los atenienses que participaron en la revuelta del año 411, orden que fue expedida para Terámenes y otros. Temiendo por su vida, Terámenes y sus compañeros de armas se presentaron en la asamblea popular con acusaciones contra los estrategas, exigiendo que fueran condenados a la pena capital. El grupo de Terámenes encontró apoyo entre los partidarios de Alcibíades. Y dado que muchísimas familias atenienses habían perdido a sus parientes en la batalla de las Arginusas, los adversarios de los demócratas lograron atraerse a la masa de los ciudadanos. Por una resolución de la ecclesia, fue abolido el orden común de los procedimientos judiciales, y la asamblea, por una ínfima mayoría de votos, condenó a la pena capital a los ocho estrategas. Dos de ellos habían conseguido huir, empeorando notablemente la situación de los que quedaron. Entre los ejecutados se hallaba Pericles, hijo de Pericles y Aspasia. La responsabilidad por la condena de los estrategas vencedores, evidentemente, debía recaer sobre el grupo de Terámenes, que había logrado arrastrar momentáneamente a la mayoría de la ecclesia. Poco después de la ejecución de los condenados, la ecclesia adoptó una resolución de acuerdo con la cual los acusadores inmediatos de los estrategas fueron considerados como conjurados contra la seguridad del Estado, por lo cual se los detuvo. Hasta un furibundo enemigo del orden democrático como Jenofonte se vio obligado a escribir: «Al poco tiempo, los atenienses se arrepintieron. Fue aceptada la propuesta de que los que habían engañado al pueblo fueran responsabilizados y comparecieran ante la asamblea popular... Habían logrado antes del juicio huir de Atenas... Calíxeno [uno de los principales culpables de la condena de los estrategas] recibió ulteriormente la posibilidad de regresar a Atenas..., pero murió de hambre, odiado por todos.»

La batalla de Egospótamos

Después de la batalla de las Arginusas, el dominio sobre el mar volvió a manos de Atenas. Ciertamente, la flota peloponesiaca seguía contando hasta con un centenar de barcos, pero estaba privada de alguien que la guiara. Según Aristóteles, también esta vez los espartanos propusieron a los atenienses «una paz sobre la base de la conservación, por ambas partes, de los dominios que se hallaban en las manos de cada una»; sin embargo, debido a la insistencia de Cleofón, esa propuesta fue rechazada. Entonces, «los habitantes de Quíos y los demás aliados... resolvieron enviar embajadores a Lacedemonia, a que ... solicitaran que Lisandro fuera designado para mandar la flota». Instrucciones análogas impartió también Ciro a sus enviados.

Para la conservación formal de las costumbres, los éforos nombraron a Lisandro no navarca, sino ayudante de navarca (epistoleus), y lo enviaron al Asia Menor. Al arribar a Efeso, Lisandro recibió de Ciro, que se ausentaba a Susa, todo su tesoro y los ingresos corrientes de la satrapía. Después de distribuir la paga a los remeros, Lisandro se dirigió a los estrechos, hacia Lámpsaco, que tomó por asalto, saqueándola.

La poderosa flota ateniense de 180 trieres que lo perseguía ancló en la costa opuesta del Bósforo Tracio, junto a la localidad de Egospótamos. Tras una espera de cinco días, Lisandro aprovechó el relajamiento de la disciplina en la flota ateniense; escogió el momento en que los

atenienses habían descendido de sus barcos, y marchó contra el enemigo. Salvóse sólo la reducida escuadra de Conón (nueve trieres). Las restantes 170 embarcaciones y toda la tripulación fueron tomadas por Lisandro.

Así quedó destruida la flota ateniense. Lisandro hizo ejecutar a 3.000 prisioneros atenienses, y se hizo a la mar para recorrer las costas de los estrechos, apoderarse de las ciudades y liquidar en todas partes las cleruquías de Atenas, dando libertad a las guarniciones atenienses a condición de que partieran a su ciudad, condenada a muerte por inanición. Lo hizo con el acertado cálculo de que, cuanto más gente hubiera en Atenas y en el Pireo, con tanta mayor rapidez se agotarían las reservas de víveres y tanto más rápidamente comenzaría a reinar el hambre. Y él mismo, partiendo del Helesponto, a través de Lesbos, se dirigió también a Atenas, estableciendo por doquier el orden oligárquico. Sólo en Samos fue hecha «una matanza de la nobleza, y de la ciudad se apoderó el partido popular». Agradeciendo tal fidelidad, los atenienses, aún cuando con gran retraso, otorgaron a todos los samios la ciudadanía ateniense sin pérdida de su ciudadanía de Samos, y conservando también su autonomía. Al mismo tiempo, «Lisandro destruyó en todas las ciudades, sin excepción, el régimen político legal, estableció gobiernos de diez hombres y en cada ciudad ejecutó a muchos ciudadanos, obligando a otros a huir de las mismas».

En el ínterin, la triere del Estado, la Paralos, llegó de noche al Pireo notificando a los atenienses la desgracia producida. «La terrible nueva pasaba de boca en boca, y un fuerte clamor de desesperación se difundió, a través de los Largos Muros, desde el Pireo hasta la ciudad. Nadie durmió aquella noche; deploraban y lloraban no sólo por los muertos, sino por ellos mismos. En la asamblea popular a que se convocó se resolvió defenderse hasta el fin. Atenas fue sitiada por mar por Lisandro, y por tierra, simultáneamente, por ambos reyes espartanos: Agis y Pausanias.

A pesar de haber perdido toda esperanza de salvarse, y no obstante el hambre extrema, los demócratas atenienses resistían heroicamente. Incluso, en una de las asambleas populares se decidió prohibir, bajo la amenaza de pena capital, proponer una capitulación, fuera cual fuere. Otra resolución, el psefisma de Patrócridas, citado por Andócidas, preveía una amnistía para todos los ciudadanos privados de los derechos políticos, y el cese de los procesos contra los deudores del Estado. Tales medidas tenían que asegurar la movilización de todas las fuerzas de la ciudad, en defensa de la independencia. Pero a pesar de todos los esfuerzos, ya era tarde. La situación de los sitiados era tan desesperante, que los aristócratas y los ciudadanos ricos, guiados por Terámenes, se inclinaban más y más por una capitulación incondicional.

Finalmente, tras unos meses de sitio, los recursos alimenticios de Atenas se agotaron por completo. Los embajadores atenienses enviados a Agis, y luego a Esparta, recibieron como condición previa a ulteriores negociaciones la exigencia de demoler los Largos Muros en una extensión de 10 estadios (cerca de dos kilómetros). Tal exigencia era equivalente a una capitulación incondicional de Atenas, y la ecclesia se negó a aceptarla. Entonces, dado que a pesar de la falta de víveres del demos ateniense, en su mayoría, aún no quería capitular, Terámenes decidió, aprovechando la famélica situación, forzar a los pobres a capitular, prometiendo que conseguiría de Lisandro condiciones más ventajosas para la paz. «Gozando de respeto y habiendo merecido en su tiempo las más altas distinciones, se ofreció a salvar la patria, pero era él mismo quien la había arrojado a la ruina; afirmaba haber hecho un inapreciable descubrimiento, mediante el cual prometía conseguir la paz, sin entregar rehenes, ni demoler los Largos Muros, ni entregar la flota». Enviado, en calidad de embajador, a los espartanos, Terámenes fue remitido de vuelta con la respuesta de que la paz con los atenienses sólo estaban autorizados a hacerla los éforos. En el ínterin, Cleofón, el dirigente de los radicales, fue enjuiciado por los partidarios de los oligarcas y condenado a la pena capital. «De pretexto habría servido el hecho de que no se había presentado a las filas de los hoplitas, por el deseo de descansar; pero la causa verdadera residía en que él, para vuestro beneficio, se pronunció contra la demolición de los Muros.» Así fue cómo murió el último gran dirigente de la democracia radical ateniense. Sólo entonces, la embajada ateniense, con Terámenes a la cabeza, llegó a Selasia, siendo invitada a la asamblea de los aliados de la Liga del Peloponeso. Los corintios y

los tebanos exigían la completa destrucción de Atenas. Pero Esparta no estaba de acuerdo con ello, por temor a un excesivo reforzamiento de Corinto en el mar y de Beocia en tierra firme.

Por fin fueron dictadas las siguientes condiciones de paz: 1) quedaría liquidada la arqué; 2) debían ser demolidos los Largos Muros y las fortificaciones del Pireo; 3) se entregaría toda la flota, menos 12 embarcaciones de patrullaje; 4) Atenas ingresaría a la liga de los aliados de los lacedemonios, con absoluta sumisión a la hegemonía de los mismos y obligada a tener por aliados y por enemigos a los que lo fueran de aquéllos; 5) se haría regresar a todos los expulsados.

Las condiciones fueron aceptadas, y en abril Lisandro hizo su entrada en el Pireo. Los aristócratas expulsados regresaron y los Largos Muros, el baluarte de la independencia ateniense, fueron demolidos.

De esta manera, tras veintisiete años de intensa lucha, fue aplastada la democracia esclavista ateniense y destruida la arqué. En toda la Hélade había triunfado la oligarquía reaccionaria.

La reacción en Grecia

Aun antes de poner sitio a Atenas, Lisandro, al recorrer con la flota peloponesiaca las islas de la cuenca egea, había dejado en cada polis a sus harmostes, bajo cuyo mando directo se hallaban las decarquías. Estas eran gobiernos reaccionarios compuestos de diez representantes de las heretias, nombrados por el propio Lisandro, de entre el número de los conjurados que, desde hacía mucho ya, mantenían contacto con él.

Todo el territorio fue recorrido por una ola de ejecuciones masivas. Lisandro, asistiendo personalmente a muchas ejecuciones, expulsando a los enemigos de sus amigos, dio a los helenos una pequeña muestra de lo que era el gobierno lacedemonio, a juzgar por la cual no había que esperar muchas bondades de parte de Esparta...

Hacer un recuento de los demócratas ejecutados en las ciudades es, en general, imposible. Lisandro «ejecutaba no sólo debido a culpas personales, sino, y en todas partes, por complacer a sus amigos y a dar satisfacción a sus insaciables ambiciones... El carácter cruel de Lisandro hacía su poder horrendo e insoportable».

Muy significativa fue la conducta de Lisandro en Mileto, donde los cabecillas del partido popular se habían asegurado con la palabra de honor de Lisandro de que no habría, en absoluto, ninguna arbitrariedad contraria a las leyes. Pero inmediatamente después de haber salido los demócratas de sus refugios, 800 personas en una sola polis fueron entregados a los oligarcas para su ejecución.

Las sangrientas represiones emprendidas contra los elementos democráticos asumieron un carácter masivo después de la capitulación de Atenas. La cuestión llegó a tal punto, que Esparta se vio obligada después a derogar algunas disposiciones excesivamente feroces de Lisandro, como, por ejemplo, las que afectaba a Sestos, entregada, junto con sus tierras y demás bienes, en propiedad a los timoneles y jefes de remeros de la flota peloponesiaca. Es significativo el hecho de que, para provocar en Esparta algunas dudas respecto a la racionalidad de la conducta de Lisandro, fue necesaria una nota especial dirigida por escrito a los éforos por el sátrapa persa Farnabazo, quien se alarmó ante los asesinatos y saqueos que Lisandro cometía en su satrapía. Sólo después de esa nota, Lisandro fue llamado de vuelta a Esparta. Aun así, los regímenes por él implantados permanecieron incólumes.

De esta manera, la «libertad» helena proclamada por Esparta se vio reducida, en primer lugar, a la implantación de reaccionarios gobiernos oligárquicos, que mediante el terror masivo intentaban borrar la memoria del orden democrático. El cómico Teopompo, comparaba con este motivo a los lacedemonios con los «taberneros»: «Mientras los helenos saboreaban la dulcísima bebida de la libertad, ellos agregaron a la misma una dosis de vinagre; la bebida se tornó de golpe amarga y repugnante.» Especialmente triste fue la suerte que cupo a los helenos del Asia Menor: cayeron directa e inmediatamente bajo el dominio de los sátrapas de manera que el yugo ateniense quedó sustituido por el yugo persa.

Gobierno de los Treinta tiranos y restablecimiento de la democracia

Después de la derrota se agudizó en grado sumo la lucha por el poder entre las aisladas agrupaciones esclavistas. Tomando en cuenta la práctica de Lisandro en las polis aliadas, cabía tener la seguridad de que Esparta no toleraría la conservación de la constitución democrática en Atenas.

Inmediatamente después de su victoria, Lisandro, junto con su flota, se dirigió a aplastar el último foco de la democracia de la Hélade: Samos. Sin embargo, consideró necesario regresar a Atenas el día para el cual se había convocado la asamblea popular, y en la misma, de acuerdo con lo que dice Lisias, apoyó la propuesta de Terámenes de «confiar la administración de la ciudad a treinta gobernantes»; el rechazo de esta proposición —amenazaba— «plantearía una cuestión no de la organización estatal, sino de la vida y de la libertad de los atenienses».

El nuevo gobierno fue apoyado por las mismas agrupaciones de oligarcas que habían realizado la revuelta del año 411. Eran los oligarcas extremistas apoyados en las heterias y en los expulsados que habían vuelto, gracias a los espartanos, a Atenas, y también los oligarcas moderados, encabezados por Terámenes. La mayoría de los Treinta correspondía a los oligarcas extremistas encabezados por Critias. Las amplias capas del demos, percibiendo la imposibilidad de resistir, se apartaron de la política, y los partidarios más notorios de la democracia emigraron a las polis vecinas, en parte a Tebas (el grupo de Trasíbulo). Aristóteles caracteriza la relación de fuerzas de las agrupaciones políticas de la siguiente manera: «La paz con los atenienses fue firmada bajo la condición de que se gobernarían de acuerdo con los preceptos y legados de los padres. Y he aquí que los demócratas trataron de conservar la democracia, y en cuanto a los nobles, una parte de los mismos —hombres que pertenecían a las heterias y algunos de los expulsados que habían regresado a su patria después de haberse celebrado la paz—, deseaban la oligarquía. La otra parte —personas que no figuraban en ninguna de las heterias...—, pensaban en el restablecimiento del régimen de sus antecesores». El jefe de este grupo oligárquico moderado, como ya lo mencionáramos, era Terámenes,

La comisión de los Treinta estaba integrada por diez ciudadanos designados por Terámenes, otros diez designados por las hereterias oligárquicas extremistas y, finalmente, otros diez más elegidos bajo la presión del mismo Lisandro, que presenciaba la asamblea. La mayoría aplastante de la comisión se componía de los partidarios de la oligarquía extremista. La misión de los Treinta era «componer un código acorde con el espíritu de los padres», pero, en realidad, se transformaron en gobierno ateniense.

«A la cabeza de la revuelta —dice Platón— se hallaban 51 hombres en calidad de gobernantes: once en la ciudad, diez en el Pireo —cada uno de estos colegios administraba el agora y todo lo que era susceptible de ser administrado en ambas ciudades— y treinta comenzaron a gobernar todo autocráticamente.» Los Diez del Pireo eran, indudablemente, una habitual decarquía oligárquica, de acuerdo con la muestra que establecía Lisandro de los gobiernos oligárquicos. Los Once de Atenas representaban una comisión que, de acuerdo con la constitución de Pericles, administraba la manutención de los presos, la ejecución de los condenados a muerte y la transferencia de los bienes confiscados. Durante la tiranía de los Treinta entró también en el círculo, considerablemente ampliado debido al terror masivo, de las obligaciones de esa comisión, la inspección de mercado, centro de la vida social de la polis. Aristóteles habla, además, de los 300 flageladores, aparato ejecutor de los tiranos.

Habiendo tomado en cuenta el triste resultado del breve dominio de los oligarcas en el año 411, los Treinta intentaron crearse cierto apoyo en las masas populares. Nombraron a 500 personas miembros del Consejo y a otras tantas para otros puestos del Estado y 2.000 ciudadanos más tomaban parte en los procesos judiciales. La totalidad de estos 3.000 ciudadanos, según el plan de Critias, debían gozar de todos los derechos políticos. Así y todo, la nómina de los 3.000 no fue publicada, y la asamblea popular, pese a su limitada numerosidad, no fue convocada durante todo el tiempo del Gobierno de los Treinta. Sin embargo, algunas simplificaciones en la legislación, especialmente en lo relativo a las propiedades, y el destierro, ampliamente proclamado, de los delatores sicofantes debían atraer a los ciudadanos pudientes.

Pero como método básico del Gobierno, siguió practicándose el terror en masa sobre los demócratas. Durante los ocho meses de su Gobierno, los Treinta ejecutaron a no menos de 1.500 personas. Gradualmente, el terror comenzó a propagarse también contra los ciudadanos pudientes, debido a que los tiranos contaban con apoderarse de sus bienes. Fue así como se promulgó una ley según la cual, cualquiera de los Treinta podía detener, a su criterio, a un meteco y apropiarse de sus bienes confiscándolos. Un célebre orador ateniense, el meteco Lisias, en su discurso *Contra Erastótenes*, uno de los Treinta, describe detalladamente la implacabilidad con que los tiranos expoliaban y saqueaban a los metecos, apropiándose de sus pertenencias. También los ciudadanos atenienses comenzaron a caer víctimas de los tiranos. Fueron detenidos el rico Nicerato, hijo del estratega Nicias, y Antifón, que dos veces había desempeñado el puesto de tierarca. Finalmente, a iniciativa de Cristias, fue promulgada una ley que privaba a todos los ciudadanos, menos a los que integraban los Tres Mil, de las garantías jurídicas. De acuerdo con una resolución de los Treinta, cualquiera de los ciudadanos podría ser ejecutado sin juicio previo. Con motivo de la indignación que empezaba a cundir entre las masas, al demos se le quitaron las armas (excepto a los Tres Mil), invitándose además a estar en Atenas a una guarnición de 700 espartanos, pagada por los Treinta.

Pero a pesar de todo, tales medidas no pudieron detener el proceso de descomposición de la tiranía. A partir del otoño del año 404, el oligarca moderado Terámenes, por temor a una sublevación de los ciudadanos, se integró en la oposición a Critias. Insistía en la necesidad de elaborar una nueva constitución, que tuviera por modelo la del gobierno de los Cinco Mil en el año 411, en la esperanza de que en caso de convocatoria regular de la asamblea popular, compuesta de hoplitas, el poder pasaría de las manos de los oligarcas extremistas a las de sus partidarios. La oposición de Terámenes terminó con la ejecución de que fue víctima por sentencia de los Treinta, quienes, con el pretexto de «conservar la legalidad», tacharon previamente su nombre del registro de los Tres Mil. Después, el terror de los tiranos se volvió no sólo contra los demócratas, sino también contra los oligarcas moderados. Ulteriormente, Cristias clausuró el acceso a Atenas a todos los que no figuraban en la nómina de los Tres Mil. Las propiedades de los opositores eran confiscadas y repartidas entre los oligarcas.

Por aquel entonces, el anterior estratega Trasíbulo, que había emigrado a Tebas, alistó un destacamento de 70 exiliados y se apoderó de Filé, punto fortificado en las cercanías de Decelia. Esta salida suscitó alarma entre los tiranos, los que movilizaron y dirigieron contra aquél la totalidad de sus tres mil hoplitas. Rechazados éstos de Filé, los tiranos los hicieron regresar a Atenas y enviaron contra los sublevados a toda la guarnición espartana. En el ínterin, el destacamento de Trasíbulo ya había crecido hasta la cantidad de 700. En un ataque por sorpresa a los espartanos, Trasíbulo les infirió una gran pérdida (fueron muertos 120 hoplitas), y se dirigió al Pireo. En el camino su tropa siguió creciendo hasta llegar a tener 1.000 hombres. El rápido avance de los sublevados y la incorporación masiva a los mismos de los ciudadanos comunes, señalaban manifiestamente la inestabilidad y la corta duración (que se podía ya descontar) de la tiranía. En vista de ello, los tiranos resolvieron prepararse a tiempo un refugio; para ello, hicieron un censo de todos los habitantes de Eleusis y los hicieron detener y ejecutar a todos, uno por uno, sin excepción, con el fin de, en caso de complicaciones ulteriores, poderse fortificar en esa localidad.

Mientras tanto, Trasíbulo había llegado con sus tropas al Pireo, donde se le unieron una gran cantidad de habitantes locales, entre ellos metecos e inclusive esclavos. Cuando los tiranos alistaron todas sus tropas armadas para comenzar la batalla —3.000 hoplitas, la guardia de Laconia y la caballería—, resultó que tenían cinco veces más hoplitas que Trasíbulo. Pero, en cambio, detrás de los hoplitas de los sublevados «habían formado filas los lanceros, los arqueros, la infantería ligera, detrás de ellos un destacamento armado con piedras y hondas para arrojarlas. Había gran cantidad de éstos, porque llegaban hacia allí muchísimos de los habitantes locales». Así, pues, los ánimos de los ciudadanos comunes estaban manifiestamente con los sublevados.

En la batalla decisiva junto a Muniquia, los Tres Mil fueron batidos nuevamente, pereciendo en esta oportunidad el jefe de los tiranos, Critias, tras lo cual los oligarcas extremistas huyeron a Eleusis, los moderados eligieron diez nuevos jefes y los demócratas se fortificaron en el Pireo.

La más fuerte resultó ser la agrupación del Pireo, que luchaba en favor del completo restablecimiento de la democracia. Se le había agregado gran número de metecos, atraídos por la promesa de que se los igualaría en derechos con los ciudadanos atenienses.

Tanto los oligarcas de Atenas como los de Eleusis apelaron a la ayuda de Esparta. Lisandro volvió a dirigirse al Pireo, cercándolo por tierra y por mar. Pero los éforos y el rey Pausanias recelaban del excesivo fortalecimiento de Lisandro, de modo que el propio Pausanias se dirigió al Ática.

Para entonces, «al lado de los ciudadanos que habían ocupado el Píreo y Muniquia, se pasó la totalidad del pueblo, y ese partido comenzó a vencer en la guerra»; en la propia ciudad de Atenas tuvo lugar una nueva revuelta, y ascendieron los moderados que abogaban en favor de un acuerdo con los demócratas del Pireo.

Dado que ninguna de las dos partes manifestaba enemistad hacia los lacedemonios, Pausanias propuso una tregua bajo las siguientes condiciones: 1) ambos partidos cesarían sus acciones bélicas; 2) todos recibirían los bienes que les habían sido confiscados (con la sola exclusión de los Treinta tiranos, de los decarcas del Pireo y de los Once); 3) los oligarcas conservarían el poder en Eleusis, y todos los que desearan, podrían trasladarse hasta allá; 4) se declararía la amnistía por todos los crímenes políticos anteriores. Inmediatamente después de este tratado, el Pireo y Atenas se unieron formando una sola comuna.

No obstante, los oligarcas estaban preparándose para una lucha por el poder, y habían invitado a unos mercenarios. Pero en el año 401 los estrategas de Eleusis fueron muertos, y los otros oligarcas regresaron a Atenas donde ya desde antes había sido restablecida por completo la constitución democrática.

Para concluir, es necesario detenerse en esta pregunta: ¿por qué la atrasada Esparta había vencido a la progresista Atenas? La causa fundamental reside en la debilidad interior de la democracia esclavista. La potencia naval ateniense representaba la dictadura de una cantidad relativamente pequeña de ciudadanos atenienses con plenos derechos políticos; y esta dictadura era ejercida no sólo sobre miles de esclavos, sino también sobre una enorme cantidad de aliados que esperaban tan sólo la primera oportunidad para liberarse. Con cualquier complicación que surgiera en la situación interior, intensificábase la tensión centrífuga en la potencia naval ateniense. Y la democracia esclavista de Atenas no podía emprender el camino de otorgar los derechos de ciudadanía a sus aliados, en virtud de las limitaciones de su propia naturaleza de polis antigua.

En segundo lugar, hay que tener también en cuenta que a Atenas se le oponían no sólo la Liga del Peloponeso, sino también muchísimas polis helenas de Sicilia y, finalmente, Persia, que disponía de innumerables recursos financieros y bélicos en toda el Asia Anterior. Esparta no había logrado conseguir una victoria en el combate cuerpo a cuerpo contra Atenas, y sólo la gran ayuda del rey persa había inclinado el fiel de la balanza en su favor.

La victoria espartana, comprada a precio muy elevado, como también el aplastamiento y la destrucción de Atenas, atrasaron a Grecia en más de cien años, desde el punto de vista de su peso internacional. La oprobiosa paz de Antálcidas, que fue la consecuencia lógica de la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso, anuló todo lo que se había conseguido en las guerras médicas.

Más catastróficas fueron las consecuencias de la guerra del Peloponeso en la vida política de Grecia. La arqué ateniense, basada en la despiadada explotación no sólo de los esclavos, sino también de los aliados, resultó demasiado débil como para unificar a toda la Hélade. Esparta, en virtud de su atraso económico, era incapaz de lograr una duradera unificación política de Grecia. De esta manera, la guerra del Peloponeso determinó el triunfo eventual de una especie de particularismo de las polis, y el desarrollo ulterior de los acontecimientos acarreó lógicamente las guerras intestinas del siglo IV y, al fin y al cabo, condujo al dominio macedónico y a la pérdida de la independencia de la Hélade.

CAPÍTULO XIV

**EL LITORAL MERIDIONAL, OCCIDENTAL Y SEPTENTRIONAL
DEL MAR NEGRO EN LOS SIGLOS V-VI A. C.**

El desarrollo histórico de las polis griegas situadas a lo largo de las costas meridional, occidental y septentrional del Ponto Euxino, está estrechamente vinculado no sólo con la historia de los Estados rectores de la antigua Grecia —Atenas y Esparta—, sino también con la de las poblaciones locales del Asia Menor, Tracia y la costa septentrional y occidental del mismo hasta el siglo V a. C., es conocida tan sólo en rasgos generales.

1. El litoral meridional y occidental del mar Negro

La costa meridional del mar Negro formaba parte, a partir de los tiempos de Ciro I (558-529 a. C.), de la monarquía persa; sólo después de firmar la paz de Calías en el año 449 a. C., las ciudades griegas obtuvieron la autonomía. Probablemente, al igual que en las ciudades de Jonia, la nobleza de las ciudades meridionales del Ponto sostenía una política persófila, con el fin de facilitar la explotación de la población local y de las riquezas naturales de las regiones vecinas. Las relaciones entre los griegos y las poblaciones locales se habían establecido de distintas maneras. Desde la remota antigüedad, las tribus de la parte oriental del litoral sur del mar Negro —los calibes, los mosinecos, los tibarenios y otros—, tenían fama por su arte en la obtención y el tratamiento de metales, especialmente el acero. Los vínculos económicos con los mismos eran muy ventajosos para los griegos, especialmente para los habitantes de Sínope, los que compraban el hierro allí labrado. De la estabilidad de esas relaciones dan testimonio la multitud de pequeñas poblaciones fundadas por Sínope en los territorios de esas tribus.

Partiendo de los datos posteriores de Jenofonte, es dable suponer que la población local ofrecía resistencia a las tentativas de los griegos de establecer su dominio sobre ellas, de modo que, por ejemplo, debía tenerse presente la independencia de sus vecinos, antiquísimos habitantes del Ponto meridional.

En la parte occidental de la costa sur se encontraba una sola ciudad griega, Heráclea, situada en la desembocadura del río Lico. Las tribus agrícolas locales de mariandinos no pudieron defender su libertad y terminaron por ser esclavizados por los habitantes de la ciudad. Es lícito suponer que ese período de la historia de Heráclea fue de luchas entre sus ciudadanos y los mariandinos, y que precisamente en aquel tiempo fueron estructurándose esas peculiares formas de independencia de los mariandinos que posteriormente señalaron los escritores de la antigüedad. Habiendo obligado a los habitantes locales a que trabajasen para ellos, los de Heráclea tuvieron, en consecuencia, una economía agrícola bien desarrollada que les proporcionaba una considerable cantidad de productos. Al mismo tiempo que esos productos, Heráclea exportaba también maderas de construcción, hacienda, productos de alfarería y otras mercaderías. Se sabe que, sobre el años 520, los ciudadanos de Heráclea fundaron la colonia de Callatis, en la costa occidental del Ponto. El éxodo de una parte de los ciudadanos puede atestiguar el recrudecimiento de la desigualdad social en el seno de la población de Heráclea, el estallido de una lucha encarnizada entre los diferentes grupos sociales y la emigración de los vencidos a nuevas tierras.

Las fuentes escritas no suministran noción alguna acerca de la historia económica de las ciudades del litoral meridional del mar Negro durante el tiempo del que estamos ocupándonos. No obstante, la aparición temprana de moneda propia (Sínope, por ejemplo, comenzó a acuñar plata en el período comprendido entre los años 570 y 520) indica un considerable desarrollo de la circulación monetaria ya a mediados del siglo VI a. C.

Algo mejor se conoce la vida de las polis del litoral occidental del mar Negro. Los datos que se refieren al comercio de las ciudades de esta región muestran que entre los griegos y los habitantes nativos del país, los tracios, se habían establecido vínculos comerciales. Los griegos importaban los productos procedentes de los centros artesanales del mar Mediterráneo, recibiendo en cambio mercancías tan valiosas como cereales, maderas, pescado, metales preciosos, que abundaban en Tracia.

En el año 514 a. C. Darío, mientras se dirigía contra los escitas, penetró hacia los confines del litoral occidental del Ponto. Allí los persas, tras quebrantar la resistencia de tribus tracias, sometieron el litoral oriental de Tracia, inclusive las ciudades griegas del mismo. No obstante, el dominio persa no dejó hondos vestigios en la historia del litoral occidental del mar Negro, puesto que ya en el año 494 se hallaban en Tracia los escitas, que intentaban invadir al Asia Menor.

En la primera mitad del siglo V a. C., entre las más desarrolladas tribus que moraban en la parte sudeste de Tracia, el desarrollo de la agricultura, de la ganadería y de la minería había llegado a un nivel bastante elevado.

La muy avanzada descomposición del régimen comunista primitivo que se había operado entre ellas, acarrea la aparición de clases y de una sociedad clasista. Según el testimonio de Herodoto, entre los tracios existía la esclavitud ya a mediados del siglo V a. C. La existencia de una acentuada desigualdad, en cuanto a los bienes, entre las tribus de la Tracia meridional, es confirmada por las fuentes arqueológicas. Aproximadamente a partir del año 480 a. C., las tribus de los odrises, que habitaban en el sudeste de Tracia, sometieron a muchas tribus del país, hasta las mismas orillas del Ister. En el primer tercio del siglo V a. C. se formó de manera definitiva el Estado de los odrises. El primero de sus reyes que nos es conocido, Terés, que gobernó en el segundo cuarto del siglo mencionado, se había emparentado con el rey escita Ariapeithes al darle a éste a su hija por esposa.

Según parece, los reyes de los odrises no pudieron someter por completo a las ciudades griegas. Pero el contacto económico de los ricos habitantes de las ciudades, con la nobleza tracia, llevaba al enriquecimiento de ambas partes, a cuenta de opresión de amplios sectores de la población y de los esclavos. Como testimonio indirecto, aparece el crecimiento territorial de las ciudades del litoral occidental del mar Negro (por ejemplo, de Apolonia), como también la creciente estratificación —en cuanto a la posesión de los bienes— en la población urbana. Esto último se reflejó en la encarnizada lucha social que tuvo lugar en aquellas ciudades durante el siglo V a. C. La tradición sólo ha conservado algunas informaciones acerca de Istros y de Apolonia, donde las sublevaciones de los ciudadanos condujeron al derrocamiento del gobierno de la aristocracia y al establecimiento de un régimen democrático.

Al lado del desarrollo de la agricultura y de la ganadería en el territorio que pertenecía a las ciudades del litoral occidental del mar Negro, se observa también la ampliación, en las mismas ciudades, de la producción artesanal y de la comercialización de la misma; ya en el siglo V surge la necesidad de acuñar moneda propia. Apolonia comenzó a hacerlo en el período comprendido entre los años 520 y 480; Mesembria, a partir de mediados del mismo siglo.

De esta manera, el crecimiento de las ciudades situadas junto al Ponto era acompañado por el desarrollo de sus vínculos comerciales con las polis griegas, principalmente con Atenas. A partir del segundo cuarto de ese siglo se nota claramente, en aquellas mismas ciudades, la intensificación de la importación ática. La tendencia de Atenas a aprovechar todas las ventajas de comerciar con los ricos países pónicos, se expresó no solamente en el comercio, sino también en las expediciones bélicas al mar Negro. Al parecer, las primeras expediciones datan aún de la década del 470 a. C., pues la tradición antigua informa que el estadista ateniense Arístides murió durante una expedición al Ponto.

Las consecuencias más importantes las tuvo la campaña de Pericles al mar Negro, que significó una nueva etapa en la historia de una serie de ciudades del Ponto meridional y occidental. La fecha de esa campaña no está determinada con suficiente precisión; es referida ora al año 444, ora al 437. La tendencia de Pericles a exhibir «ante reyes y otros potenciados» de las tribus pónicas el poderío naval de Atenas, hace suponer que muchos de ellos le eran

hostiles. Se sabe, por ejemplo, que uno de los adversarios de Atenas era el poderoso rey de los odrises, Sitalcés, hijo de Teres.

En sus relaciones con las ciudades griegas situadas junto al Ponto, Pericles se atenía a una política amistosa, estimulando en ellas a las agrupaciones atenófilas. Sin embargo, para conseguir el dominio, no eludía recurrir a la violencia. Así, aprovechando el descontento de los habitantes de Sínope respecto al tirano Timesilao que allí gobernaba, Pericles envió una flota de 13 trieres, encabezada por Lámaco con sus guerreros, con cuya ayuda el tirano fue derrocado. Al parecer, la masa de los pobres libres no recibió gran satisfacción ni alivio con tal revuelta, porque las tierras y casas del tirano y de sus partidarios fueron ocupadas por los clerucos atenienses enviados por Pericles a Sínope. Estos, en número de 600, eran el apoyo más seguro del dominio ateniense en Sínope. Igual violencia fue aplicada a la ciudad de Amisos, a la cual los atenienses enviaron un ejército mandado por Atenocles. La ciudad fue privada hasta de su nombre, el que fue reemplazado por el de Pirea. Aun en el siglo V a. C., se conservaba en las monedas ese nombre y la efigie de la lechuza ateniense, en calidad de escudo de dicha ciudad.

La ocupación de Sínope y de Amisos por los atenienses fue posible no sólo por el debilitamiento de las mismas debido a la lucha social interna, sino también por la falta de una eficaz ayuda a los griegos por parte de las tribus locales. Al parecer, al mismo tiempo Atenas había logrado atraer también su órbita de influencia a la Heráclea pónica, porque en los registros conservados de los contribuyentes al foros en el año 425, aparecen mencionados sus habitantes. Posiblemente, al igual que en Sínope, los atenienses aprovecharon las disensiones entre la aristocracia local y las capas democráticas de la población libre.

Se sabe muy poco de las relaciones mutuas entre las ciudades del litoral occidental del mar Negro y la Liga marítima ateniense. En la misma inscripción en que figura el registro de los aliados pagadores de tributos del año 425 quedan establecidas con suficiente certeza los nombres de Apolonia y Callatis.

Es dable suponer que no todas las ciudades pónicas sufrían en igual grado la opresión de Atenas. Especialmente grave era ese dominio para la población de las polis a las cuales eran enviados los clerucos atenienses. Es natural que en aquellas ciudades fueran muy fuertes las tendencias antiatenienses, apoyadas y estimuladas por el rey persa. Con el comienzo de la guerra del Peloponeso, los elementos hostiles a Atenas en las ciudades pónicas se pusieron en actividad. Ya en el año 424 a. C. los oligarcas de Heráclea, ayudados por Darío II, derrocaron del poder al partido democrático, que era apoyado por los atenienses y, acto seguido, declararon su independencia de Atenas.

La defección de Heráclea infirió gran detrimento a los intereses de Atenas en el Ponto. Para reprimir la sublevación, los atenienses enviaron una expedición punitiva encabezada por el estratega Lámaco, el mismo que otrora había derrocado la tiranía en Sínope.

No disponiendo, al parecer, de suficientes fuerzas como para apoderarse de la ciudad de un golpe, Lámaco desembarcó, dentro de la región perteneciente a Heráclea, en la desembocadura del río Caleto. Aquí, los atenienses devastaron los campos de los habitantes de Heráclea, y los que sufrieron las circunstancias antes que nadie fueron los mariandinos, que habitaban esos campos y las aldeas adyacentes. Aun así, Lámaco no logró someter a Heráclea, pues la corriente desbordada del río llevó las naves al mar y las destrozó contra las rocas. Lámaco debió entablar negociaciones con Heráclea, cuyos ciudadanos otorgaron su conformidad al paso de los atenienses a través de su tierra, y accedieron a proveerles de víveres para el regreso. Así terminó ignominiosamente la tentativa de Atenas de recuperar a Heráclea como subdito.

En el interior de la misma ciudad de Heráclea continuó la lucha entre las agrupaciones oligárquica y democrática. El hecho de haberse emancipado del poder de Atenas, fortaleció la situación de los oligarcas. Los cambios políticos en Heráclea, tal como sucedía no pocas veces en las ciudades griegas, tenían como consecuencia la emigración de los vencidos. Los demócratas que emigraron de Heráclea se apoderaron, según parece, de una pequeña población en la parte meridional de Crimea, fundada en su tiempo por los griegos de Jonia, y en ese lugar fundaron su colonia, el Quersoneso Táurico.

Esta fundación respondía no sólo a los intereses de los demócratas, sino también a los de los oligarcas de Heráclea. La emigración de una parte de los demócratas descargó en la ciudad la tensa atmósfera política, y la aparición de una nueva colonia en el litoral septentrional del mar Negro, litoral rico en recursos naturales, representaba una ventaja para Heráclea en el sentido económico.

No se conoce la posición de los griegos del Ponto occidental respecto a Atenas al finalizar la guerra del Peloponeso. Cabe pensar que la defección de la Liga, en el año 411, de Bizancio, Cícica, Selimbria, Calcedonia y las ciudades del Helesponto, tenía que ejercer alguna influencia sobre la política ateniense. Las fuentes que describen detalladamente las operaciones de Alcibíades en el año 409, no hacen mención alguna de las ciudades pónicas. De ahí puede extraerse la conclusión de que tales ciudades no se sublevaban contra Atenas, o, lo que es más probable, que Alcibíades se planteaba como problema sólo la devolución de los estrechos: para una lucha contra aquellas ciudades, Atenas ya no tenía entonces suficientes fuerzas. Después de la destrucción definitiva de la flota ateniense en Egospótamos en el año 405, la influencia de Atenas sobre las ciudades del Ponto se redujo a la nada.

En la vida económica de las ciudades del Ponto occidental no se observan profundos cambios en aquel tiempo. Es indudable que en la segunda mitad del siglo V a. C. tuvo lugar aquí el desarrollo de la producción local y del comercio. La nobleza esclavista de las ciudades, que poseía tierras, talleres y naves, obtenía grandes beneficios. Fuente nada pequeña para su lucro representaba el comercio con las regiones del interior de su país.

Los muchos hallazgos de objetos griegos hechos en el interior de Tracia muestran que los vínculos de los griegos con las tribus locales eran bastante intensos. La aristocracia tracia, aun en los lugares más distantes del mar, hacía abundante uso de los productos de los mejores artífices atenienses del siglo V. La unificación de Tracia bajo el dominio de los odrises debía propender al crecimiento de los vínculos tracios con Grecia. Durante la segunda mitad del siglo mencionado, los odrises representaban una fuerza tan considerable, que, en el comienzo de la guerra del Peloponeso, Atenas buscó la alianza con ellos. Los reyes tracios, Sitalcés y su hermano Seutés, mantenían en general relaciones amistosas con los helenos, aunque Sitalcés fue, en un principio, algo hostil en este sentido; al estimular el comercio griego en Tracia, ellos mismos se procuraban no pocas ventajas. Una fuente especial de rentas era la contribución que las ciudades griegas pagaban anualmente al rey de los odrises. Tales contribuciones y los rendimientos que se obtenía del territorio bajo su mando, permitieron a los reyes tracios concentrar en sus manos recursos muy considerables. De entre los gobernantes «bárbaros» más cercanos a los griegos, ellos eran los más ricos.

El pago de la contribución a los reyes tracios apenas si era gravosa para la población pudiente de las ciudades del occidente pónico. Las riquezas acumuladas en sus manos les suministraban la posibilidad de hacer cuantiosas erogaciones para erigir grandes obras sociales, como lo atestiguan los hallazgos arqueológicos de Apolonia e Istros.

Las polis del sudoeste pónico habían crecido, a finales del siglo V, hasta alcanzar la magnitud de grandes centros productores y comerciales de primer orden.

Sínope exportaba maderas para construcciones navales y leña, pescado y aceite de oliva. Los mercaderes de Sínope importaban de la Paflagonia esclavos y ganados. El minio que se extraía cerca de Sínope era considerado como el mejor en todo el litoral oriental del mar Mediterráneo. Para explotar las minas de hierro, cobre y plata, Sínope había fundado una colonia, Cotiora. Una parte del metal extraído en ella se elaboraba allí mismo, y el resto era llevado a los talleres de Sínope. El acero sinopiano gozaba de gran fama en la antigüedad. El comercio de aceite de oliva y de vino exigía una gran cantidad de recipientes de cerámica, lo cual implicó el gran desarrollo de la alfarería. Al desarrollo de comercio le resultaba también muy favorable el hecho de que tanto Sínope como Heráclea poseyeran una considerable flota mercante y militar.

El poderío económico de Sínope favoreció su consolidación política, a través de la unificación de una considerable parte de la población pónica meridional bajo su dominio. Las colonias de Sínope dependían de la misma, en diferentes grados entre sí. Una ciudad tan grande como Trapezunte pagaba una contribución a Sínope, conservando al mismo tiempo su

autonomía interior. Las colonias más pequeñas, al estilo de la mencionada Cotiora, eran regidas por funcionarios enviados desde Sínope, los llamados harmostes. El territorio de esas colonias era considerado como perteneciente a Sínope. Jenofonte proporciona el complejo cuadro de las relaciones entre Sínope y sus colonias, y las tribus locales. Algunas de éstas, por ejemplo los tabirenos y una parte de los colcos, se hallaban en relaciones muy estrechas con los helenos del litoral. Otras, entrando en vínculos amistosos con helenos aislados, trataban de mantenerse independientes de las ciudades griegas (los mosinoicos). Unas terceras (los drilos) sostenían todo el tiempo una lucha contra los griegos del litoral.

Un solo acontecimiento, relativamente insignificante, de la historia del litoral meridional, nos es bien conocido: la permanencia en aquel lugar de los que fueran mercenarios griegos de Ciro, acontecimiento que Jenofonte describe en su *Anábasis*. En la primavera del año 400 a. C. un ejército compuesto por diez mil guerreros que traía consigo un tren de avituallamiento, mujeres y esclavos, había bajado de las montañas hacia el mar, a Trapezunte. El explícito reto de Jenofonte transmite vivamente la inquietud que se apoderó de los helenos habitantes del Ponto meridional: el ejército que se presentaba estaba en condiciones no sólo de asolar las ciudades griegas y arruinar a las tribus vecinas a las mismas, sino también de perturbar y violentar el sistema de relaciones mutuas con la población local, relaciones que se habían establecido desde hacía muchísimo tiempo, permitiendo a la nobleza esclavista de las ciudades griegas, aliadas con la nobleza de las tribus, explotar a amplias capas de la población local. No obstante la simpatía hacia los Diez Mil, los helenos del Ponto meridional procuraron despacharlos lo más pronto posible del litoral meridional del mar Negro. Lo que más terror infundía a los de Sínope era la circunstancia de que los Diez Mil habían establecido relaciones amistosas con el rey de la Paflagonia, Corilos, que pensaba apoderarse de las ciudades del litoral. Uno de los destacamentos de los Diez Mil, al atacar a una población, fue rechazado, sufriendo una sensible derrota. A los ancianos de esa población, que llegaron a la pequeña ciudad de Cerazonte con una queja, los mercenarios los recibieron con una lluvia de piedras, después de lo cual se apoderaron de la ciudad de Cotiora; todo ello obligó a los de Sínope a proceder con energía. La embajada enviada por Sínope a Cotiora logró persuadir a los guerreros a que se embarcaran y se dirigieran directamente a Heráclea.

Habiendo zarpado en las naves que se les proporcionara, los mercenarios se detuvieron en el camino sólo en el puerto de Sínope, donde, al parecer, no se les dejó entrar en la ciudad, pero se les suministró víveres, que les eran muy necesarios. Al arribar a Heráclea y sintiéndose ya cerca de su patria, los soldados exigieron de la ciudad una contribución de diez mil estáteras de oro. Empero, los de Heráclea declararon al instante la ciudad en estado de guerra. Comprendiendo que no les sería fácil dar cuenta de los habitantes de la misma, los advenedizos prosiguieron su ruta. El relato de Jenofonte acerca de la estancia de los Diez Mil en el litoral meridional del mar Negro reviste importancia para la comprensión de la ulterior historia de aquella región.

A comienzos del siglo IV a. C. Sínope pasó por un período de ascenso, de lo cual dan testimonio las muchas emisiones de monedas de plata con el escudo de la ciudad: un águila marina sobre un delfín, y con los nombres de algunos funcionarios públicos. Las riquezas de esta ciudad excitaban los deseos de los vecinos gobernantes del Asia Menor de apoderarse de ella. Durante la década del 70 del siglo IV Sínope tuvo que defender su independencia contra Datames, el sátrapa de la Capadocia. Este, cuyas posesiones se reducían hasta entonces a un altiplano interior, había decidido apoderarse también de los territorios litorales. Habiendo penetrado en la Paflagonia, sometió a su poder una parte considerable de la misma y a la ciudad Amisos-Pirea. Amisos no pudo ofrecerles resistencia considerable, puesto que ni ella ni las poblaciones sometidas a ella, Temiscira y Sidonia, poseían fortificaciones de significación.

Después Damates puso sitio a Sínope, acerca del cual se ha conservado un relato de Polieno, adornado con gran número de imaginarias invenciones. Al comienzo, los de Sínope repelieron firmemente al enemigo, recibiendo por vía marítima vituallas y pertrechos de guerra. Al mismo tiempo, enviaron una queja contra Datames, al rey Artajerjes Mnemón. Después de cierto tiempo, Sínope empezó a sentir la falta de guerreros. Según relata Polieno, para engañar a los enemigos, sus defensores vestían a las mujeres con ropas de soldados y las hacían salir a los muros de la ciudad. Al fin, Datames pudo apropiarse de Sínope. Este hecho tuvo grandes

consecuencias para la historia de toda la parte oriental del Ponto meridional. De una polis independiente que ejercía su dominio sobre varias ciudades más pequeñas, Sínope había pasado a convertirse ella misma en una ciudad sometida. Cabe suponer que la autonomía de Sínope era constantemente violada por la intromisión de los gobernantes de la Capadocia, y que estos últimos se apoderaron incluso del mando en la propia ciudad. Así, por ejemplo, en las monedas de Sínope comenzaron a figurar los nombres de los sátrapas, en lugar del nombre de la ciudad.

Al parecer, el sometimiento repercutió, más que nada, sobre la situación de las capas más pobres de la población libre. La nobleza esclavista de la ciudad procuró establecer contacto con el gobernante y con sus más allegados, los nobles persas. No cabe duda que los sátrapas de la Capadocia trataban de apoyar y estimular el desarrollo del comercio y de los oficios, puesto que ello multiplicaba las contribuciones que pagaba la ciudad. En cuanto al considerable desarrollo de la producción en Sínope, da testimonio del mismo el hecho de que precisamente en el siglo IV a. C. la ciudad formara una poderosa flota que ocupó el primer lugar en el Ponto. Es indudable que, durante el período que estamos considerando, cobró un desarrollo inusitadamente grande la cerámica, lo cual queda documentalmente atestiguado por los sellos que se ven en las ánforas y en las tejas, ya a partir del año 320 a. C. Siguieron desarrollándose los otros oficios.

La anexión de Sínope a la Capadocia repercutió asimismo sobre la composición étnica de la ciudad, donde aparecieron una considerable cantidad de persas y de representantes de las tribus locales.

Después de Datames gobernaron allí otros sátrapas, sucesores de aquel cuyos nombres se conocen por las leyendas inscritas en las monedas de Sínope. Y sólo cuando Pérdicas dispuso ejecutar a Araiartes, que por entonces gobernaba a la Capadocia, Sínope pudo recuperar su independencia.

La historia política de Heráclea en el siglo IV a. C. es diferente de la de Sínope. Después de su defección de la Liga ateniense, se estableció en ella el dominio de los oligarcas, que gobernaban sin control alguno, debido a que una parte considerable de los demócratas se habían trasladado al Quersoneso Táurico, estableciéndose allí. La necesidad de disponer de algunas fuerzas con el fin de aplastar la oposición democrática y, principalmente, para retener en la obediencia a los mariandinos, obligaba a los círculos gobernantes de Heráclea a preocuparse de la intensificación del poderío militar de la ciudad. Al mismo tiempo, Heráclea trataba de vincularse estrechamente con otras polis pónticas. A mediados de la década del 380, por ejemplo, envió auxilio a Teodosia, atacada por el rey bosforiano Sátiro. El objetivo de Heráclea era bien claro: tratar de impedir la expansión del Bósforo en dirección a las partes occidentales de Crimea, porque, una vez que se hubieran apoderado de Teodosia, los reyes bosforianos podían seguir moviéndose más hacia adelante, sobre la colonia heracleota del Quersoneso. La mencionada ayuda fue muy eficaz: despacharon 40 barcos con cereales, aceite, vino y otros víveres. Los heraclotas enviaban también a Teodosia navíos militares que en más de una oportunidad prestaban ayuda a los sitiados. A la cabeza de la escuadra se hallaba el navarca heracleota Tínicos, y otro navarca conocido, oriundo de Rodas, Memnón. No obstante la ayuda de Heráclea, esa guerra terminó a los pocos años con la capitulación de Teodosia.

Los ingentes gastos y el desastroso resultado de la guerra determinaron la agudización de las contradicciones clasistas en la ciudad. Durante la guerra aumentó la deuda de las amplias masas de la población. Los lotes de los propietarios medianos y pequeños pasaron a manos de los ricos. La calamitosa situación de las masas fue precisamente lo que impulsó el desenvolvimiento del movimiento democrático, que tenía por objeto derrocar al grupo oligárquico gobernante.

La exigencia de anular las deudas y redistribuir la tierra era tan insistente, que el consejo de los Seiscientos, el órgano superior del poder de Heráclea, se vio obligado a ceder; así fue que se permitió regresar a la ciudad al jefe del partido democrático, Clearco, anteriormente expulsado.

Clearco procedía de una noble familia de Heráclea y poseía una instrucción universal. En su juventud había estudiado en Atenas y había sido oyente de Platón e Isócrates. Posteriormente, se había imbuido de ideas democráticas radicales. De regreso en Heráclea, Clearco, recurriendo a

la ayuda de los ciudadanos pobres y de los mercenarios, se apoderó del mando y se proclamó tirano. La oligarquía fue desbaratada: sesenta miembros del consejo de los Seiscientos fueron ejecutados, otros fueron arrojados a la prisión y muchos expulsados. Fueron anuladas las obligaciones de deudas; los bienes de la nobleza fueron confiscados y distribuidos entre los ciudadanos indigentes. Clearco otorgó la libertad a muchos esclavos y trató de confirmarlos en los derechos de ciudadanía. Una de sus medidas en este sentido consistió en casamientos, por la fuerza, de las heracleotas nobles con esclavos. Llama, sin embargo, la atención el que, habiendo declarado ciudadanos a gran número de esclavos manumitidos, Clearco no hiciera nada para la liberación de los mariandinos esclavizados. Es conocida también su actividad en el ámbito de la cultura. Fundó en Heráclea una biblioteca que glorificó su nombre.

Como es natural, la actividad de Clearco engendró una encarnizada resistencia de parte de la expulsada o agazapada oligarquía reaccionaria. La misma emprendió, más de una vez, tentativas de apoderarse del mando y organizó atentados contra la vida del propio Clearco. En el año 352 a. C., en el décimo segundo año de su gobierno, Clearco fue asesinado por los conjurados.

Sabemos muy poco acerca de la política exterior de Clearco; se han conservado informaciones según las cuales trataba de establecer relaciones pacíficas con el sáptrá persa vecino. El sucesor de Clearco fue su hermano Sátiro, quien gobernó desde el año 352 hasta el 345. Luego el poder pasó a los dos hijos de Clearco, Timoteo y Dionisio (años 345-337). Después del fallecimiento del primero, gobernó en Heráclea solamente Dionisio (hasta el año 305). A lo largo de todo aquel período, Heráclea acuñó monedas de plata con los nombres de sus gobernantes.

El régimen político de esa ciudad, después de la muerte de Clearco, se hizo, en gran grado creciente, menos democrático. Al parecer, para retener el poder en sus manos, los tiranos hacían concesiones a los aristócratas. Ello se puso de manifiesto, con particular claridad, durante el Gobierno de Timoteo, quien traicionó la política de su padre y sacó de las prisiones a los aristócratas, a pesar de las acusaciones que pesaban sobre ellos. Poco a poco, la tiranía en Heráclea degeneró en monarquía.

La historia de las otras ciudades del litoral meridional del mar Negro durante el siglo IV a. C. es casi desconocida. Acerca de su producción y de su actividad comercial, da testimonio el hecho de que muchas de esas ciudades, carentes anteriormente de moneda propia, comenzaron a emitirla: Amisos-Pirea, Trapezunte, Cromno, Sésamo.

Ninguna de las ciudades del Ponto occidental llegó a ocupar en el Ponto una posición como las de Sínope o Heráclea, ni en la época clásica ni en la helénica. Así y todo, algunas se transformaron en centros relativamente grandes, en cuanto a artes y oficios, o en lo que respecta al comercio. Tal como lo hacen ver los hallazgos (en las excavaciones) de productos áticos de Apolonia, Odesa, Calatia, Mesembria, todas ellas mantuvieron intensas relaciones comerciales con otras ciudades de Grecia: Corinto, Rodas, Tasos. Especialmente importantes fueron los vínculos con Cícica: hasta que apareció el oro macedonio, las estáteras de Cícica representaron divisas reconocidas en todas partes del Ponto occidental y en el del noroeste, al tiempo que en el Ponto meridional ese papel lo desempeñaban los dárlicos persas.

Al mismo tiempo se intensificaron, en el siglo IV a. C., los vínculos de las ciudades del Ponto occidental con otras ciudades griegas del Ponto.

Los acontecimientos de la historia interna de esas ciudades, en el siglo que se acaba de mencionar, son casi desconocidos. Al parecer, en todas ellas imperaba el régimen de la democracia esclavista.

La historia exterior del Ponto occidental durante ese mismo siglo está estrechamente entrelazada con los mayores acontecimientos del mar Negro. En la primera mitad del siglo IV fueron los escitas lo que, habiendo llegado desde el Norte, ocuparon el territorio desde la desembocadura del Danubio hasta la cadena de montañas del Hemos. Los escitas desalojaron a una parte de los tracios que allí moraban y sometieron a los otros. En que esto ocurriera, jugó su papel el debilitamiento del reino de los odrises, forzados a sostener una lucha contra Macedonia. Hacia mediados del siglo IV, el territorio de la actual Dobrudja pasó a formar parte de la gran unificación de las tribus escitas, bajo el poder del rey Ateas. No se ha conservado noticia alguna

sobre cómo tuvo lugar esa unificación. Existe un testimonio según el cual el rey Ateas sostuvo acciones bélicas contra Bizancio, pero, al parecer, la frontera de su reino estaba dada por las montañas del Hemos.

No hay noticias acerca de las relaciones entre las ciudades del Ponto occidental con Ateas. El gobierno de éste en el litoral occidental del mar Negro, durante el cual se desarrollaron sus acciones bélicas contra las tribus, contra los «istrianos» y contra Macedonia, fue de poca duración. En el lapso de la década del 50 del siglo IV a. C., Filipo de Macedonia comenzó la conquista de Tracia. Este país fue el lugar de choque de dos grandes potencias políticas de aquel tiempo, los escitas y los macedonios. En el año 342 a. C. Apolonia y Mesembria tuvieron que reconocer el dominio de Macedonia, la que ya tenía sometido el reino de los odrises. La ulterior expansión macedónica en el litoral occidental sufrió, al comienzo, un descalabro. Filipo había puesto sitio a Odesos, mas se vio forzado a levantarlo y a hacer la paz con la ciudad. La causa probable fue la ayuda prestada a la misma por los escitas.

Tres años más tarde, esto es, en el año 339 a. C., Filipo emprendió el avance decisivo contra el rey Ateas. En una batalla, los escitas fueron derrotados y su nonagenario rey cayó en el combate. Después de esto, las ciudades occidentales del Ponto tuvieron que reconocer el poder de Macedonia sobre ellas. Fueron de las primeras ciudades griegas que entraron a formar parte de la futura potencia macedónica. A lo largo de más de medio siglo, el litoral occidental del mar Negro estuvo privado de independencia.

2. Litoral septentrional del mar Negro

Olbia

Del relato de Herodoto que, al parecer, estuvo personalmente en Olbia, puede extraerse la conclusión de que, en su época, Olbia era ya una ciudad grande, circundada de murallas y torres, que mantenía un vivo comercio con las tribus locales que la rodeaban.

Aún en el año 1904, B. V. Farmacovski, al investigar los vestigios de esa ciudad, descubrió en su parte occidental restos de poderosas construcciones defensivas. Al investigarlas, se tuvo la evidencia de que representaban una magnífica muestra del arte griego de la construcción del siglo V a. C. Las exploraciones arqueológicas de los alrededores de Olbia también descubrieron toda una serie de vestigios de poblados grecoescitas situados a lo largo de ambas orillas del estuario y del curso inferior del río Bug. Muchos de ellos existían ya, según parece, en los siglos VI-V a. C.

Al estudiar los vestigios de dichos poblados y los de ciudades escitas más alejadas de Olbia, como así también unos sepulcros, se han encontrado, invariablemente, al lado de la cerámica local de tipos escitas, muchos objetos de manufactura griega. Una parte de tales objetos fue llevada a esos lugares desde Grecia, y otra parte, fabricada en la misma Olbia.

De esta manera, las nociones comunicadas por Herodoto acerca de las relaciones comerciales de Olbia con el gran territorio poblado por tribus agrícolas locales, hallan plena confirmación en el material arqueológico.

Las sistemáticas excavaciones llevadas a cabo a lo largo de muchos años en la ciudad mencionada, han descubierto en la misma vestigios de la producción artesanal existente ya en el siglo VI a. C., así como vestigios no menos manifiestos y claros de una amplia actividad comercial. Los hallazgos, en los restos de la ciudad del Olbia, de cerámicas de origen jonio, rodio, samio, corintio, calcídico, ático y naucrático, así como de objetos provenientes de las colonias griegas del litoral del mar Negro, certifican las relaciones de Olbia con gran número de centros helenos. Desde todas esas localidades se exportaban sistemáticamente a Olbia vinos, aceite de oliva, objetos de arte, tejidos y otros productos de la artesanía griega. Una parte de las mercancías importadas eran destinadas al uso de la propia población local. A su vez, Olbia exportaba intensamente los cereales que compraba a la población local, otros tipos de productos,

materias primas y, evidentemente, esclavos. Relaciones especialmente estrechas, económicas y políticas, eran las mantenidas por Olbia con su metrópoli, Mileto.

El desarrollo del comercio provocó muy tempranamente la necesidad de acuñar moneda propia en Olbia. Las emisiones más antiguas de monedas olbianas datan de finales del siglo VI y comienzos del V a. C. En este sentido, por otra parte, igual que Panticápea, Olbia se había adelantado considerablemente a muchas otras ciudades —colonias griegas— del litoral del mar Negro. La originalidad del sistema monetario en Olbia consistía en que la acuñación en esa ciudad, a diferencia de todos los demás pueblos griegos, comienza no con la de monedas de plata, sino de cobre. Las monedas olbianas más antiguas que conocemos eran fundidas de cobre. Durante las excavaciones que se hacen en Olbia se encuentran infaliblemente los llamados pececillos o delfines, monedas de cobre fundido que asumen esa forma. Ulteriormente, los «pececillos» fueron reemplazados por las monedas acuñadas en forma común, mas el cobre continuó conservando su valor.

Nociones sumamente interesantes acerca de la circulación monetaria están contenidas en el decreto olbiano, conservado hasta nuestros días, especialmente dedicado a esta cuestión. Por el mismo nos enteramos de que, en la primera mitad del siglo IV a. C., en Olbia circulaban simultáneamente, monedas de cobre, de plata y de electra, emitidas, estas últimas, por la ciudad Cícisa; en el período que estamos considerando, y en el ajuste de cuentas en el mercado exterior, las monedas de Cícisa adquirieron gran difusión en todo el litoral del mar Negro. El objeto principal de aquel decreto consistía en asegurar las más favorables condiciones para la moneda olbiana y, al mismo tiempo, establecer las reglas para su intercambio con otras monedas. De acuerdo con una de esas reglas, las monedas de Cícica podían ser cambiadas directamente por monedas olbianas de cobre. De esta manera, tampoco en aquel tiempo el cobre había perdido su papel en el mercado de la ciudad de Olbia.

Es muy característico de la vida económica de Olbia, el hecho de que su propia producción artesanal suministrara productos no sólo para satisfacer las necesidades de la población urbana, sino también para la exportación.

Algunos de los objetos del llamado «estilo animalista», que se encuentran en los túmulos sepulcrales esparcidos por las estepas al norte del mar Negro, fueron hechos —a juzgar por una serie de indicios— por las manos de los artesanos olbianos. Se sabe también que allí se elaboraba vajilla no solamente de tipo griego, sino también de tipos locales, escitas, calculados manifiestamente para satisfacer los gustos de los consumidores locales. La estrecha vinculación y comunicación de Olbia con las tribus que la rodeaban favorecía el desarrollo del proceso asimilatorio de los colonos griegos con la población nativa. En primer lugar, las que experimentaron sobre ellas mismas el influjo de las formas griegas de vida fueron las tribus que se encontraban en las cercanías inmediatas de la ciudad. Herodoto da el nombre de «tribu helenoescita» a una tribu local, los calípidos, que era la más cercana a Olbia. En la epigrafi olbiana de épocas algo posteriores nos encontramos con un término no menos característico, los mixhelenos, que servía para designar —así es dable pensarlo— a un grupo bastante numeroso de la población local que se había asimilado con los griegos. Al parecer, la mayor parte de aquella población vivía en los poblados grecoescitas, cerca de Olbia, que se han mencionado. Por lo demás, y tal como lo atestiguan las tumbas en la necrópolis olbiana en aquel territorio, y en las que se ven cadáveres encogidos y con objetos escitas, en calidad de inventario escita, los representantes de las tribus locales vivían también en la propia ciudad. Las regiones más distantes de Olbia experimentaban sobre sí en grado menor la influencia helenizante de esa ciudad. Dicha influencia abordaba preferentemente sólo a la capa superior de la sociedad local, la nobleza de las tribus escitas. Los hallazgos de caros objetos de arte de manufactura griega en el interior de los ricos sepulcros escitas evidencian que la nobleza de las tribus era el principal consumidor de esos objetos. La explotación, directa e indirecta, de las masas populares locales más amplias la acercaba a los esclavistas olbianos.

Herodoto nos presenta, en su relato acerca del rey Esciles, una viva imagen de representante helenizado de la nobleza racial escita. De acuerdo con ese relato, aquél era hijo del rey escita Ariapites, habiendo nacido de madre griega, oriunda de Istros, en el Ponto occidental. De ella, Esciles aprendió la lengua griega, a leer y escribir. Habiendo heredado del padre el poder,

Esciles se manifestó afecto, casi devotamente, a todo lo griego. Acompañado de su mujer, escita, solía pasar un mes, y más, en Olbia, donde poseía una casa edificada en estilo griego, ornamentada con esfinges marmóreas y grifones. Allí cambiaba su indumentaria por otra de modelo griego, y en todo se atenía a la manera griega de vivir, inclusive hasta la participación en los cultos griegos. Su adhesión a las costumbres y a la religión de los griegos costó muy cara a Esciles. En cierta ocasión, los soldados de su guardia personal le vieron tomando parte en los festejos bacanales en honor de Dionisos. Cuando se enteraron de ello los destacamentos de Esciles, que se hallaban en las afueras de la ciudad, estalló un motín. Los amotinados dieron muerte al rey y proclamaron a su hermano en su lugar. «Es así —escribe Herodoto— cómo los escitas cuidan sus costumbres y con qué severidad castigan a los que imitan o copian hábitos ajenos.

La población de Olbia y su cultura experimentaron, a su vez, sin duda alguna, el influjo del medio ambiente local; sin embargo, durante sus primeros siglos de existencia predominaban aún en el aspecto de la ciudad —hasta cuanto podemos juzgar— los rasgos de una polis helena típica. Hablan de ello con suficiente claridad los monumentos de los restos de la ciudad, descubiertos en las excavaciones: el arte arquitectónico, la cerámica olbiana y otros productos de la artesanía y objetos de arte, monedas e inscripciones; de lo mismo habla también todo lo que sabemos acerca de la estructura político-social de Olbia. Igual que en muchas otras ciudades griegas, en Olbia se estableció el régimen de la antigua democracia esclavista. El superior poder estatal pertenecía a los ciudadanos, que gozaban de todos los derechos políticos, unificados en la asamblea popular. Junto a ésta existía un consejo electoral. Todos los decretos olbianos que nos son conocidos eran emitidos en nombre del consejo y de la asamblea popular, los que de esta manera cumplían las funciones legislativas y atendían los asuntos más importantes de la administración interna y de las relaciones exteriores. Las funciones separadas del poder ejecutivo eran encomendadas a funcionarios elegidos por un año. Por las inscripciones halladas, se conoce toda una serie de tales puestos electivos: cinco arcontes, seis estrategas, siete o nueve miembros de un colegio financiero especial, agoránomos, astínomos y otros.

Cabe pensar que los ciudadanos que gozaban del derecho a tomar parte en la asamblea popular, a elegir y ser elegidos, es decir, que tenían todos los derechos políticos, formaban evidentemente en Olbia una privilegiada minoría. Todo el resto de la población no gozaba de derechos políticos. Tampoco gozaban de los mismos, por ejemplo, las personas nacidas en otras ciudades, pero que vivían en Olbia. Sólo en algunos casos excepcionales el consejo y la asamblea popular dictaban a su respecto decretos particulares, las llamadas proxenias, en virtud de las cuales se podía otorgar a tales o cuales personas no pertenecientes a la ciudadanía nativa, algunas franquicias y privilegios, hasta la plena igualdad en los derechos con los ciudadanos natos. También constituían una excepción los ciudadanos de la metrópoli de Olbia: Mileto. De acuerdo con un tratado especial entre Olbia y Mileto, los ciudadanos de ambas ciudades —los milesios en Olbia y los olbianos en Mileto—, tenían igualdad de derechos. Entre los que no gozaban de todos los derechos políticos se contaban también los mixhelenos. Es de lamentar que estemos muy mal informados acerca de su situación jurídico-legal. En el peldaño más bajo de la escala social se hallaban los esclavos, privados de toda clase de derechos, sean cuales fueran.

Las nociones acerca de la vida espiritual de la población de Olbia son escasas. La tradición de la antigüedad ha conservado los nombres del filósofo Bión, célebre por su erudición, y del estoico Esfero, conocido por toda una serie de obras sobre temas filosóficos e históricos. Ambos nacieron en Olbia. Los cultos religiosos, a juzgar por las inscripciones, las monedas y otras fuentes, diferían muy poco de los de otras ciudades griegas. Existían allí cultos comunes en Grecia tales como el de Apolo, Afrodita, Zeus, Démeter y otros.

La historia concreta de Olbia de los siglos VI al IV a. C., casi no ha encontrado reflejo alguno en la literatura historiográfica de la antigüedad. Se conoce sólo por los testimonios dados por los escritores de la época romana, que en la segunda mitad del siglo IV la ciudad fue sitiada por las tropas de Zopirión, uno de los generales de Alejandro de Macedonia. Al parecer, ello tuvo lugar en los últimos años de la vida de Alejandro. En aquel tiempo, Macedonia intentó someter a su poder el litoral occidental y una parte del septentrional del mar Negro, junto con las ciudades

griegas que allí se encontraban. Para defender su independencia, el gobierno olbiano tomó las medidas más extremas. En la ciudad sitiada fueron otorgados los derechos civiles de ciudadanía a los extranjeros, fueron anuladas las obligaciones referentes a las deudas, fueron manumitidos y, evidentemente, alistados en el ejército los esclavos. Por fin, Zopirión se vio obligado a levantar el sitio y a replegarse. Su campaña contra Olbia no fue coronada por el éxito.

Quersoneso

El desarrollo histórico del Quersoneso Táurico tomó un camino distinto al camino comercial de Olbia. A diferencia de ésta, Quersoneso no se hallaba situada junto a una gran vía acuática capaz de vincularla sólidamente con las regiones interiores del país, y las comunicaciones con ellas por tierra firme se hallaban dificultadas por una cadena montañosa de difícil acceso que la separaba de la parte meridional de la península, la Crimea montañosa, y por altura y ríos que corren éstas, que la separaban de las estepas de Crimea.

Los principales impedimentos al desarrollo del comercio de Quersoneso con la población local radicaban, empero, no tanto en su situación geográfica como en las particularidades de la vida histórica de las tribus que la circundaban. Los escritores de la antigüedad hablan unánimemente del «carácter salvaje» de los tauridios. El estudio arqueológico de la propagación de las inhumaciones taurídicas, tempranas y más tardías —en el interior de grandes cajas pétreas—, en el territorio que comprende las estribaciones y contrafuertes como así también la Crimea montañosa propiamente dicha, han confirmado completamente esos testimonios. Los hallazgos de objetos de trabajo griego entre el tosco y escaso inventario de esos sepulcros son sumamente raros, y en los pocos casos en que dichos objetos se han hallado, parece que, evidentemente, cayeron en las manos de los tauridios no como resultado de un intercambio comercial, sino más bien como resultado de asaltos de bandoleros viajeros griegos o contra poblaciones griegas. Los tauridios que, preferentemente, se ocupaban de la caza y la pesca, y que apenas conocían la agricultura y la ganadería, que, socialmente, se habían diferenciado muy poco, no podían adaptarse al espíritu comercial de los griegos.

No puede decirse lo mismo de los otros vecinos de Quersoneso: las tribus de los escitas crimeos. El nivel de desarrollo de la cultura material de esas tribus, claro está, no puede ser comparado de manera alguna con el nivel de desarrollo de los tauridios. Precisamente las tribus de los escitas de Crimea fueron de las primeras en donde surgieron los oficios en el litoral septentrional del mar Negro, destacándose de la economía rural, lo que determinó el ulterior surgimiento en Crimea de una original cultura urbana, de la cual se erigió en centro de Neápolis (cerca de la actual Sinferópolis). En el ámbito de los escitas crimeos fue donde por primera vez apareció la unificación escita, ya con carácter de Estado político. No obstante, las relaciones mutuas entre Quersoneso y aquellas tribus tenía más bien el carácter de choques bélicos, que de vínculos pacíficos. Dichos choques se debían, sin duda, en primer lugar a las tendencias de Quersoneso a asegurarse una propia base agropecuaria.

Ya en el siglo IV a. C. Quersoneso extendió sus posesiones al adyacente territorio de la península Heracleota. La influencia económica de los quersonesios sobre dicho territorio dejó una profunda huella, materializada en gran número de restos de muy diversas obras erigidas, de partes de un sistema de irrigación, de paredes de piedra que separaban las parcelas unas de otras, de vías de comunicación, de aperos agrícolas, etc. La particularidad característica de las fincas aquí establecidas a lo largo de los siglos IV y III a. C. consiste en que todas ellas representaban simultáneamente puntos fortificados. Aún a finales del siglo XVIII y principios del XIX los rastros de esas pequeñas fortalezas —muros defensivos y torres, en el estilo heracleota— eran nítidamente visibles en la superficie del suelo. Dubois de Montpéroux, que estuvo allí en la cuarta década del siglo pasado, contó hasta sesenta de tales fincas fortificadas; en la actualidad se conoce más de un centenar. La investigación arqueológica de las construcciones defensivas en la península Heracleota ha evidenciado que todas ellas están erigidas según un plan definido y común, y en su totalidad representan un sistema bien meditado para la defensa de las posesiones de Quersoneso contra los ataques enemigos.

La investigación efectuada sobre una de tales fincas en la península que estamos considerando, y que fue llevada a cabo en el año 1950 por los colaboradores del Museo Quersonesiano del Estado soviético, ha demostrado que en la misma, cuya superficie es de unas 30,5 hectáreas, existían campos labrantíos, huertos, viñedos, y se hallaban erigidos los edificios de la misma finca. A los viñedos era dedicada la parte mejor y más extensa de la finca. Sobre el territorio de la península Heracleota, el cultivo de la vid ocupaba, en general, y a juzgar por muchos indicios, un lugar prominente. La uva era transformada en vino por los quersonesios, y ese nuevo producto era uno de sus principales artículos de exportación.

La península Heracleota no constituía para Quersoneso la fuente principal de abastecimiento de cereales. En grado mucho mayor servían evidentemente para ese objetivo sus posesiones en el litoral de la Crimea occidental. En la segunda mitad del siglo IV a. C. Quersoneso había sometido a su poder a la localidad de Cercinítida (en el sitio de la actual Eupatoria) que había aparecido todavía entre los siglos IV a. C., como un poblado de los colonos jonios. Más o menos en el mismo tiempo, y dentro de las fronteras de la misma franja litoral, los quersonesios fundaron la localidad de Calós Limen —en traducción literal, «Hermoso Puerto»—, y otras poblaciones más. En un texto, que ha llegado hasta nuestros tiempos, del juramento que hacían los ciudadanos quersonesios, esas poblaciones llevan sencillamente la denominación de «puntos fortificados». En el texto del mismo juramento se menciona que los ciudadanos de Quersoneso, so pena de ser considerados perjuros, no habían de vender ni exportar cereales, de esa localidad a cualquier otra, salvo a Quersoneso.

Esta obligación es sumamente característica, puesto que demuestra que, aun en los tiempos de los más grandes éxitos de su expansión territorial, Quersoneso no disponía de excedentes de cereales, y el Estado se veía forzado a tomar en sus manos la regulación del respectivo comercio. Esto encuentra su explicación, en primer lugar, en el hecho de que ni en el período considerado, ni menos aún, posteriormente, cuando la ciudad había entrado ya en el período más grave y difícil de su historia, los quersonesios pudieron posesionarse de todo el territorio de la Crimea occidental. Simultáneamente con las poblaciones griegas existían también allí poblaciones escitas. En la cercanía inmediata de la franja de tierra ocupada por los quersonesios se cuentan por lo menos restos de seis poblaciones escitas. A diferencia de las griegas, todas éstas se hallaban situadas no en la misma costa, sino a cierta distancia de ella, sobre unas elevaciones, rodeadas de barrancos y lomas, en lugares aptos para la defensa; todas estaban rodeadas por sólidas murallas, vallas y torres. La investigación efectuada en esos lugares evidenció que también ellas surgieron en el siglo IV a. C., y que sus pobladores, a juzgar por la gran cantidad de silos subterráneos para guardar cereales, se ocupaban de la agricultura. Al echar una mirada sobre esas poblaciones-fortines, griegas y escitas, situadas cerca unas de otras, se va creando involuntariamente la impresión de que tanto los griegos como los escitas araban, sembraban y cosechaban sin soltar las armas de las manos. En este sentido, la situación de Quersoneso difiere en muchos aspectos de la de Olbia durante los primeros siglos de su existencia. Son muy significativos los resultados de las sistemáticas excavaciones efectuadas durante los últimos años en la capital de los escitas crimeos, Neápolis. Dichas excavaciones muestran que esta última ciudad se hallaba más estrechamente vinculada con Olbia que con Quersoneso, más cercana ésta en cuanto a la distancia. De lo mismo hablan las inscripciones y las monedas encontradas en Neápolis y conocidas aun antes de las excavaciones mencionadas. En los túmulos escitas ubicados en la vecindad de las posesiones de Quersoneso, también fue hallada una cantidad de objetos griegos mucho menor que en los túmulos cercanos a Panticápea o a otras ciudades bosforianas.

Sería erróneo, sin embargo, si, basándonos en esta clase de hechos, llegásemos a la conclusión de que, en general, no tenía lugar una comunicación pacífica entre Quersoneso y las tribus de tauridios y escitas que la rodeaban. Durante las excavaciones, en 1936-1937, de una antiquísima necrópolis quersonesia —situada sobre un territorio que, a partir de finales del siglo IV a. C., ya estaba ocupado por edificios de la ciudad ordenados en «manzanas»—, se descubrió una considerable cantidad (hasta un 40 por 100 del total de los sepulcros descubiertos y abiertos) de sepelios locales, evidentemente taurídicos, con los cadáveres encogidos y con objetos no griegos. No está excluida la posibilidad de que Quersoneso hubiera sido fundada en

un lugar ya habitado anteriormente, en el que quizá existiera una población local cuyos habitantes se habrían asimilado posteriormente al ámbito de los colonos griegos. La onomástica de las inscripciones quersonesias también proporciona una base para pensar que, dentro de los límites de la ciudad, vivieron posteriormente hombres de origen local. El culto de la principal deidad quersonesia, Deva, la protectora de la ciudad, su «defensora» y «reina», fue, evidentemente, imitada o copiada de un culto de los tauridios. Finalmente, las ánforas que se encuentran aún en la actualidad, en las ruinas de las ciudades escitas, y que son de procedencia quersonesia, hace suponer que una parte del cereal necesario era intercambiada por los habitantes de Quersoneso, por vino con la población local agrícola de los escitas. Y, no obstante, en comparación con Olbia y con cualquiera de las ciudades bosforianas, Quersoneso vivía una vida mucho más reservada, mucho menos comunicativa, lo cual implicó que sus habitantes conservaran sus rasgos griegos más tiempo que las poblaciones de las demás ciudades colonias situadas en el litoral septentrional del mar Negro, las cuales habían perdido en medida considerable como resultado de un prolongado proceso asimilatorio con las poblaciones locales. Quersoneso, según el testimonio de Plinio, seguía siendo una de las ciudades más griegas de todo el litoral. De lo mismo habla el idioma de las inscripciones quersonesias, que conservó la pureza del dialecto dórico casi hasta el fin del período antiguo.

La presencia de una base agrícola-ganadera propia, relativamente grande, favoreció el desarrollo de la agricultura y de la ganadería quersonesias, las cuales, a su vez, determinaron otras ramas de la actividad económica de los quersonesios: para labrar los campos y los viñedos, para las obras de drenaje, para la recolección y conservación de las cosechas, etc., se requería toda una serie de instrumentos y útiles de trabajo, y diversos tipos de aparatos de adaptación, cuya producción era organizada en Quersoneso. La transformación de la uva en vino, por ejemplo, requería una gran cantidad de recipientes de cerámica acomodados para su conservación y transporte. En combinación con ello cobró en Quersoneso gran desarrollo la producción de recipientes de arcilla: toneles, ánforas, etc. Restos de un considerable taller de cerámica, con un gran horno de calcinación, fueron descubiertos en la parte sudeste de las ruinas de Quersoneso, fuera de los límites del muro defensivo de la ciudad. Otros talleres ceramistas, a juzgar por las marcas de fábrica en las asas de las ánforas, pertenecían a empresarios privados que, al parecer, se hallaban dentro de la ciudad misma.

Los objetos metálicos eran fabricados en Quersoneso con metales importados. De la existencia de esta clase de producción dan prueba los crisoles y matrices para colar y diversos productos de hierro y bronce, de fabricación local, que se han hallado.

Las monedas de Quersoneso se acuñaban en un establecimiento especial. Las paredes del subsuelo de ese edificio, con losas de piedra hermosamente labradas, se han conservado hasta nuestros días. A juzgar por el trabajo de mampostería de las murallas de defensa, las torres y gran número de restos de viviendas, el arte de edificar había alcanzado en Quersoneso un desarrollo muy considerable.

Los hallazgos, durante las excavaciones, de útiles complementarios para husos y de plomos para los telares, nos dicen que en aquella ciudad también existían una producción textil.

El comercio de Quersoneso jamás llegó a las dimensiones y amplitud que se vieran en Olbia y en el Bósforo. La fuente principal la constituía no tanto la mediación mercantil como la venta de los productos de su propia agricultura. Al parecer, Quersoneso comerciaba, sobre todo, con vino. Las ánforas quersonesias, con marca de fábrica, en las que era transportado el vino, se encuentran también en los sepulcros escitas y en las ciudades del litoral: en Olbia, en las ciudades bosforianas a ambos lados del estrecho de Kerch, e inclusive en la lejana Tanais. Quizá en los años de buena cosecha, Quersoneso también exportaba cereales.

Las excavaciones hechas en la ciudad pusieron de manifiesto que ésta mantenía vínculos comerciales con una serie de centros más distantes. En primer lugar se hallaba vinculada con su metrópoli, Heráclea del Ponto, con Sínope, con las ciudades de la costa del Asia Menor, con Atenas y también con Rodas, Tasos, Cnido y otras islas. Desde todos estos lugares se importaban a Quersoneso vajilla pintada artísticamente, tejidos, aceite de oliva, vinos de primera calidad, alhajas y otros objetos de lujo, como también materiales de construcción (tejas

y mármol). Igual que en Olbia, la actividad comercial de Quersoneso se reflejó en los decretos del gobierno de otorgamiento de proxenias. Por otra parte, aquí se impone una salvedad: a diferencia de las proxenias de Olbia y otras ciudades comerciales, las otorgadas por Quersoneso en la mayoría de los casos que conocemos eran motivadas no tanto por los intereses mercantiles de la ciudad como por consideraciones de orden político; el gobierno las otorgaba a aquellos de los ciudadanos de otras ciudades que prestaban a Quersoneso algunos servicios sustanciales.

En su totalidad, la economía de Quersoneso era la típica de una polis esclavista griega. Igual que en todas las otras ciudades de la mecrópolis griega y de su periferia colonia, la fuerza motora, la del trabajo, la constituían los esclavos. Es evidente que la labor de los mismos hallaba amplia aplicación, tanto en los trabajos agropecuarios como en los oficios urbanos.

La tierra y los talleres de artesanía eran en Quersoneso de propiedad privada. Hasta nuestros tiempos han llegado dos documentos, interesantes a este respecto, que datan del siglo III a. C. Uno de ellos es una acta de venta por el Estado a algunos ciudadanos de tierras de propiedad de aquél. Se dan los nombres de los compradores, el precio de cada parcela vendida y la suma global cobrada por el Estado. El segundo documento es una inscripción de honrar al pie de la estatua de cierto personaje, Agasicles. Entre los méritos que éste tiene ante el Estado, se indica el de haber «deslindado y amojonado los viñedos», es decir, haber efectuado trabajos de catastro. De esta manera, de tales documentos se desprende que, al lado de tierras de propiedad privada, existen en Quersoneso también tierras fiscales, y que el Estado se ocupaba de la regulación de estos asuntos.

Por la forma de su gobierno, el Estado de Quersoneso era una antigua república esclavista de tipo democrático.

El poder supremo se hallaba en las manos de la asamblea popular, al igual que en todas las demás polis griegas; dicha asamblea estaba formada solamente por ciudadanos que gozaban de todos los derechos políticos, quienes eran la minoría de la población. El Consejo y los funcionarios públicos, investidos de plenipotencia oficial, se hallaban supeditados a la asamblea popular. Era el Consejo el que preparaba los asuntos para ser tratados en la asamblea. Su presidente y sus miembros eran reemplazados mensualmente. Los funcionarios, entre los cuales se hallaban distribuidas las funciones del poder ejecutivo, recibían sus plenipotencias en las elecciones anuales. En su mayor parte, las magistraturas quersonesias tenían carácter colegiado. Así, las fuerzas armadas de la ciudad y la defensa de la misma eran atendidas por cuatro estrategas, o arcontes, que eran elegidos anualmente. La observancia de las leyes era vigilada por el colegio de los llamados nomofíacos («guardianes de las leyes»). Las finanzas del Estado estaban en manos de tesoreros. El orden en los mercados era controlado por los agorónomos. Menos claras se nos aparecen las funciones de los astínomos, por medio de los cuales, al parecer, el Estado llevaba a cabo la vigilancia y el control general sobre el comercio. De su incumbencia, en particular, era el velar por la regularidad de las pesas y medidas, la emisión de monedas y el sellado de las ánforas.

En las inscripciones quersonesias se mencionan los gimnasarcas, que administraban los gimnasios, en los que los ciudadanos recibían su educación física; un colegio especial de simnamones, que atendía la composición de las inscripciones, y funcionarios especiales, los epimeletas, para dar cumplimiento a toda clase de tareas encomendadas por el Estado, de naturaleza temporal.

El Estado ejercía gran influencia sobre la vida religiosa de la ciudad. El culto principal de Quersoneso, tal como ya hemos señalado, era el de Deva. En el centro de la ciudad estaba el templo de esa diosa, en cuyo honor se organizaban fiestas y se hacían consagraciones e iniciaciones. Las imágenes de esa diosa se acuñaban en las monedas. En uno de los decretos honoríficos quersonesios, en honor del historiador Siriscos, se lo glorifica por haber descrito en su obra «los milagros» y «las predicciones» de Deva. Las narraciones sobre la ayuda milagrosa que prestaba al pueblo en los momentos difíciles su diosa protectora eran, al parecer, muy populares entre los ciudadanos.

Además del culto de Deva, en Quersoneso estaban también difundidos los cultos comunes a Grecia: Zeus, Gea, Atenea, Dionisos y otras deidades del panteón griego. Los quersonesios

mantenían vivos vínculos con los principales centros de la vida religiosa común de Grecia: Delos y Delfos. Se sabe que en la isla de Delos se organizaban festejos especiales llamados «quersonesios». Parece que, para ese fin, los habitantes de Quersoneso habían ofrendado al templo delosiano de Apolo 4.000 dracmas. En lo que se refiere a la cantidad de ofrendas recibidas por el santuario de Delfos, los quersonesios ocupaban casi el primer lugar. De particular popularidad gozaba en Quersoneso el culto de Heracles, protector de su metrópoli, Heráclea del Ponto.

Los siglos IV y III a. C. fueron, en historia de Quersoneso, el período del mayor bienestar. Hacia finales del siglo IV fue determinada por completo la construcción de las fortificaciones fundamentales, las torres y murallas que rodeaban la ciudad. Al amparo de las mismas se hallaban situadas, en hileras regulares, las casas de los ciudadanos, formando calles longitudinales y transversales. Los muchos fragmentos de columnas, cornisas, arquivoltas, capiteles y otros detalles arquitectónicos de forma artística, lo mismo que los fragmentos de estatuas y relieves de mármol y el gran número de terracotas artísticas que se encuentran constantemente durante las excavaciones que se realizan en la plaza principal de aquella ciudad, hablan del alto nivel de cultura material de Quersoneso. No obstante, tampoco esta ciudad pudo, en los tiempos que estamos considerando, evitar conmociones características de la vida político-social de todas las polis de esa época. Esas conmociones se han visto fielmente reflejadas en uno de los monumentos epigráficos más notables de Quersoneso: en el ya mencionado juramento de los ciudadanos quersonesios juraban, en nombre de Zeus, de Gea, de Helios, de Deva, de los dioses y diosas olímpicos y de los héroes, «pensar en la salvación y en la libertad del Estado y de los ciudadanos»; no «entregar Quersoneso, Cercinítida, Calos Limen y los demás puntos fortificados... ni al heleno, ni al bárbaro, sino guardarlos y reservarlos para el pueblo quersonesio»; no derrocar el régimen democrático, sino «servir al pueblo y aconsejarle lo mejor y lo más justiciero para el Estado y para los ciudadanos»; no atentar ni contra la comuna quersonesia ni contra ninguno de los ciudadanos. Si el que prestaba este juramento llegaba a enterarse de algún complot, que existiera o estuviera por producirse, debía llevarlo al conocimiento de los funcionarios públicos.

V. V. Latischov expresó la suposición, luego aceptada por S. A. Zhébeliev, de que el juramento quersonesio no representaba el tipo común de juramentos que prestaban en las polis griegas los ciudadanos llegados a la mayoría de edad, al engrosar las filas de los que gozaban de la plenitud de los derechos políticos. Era, más bien, un juramento extraordinario que se pronunciaba en los momentos de graves conmociones políticas, frente a un serio peligro que amenazaba al régimen establecido. A. I. Tiúmeniev se inclina por buscar una explicación de tal juramento no en las circunstancias políticas internas, sino en las exteriores que, a su criterio, se hallaban vinculadas con la ampliación del territorio quersonesio y con los problemas relativos a la fortificación y defensa de las posesiones recientemente adquiridas. Tal explicación, empero, no excluye ni descarta la suposición referente a ciertas complicaciones en la vida política de la ciudad, que creaban un peligro para el régimen estatal existente en la misma. Lamentablemente, las fuentes con que se cuenta no permiten dar una respuesta más concreta a esta cuestión. De una manera u otra, la situación de Quersoneso hace recordar en muchos sentidos la que se observa también en varias otras ciudades griegas de aquel tiempo. La tensa lucha entre las agrupaciones democrática y oligárquica se entrelazaba constantemente en ellas con tal o cual solución de las cuestiones políticas exteriores y con todo el cúmulo de circunstancias de la política exterior. De esta manera, el texto del juramento evidencia que, en ese sentido, Quersoneso no representaba ninguna excepción.

Bósforo

Si tanto Olbia como Quersoneso, al igual que casi todas las ciudades fundadas por los colonos emigrantes griegos durante la época de la gran colonización griega, conservaban hasta el final de la época antigua la estructura política de las polis, el desarrollo histórico de las ciudades surgidas a lo largo de las costas del estrecho de Kerch —el antiguo Bósforo cimeriano— había tomado otra ruta, llevándolas a un resultado histórico diferentes. A principios

del siglo V a. C. esas ciudades se habían unificado bajo el poder de un gobierno común todas ellas. Posteriormente, el poder sobre esa unificación estatal se concentró en manos de una dinastía no griega, la de los Espartócidas, y como parte integrante de ese Estado bosforiano se sumaron también ciertos territorios poblados por tribus locales. Hacia mediados del siglo IV a. C. las posesiones bosforianas en el lado crimeo del estrecho se habían expandido sobre la totalidad de la península de Kerch, hasta la frontera oriental de la Crimea montañosa, la antigua Táuride. Del otro lado del estrecho, el Estado bosforiano abarcaba el territorio hasta más o menos la actual ciudad de Novorossisk. Hacia el Noreste, la esfera de la influencia estatal bosforiana se había expandido hasta la desembocadura del Don, donde se hallaba Tanais, supeditada al Bósforo.

De esta manera, en el siglo IV a. C., el Bósforo se había convertido en una formación estatal, grande según el criterio de aquellos tiempos, con una población mixta greco-aborigen. Esta circunstancia impuso, de manera regular, su sello sobre toda la faz económica, social, política y cultural del Bósforo.

El único testimonio literario del surgimiento de la unificación estatal bosforiana lo constituye la breve nota de Diodoro de Sicilia. En ella, Diodoro relata que en el año del arcontado de Teodoro en Atenas, esto es, en 438-437 a. C., en el Bósforo, había dejado de existir la dinastía de los Arceanáctidas «que había reinado», según su expresión, durante 42 años, pasando el poder a Espartoco, quien gozó del mismo durante siete años. Si se cuenta a partir del año del arcontado de Teodoro, señalado por Diodoro, el gobierno de 42 años de Arceanáctidas resulta que, de acuerdo con esos datos, la unificación bosforiana surgió en el año 480-479 a. C.

Aun cuando la cronología bosforiana de Diodoro de Sicilia fue obtenida por él en fuentes suficientemente seguras, en virtud de lo cual es merecedora de fe, la apreciación de su testimonio acerca de los Arceanáctidas y del primer representante de la dinastía de los Espartócidas provocó entre los sabios contemporáneos considerables disensiones. En cuanto a ese testimonio, se han expresado las más diversas conjeturas, y algunos investigadores han exteriorizado su desconfianza, sometiendo a duda también la realidad histórica de los Arceanáctidas y la fecha proporcionada por Diodoro acerca de su ascensión al poder. Pero dichas dudas se han disipado tras el hallazgo, en el año 1914, durante las excavaciones realizadas en el Delfinión de Mileto, de un fragmento de una inscripción con el nombre de Arceanacto, padre del eusimanta milesio que cumplía sus funciones de empleado público en los años 516-515 a. C. En virtud de ese hallazgo surgió una nueva conjetura acerca de si el Arceanacto mencionado en dicha inscripción milesia no sería uno de los que habían tomado parte en la fundación de Panticápea.

Diodoro, empero, se equivoca lisa y llanamente al nombrar a los Arceanáctidas como «reinantes». En el caso dado, su fuente hace uso de la terminología política de una época considerablemente posterior. Los Espartócidas, que sucedieron a los Arceanáctidas, disponían, incondicionalmente, de un poder más amplio y más sólido, mas tampoco ellos se decidieron durante mucho tiempo a llamarse a sí mismo reyes del Bósforo. En las inscripciones bosforianas del siglo IV a. C., que contienen los títulos de los Espartócidas, éstos se nombran infaliblemente a sí mismos no como reyes del Bósforo, sino como sus arcontes; toman el nombre de reyes solamente respecto a las tribus locales a ellos sometidas. En tales condiciones queda completamente excluido que los Arceanáctidas se apoderasen para designar su poder, de un título de «rey». Más bien es lícita la conjetura de que se habría dado a sus poderes la misma forma que asumían generalmente en todas las polis griegas. Es evidente que ellos eran los arcontes de Panticápea, la más grande de las ciudades bosforianas, la primera en comenzar (ya desde mediados del siglo VI a. C.) a emitir moneda propia. Con el correr del tiempo y, aparentemente, en relación directa con la formación de la unificación estatal bosforiana, con Panticápea a la cabeza, el poder de esos arcontes adquirió carácter hereditario.

Panticápea se convirtió en el centro de la unificación estatal bosforiana, según parece tanto en virtud de su predominio económico sobre las otras ciudades bosforianas, como por su ubicación geográfica, estratégicamente ventajosa. En las fuentes no se encuentran indicaciones directas sobre otros participantes de tal unificación. Muy probablemente formaba parte de ella Fanagoria, que se convirtió ulteriormente en segunda capital «asiática» del Bósforo, según la

terminología antigua. Al parecer, también se agregaron a la unificación Hermonassa, Cepi y otras ciudades del litoral de Tamán, que en la antigüedad representaban un grupo de islas formadas por el delta del río Kubán. De esta manera, el Bósforo arceanáctida lo integraban, evidentemente, desde el mismo comienzo, ciudades a ambas orillas del estrecho.

No nos son conocidas las causas que obligaron a los griegos bosforianos a renunciar a la autarquía, tradicional en todas las polis griegas, en pro de un gobierno común a todas ellas. Es del todo evidente que la unificación política abría ante las ciudades bosforianas perspectivas para una más estrecha colaboración económica; les facilitaba la apropiación de las riquezas naturales del país; creaba condiciones más favorables para el subsiguiente desarrollo de sus actividades comerciales. Por otra parte, las tribus vecinas a los colonos griegos, tales como las tribus meótidas, sármatas y escitas, se distinguían por su belicosidad. Las poderosas construcciones defensivas, inclusive alrededor de pequeñas localidades bosforianas, hablan elocuentemente del constante peligro bélico. Al parecer, los períodos de relaciones comerciales pacíficas con las tribus locales se alternaban a menudo con choques bélicos. Desde este punto de vista, la necesidad de la unificación de las ciudades era dictada también por los intereses de su seguridad.

En lo que se refiere a sus dimensiones, el primitivo territorio del Estado de los Arceanáctidas no era grande. Cierta idea de su tamaño en la costa europea del estrecho nos la da el llamado primer baluarte defensivo de Tiritaca, y la fosa. Ese baluarte, que se ha conservado en perfecto estado, corta la península de Kerch a lo largo de la línea que va desde el poblado de Arschíntzev (la aldea de Tiritaca) hasta el mar de Azor. Se acostumbra a considerar que el pequeño territorio al este del baluarte era precisamente el del Bósforo arceanáctida en el litoral de Crimea. Las posesiones bosforianas en el litoral de Tamán también eran muy modestas en aquel tiempo. Probablemente se reducían a una franja de tierra a lo largo del estrecho de Kerch, ocupada por los exiguos territorios de unas cuantas polis que ingresaron en la unificación de la que estamos hablando.

De esta manera, la exigüidad del territorio del Bósforo arceanáctida permite pensar que la unificación comprendía al comienzo solamente a las polis colonias griegas. En fuentes de tiempos posteriores tampoco aparecen menciones de ninguna naturaleza que se refieran al ingreso en la unificación bosforiana de aquel momento, de territorios poblados por tribus locales. Lo hicieron al comienzo de la época de los Espartócidas, cuando las tribus locales desempeñaban ya un papel muy considerable en la vida histórica de ese Estado.

Es dable pensar que la estructura del Bósforo arceanáctida no difería del tipo habitual para aquel entonces, de unificaciones de polis griegas, de modo que la misma representaba una unión de ciudades bosforianas, la simaquía bosforiana. Hasta qué punto dependían sus miembros del poder central, no lo sabemos. Probablemente, la autonomía de estas ciudades no estaba muy limitada por el poder del gobierno central, y en las manos de los arceanáctidas se había concentrado tan sólo el control general de la vida política de las polis que formaban parte de la unificación. En cambio, los arceanáctidas encabezaban, al parecer, las fuerzas militares unificadas de las ciudades bosforianas.

En el ámbito económico, las ventajas de la unificación debieron manifestarse, evidentemente, ya después de los históricos triunfos que los griegos obtuvieron sobre los persas, en los años 480-479, al restablecer la vida económica normal en toda Grecia. En ese tiempo —cabe suponer— fueron restableciéndose los vínculos comerciales, interrumpidos por la guerra, de las ciudades bosforianas con las del litoral del Asia Menor, aun cuando estas últimas ya no pudieron reponerse totalmente de la devastación que habían sufrido. El predominio en el comercio con el Bósforo comenzó a ser ocupado por Atenas, en detrimento de aquellas ciudades. Las tendencias de los atenienses hacia el litoral del mar Negro, tal como lo evidencian los hallazgos de cerámica ateniense de los primeros tiempos, se expresaron también antes de las guerras médicas. Durante los años del gobierno de Pisístrato, la tendencia y el afán de colocar bajo el control ateniense al estrecho del Helesponto —puerta de entrada al mar Negro— constituía uno de los problemas primordiales de la política exterior de Atenas. Sin embargo, los éxitos alcanzados por los atenienses en este sentido fueron posteriormente reducidos a la nada, debido al avance persa hacia la costa del estrecho. Tras las victorias decisivas sobre los persas,

el camino hacia los litorales del mar Negro quedó allanado. No obstante, los atenienses se abocaron en forma directa y enérgica al problema de apropiarse de las costas del mar Negro, y en primer lugar de los mercados de sus costas septentrionales, sólo tras la desdichada expedición ateniense a Egipto en los años 459-54 a. C., tras perecer en esa expedición una gran cantidad de ciudadanos atenienses y perder la mayor parte de la flota, desapareció la esperanza de asegurar el abastecimiento de Atenas con los baratos cereales egipcios. Y aun cuando en la época señalada los atenienses también recibían cereales de otras partes, el mercado cerealista del litoral septentrional del mar Negro atrajo poderosamente su atención.

Es muy probable que la expedición de Pericles al Ponto haya sido una de las medidas más decisivas de los atenienses, en el sentido de imponer su influencia en el mar Negro. Al parecer, alrededor del año 444, una gran escuadra ateniense, encabezada por el propio Pericles, penetró en el mar Negro. Los atenienses querían hacer esa demostración frente a las poblaciones de aquellas regiones litorales, exhibir su poderío militar y también afirmar sus vínculos comerciales y políticos con las ciudades pónticas y crearse, donde fuera posible, bases de apoyo. Con tales fines ubicaron a sus colonos en el litoral del mar de Mármara, en Astacos; pusieron pie firme en el litoral meridional del mar Negro, en Amisos; se entremetieron en los asuntos políticos internos de Sínope, instalando allí unos seiscientos de sus colonos y afirmando en el poder a un gobierno que les era fiel. En cuanto al litoral septentrional, según parece lograron asentarse sólidamente en la ciudad bosforiana de Ninfaión, situada hacia el sudoeste de Panticápea y no muy lejos de ésta. No está excluida la posibilidad de que Ninfaión y algunas otras ciudades del mismo litoral hayan sido incluidas en la Liga marítima ateniense y gravadas con el impuesto o tributo llamado foros.

La guerra del Peloponeso, que comenzó muy poco después, ató las manos a los atenienses, privándolos de la posibilidad de dedicar su energía de otrora al mar Negro. A pesar de ello, cuando se desencadenó la catástrofe en Sicilia, y ya no se podía contar con la llegada del cereal siliciano a Atenas, el litoral septentrional del mar Negro, y en primer lugar el Bósforo, se convirtieron para Atenas en fuente básica de abastecimientos, tanto de cereales como de otra clase de víveres, materias y esclavos.

De la actividad comercial de los atenienses en el Bósforo en el siglo V a. C. dan testimonio los muchos hallazgos efectuados en el territorio bosforiano, de cerámicas y otros productos de artes y oficios atenienses. A juzgar por ellos, se importaban desde Atenas a las ciudades bosforianas, vajilla negra lustrada, jarrones pintados por obra de los maestros atenienses, ornamentos de plata y oro y envases de bronce y plata; posiblemente también vinos y aceite de oliva.

Una parte de todas esas mercancías se destinaba al consumo local en las ciudades bosforianas y otra parte se revendía a la población circundante. Durante las excavaciones realizadas en los túmulos de Kubán fueron hallados no pocos objetos de procedencia ateniense. Resulta así que el comercio de las ciudades bosforianas asumía un amplio carácter intermediario.

A la importación ateniense, el Bósforo respondía con una amplia exportación, principalmente de cereales y de pescado salado. Una parte considerable de estos dos productos era, al parecer, comprada por los mercaderes bosforianos a las tribus locales. En esta situación llama la atención el intenso crecimiento de poblaciones fijas, sedentarias, sobre el río Kubán, a partir de la segunda mitad del siglo V a. C. Da la impresión de que a partir de entonces una gran parte de la población, hasta ese momento nómada, se convierte en sedentaria. Las investigaciones arqueológicas de los restos de ciudades del Kubán muestran que sus respectivas poblaciones se ocupaban, en su mayor parte, de la agricultura, la ganadería sedentaria y la pesca. Son bastante frecuentes los casos en que se ha encontrado, en las tierras de esos restos de ciudades, monedas bosforianas y objetos griegos, lo cual testimonia que las relaciones mercantiles y monetarias abarcaban capas bastante amplias de la población local. Sin embargo, el papel dirigente en el comercio con el Bósforo lo ejercía la capa superior de la sociedad local, la pudiente nobleza de casta. La región adyacente al río Kubán, tal como lo testimonian elocuentemente sus túmulos, había sido arrastrada, desde tiempos inmemoriales, a mantener relaciones comerciales con la Trascausania y con los países del Cercano Oriente. Los procesos

de estratificación social, en lo que se refiere a la posesión de bienes, transcurrían aquí más intensamente que en otras regiones del territorio litoral septentrional del mar Negro. Con el comienzo de la colonización griega, el desarrollo de estos procesos se intensificó aún más. La cultura griega ejerció su influencia sobre el género de vida, especialmente el de las muestras griegas. La nobleza local de casta y las ciudades bosforianas resultaron ser los consumidores principales de las mercancías importadas desde Grecia. Sobre esta base, entre la cúspide de la sociedad local y la población pudiente de las ciudades esclavistas del litoral surgieron una especie de intereses comunes y cobraron desarrollo ciertos procesos asimilatorios. Los conflictos étnicos fueron gradualmente dando paso a los conflictos sociales. A la luz de fenómenos de esta índole se torna comprensible también el cambio político que se operó en el Bósforo. El terreno para el mismo había sido preparado por toda la marcha del desarrollo económico y social del Bósforo.

Tal como sabemos, en los años 438-437 a. C., y según los datos de Diodoro de Sicilia, el poder en el Bósforo pasó de los Arceanátidas a Espartoco, quien, como es natural, fue el padre fundador de la nueva dinastía de gobernantes bosforianos, los Espartócidas, que posteriormente encabezaron el Estado bosforiano hasta finales del siglo II a. C.

Los hombres de ciencia han prestado atención, en primer lugar, al nombre del primer representante de esta dinastía bosforiana, Espartoco, que al igual que el nombre de otro representante de esa misma dinastía, Perisades, suele encontrarse en las tradiciones literarias de la antigüedad vinculadas con Tracia. Basándose en ello, se ha conjeturado que Espartoco procedía de Tracia. Entre otras conjeturas, por ejemplo, están las que vinculan el origen de los Espartócidas con Sindica.

De una manera u otra, los Espartócidas gozaban, sin duda alguna, de considerable influencia en el ámbito local. Evidentemente, ésa era precisamente su ventaja sobre sus antecesores, los Arceanátidas. Sin embargo, pueden abandonarse las dudas acerca de si los representantes de la dinastía no griega experimentaron o no el fuerte influjo de la cultura griega. En este sentido es sumamente significativo el hecho de que, al lado de los nombres no griegos, algunos Espartócidas que nos son conocidos por los testimonios literarios y las inscripciones llevaban también nombres puramente griegos, tales como Sátiros, Leucón, Eumelo, Gorgipos, Apolonio y otros. Se ha conservado un relieve ateniense del siglo IV a. C., en el que se hallan las efigies de tres representantes de la dinastía de los Espartócidas: Espartoco II, Perisades I y el hermano de éstos, Apolonio. A los tres se les ha dado en estas imágenes un aspecto exterior netamente griego. No obstante ello, Estrabón, en uno de sus discursos sobre las altas cualidades morales propias no sólo de los griegos, sino también de los «bárbaros», trae como ejemplo de un «bárbaro» tan virtuoso, al gobernante bosforiano Leucón.

El sentido histórico del cambio de dinastías que tuvo lugar en el Bósforo se descubre en la política de los Espartócidas. A juzgar por todo lo que conocemos acerca de ella, dicha política perseguía dos fines principales: el ensanchamiento de las fronteras territoriales del Estado bosforiano y el reforzamiento del poder del gobierno central. El primero de estos problemas estaba condicionado al afán de asegurar la exportación de los cereales bosforianos mediante una base agropecuaria propia; el segundo fluía del primero, por cuanto el dominio sobre un vasto territorio en cuya composición entraban, al lado de las ciudades, también las tierras de las tribus locales, exigía regularmente la aplicación de otros métodos administrativos, apoyados en plenipotencias más amplias del gobierno central.

No sabemos con precisión a partir de qué momento comenzó el desarrollo de la expansión territorial bosforiana, ni cuándo los Espartócidas alcanzaron en ese sentido los primeros éxitos. Esto se manifiesta sólo durante el Gobierno de Sátiros (433-389 a. C.). Su nombre es conocido por la tradición antigua. Lo menciona Isócrates en el llamado *discurso bancario*, pronunciado, al parecer, en el año 393. Se habla en ese discurso de cierto personaje, Speos, que había obtenido de Sátiros, para administrarla, «una gran región», y quien, en general, «se preocupaba de todas las posesiones de aquél». En el relato de Polieno sobre la mujer meótica Tirtatao, esposa del rey de Sindica, Hecateo, se mencionan las operaciones bélicas que Sátiros efectuaba en la orilla tamaniana del estrecho. Del mismo relato de Polieno puede extraerse la conclusión de que, en aquel tiempo, Sindica se hallaba ya bajo el control de los gobernantes bosforianos.

Otra mención está contenida en los escolios a Demóstenes, en los que se dice que Sátiros había muerto durante el sitio puesto a Teodosia por los ejércitos bosforianos.

En general, la guerra contra Teodosia, que terminó con el sometimiento de la misma al Bósforo, constituye uno de los acontecimientos más notorios en la historia bosforiana en el período que estamos considerando. Por un lado, es evidente que tal guerra fue provocada por el hecho de que dicha ciudad, que no formaba parte de la unificación bosforiana, tenía un excelente puerto y poseía un territorio muy fértil. La conquista de Teodosia debía proporcionar así al Bósforo un punto de tránsito sumamente importante para su comercio cerealista y, al mismo tiempo, llevar la frontera occidental de sus posesiones a unos límites estratégicamente muy ventajosos. Por otra parte, y según datos fidedignos, en Teodosia moraban los emigrados políticos bosforianos. Dada la estabilidad de las tradiciones de las polis en el mundo griego, cabe no albergar dudas acerca de que la política llevaba a cabo por el gobierno bosforiano, aun desde los tiempos de los Arceanátidas —es decir, la política de centralización estatal—, provocaba la oposición de los partidarios de la independencia de la polis. En el antes mencionado discurso de Isócrates, se dice también algo acerca de los conjurados que tramaban atentar contra la vida de Sátiros. La permanencia de enemigos del régimen político imperante en el Bósforo, en las cercanías inmediatas de su frontera, y después en una ciudad que continuaba conservando su independencia en calidad de polis, debía parecer sumamente peligrosa a los gobernantes bosforianos.

En la guerra contra Teodosia intervino la Heráclea pónica, la metrópoli de Quersoneso. Al parecer, se hallaba vinculada con Teodosia por lazos comerciales y, por otra parte, recelaba del destino ulterior de su recientemente fundada colonia: Quersoneso. El ensanchamiento de las fronteras del Bósforo, muchas veces más fuerte, creaba, evidentemente, una amenaza para su independencia.

Como resultado de la intervención de Heráclea, que había enviado su flota en ayuda de la sitiada Teodosia, las operaciones bélicas se prolongaron. Después de la muerte de Sátiros, su sucesor, Leucón, se puso a la cabeza de las fuerzas armadas bosforianas que operaban contra Teodosia. Al fin, ésta se vio forzada a capitular. En una inscripción hallada a orillas del estuario de Tzukur, y procedente probablemente de Fanagoria, Leucón es nombrado como arconte del Bósforo y de Teodosia. El uso del término arconte, con el fin de definir el poder de Leucón sobre la vencida Teodosia, permite pensar que la capitulación de ésta no fue lograda sin ciertas condiciones o reservas.

La mencionada inscripción es la única en la que Leucón es titulado sólo como arconte del Bósforo y de Teodosia. En todas las demás inscripciones que han llegado a nuestros tiempos y que contienen su nombre, al título de Leucón se le agrega la enumeración de las tribus meótidas que le estaban supeditadas, y respecto de las cuales ya no se le titula arconte, sino rey. Por esto, muchos hombres de ciencia creen que esa inscripción de Tzukur es cronológicamente la primera, y que las tribus meótidas mencionadas en las otras inscripciones fueron anexadas al Bósforo después de haber sido conquistada Teodosia. Es posible concordar con tal opinión. La victoria sobre Teodosia puso en libertad a las fuerzas armadas del Bósforo, permitiendo lanzarlas sobre el otro lado del estrecho.

Por lo demás, no tenemos ninguna seguridad de que los gobernantes bosforianos estuvieran empeñados en conseguir que se les reconociera el poder supremo sobre las tribus locales. En los casos en que la nobleza de una tribu había sido atraída a mantener relaciones comerciales con las ciudades bosforianas, las ventajas económicas de ese comercio podían impulsar a esa nobleza a anexarse pacíficamente el Bósforo. Antes que en cualquier otro caso, esto podría referirse a la tribu de los sindos, los que a juzgar por todos los indicios, se hallaban estrechamente vinculados con el Bósforo, aun desde mucho antes. En la lista de las tribus supeditadas a los Espartócidas, siempre ocuparon el primer lugar. En los títulos de Leucón, a los sindos siguen generalmente los toretas, los candarios y los psesos.

En las inscripciones del sucesor de Leucón, Perisades I (348-309; los primeros cinco años gobernó junto con su hermano Espartoco III), en aquella enumeración tienen lugar algunos cambios. En una de dichas inscripciones, en los títulos de Perisades, a los sindos siguen los

toretas y los dandarios, habiendo desaparecido los psesos. En otra inscripción, Perisades figura como «rey de los sindos» y «de los mantos» (los meótidas); en otras dos más, a los mantos siguen los tateos y los doscos, no mencionados anteriormente. Va creándose la impresión de que el poder de los gobernantes bosforianos sobre todas esas tribus que habitaban el territorio de la actual península de Tamán y más hacia el sudeste, la región de la actual Novorossisk, no se distinguía por su estabilidad. Bajo la influencia de diversos factores y circunstancias, algunas de esas tribus se separaban probablemente del Estado bosforiano, mientras que otras se le unían. En cuanto a la inestabilidad de las fronteras de las posesiones bosforianas en el lado asiático del estrecho, de la misma informa también Estrabón.

Desgraciadamente, nuestro conocimiento de las formas que adoptaron las tribus locales al someterse a los Espartócidas es sumamente vago, indefinido e impreciso. La definición del poder de los Espartócidas sobre las ciudades sometidas se expresa en la primera parte de los títulos por el término *arconte*, el cual atestigua indiscutiblemente que dichas ciudades habían conservado en mayor o menor grado la autonomía de las polis; en cambio, el término «rey», en su aplicación a las tribus supeditadas al Bósforo, resulta mucho más difícil de ser descifrado e interpretado adecuadamente. Dicho término tiene valores bien diversos en el léxico político de los antiguos griegos. Los autores de la antigüedad denominan «reyes» a los jefes de aquellas tribus entre las cuales se había conservado el primitivo régimen comunal, y también a algunos gobernantes individuales de grandes Estados esclavistas, con poblaciones no griegas.

¿En qué sentido fue usado este término en el caso dado? ¿Significaría que el territorio de esta u otra tribu que había reconocido o había sido forzada por las armas a reconocer a los Espartócidas como a sus reyes se convertía, efectivamente, en posesión de éstos, y las respectivas poblaciones se veían completamente privadas de su independencia política? El interrogante que acabamos de plantear es uno de los más difíciles y, al mismo tiempo, de los más importantes de la historia del Bósforo espartócida. En la ciencia actual, no puede ser considerado como suficientemente aclarado. La inestabilidad de las fronteras que hemos señalado en cuanto a las posesiones bosforianas en la costa asiática del estrecho, hace ver claramente que las tribus meótidas, aun después de haber sido sometidas por los Espartócidas, eran capaces de defender su independencia. Continuaban conservándola también una centuria después, durante los tormentosos años de la actividad de Mitrídates Eupator el que, en los momentos de mayor tensión en la lucha contra Roma se dirigía a esas tribus solicitando ayuda militar. Hay fundamentos para creer que también bajo el poder de los Espartócidas, los meótidas continuaban teniendo sus propios jefes de tribus, y también sus propias fuerzas armadas.

Ciertamente, el Bósforo espartócida no constituía el Estado centralizado conocido por nosotros de acuerdo con sus períodos históricos más tardíos. Su gobierno, aun en el caso de que lo hubiera deseado, no tenía qué oponer a las arraigadas tradiciones de autonomía de las polis, propias de las ciudades esclavistas, y a la no menos estable tendencia de las tribus locales a una existencia independiente, tendencia que se remontaba a la época del comunismo primitivo, o sea, un régimen de democracia militar. La coexistencia, dentro de los marcos de un mismo Estado o liga estatal, de ciudades esclavistas y de tribus locales, impuso durante mucho tiempo al Bósforo espartócida un sello peculiar. Ambas formas políticas no se integraron en el mismo simultáneamente. De allí la doble estructura política del Bósforo, reflejada con tanta claridad en la doble intitulación de la dinastía gobernante. Esa doble naturaleza estatal del Bósforo estaba profundamente enraizada.

En el tomo III de *El Capital*, Carlos Marx previene contra sobreestimación del papel del factor mercantil, en el desarrollo histórico de la sociedad. Dicho factor puede forzar el desarrollo de los procesos ya existentes en un ambiente dado, mas no podrá engendrar nuevas relaciones condicionadas por regularidades más hondas, por las del desarrollo de las fuerzas productivas y por las relaciones de producción. Al mismo tiempo, la influencia de las ciudades esclavistas sobre el ambiente local a lo largo de los primeros siglos transcurridos desde la época de la colonización griega de las regiones litorales bosforianas iba teniendo lugar, al parecer, principalmente dentro de los procesos de mutuas relaciones comerciales. En tales condiciones, las relaciones esclavistas aportadas por esas ciudades habrían podido, evidentemente, cobrar tan sólo una programación limitada.

Al formarse el Estado bosforiano en calidad de sociedad esclavista, el aprovechamiento del trabajo de los hombres no libres cobró dimensiones más amplias. No obstante ello, al lado de esclavos y esclavistas siguió una capa bastante considerable de pequeños agricultores, en parte libres y en parte dependientes. Trabajaban sobre tierras propias, vendiendo su cereal a los mercaderes bosforianos. Da de ello un testimonio bastante convincente el hecho mismo de la existencia sobre el territorio bosforiano de tribus que habían conservado sus nombres, hecho atestiguado tanto por las inscripciones como por algunas fuentes literarias.

Resulta así que en el Estado encabezado por los Espartócidas coexistían relaciones sociales de distintos tipos. Junto al esclavismo imperante en las ciudades fundadas en su tiempo por los colonos griegos, y sobre las posesiones de los grandes terratenientes que aprovechan la labor de los esclavos y de otros hombres dependientes, subsistían las tribus locales que conservaban las supervivencias del primitivo régimen comunal.

Un apoyo efectivo y eficaz lo encontraba el poder de los espartócidas en su ejército, formado por mercenarios, y en amplios vínculos con las tribus locales, que les permitirían emplear sus fuerzas bélicas en calidad de aliados. Por lo demás, tales milicias seguían, evidentemente, existiendo también en las ciudades.

Los Espartócidas gobernaban el territorio que les estaba supeditado, tanto en forma directa como por medio de lugartenientes. En las fuentes de que se dispone aparecen varias menciones sobre éstos. En algunos casos se hallaban vinculados por lazos de parentesco con la misma dinastía gobernante, y en otros se recurría a los servicios de griegos.

El predominio en el Estado bosforiano lo ejercían la capa superior de la población de las ciudades esclavistas y la nobleza tribal vinculada a aquélla por la comunidad de intereses y ya helenizada en grado bastante considerable. Este grupo de la población que moraba no sólo en Panticápea, sino también en las pequeñas ciudades bosforianas, se destacaba por sus riquezas. Los representantes de la capa gobernante bosforiana poseían grandes bienes territoriales que eran evidentemente cultivados por los esclavos, y poseían también grandes talleres de artesanía dedicados a la fabricación de tejas. En sus manos se hallaba también el comercio bosforiano.

Al ampliarse el territorio bosforiano, incluyéndose en el mismo las tierras habitadas por las tribus locales, la exportación bosforiana adquirió una base bastante sólida. Los datos referentes a la escala de ese comercio en el siglo IV a. C., que es el período del florecimiento de la vida económica bosforiana, están contenidos en uno de los discursos de Demóstenes pronunciados en los años 355-354, y en las obras de Estrabón. De acuerdo con todos los datos, el gobernante bosforiano Leucón había exportado a Atenas tan sólo desde Teodosia cerca de 2.100.000 medimnos (unas 84.000 toneladas) de cereales. Anualmente, se exportaba desde el Bósforo a Atenas más de 400.000 medimnos (cerca de 16.000 toneladas) de cereales. Una parte de este cereal lo consumían los mismos atenienses, y otra parte la revendían a varias ciudades griegas, obteniendo un lucro nada pequeño. El interés de Atenas en comerciar con el Bósforo se reflejó en un decreto que ha llegado a nosotros, de la asamblea popular ateniense, promulgado en el año 347-346, en honor de los tres hijos de Leucón: Espartoco, Perisades y Apolonio. Según este decreto, los tres fueron coronados en las fiestas panateneas con coronas de oro, cada una de las cuales valía mil dracmas. Simultáneamente, se les otorgó el derecho de reclutar en Atenas marinos para las naves bosforianas. En reciprocidad, los hijos de Leucón se comprometieron a seguir preocupándose en lo sucesivo del suministro a Atenas de los cereales bosforianos, y a servir celosamente al pueblo ateniense.

El comercio ático-bosforiano se realizaba en condiciones de mutuo y recíproco beneficio. Los mercaderes atenienses gozaban del derecho de exportación libre de aforos. De este derecho, lo mismo que del transporte fuera de turno de sus mercancías, gozaban en Atenas los mercaderes bosforianos.

Los cereales, el pescado salado y otros artículos de materia prima local eran exportados por el Bósforo no sólo a Atenas, sino también a Mitilene, en Lesbos, a las ciudades del litoral jonio y a otros centros griegos. A su vez, desde Atenas, Corinto, Tasos, Quíos y otros puntos se importaba aceite de oliva, vino, cerámicas artísticas, objetos de metal, tejidos, etc.

Las investigaciones arqueológicas en el territorio bosforiano muestran que, simultáneamente con el desarrollo del comercio, iban creciendo también la producción artesanal propia y la agricultura bosforianas dan testimonio de que allí eran ampliamente cultivados el trigo, la cebada, el mijo y las habas. Según Estrabón, la tierra bosforiana se distinguía por su extraordinaria fertilidad. Los hallazgos de huesos de ganado vacuno y de caballos, ovejas, cabras y cerdos permiten hablar del desarrollo de la ganadería. Una difusión particularmente amplia habían cobrado en el Bósforo las diferentes clases de pesca.

El crecimiento de la producción artesanal queda atestiguado, en primer lugar, por la enorme cantidad de hallazgos de cerámica local: ánforas y otros recipientes, vajilla de comedor y cocina, tejas, etc. Merced a las marcas que se ven en ellas, han llegado hasta nuestros tiempos los nombres de los propietarios de sus fábricas y conocemos ahora que algunas de esas empresas pertenecían a los propios Espartócidas. En cuanto al desarrollo del arte textil, del mismo nos hablan ciertas partes arcillosas de los husos constantemente encontrados en el territorio de las poblaciones bosforianas. Se producían también en el Bósforo diversos objetos hechos con metales importados, por cuanto el análisis de las escorias halladas en las excavaciones practicadas en una de esas poblaciones ha evidenciado que los yacimientos locales de minerales ferruginosos, que tanto abundan en la península de Kertch, no eran al parecer, aprovechados en la antigüedad.

Habían cobrado amplia notoriedad los artículos de los orfebres bosforianos, especialmente la producción de recipientes, verdaderas obras de arte, tales como los vasos del túmulo Kul-Obi, del de Vorónezh y de otros. La mayor parte de esos artículos datan del siglo IV a. C.

La producción de jarrones artísticos cubiertos con exquisitas pinturas surge en el Bósforo algo más tarde, aparentemente a finales del siglo IV a. C., cuando se hace notar cierta disminución de las importaciones desde Atenas.

Una idea viva y clara acerca del carácter de la cultura formada en el Bósforo la suministran los sepulcros. Los más tempranos de ellos, de las necrópolis urbanas bosforianas, son relativamente pobres. A partir de finales del siglo V, empero, va tornándose en hábito colocar lápidas en las tumbas de las personas pudientes (a veces de mármol traído de Atenas), y a partir del siglo III comienzan a aparecer en esas lápidas las imágenes en relieve de los propios sepultados. En los epitafios, en tiempos algo posteriores, junto a los nombres de los muertos, se señala también la profesión de los mismos. Así han llegado hasta nuestros tiempos los nombres de un mercader, de un constructor de naves, de un profesor de gimnasia, de un filólogo, de un gramático y de un hombre de ciencia. En las tumbas de los guerreros se mencionan las circunstancias en que se produjo su muerte; por ejemplo: «chocó con la terrible pica enemiga»; «fue muerto por el tumultuoso Ares de los nómadas», esto es, por el dios de la guerra de los escitas; «yace en tierra bosforiana alcanzado por una lanza enemiga».

El carácter de los objetos que se descubren en los inventarios sepulcrales refleja el género de vida de la población bosforiana. En los sepulcros femeninos, por ejemplo, son encontrados frecuentemente cofrecillos y vasijas, espejitos, husos, etc.; en las tumbas masculinas se ven atributos deportivos: recipientes para aceite con el que se solía frotar el cuerpo antes de las justas gimnásticas, rasquetas de hierro o de bronce con las cuales se quitaba luego dicho aceite, etc.

En el Bósforo tenían lugar torneos deportivos y los nativos de las ciudades bosforianas tomaban parte en los torneos de Grecia. De ello dan testimonio los hallazgos en territorio bosforiano de las llamadas ánforas panateneas (premios que se otorgaban a los participantes en los torneos que se verificaban en Atenas, durante los días de las fiestas de Atenea), como también una inscripción que data de mediados del siglo III a. C. En la misma se ven 226 nombres masculinos que en su aplastante mayoría son griegos, pero es curioso que entre ellos aparezcan nombres tales como «Sindo» y «Escita». Esto muestra que entre los habitantes de las ciudades bosforianas iban apareciendo personas de origen local no griego. En los períodos algo posteriores de la historia bosforiana, tal proceso se hizo más evidente y toda la cultura fue adquiriendo un peculiar colorido local.

Además de los sepelios que se efectuaban en las necrópolis urbanas existía otro tipo de inhumaciones, que se efectuaban en el interior de monumentales bóvedas de manipostería, provistas en una serie de casos de escalonadas cúpulas cónicas erigidas según el sistema y principio de la llamada falsa bóveda, cubierta, en el exterior y en la cúspide, por altos terraplenes en forma de túmulos. Entre ellos se cuentan los túmulos, ya de amplia notoriedad, «Tzarski», «Melek-Chésmenski» y otros. En los alrededores de la actual ciudad de Kertch, los sepulcros en forma de túmulos forman toda una cadena que se extiende a lo largo de muchos kilómetros, paralelamente a las montañas de Iuz-Ob. El riquísimo contenido de estos túmulos fue parcialmente saqueado, aun en la antigüedad. En casos aislados, cuando dicho contenido se ha conservado por completo, sorprendente por su lujo, por la abundancia de objetos de oro y plata, en su mayor parte de hermosa factura griega. Hay que subrayar, empero, que en la misma Grecia no se encuentran sepulturas de semejante tipo; por eso, en ellas debe verse el carácter específico del ritual funerario bosforiano. La suntuosidad de tales sepulcros suministra una idea clara de las riquezas que poseía la nobleza. En este sentido resulta sumamente significativo que las monumentales bóvedas datan del siglo IV y comienzos del siglo III a. C., es decir, del período de más intenso florecimiento económico del Bósforo espartócida. A partir de mediados del siglo III los sepulcros lujosos van desapareciendo en el Bósforo, siendo reemplazados, en su mayor parte, en cuanto al interior de las tumbas, por contenidos más modestos y construcción más sencilla. Este hecho, que salta a la vista, lo mismo que una serie de otros fenómenos, reflejan la decadencia económica bosforiana a partir de mediados del siglo III a. C.

La escasez y el carácter fragmentario de las fuentes de que se dispone, desgraciadamente no permiten restablecer la historia concreta del Bósforo con la deseada plenitud; se la puede representar tan sólo en rasgos muy generales. Los años del gobierno de Leucón I y de Perisades I (389-309 a. C.) fueron, según todos los síntomas, el período de ascenso no sólo económico, sino también político y cultural. Fue precisamente en aquel período en que se hizo notar el crecimiento intenso de las poblaciones sedentarias, agrícolas, en la región sobre el río Kubán. Es lícito, por ello, pensar que la política de los mencionados Espartócidas respondía a los intereses no sólo de la clase dominante, sino, en cierta y determinada medida, a los de las capas más amplias de la población que estaba interesada, evidentemente, en el desarrollo ulterior del comercio, y, desde este punto de vista, la política de los Espartócidas le convenía.

No obstante ello, la situación creada en el Bósforo se distinguía por su complejidad. El desarrollo ulterior de los procesos de estratificación social-económica, tanto en las ciudades como entre las tribus supeditadas al Bósforo, agudizaba la lucha entre pobres y ricos, entre explotados y explotadores, entre los que gozaban de todos los derechos y los que carecían de ellos. Al mismo tiempo, y paralelamente con lo que acabamos de anotar, tanto las ciudades esclavistas de la costa como las tribus locales, tenían sus tradiciones formadas a lo largo de siglos, que —es lícito pensar— se erguían a menudo en oposición, tanto unas contra otras, como contra la política llevada por el gobierno central.

La naturaleza contradictoria de la situación creada en el Bósforo, encontró su reflejo en un único fragmento que se ha conservado a este respecto de la obra de Diodoro y que ha llegado hasta nuestros tiempos. Este fragmento expone de manera coherente la marcha de los acontecimientos históricos en el Bósforo. Trata de la lucha intestina entre los hijos de Perisades I, que Diodoro había extraído de la obra de un autor antiguo, desconocido para nosotros, pero excelentemente informado en cuanto a la historia bosforiana. Esa guerra intestina había comenzado en el año 309 a. C., inmediatamente después del fallecimiento de Perisades I. El trono vacante había pasado al mayor de sus hijos, Sátiros. Entonces, el menor, Eumelo, cerró alianza con Ariatarnes, rey de la tribu local de los tateos, atrajo a su lado a algunas otras tribus, y se levantó en armas contra el hermano mayor. En la lucha, el tercer hijo de Perisades, el del medio, Pritanes, se puso de parte de Sátiros. Las operaciones bélicas se desarrollaron principalmente en la costa asiática del estrecho. Las fuerzas de Sátiros se componían de 2.000 mercenarios griegos, 2.000 guerreros tracios que estaban a su servicio, y escitas aliados, en total unos 20.000 guerreros de infantería y 10.000 de caballería. Del lado de Eumelo se hallaban los ejércitos de Ariatarnes, en total unos 22.000 infantes y 20.000 jinetes.

Ya en la primera batalla de grandes dimensiones, sostenida probablemente junto al río That, uno de los afluentes del Kubán, y tras haber sufrido ambos ejércitos grandes pérdidas, Sátiros puso en fuga a su enemigo. Durante la persecución, despiadada, Sátiros incendiaba las poblaciones que encontraba en su camino y se apoderaba de prisioneros y botín de guerra. Los restos ilesos de Eumelo y de Ariatarnes hallaron, empero, salvación en una fortaleza a orillas del That, en una región boscosa y pantanosa, de difícil acceso para el enemigo. Para avanzar y acercarse a las murallas y torres de esa fortaleza, los guerreros de Sátiros tuvieron que abrirse camino a golpes de hacha, trabajando incesantemente durante tres días bajo las mortíferas flechas enemigas que les causaban grandes pérdidas. Cuando, al cuarto día, dio comienzo al asalto de esa fortaleza, Sátiros fue mortalmente herido, expirando al anochecer. Esto determinó que sus tropas se retiraran inmediatamente hacia la ciudad de Hargaza que, según parece, se hallaba en las orillas del río Kubán. De allí el cadáver del rey fue trasladado a Panticápea, donde había quedado su hermano Pritanes. Este, después de organizar un suntuoso sepelio, asumió el poder real y encabezó los ejércitos que se habían refugiado en Hargaza. Eumelo intentó entablar negociaciones con Pritanes, ofreciéndole repartirse el territorio bosforiano en dos mitades: la asiática y la europea. Pero Pritanes rechazó resueltamente tal oferta.

Al reanudar las operaciones bélicas, la superioridad pasó manifiestamente a estar del lado de Eumelo, quien se apoderó de Hargaza y de otros puntos poblados que estaban con Pritanes. En la batalla decisiva, que tuvo lugar algo después, Pritanes fue derrotado y empujado hacia el estrecho. Al poco tiempo capituló renunciando al trono en favor de Eumelo. Al regresar a Panticápea, Pritanes volvió a intentar la reconquista del poder, pero sufrió un nuevo fracaso y se vio precisado a huir a la localidad de Kepi, donde fue asesinado por orden de Eumelo.

Habiendo logrado la victoria sobre sus dos rivales, y habiéndose posesionado de esta manera del poder unipersonal, Eumelo, antes que nada, dio cuenta de todos los que habían sido partidarios de sus hermanos. Muchos de ellos fueron muertos, junto con sus mujeres e hijos. Según Diodoro, sólo logró salvarse un hijo de Sátiros, huyendo de Panticápea a los dominios del rey escita Agar, que simpatizaba con él.

Sin embargo, aun después de haber llevado a cabo tales represiones y de haberse afirmado Eumelo en el trono bosforiano, en Panticápea continuaba la efervescencia. Durante la guerra intestina, los ciudadanos de la capital bosforiana se habían manifestado en favor de Sátiros y Pritanes, y ahora no querían hacer las paces con Eumelo. Para vencer esos ánimos opositores y atraerse a los panticápeos, Eumelo se dirigió a ellos con un discurso. Les prometió restablecer en la ciudad la autonomía anterior, les otorgó el derecho a comerciar sin pagar aranceles, del que gozaban durante el gobierno de sus antecesores, les prometió eximirlos de los tribunos e impuestos y, según la expresión de Diodoro, «habló de muchas otras cosas».

Sin tocar por lo pronto toda una serie de detalles, interesantes en varios sentidos, del relato transmitido por Diodoro, en cuanto a la guerra intestina entre los hijos de Perisades, hay que subrayar lo principal. El relato en cuestión descubre ante nosotros una de las más elocuentes páginas en la historia del Bósforo espartócida. En la guerra intestina tomaron parte fuerzas diversas y heterogéneas en cuanto a sus rasgos y caracteres étnicos y sociales: las tribus del litoral septentrional del mar Negro, encabezadas por sus jefes —«reyes», los denomina Diodoro—; los mercenarios griegos y tracios; ciudades esclavistas de la costa; las poblaciones de aquellos territorios, patrimonio de las tribus que hacía mucho ya se hallaban bajo el dominio de los gobernantes bosforianos. Analizando la marcha de las operaciones bélicas, se llega forzosamente a la conclusión de que el hecho decisivo para la victoria final de Eumelo fue la ayuda prestada por su aliado, el rey de los tateos Ariatarnes. No obstante, habiéndose apoderado ya con su ayuda del trono, Eumelo no pudo dejar de tomar en cuenta a la ciudad de Panticápea. El restablecimiento para la misma de su autonomía anterior, del tipo de las polis, probablemente algo lesionada por las tendencias centralizadoras de los antecesores inmediatos de Eumelo en el trono bosforiano, habla de por sí. Esta clase de maniobras políticas era, evidentemente, propia no sólo de Eumelo, sino que caracterizaba en mayor o menor grado la política general y común del gobierno central bosforiano, que se las tenía que ver con fuerzas de heterogéneas naturaleza social. Probablemente, esas particularidades escondían en su interior no pocos peligros para la

clase dominante. En el caso dado, la tentativa de unificar bajo el poder de un solo gobierno a las ciudades esclavistas con los territorios habitados por tribus locales, fue lograda a pesar de todo.

Durante los años del gobierno grande y fuerte, que pretendía también la hegemonía sobre las otras comarcas costeras del mar Negro. De esto habla todo lo que conocemos acerca de la política exterior de Eumelo: marchó contra Lisímaco, prestando apoyo a la por él sitiada ciudad de Callatis, ubicada en la parte occidental del Ponto, y trasladando la flota bosforiana, emprendió una lucha decisiva contra los piratas del mar Negro, con lo cual colaboró en medida nada despreciable en la elevación de la autoridad del Estado bosforiano a los ojos de todos los griegos pónicos.

A pesar de todo, la mayor parte de los amplios proyectos e intenciones de Eumelo no pudieron llevarse a cabo. En los últimos años del siglo IV y a comienzos del siglo III a. C., el Bósforo se encontraba ya en los límites del período que pasa bajo el signo de la progresiva decadencia y que termina con la sublevación de los esclavos y la pérdida, por cierto que transitoria, de su independencia estatal.

Indice

LAS GUERRAS GRECO-PERSAS	4
1. Persia en la segunda mitad del siglo VI a. C.	4
Las conquistas de Ciro y Cambises	4
Estructura económica, política y social de Persia.....	4
La política exterior de Darío I. Campaña contra los escitas	6
2. La insurrección jónica y sus consecuencias	7
Las causas y el comienzo de la insurrección	7
Actitud de Esparta y Atenas frente a los acontecimientos del Asia Menor	8
Campaña contra Sardes	8
La caída de Mileto	9
3. La lucha política en los Estados griegos.....	11
La lucha política en Atenas	11
La lucha intestina en Esparta y otros Estados griegos	11
4. La primera y segunda campañas de Darío.....	12
La primera campaña	12
La segunda campaña.....	12
Causas de la derrota de los persas. El papel de Milcíades y su destino	16
5. La campaña de los persas en los años 480-499 a. C.....	16
Preparativos de Persia para una nueva campaña contra Grecia	16
Grecia, en vísperas de la invasión persa. La actividad de Temístocles.....	18
Alianza de Atenas con Esparta. El congreso de las ciudades griegas.....	19
Las fuerzas armadas griegas. Comienzo de las operaciones bélicas.....	20
La defensa de las Termópilas y el combate del Artemisión	20
Los preparativos para la batalla naval	22
La batalla de Salamina.....	22
Período que siguió a la batalla de Salamina	23
La batalla de Platea.....	24
La batalla de Micala	26
LA ALIANZA NAVAL ATENIENSE.....	27
La pentecontecia.....	27
Salida de Esparta y de sus aliados de la liga helénica	28
Formación de la alianza de Delos.....	30
Transformación de la Liga de Delos en potencia naval ateniense	33
CONSOLIDACIÓN DEL RÉGIMEN DE LA DEMOCRACIA ESCLAVISTA EN ATENAS. PERICLES	38
El régimen estatal de Atenas	47
LA VIDA ECONÓMICA DE GRECIA EN EL PERIODO CLASICO	55
1. La economía rural.....	56
Las pequeñas y medianas propiedades agrarias.....	57
Agricultura y horticultura	58
La ganadería	59
Formas de posesión y utilización de la tierra.....	59
2. Los centros económicos de Grecia en el siglo V a. C.....	60
3. La esclavitud en la polis griega	62
Cantidad de esclavos en Grecia	62
Fuentes de esclavos	62

Situación de los esclavos en Grecia.....	63
Aplicación de trabajo de los esclavos en las diversas ramas de la economía	64
La liberación de los esclavos	65
4. La producción artesanal.....	66
El pequeño taller esclavista como forma realizadora de la producción artesanal	66
Organización del trabajo en los ergasterios	66
Papel del trabajo libre en la producción artesanal	67
Atenas, centro de la producción artesanal griega.....	67
La metalurgia.....	68
La producción de cerámica.....	69
La producción textil.....	70
Los trabajos de construcción de edificios	71
Las construcciones navales.....	72
5. Desarrollo de la producción e intercambio de mercancías en el siglo V a. C.....	72
Comercio interior.....	74
Desarrollo del capital usurario.....	75
Comercio exterior	76
Posición del Estado respecto al comercio.....	76
6. Ingresos y gastos del Estado ateniense	77
Fuentes de ingresos.....	77
Las liturgias	78
El éisfora.....	79
Los gastos del Estado ateniense.....	80
LA GUERRA DEL PELOPONESO	82
1. Situación en Grecia antes del comienzo de las operaciones bélicas.....	82
Significado de la guerra del Peloponeso.....	82
Fuentes.....	83
Relación de fuerzas de los adversarios	85
Pretextos inmediatos de la guerra	89
Preparación diplomática de la guerra	91
2. La guerra de Arquídamo.....	92
Planes estratégicos de ambas partes	92
Comienzo de las operaciones bélicas	93
Caída de Pericles	95
El asedio a Platea.....	96
Guerra civil en Lesbos y Corcira.....	97
Recrudescimiento de la lucha político-social en Atenas	100
La operación de Pilos	105
Operaciones bélicas en Tracia	109
El armisticio	111
La paz de Nicias	112
3. Desde la paz de Nicias hasta la expedición a Sicilia	113
Consecuencias políticas de la paz de Nicias	113
Lucha política en Atenas y promoción de Alcibíades	115
4. La expedición a Sicilia	118
5. El último período de la guerra.....	124
La guerra de Decelia.....	124
Principio de la descomposición de la arqué ateniense	125
Recrudescimiento de los elementos oligárquicos en Atenas.....	127
Intervención de Persia	129
La revuelta oligárquica del año 411.....	130
La lucha por los estrechos	134
Restablecimiento de la democracia en Atenas.....	136
Acciones bélicas en Jonia.....	138
La batalla de Egospótamos	141
La reacción en Grecia.....	143

Gobierno de los Treinta tiranos y restablecimiento de la democracia	144
EL LITORAL MERIDIONAL, OCCIDENTAL Y SEPTENTRIONAL DEL MAR NEGRO EN LOS SIGLOS V-VI A. C.....	147
1. El litoral meridional y occidental del mar Negro	147
2. Litoral septentrional del mar Negro	154
Olbia	154
Quersoneso	157
Bósforo	161